

DANIEL HANDLER

TODOS

SOMOS

PIRATAS



Lectulandia

«Honesto y divertida, oscura y desgarradora, Todos somos piratas es el resultado de un cruce experimental entre Joseph Heller y el capitán Jack Sparrow. Es la novela más extraña y brillante que ha dado la mente de este autor». Neil Gaiman

La familia Needles vive en una fantástica casa con vistas a la bahía de San Francisco. Phil, el padre, es un productor de radio con una rutina monótona y aburrida. Cuando se entera de que su hija Gwen, de catorce años, ha intentado robar en una tienda, decide darle un escarmiento: deberá hacer compañía a Errol, un anciano con alzhéimer obsesionado con los piratas y que habla como Jack Sparrow. Pronto, Gwen empezará a hablar igual. Con la desaparición de un barco y una creciente oleada de robos se inician las aventuras de una tripulación pirata que sembrará el pánico en la bahía de San Francisco.

Daniel Handler plantea en esta novela, con un tono ágil y humor mordaz, temas como las relaciones familiares y la dificultad de vivir en un mundo donde las aventuras casi no existen.

Lectulandia

Daniel Handler

Todos somos piratas

ePub r1.0

Titivillus 16.10.16

Título original: *We are pirates*
Daniel Handler, 2015
Traducción: Carmen Cáceres & Andrés Barba
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi hermana

«¿Es mejor estar aquí o allí?».
ROBINSON CRUSOE

Primera parte

Capítulo 1

Conocí a Phil Needle un Día de la Independencia, doscientos y pico años después de que Estados Unidos se librara del gobierno británico y unos días antes de que los piratas regresaran de alta mar, en una barbacoa que conmemoraba aquellos tiempos difíciles. Yo no había sido invitado. La fiesta se celebró al aire libre bajo un cielo frío y en un lugar con vistas hacia el puente. En el momento en el que sucede esta historia el puente aún se llamaba puente de la Bahía y unía la ciudad de San Francisco con la ribera este, excepto en las horas punta, momento en el que los coches se limitaban a apelmazarse unos contra otros en una larga fila metálica e inmóvil. El ambiente estaba cargado y no era precisamente divertido andar dando vueltas por ahí, de modo que me quedé cerca de Phil Needle, quien me miró a los ojos un instante antes de contar aquella anécdota inverosímil.

—Todos somos piratas —dijo—. Hay una historia típicamente americana con cierto espíritu rebelde. En el comienzo tenemos a Leonard Steed viajando en un vagón privado del ferrocarril hacia alguna parte cuando, de pronto, ve al otro lado de la ventanilla una oxidada desmotadora de algodón en medio de un campo a las afueras de un pequeño y oscuro pueblo. Ordena detener el tren, cruza el pueblo y negocia la compra de la máquina, y todo por el «Blues de la desmotadora». ¿Conocen la canción, verdad? —preguntó sin esperar a que contestara nadie—. Según la leyenda, el diablo quiso llevarse el alma de Belly Jefferson, pero Belly vio la desmotadora de algodón, compuso el «Blues de la desmotadora» y de ese modo recuperó su alma. Aquella canción había cambiado la vida de Leonard Steed desde que la escuchó por primera vez en Harvard, por eso decidió llevarse la máquina a Los Ángeles, donde aún puede verse en el vestíbulo de su edificio. Belly Jefferson logró que el diablo le devolviera el alma y Leonard Steed se limitó a llevarse su pequeño tesoro.

Phil Needle se detuvo y le dio otro trago a su botellín de cerveza sin salir de aquel tranquilo asombro. Tras la frase «Todos somos piratas» la gente había dejado de prestarle atención. Tuve que alejarme, me daba demasiada vergüenza mirarle. El viaje de los piratas acababa de terminar, y la empresa de *catering* exigía al menos dos semanas de antelación para cancelar el servicio, de modo que no se había cancelado. La historia en sí no había sido muy larga, había comenzado el Día de los Caídos^[1] y ahora había llegado a su fin. Crucé el patio. El apartamento de Phil Needle se encontraba en un flamante edificio que ahora conocían todos como «la casa del pirata». Era el sexto o el octavo piso, tenía un patio exterior que compartía con otros vecinos y que flotaba en las alturas para evitar el ruido de la calle y la polución. Lo habían decorado con árboles, bancos, un pequeño estanque con cascada y una barbacoa de ladrillo en la que asaban salchichas procedentes de animales que supuestamente habían tenido una vida agradable. Los Needle eran judíos pero aun así

no había comida suficiente. Nadie había rechazado la invitación y a ellos no se les había ocurrido que también podía aparecer gente como yo, gente que después de haber escuchado aquella extravagante historia de la hazaña pirata solo iba para ver qué aspecto tenían.

Entré en la casa. El salón tenía un enorme ventanal que daba al puente, al mar y al amplio bulevar del embarcadero, donde se veían con frecuencia a patinadores y turistas agarrados de la mano. Bajo la escalera había un piano de cola y sobre él una orquídea que compartía la maceta con una pequeña bandera. Impresionaba que Phil Needle pudiera permitirse vivir en un sitio como aquel, aunque habría que decir que en el momento en el que transcurre esta historia casi todo el mundo estaba comprándose una casa que no podía pagar. Un año y medio antes, cuando construyeron el edificio, pusieron en la fachada un cartel para que lo vieran todos los que estaban en el atasco: SI VIVIERA USTED AQUÍ, YA ESTARÍA EN CASA. Ellos eran los que vivían allí, los que ya estaban en casa.

Una de las encargadas del *catering* se apresuró a salir de la cocina y cerró la puerta corrediza cuando entré. Del otro lado del cristal los sonidos de la fiesta llegaban como si se tratara de las olas del mar. Abrí y cerré el lavavajillas. En la lista de la compra que estaba en la puerta del frigorífico había apuntadas tres cosas y dentro habían amontonado todo contra las paredes como si fuesen muebles en un salón de baile. En el estante inferior había un recipiente de plástico de la pastelería para cuatro magdalenas. Faltaban dos, y las dos que quedaban parecían secas. Sabía que no iba a encontrar ninguna desmotadora de algodón pero seguí buscando.

Esquivé el cuenco con agua del perro y encontré la habitación en la que la gente había dejado los abrigos, un despacho en el que había un sofá que parecía de una casa anterior y una de esas sillas de escritorio para personas que tienen problemas de espalda. En la pared distinguí una ventana y las ramas de un árbol que se mecía con la brisa, lo cual era imposible. La explicación la encontré sobre una mesa casi vacía: un proyector del tamaño de un pequeño telescopio proyectaba una falsa ventana sobre la pared de aquel cuarto sin ventanas. Pensé que vivíamos en una época en la que podíamos hacer cualquier cosa. Avanzando un poco más por el corredor vi la puerta sin marco del cuarto en el que pintaba Marina, no la abrí, y al fondo del pasillo entré en un baño en el que se suponía que no debía entrar. Estaba limpio pero las toallas no eran de buena calidad, y colgaban extendidas y húmedas como si alguien hubiese estado llorando en ellas. Descorrí la cortina de la ducha y vi las migas de un mantel que Marina había sacudido allí y que al caer habían formado un reguero serpenteante hasta el desagüe. Abrí el grifo, las mandé al océano y a continuación me senté sobre la tapa del váter con los pantalones puestos. Vi un montón de cartas del banco y de publicidad en el cesto que estaba junto al inodoro. La imagen de Phil Needle sentado en ese mismo váter revisando su correo me resultó tan clara y evidente que dejé de sentirme en la diáspora de esta historia. De pronto era como si me hubieran invitado. Ya podía estar en aquel baño. Phil Needle ya había dejado de ser un desconocido para

mí. Lo veía ahora, tan alto como era, frente a ese mismo espejo observando su fino cabello gris, su cuerpo atlético gracias al ejercicio. Las lentillas le hacían parecer más joven. Trabajaba en la radio y si alguien le hubiese preguntado qué pensaba del negocio, seguramente habría podido decir dos o tres cosas interesantes, pero nadie le preguntaba jamás. A algunas personas no les caía bien por el tipo de cosas que decía —cosas del estilo «Todos somos piratas»—, pero nadie tenía en cuenta las cosas que no decía por tacto o por amabilidad, las veces que se echaba a un lado en la carretera para que la ambulancia pasara rugiendo hacia el hospital, o cómo en cierta ocasión, al entrar en un café, tropezó con una pequeña alfombra y decidió enderezarla para que no le ocurriera a nadie más. A veces se saltaba el semáforo en rojo pero nunca si había niños cerca que pudieran verlo y seguir su ejemplo.

Phil Needle parpadeó bajo la pobre luz de aquel cuarto de baño, el que menos le gustaba de la casa, con la mirada fija en las toallas. Sobre la ondulante superficie del océano había un bordado de barquitos azules; seguro que las había comprado Marina. Phil Needle era un hombre cuya historia parecía estar siempre alejándose de él. Era el Día de los Caídos, un momento en que habría sido más apropiado reflexionar sobre el sacrificio de los soldados, pero su mujer y su hija le esperaban en el salón. Había planeado dedicar aquellos minutos a pensar las palabras que quería decirle a su hija pero, en vez de eso, los había malgastado en pensar en la barbacoa del Cuatro de Julio y en echar un vistazo al correo que había recogido de la encimera de la cocina. Publicidad y extractos bancarios. Lo tiró todo a aquel cesto que tendría que estar vacío pero que contenía el envoltorio de una chocolatina, se lavó las manos y se miró al espejo. Gwen, su hija Gwen, estaba robando cosas. Tenía que decirle algo.

Qué fácil es robar cosas. Octavia tenía catorce, igual que Gwen, pero era más alta y más guapa. Caminaba con decisión, envuelta en un largo y acampanado abrigo con bolsillos profundos como cavernas y enfundada en un par de botas que le daban un aire imponente. Gwen había visto a un chico en la puerta del Fillmore, un antiguo bar de *rock* al que su padre la llevaba cuando le daban entradas gratis en el trabajo. El brillo irregular de las luces de la calle se reflejó en la puntera de metal de las botas y el chico la miró, se burló un poco como si fuera una niña y se relamió los labios. Las botas que llevaba Octavia bien habrían podido darle una buena patada en las pelotas.

Al igual que Gwen, Octavia apenas había tenido problemas. Hasta los doce o trece años había sido una chica feliz, o más bien naíf, como le gustaba decir, pero de pronto el aburrimiento se había apoderado de ella de una manera furiosa. No había nada que hacer en casa. Tenía que salir de allí como fuera, pero en el barrio tampoco podía hacer gran cosa y no le permitían coger el autobús sola. Los turistas se hacían fotos haciendo muecas junto a las espantosas estatuas que había de una punta a la otra del embarcadero. Al parecer habían volado desde Japón y Alemania solo para repetir las mismas estúpidas poses que hacía todo el mundo. Los coches cruzaban el puente alejándose hacia algún lugar más divertido. Hasta el océano parecía estar

divirtiéndose más que ella, meciéndose y estrellándose contra los pilotes, formando continuamente esa espuma tan parecida a la de un capuchino. Ella estaba enfadada hasta con el océano. Por muy estúpido que pudiera parecer, sentía celos de sus mareas y su libertad porque ni siquiera podía comprar un billete de autobús. Al final se pasaba el día en la farmacia.

Cuando Octavia era naíf le parecía un error que a la droguería le llamaran «farmacia», porque los medicamentos eran solo una parte de las cosas que se vendían allí, en el lado en el que la gente tosía mientras esperaba sentada en esas sillas baratas, pero un día por fin tuvo la edad suficiente para comprenderlo: la tienda misma era como una droga. Toda aquella prisa, aquel ajeteo, aquella necesidad de gastar un poco de dinero, todas aquellas cosas que trastornaban el cuerpo y hacían que la mente se sintiera más relajada o acelerada, eran las mismas cosas contra las que la prevenían los adultos, las mismas que iba a descubrir por sí misma en el instante en que la dejaran coger sola el autobús. Su abuelo le había dicho en una ocasión en que habían ido juntos a hacer un recado: «Solo en América hay sitios como este», y eso hizo que se sintiera orgullosa de su país. Le encantaba ir a la farmacia ahí, en América, la tierra de la libertad.

Pero sin dinero, porque no tenía un céntimo, no se sentía libre en absoluto. Era el Día de los Caídos, a su alrededor había estantes inmensos de chocolatinas en oferta y, como América era la tierra de las oportunidades, decidió coger una. La chocolatina se deslizó hasta el fondo del bolsillo de su abrigo y ella giró sobre los talones de sus imponentes botas y caminó directamente hacia la salida. Había unos turistas riéndose, diciendo algo que seguramente era gracioso en Francia. Regresó a casa a toda prisa y se escondió en el baño más feo de todos para devorar aquella chocolatina como un lobo hambriento. Le hincó los dientes sin mirar siquiera las calorías. Gwen la habría escupido al instante, pero Octavia en cambio tiró el envoltorio y se despeinó un poco. Gwen detestaba que su padre le colocara el pelo detrás de las orejas sin preguntarle.

Era muy cuidadosa y se le dio bien desde el principio. Los enemigos iban vestidos con chaleco rojo, de modo que eran fáciles de localizar. Además, siempre estaban ocupados apilando latas o llamando por teléfono; algunos incluso parecían retrasados. Aún tenía caliente el chocolate en el estómago cuando decidió regresar a la farmacia en busca de una nueva aventura. Seguía siendo el Día de los Caídos y los pasillos estaban en silencio. Fue metódica. Su método consistió básicamente en coger de todo y metérselo en los bolsillos: pintalabios de color salvaje, fiebre pasión y furia de celos; patatas con sabor a barbacoa y regalices rojos enrollados como amarras de barco dentro de una bolsa de plástico; un puñado de botes de esmalte de uñas, aunque esto lo tuvo que hacer rápido y no pudo elegir los colores. Luego dio una vuelta por el mostrador para coger también un quitaesmalte, polvos brillantes para la cara y el cuello, pilas que esperaba que fueran las correctas, unos preciosos rotuladores gruesos y jabones con flores, flores de verdad, que habían metido en el interior no sabía cómo. De golpe recordó que aquello se llamaba «hurto», y se imaginó a sí

misma hurtando la tienda completa, todas aquellas chucherías caídas, se imaginó con los bolsillos llenos de tesoros y baratijas: maquinillas de afeitar de color rosa para su pierna quemada y también un llavero que seguro que le iba a gustar a Naomi. Cuando se dio cuenta de que podía robar para otras personas fue como una avalancha: cogió uno de esos huesitos masticables para Toby II y más cosas para Naomi, un oso de peluche y una matrícula en miniatura que decía NAOMI; y tres frascos de perfume con curvas y formas raras talladas en el cristal. Sentía todas aquellas cosas como si fueran órganos humanos en el interior de sus bolsillos. Ya tenía regalos para el Día de la Madre para una década. A su padre le gustaba la electrónica, pero como todo eso estaba en vitrinas cerradas con llave se limitó a coger una resbaladiza revista sobre estéreos y se las arregló para metérsela en una de las botas. Así tal vez se animara a dejarla ir sola en autobús. De pronto se sintió tan sedienta que dio la vuelta a la esquina, abrió el frigorífico y cogió una botella de té helado que tenía buena pinta. Era una botella de TÉ VERDE UNIVERSAL, que, según la etiqueta, tenía efectos beneficiosos para el sistema inmunológico y la piel de Octavia. Nadie la detuvo. Nadie dijo nada. Todo salió a pedir de boca. Todos para una y una para todos.

¿En qué momento comenzaron los problemas? ¿Qué fue lo que sucedió? Había sido muy sencillo robar aquellas cosas y la ladrona se había sentido despreocupada durante aquella aventura. Su piel y su sistema inmunológico estaban perfectamente, y, como es lógico, aquello que ponía en la etiqueta no era más que un fraude. TÉ VERDE UNIVERSAL era en realidad una compañía de refrescos encubierta que hacía agresivas promociones para conseguir cada vez más consumidores jóvenes. Hasta aquel momento de la historia de América no había existido ni una sola persona en la empresa Universal que se hubiese preocupado realmente por el sistema inmunológico de joven alguna, pero la botella que acababa de robar Octavia estaba fría y húmeda a causa de la refrigeración y se le había empezado a escurrir de las manos. Cuando el guardia de seguridad dijo: «Disculpe, señorita», la botella se hizo añicos contra el suelo. Instintivamente Octavia se arrodilló para recoger los trozos de cristal y una de las maquinillas de afeitar se le cayó del bolsillo, después uno de los esmaltes de uñas: en ese momento el guardia se agachó junto a ella. Por un instante creyó que iba a abrazarla. Tendría que haberle dado una patada en las pelotas. El guardia le quitó el abrigo y lo levantó como si fuera a probárselo; cayeron un montón de artículos más sonando contra el suelo, y además descubrió la revista que sobresalía de la caña de su bota. Cogió la revista, la desenrolló y todos los hilos que mantenían suspendido su corazón se cortaron y este se desplomó encima del chocolate que aún se derretía en su estómago. Se había equivocado de revista. No era la revista sobre estéreos, se llamaba *Colegialas* y en ella salían mujeres con coletas demasiado mayores como para ir al colegio, vestidas con faldas a cuadros, chupando piruletas y con las piernas abiertas. Había coños hasta en la portada. La suave marea de té verde le llegó a Octavia a las rodillas cuando el hombre se inclinó con asco sobre ella.

Tenía que decir algo.

—Yo...

El guardia la agarró del codo y la arrastró por el pasillo hasta una puerta que supuestamente estaba prohibido cruzar. Luego la empujó hasta una habitación en la que había dos chicos con chaleco rojo tomando una sopa que habían recalentado en unas tazas pequeñas. Observaron cómo el guardia la arrastraba y después arrojaba la revista *Colegialas* sobre la mesa. Miraron la revista, luego a ella, y a continuación se miraron entre sí y sonrieron. El guardia abrió otra puerta con fuerza y empujó a Octavia para que se sentara en una silla que aún estaba caliente. Había un paquete vacío de patatas idénticas a las que ella había cogido, una botella de té frío de melocotón y un puñado de los mismos rotuladores que había robado en una taza con el nombre de la farmacia. Era su silla, la silla del guardia. Ella levantó los ojos hacia las pantallas. Como es lógico, tenían cámaras. Como es lógico, la habían estado observando. No podía creer que no se le hubiera ocurrido antes. Cuando entró por la puerta de la farmacia no había pensado ni por un instante que pudieran descubrirla, y de eso hacía apenas diez minutos. Ahora lo único cierto era que la habían pillado. El guardia cerró de un portazo, y ella oyó que le decía algo a los chicos y que a continuación se alejaba. Octavia se estremeció y notó que tenía seca la garganta. Cogió uno de los rotuladores, se escribió MIERDA en la palma de la mano y después, cansada de mirarla, decidió no llorar. Miró al enorme foco cuadrado que había en el techo y reconsideró la situación. *Qué nervios, qué nervios*. Se frotó la rodilla y la puerta se abrió de nuevo.

—¿Cómo te llamas? —ladró el guardia. A su lado había un hombre con el pelo grasoso que vestía una camisa blanca.

—Octavia —dijo Octavia.

—¿Octavia qué más?

—Octavia... Needle —agregó. Estaba cansada de inventarse cosas.

—¿Vives cerca?

No contestó. ¿Qué importancia tenía? En las pantallas se veía a uno de los chicos limpiando el desastre que ella había causado.

—Sí, no tengo duda —dijo el tipo de la camisa blanca—. Suele venir con su madre o con su padre, y a veces sola.

Ella tampoco contestó.

—Una chica muy guapa —dijo el tipo de la camisa blanca.

El guardia se agachó y se ajustó el cinturón. Octavia dejó de estrujarse las manos, las bajó y los dos hombres leyeron lo que se había escrito.

—Gwen —dijo entonces Gwen. No podía seguir haciendo eso. Ni siquiera podía explicar por qué se había imaginado a sí misma como Octavia durante la aventura, pero ya no podía continuar haciéndolo. Sus botas ya no hacían que se viera con un aspecto imponente, ni más alta ni más sexi. Su nombre era Gwen y se había metido en un lío.

—Octavia, puedo llamar a la policía o a tus padres —dijo el guardia.

—Hoy es el Día de los Caídos —dijo alguien, alguien que Gwen no alcanzaba a ver, tal vez uno de los chicos con chaleco.

—Tú no te metas en esto —dijo el tipo de la camisa blanca.

—Solo digo que no creo que venga la policía —agregó la persona que se suponía que no tenía que meterse en aquel asunto.

El guardia se ajustó otra vez el cinturón, que era muy ancho, y preguntó:

—Octavia, ¿cuál es el número de teléfono de tus padres?

—Mi padre está en el trabajo —dijo Gwen, pero los hombres apenas la miraron. Hasta el chico que se suponía que no tenía que meterse agachó la cabeza. Sí, era el chico que ella había pensado. Que su padre estuviera en el trabajo no era la respuesta que ellos esperaban.

Se iba a poner a llorar, sí, tan seguro como que tarde o temprano iban a atraparla. Llamaron a su padre, Phil Needle; su padre llamó a su madre; su madre vino y logró sacarla de la farmacia. Todo sucedió tan rápido que los turistas aún seguían riéndose afuera. No eran los mismos de antes pero Gwen estaba segura de que podía reconocerlos. Porque todos, todos y cada uno de los que estaban ahí fuera, eran iguales.

Phil Needle necesitaba una secretaria. Tenía que terminar la historia de Belly Jefferson. *Viajes en tren* tenía aceptación, las críticas de *Metiendo mano* eran buenas, pero esos eran negocios que solo salían una vez. Sus técnicos estaban bien, eran chicos jóvenes que a veces llegaban tarde o se jugaban en un pulso las invitaciones que enviaban los promotores, pero estaban bien. Los corresponsales solo le llamaban cuando no cumplía con los pagos. El doctor Croc estaba bien. Phil Needle se sentía seguro del programa sobre América, o como fuera a llamarse, pero primero tenía que terminar la historia de Belly Jefferson, y para eso necesitaba una secretaria.

La primera secretaria que tuvo tenía una sonrisa sarcástica. Si Phil Needle salía de la oficina y se detenía frente a su escritorio para pedirle cualquier cosa —artículos de papelería, su opinión sobre alguna idea que se le había ocurrido o que le envolviera la mitad del sándwich que le había sobrado—, ella lo hacía, cumplía con todo, pero siempre con una sonrisa que parecía decir que ella lo habría hecho mejor, de modo que a los dos años se esfumó un viernes dejándole una nota que él aún conservaba arrugada en el fondo del cajón:

Este trabajo no satisface mis necesidades. A partir de las 17:00 de hoy dimito.

Y a modo de firma, al final de la nota había dejado las llaves de la oficina. Al levantarlas, Phil Needle vio que debajo quedaba el contorno de las llaves. La chica había hecho una fotocopia de la nota, probablemente para probar que había dejado las llaves por si alguna vez sucedía algo. Por supuesto, Phil Needle, siguiendo el consejo de Leonard Steed, hizo cambiar la cerradura por si había hecho copia de las llaves

antes de fotocopiarlas. No había vuelto a leer la nota pero aún seguía escribiendo mentalmente cartas de respuesta: «Querida Renée, ¿cuáles son tus malditas necesidades?»

La segunda secretaria había enfermado de cáncer; se lo diagnosticaron justo dos semanas después de firmar el contrato. Cumplía con su trabajo siempre que no tuviera que hacerse alguna prueba o un tratamiento o estuviera recuperándose porque le habían hecho alguna prueba o un tratamiento. Allí todos la apoyaban y Phil Needle llegó a llevar un diario en la grabadora: «Historia de Jenna», que por suerte nunca llegó a las manos de la asociación Vida Sana, porque un día su novio vino a recogerla y Phil Needle, al saludarle, le comentó lo contentos que estaban todos en Phil Needle Producciones de que por fin Jenna se estuviera curando, a lo que el tipo le respondió que a qué se refería exactamente, de lo que ya se puede extrapolar el resto de la historia.

La tercera secretaria fue la que entró en el Estudio B cuando Allan estaba descansando de las sesiones nocturnas de edición de la obra que iban a presentar en el aniversario de Sinatra, y masturbándose. A partir de ese día Phil Needle Producciones implantó a rajatabla la política de llamar-antes-de-entrar. Después publicó un anuncio en los medios más importantes que redactó con cierto asesoramiento de Leonard Steed:

Compañía dinámica y re-creativa busca personas inteligentes, activas y con criterio para cubrir un puesto de asistente de administración con gran proyección. Satisfaz nuestras necesidades y nosotros satisfaremos las tuyas.

A Phil Needle le gustaba cómo había quedado el anuncio, excepto tal vez por la palabra «re-creativa», un término que Leonard Steed solía utilizar pero que por entonces aún no estaba de moda. Su consultora se llama Re-Edison. Diecinueve personas contestaron al anuncio pero solo dos eran mujeres. Phil Needle quería que fuera una chica, una chica joven y agradable que recibiera a la gente que se acercaba a la oficina, como hacía él mismo: con una sonrisa y un guiño cuando estaba de buen humor.

La primera candidata era alcohólica, o al menos fue borracha a la primera entrevista; también a la segunda que Phil Needle programó para darle una segunda oportunidad, porque sabía que no era tan extraño ir borracho a una primera entrevista.

Con el propósito de mostrarse como jefe de una compañía dinámica y re-creativa citó a la segunda candidata, Alma Levine, bien temprano el lunes. Ella sugirió a las once de la mañana. Más tarde le dio vergüenza llamarla de nuevo para decirle que había olvidado que aquel lunes era el Día de los Caídos, de manera que ahora estaba sentado en la oficina escuchando «(Water on a) Drowning Man», una canción de Belly Jefferson que oía en parte para inspirarse pero también porque le apetecía. Belly Jefferson había fallecido en 1970, justo cuando lo acababan de redescubrir, y

había dejado una serie de hijos ilegítimos que luego se convirtieron en perfectos y legítimos hombres de negocios que manejaban los derechos de imagen y de cualquier representación que se hiciera de su obra en cualquier medio, porque en aquel momento de la historia de América los herederos podían hacer esas cosas. Ahora estaban interfiriendo con el mismo espíritu rebelde que Phil Needle intentaba personificar.

Phil Needle tenía una idea para un programa de radio. Era una gran idea, una idea como una isla escarpada que se alzaba sobre la superficie del agua mientras el océano entero silbaba sumiso a su alrededor. Iba a ser sobre América y se iba a emitir en todas partes; la gente lo iba a oír en los coches, en las casas y en los ordenadores. El programa —aún no sabía qué nombre ponerle— iba a encarnar el rebelde espíritu americano. Y a Leonard Steed por ahora le gustaba mucho mucho su idea.

Aquel programa estaba escrito en su destino, no tenía duda, pero si quería que el barco llegara a buen puerto necesitaba encontrar una historia típicamente americana que lo hiciera zarpar en el océano de la radio. Una versión resumida sería decir que Phil Needle tenía que producir un episodio piloto para presentarle oficialmente el programa a Leonard Steed. Steed se lo había aconsejado como consultor y como socio de producción. Phil Needle Producciones no solo estaba obligada por contrato a dividir sus ganancias con Leonard Steed, sino que además había contratado a Leonard Steed como consultor a través de Re-Edison. El programa iba a requerir una gran inversión pero Phil Needle creía que iba a poder amortizar esa suma con las ganancias del propio programa, aunque para ganar esa suma primero tenía que conseguir la historia, una historia que se podría llamar «Belly Jefferson, un “algo” americano».

Phil Needle aún no le había dicho a Leonard Steed que el programa iba a ser sobre Belly Jefferson. Phil Needle no dejaba de pensar en el día en que iba a coger un vuelo a Los Ángeles, atravesar el vestíbulo del Edificio Steed, pasar de largo frente a la desmotadora de algodón, subir en el ascensor hasta la oficina de Leonard, sentarse frente a él y hacerle escuchar el episodio piloto que él, Phil Needle, habría producido sobre el cantante del «Blues de la desmotadora». Por lo general Leonard Steed era el rebelde de su oficina. Ese día iba a ser él, Phil Needle. Tal vez, gracias a eso, en unos meses iba a dejar de sentir que su nuevo apartamento, con aquella vista panorámica del puente y del mar que se suponía que tenía que inspirarle, estaba tan por encima de sus posibilidades que le provocaba dolores de estómago. Estaba seguro de que ese día podía llegar, pero para que llegara primero tenía que limpiar su mesa de todos aquellos papelitos amontonados, y para limpiar su mesa necesitaba una secretaria, de manera que no era absurdo considerar que quien entrase por esa puerta a las once en punto lo iba a hacer también en su destino. La observó mientras pasaba frente al escritorio que ocuparía si le daba el trabajo y llamaba a la puerta abierta de su oficina.

—Toc toc —dijo. Era guapa, con zapatos a la moda y una blusa bastante bonita—. ¿Es usted Phil Needle?

—Sí —contestó él bajando el volumen de la música.

—Mi nombre es Alma Levine, vengo por la entrevista.

—Claro —dijo Phil Needle, y se apresuró a apartar los papeles que estaban sobre su mesa para apoyar el currículum mientras ella tomaba asiento. Tenía dos páginas borrosas pero la segunda parecía una lista de aficiones. Tal vez tenía ese aspecto porque él había configurado mal la impresora, un aparato que esperaba no tener que volver a utilizar desde el instante en que consiguiera una nueva secretaria. Ella sería la que se encargara de imprimir sus cosas.

—¿Su nombre es Alma? —preguntó él.

—Sí, Alma, en español significa «espíritu» pero en hebreo «virgen» —dijo Alma Levine por millonésima vez en su vida.

Phil Needle parpadeó.

—¿Virgen?

—No es asunto suyo —dijo Alma Levine repitiendo por enésima vez el mismo chiste—. La verdad es que a mí tampoco me gusta. Todo el mundo me llama por mi apellido: Levine.

—Levine.

—Exacto.

De la cremallera de su bolso sobresalía el borde de una revista enrollada, y Phil Needle se preguntó qué tipo de revistas leía cuando viajaba en tranvía. Pero ya había planeado cuál iba a ser la primera pregunta.

—Esto está muy tranquilo.

—Es fiesta —contestó Phil Needle.

—Cuando programó la entrevista, olvidó que era el Día de los Caídos, ¿verdad? —preguntó ella—. Me pareció que no se había dado cuenta.

Phil Needle echó un vistazo a la lista de aficiones de Alma Levine para tapar con el currículum la cara de Belly Jefferson. Era mejor no pensar en su destino por ahora.

—Sí —contestó con más aspereza de la que le hubiera gustado.

Ella lo miró frunciendo el ceño, pero con una mirada compasiva, como si él se hubiera manchado la camisa y ella tuviera que limpiársela.

—Usted es el jefe —dijo ella—, no es su obligación llevar la agenda.

—Es cierto —contestó Phil Needle mientras repasaba su mesa lentamente con asombro. Había preparado una lista con preguntas pero ahora no era capaz de encontrarla; frente a él solo tenía otra lista, la de una reunión con Leonard Steed en la que había anotado varias ideas. Eso demostraba que él tenía razón—. Y llevar la agenda no es ni la mitad de todo lo que tengo que hacer..., no es ni por asomo la mitad. Hay que hacer tareas administrativas, atender las llamadas, contestar el correo, organizar a los técnicos... Tenemos tres técnicos: Allan, Ezra (lo llamamos EZ) y Barry. Pero eso tampoco es ni la mitad de mi trabajo.

—¿El correo y esas cosas?

—Claro... no es ni siquiera la mitad —repitió Phil Needle. Se suponía que la

primera pregunta iba a ser sobre la experiencia más inolvidable que la aspirante había tenido en su vida, pero se habían desviado y ya estaban hablando del trabajo. La conversación que se suponía que tenían que tener era sobre algo relevante y, sin embargo, había perdido tanto el norte que Phil Needle se sintió mareado por un instante—. Si le doy el trabajo tendrá que pensar que es usted como un trampolín o una especie de sombra, necesitaré que esté siempre a mi lado. —Se detuvo porque le pareció que había dicho algo extraño, pero Alma Levine afirmó con la cabeza sin rastro de sarcasmo. *Querida Renée, mira la expresión de esta chica: así es como se debe asentir ante un jefe.*

Phil Needle juntó las manos como en un aplauso y a continuación se las restregó, el reflejo de su anillo de casado era como una pequeña ola que se extendía por la habitación.

—Cuénteme algo sobre usted.

Hubo una pausa en la que Phil Needle pensó: «Seguro que va a decir ¿qué quiere saber?».

—Me gradué hace dos años —contestó—. Soy licenciada en Filosofía. Asistí a tantas clases de ética que me terminó cansando, ya no me interesa. Justo cuando acabé la universidad conocí a un chico, Ray Droke.

—¿Ray Droke?

—Sí, ¿por qué? ¿Lo conoce?

—No.

—Tiene una agencia de *marketing*: Ray Droke Marketing. Entré como secretaria en cuanto montó la oficina pero dimití hace algunos meses.

—¿Por qué dimitió?

Levine se quedó callada, suspiró y luego volvió a quedarse en silencio.

—Tuve un problema con el jefe.

Probablemente aquello era lo peor que se podía decir en una entrevista de trabajo. Phil Needle bajó la mirada hacia el currículum y vio que Ray Droke figuraba como referencia. Debajo había otra cosa que no debería haber quedado a la vista: las invitaciones a la barbacoa que Marina y él estaban organizando para el Cuatro de Julio. Todos los años organizaban una, y aquel año, como no tenía secretaria, se suponía que Phil Needle tenía que revisar las invitaciones antes de que Marina las llevara a la imprenta, pero como no había tenido tiempo nadie se había dado cuenta de que en las invitaciones no aparecía Gwen. Por lo general iban firmadas como «Los Needle», y debajo: «Phil, Marina y Gwen», pero ahora solo aparecían «Phil, Marina y nada», nada de hijas, como si no hubiera ninguna. Sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Hola, sí, ¿puedo hablar con Phil Needle, por favor? —dijo la voz de un hombre desde una habitación ruidosa.

—Soy Phil Needle —contestó, y miró a Alma Levine. Ella señaló hacia la puerta con la cabeza. Phil Needle le contestó con un silencioso: «No, no se retire».

—Le llamo por su hija Octavia, señor. La hemos sorprendido cometiendo un hurto. Aún no hemos decidido si presentaremos cargos.

—Debe de haber algún error —dijo Phil Needle con severidad, y asintió hacia Levine.

—No hay ningún error, señor Needle —dijo el encargado de la tienda—. Soy el director, la pillamos con las manos en la masa. Mire, señor, yo también tengo una hija, por eso he preferido llamarle.

—Pero mi hija no se llama Octavia —contestó Phil Needle. Ya no había manera de que aquello sonara como una conversación importante y profesional.

—¿Tiene una hija de once o doce años?

—De catorce —aclaró.

Comenzaba a sentirse un poco irritado con Gwen. Escuchó que alguien preguntaba en aquella habitación ruidosa: «¿De verdad te llamas Octavia?», y, en aquel momento exacto de la historia de América, Phil Needle supo con certeza que su hija había robado. De repente sintió que las lentillas se le secaban y endurecían. Le dio las gracias al encargado. Se disculpó. Dijo que irían a buscarla, que apreciaba su amabilidad. Estuvo de acuerdo en que las hijas son problemáticas. Sí, como mucho veinte minutos. Tenía que llamar a la madre de Gwen. Porque su verdadero nombre era Gwen. Dígaselo, mejor no le diga nada. Muchas gracias. Hasta pronto.

—Tengo que interrumpir la entrevista —dijo Phil Needle—. Mi hija...

—Sí, lo he oído. Lo siento mucho.

Aquello sonó como si Gwen estuviera muerta, pero seguramente Alma Levine no opinaba lo mismo.

—La sorprendieron robando —dijo Phil Needle, y pensó que tal vez aquello se podía incorporar a la entrevista—. ¿Qué piensa de la gente que roba?

—Pienso que está mal —contestó Levine sin expresión.

No podía contradecirle: robar estaba mal. Si te pillaban, te denunciaban o llamaban a tu padre. Phil Needle la miró e intentó comenzar de nuevo. Necesitaba una secretaria y tenía una enfrente. A lo mejor no había tenido un problema con su jefe. Es verdad que ella lo había dicho, sí, pero su hija había dicho que se llamaba Octavia. La gente decía cosas solo por decir algo.

—Efectivamente, está mal —dijo Phil Needle, y decidió contratar a Alma Levine—. Empieza mañana, empezamos mañana. —Y el barco de su mente zarpó hacia la conversación que debía tener con su mujer y su hija en el salón del apartamento que muy pronto iba a poder pagar. Decidió que compraría algo para comer, así podrían picar mientras discutían el asunto (lo de que robara cosas), tal vez unas magdalenas. Rápidamente escribió MAGDALENAS en la parte de atrás de una de las invitaciones a la barbacoa en letras tan grandes que Alma Levine bajó la vista y las leyó. Él le dio la vuelta a la tarjeta y se imaginó en el horizonte la barbacoa del Cuatro de Julio, fecha en la que, si todo iba bien, él estaría celebrando su éxito y su espíritu rebelde. De modo que robando cosas. Eso estaba mal. Levantó el teléfono.

—Dígame —contestó su nueva secretaria.

Cuando Gwen nació, Phil Needle plantó un árbol. Lo hizo en la antigua casa, en Sunset, y aunque la chica de la guardería le dijo que era una especie autóctona que iba a crecer muy bien en su jardín, el árbol murió cuando Gwen cumplió cinco años. Marina y él decidieron reemplazarlo en secreto para que la niña no llorara. Desenterrar un árbol en mitad de la noche, dejando apenas un tocón, y apoyar a su lado otro árbol sano con las raíces dentro de una bolsa era lo que Phil Needle consideraba ser un buen padre. Se trataba de cuidar de algo, de desenterrarlo y arreglarlo sin que el otro se diera cuenta cambiándolo por algo idéntico a lo que se había estropeado. Phil Needle no tenía idea de por qué no había funcionado, pero le dio igual: a la mierda el árbol.

Entró al salón con la camisa abierta y dos magdalenas en la mano. Marina y Gwen estaban en silencio cada una en un sofá, Gwen con las piernas apoyadas en la mesita y Marina con un pequeño cojín en el regazo. Toby II estaba acurrucado en el suelo. Todos miraron las magdalenas. Phil Needle cogió aire y antes de soltarlo ya se dio cuenta de que lo estaba haciendo todo mal.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó—. ¿Por qué has robado? ¿Es cierto?

—Vaya si lo ha hecho —dijo Marina—. La han pillado con las manos en la masa. No te creerías todo lo que llevaba en los bolsillos.

—Así que es cierto —dijo Phil Needle perdiendo protagonismo.

Gwen se encogió de hombros.

—Sí —contestó—, pero no sé por qué lo hice, papá. Creo que solo estaba... No sabía qué hacer.

—Le dije que llamara a alguna amiga, que yo la acercaba a su casa —agregó Marina—. También le dije que fuera a dar un paseo al embarcadero.

Gwen miró a su madre como si fuera a gruñir y Phil Needle sintió que no sabía cómo afrontar la situación. Se habían mudado de Sunset y se habían instalado en aquel apartamento, con vistas al mar y al embarcadero, rodeados de turistas y de gente que patinaba sonriente precisamente para que Gwen pudiera salir. Al final de la calle, por ejemplo, había una tienda con productos ecológicos; ella podría aprender a cocinar y sorprenderlo cuando regresara a casa con algún plato de algún programa de la tele mientras, para variar, Marina ponía la mesa. En el edificio había un gimnasio que podía usar cuando quisiera y además, por supuesto, todos los días la llevaban al colegio. La idea era que jamás tuviera que coger el autobús. Justo lo contrario de lo que sucedía en Sunset, donde todos los días tenía que esperarlo en medio de la niebla y luego viajar aplastada entre personas cargadas con bolsas de col china. ¿Por qué a Gwen no le gustaba el plan? Se dio cuenta de que se estaba moviendo, si la miraba con atención veía que sus hombros temblaban como si se hubiera tomado una taza de café de más. Intentó recordar la primera vez que vio a Gwen tan enfadada; parecía a punto de llorar, con aquella furiosa intensidad que la asaltaba cuando él no la estaba

mirando.

—Entiendo que puedas estar aburrida —probó—, pero robar está mal.

—Ya sé que está mal —contestó Gwen como si aquello hubiera sucedido hace siglos—, no lo había hecho nunca antes.

Marina soltó esa risa parecida a un ladrido que a veces le salía. Toby II miró la escena pero no se movió.

—He revisado tu cuarto, de arriba abajo.

—¡Mamá! —dijo Gwen y se irguió.

—Su armario estaba completamente lleno de cosas —le dijo Marina a él.

—¡Pero compro cosas todo el tiempo! —gritó Gwen—. ¡Eso es injusto!

—Lo he tirado todo —le aclaró Marina.

—No me parece bien —dijo Phil Needle—. Si eran sus cosas, de acuerdo. Pero si las había robado seguían siendo propiedad de la tienda.

—¡No las había robado! —Gwen se puso de pie junto al perro y les miró. Incluso Phil Needle se daba cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo enorme por no llorar—. Lo hice pero no sé por qué... Además ni siquiera es un robo. ¡No lo es! Si no has salido de la tienda no es un robo, y a mí me pillaron antes de que saliera...

—Gwen —interrumpió Phil Needle.

—No es un robo.

Phil Needle intentó imaginar qué objeto podía llegar a desear su hija en aquella farmacia que tenía unas luces espantosas, frigoríficos que no dejaban de zumbiar y un montón de retardados mentales que deambulaban por ahí con sus chalecos y lo ponían nervioso. Se inclinó y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, un gesto que a ella siempre le gustaba, pero se soltó de nuevo porque sacudió la cabeza.

—He pedido perdón —dijo.

—No lo hiciste hasta que yo no te pedí que lo hicieras —aclaró Marina.

—Sí, lo hice... en la farmacia.

—Cuando te dije que pidieras perdón.

—Pero no lo dije porque tú me lo dijeras.

—Claro, que Dios no permita que hagas algo porque yo te lo pida —dijo Marina.

—He dicho que lo siento. ¿Cuántas veces tendré que repetirlo?

—Solo una —le contestó la madre—, cuando lo sientas de verdad.

Phil Needle intentó transformar la magdalena en un whisky con hielo con el poder de su mente. No sabía nada de esa chica que robaba cosas en la farmacia. Gwen no parecía capaz de hacer eso. Se imaginó a un ratero y le pareció alguien más elegante y metódico que aquella criatura temblorosa con un pie apoyado en la mesita y el otro de puntillas sobre la moqueta, incordiando y haciendo temblar al perro. Dio una palmada en la rodilla de Gwen y luego en la cabeza de Toby II. Sabía, evidentemente, que ella no estaba arrepentida cuando se metió todo aquel maquillaje en los bolsillos. Se había arrepentido después, cuando la atraparon. Si la gente se arrepintiera de antemano, jamás haría nada.

Durante todo aquel rato Gwen había hablado con los dientes apretados y en un tono de voz bajo y áspero, como si se estuviera despidiendo de alguien.

—Lo hice —replicó—, pero fue la única vez y ya he pedido perdón. Nunca me creéis. No me dejáis coger el autobús sola. No puedo ir a ningún lado, ni siquiera me habéis preguntado por la barbacoa.

Phil Needle pensó en los puntos que su hija había incluido en esa lista pero no entendió de qué le estaba hablando. Era como si Gwen hubiera vaciado completamente sus bolsillos pero el motivo por el que los había llenado siguiera sin aparecer. Aunque para ser del todo justos, Phil Needle no había estado escuchando con atención en aquel minuto que pudo haber sido crucial.

—Si algo te preocupa de verdad, cariño... —dijo Marina.

—Tal vez no es asunto tuyo, mamá.

—Bueno, ya está bien —interrumpió Phil Needle debido al tono que había usado Gwen para decir «mamá», como si Marina no fuera realmente su madre. Era una tontería pero él tenía que decir algo—. Estás castigada —dijo, pero le sonó demasiado dramático o soberbio, de modo que agregó—: Ya pensaremos tu madre y yo en un castigo más adelante, pero mientras tanto no puedes salir de casa. —Era la primera vez que obligaba a alguien a que se quedara encerrado—. No puedes salir de casa ni hablar por teléfono y solo saldrás para ir al colegio. (*¿Cómo se hacía eso?*)

—Y a las clases de natación —dijo Marina.

—Para ir al colegio y a las clases de natación —resumió Phil Needle, pero Gwen ya se había puesto de pie y se restregaba los ojos llorosos con la mano en la que se había escrito MIERDA.

—¡Lo sabía! —gritó Gwen mientras se marchaba echando humo por las orejas—. Sabía que ibas a ponerte de su lado. —Realmente echaba humo mientras atravesaba la cocina hacia el baño que no le gustaba a nadie pero que todos usaban.

Marina arrojó el cojín que tenía sobre el regazo, se inclinó y se metió una magdalena casi entera en la boca. Él no había pensado que una de esas magdalenas fuera para ella. Él había comprado una para él y otra para Gwen, porque Marina estaba a régimen para llegar delgada al día de la barbacoa.

—¿Qué? —preguntó Phil Needle cuando vio que los labios de su mujer se movían—. ¿Qué has dicho?

Marina sacudió la cabeza con la boca llena.

—Les dio otro nombre en la farmacia, ¿verdad? «Octavia». Bueno, supongo que intentó cualquier cosa con tal de que no la pillaran.

—Ya la habían pillado —contestó Marina—. Mira la revista. —Buscó algo detrás de uno de los cojines del sofá, no el que había tenido encima, y arrojó la revista sobre la mesita, que chocó contra la caja de magdalenas. *Colegialas*.

—Lo hace para impresionarnos —dijo Phil Needle. No podía apartar la mirada de la chica de la portada. Tuvo la vaga sensación de que esas chicas no podían hacer eso, abrirse tanto, o al menos no en la portada. Una tenía una mano entre las piernas pero

no para cubrirse sino para abrirse todavía más. Parecía que estuviera mostrando exactamente el lugar en el que sentía un dolor. Se arriesgó a decir—: Quiero decir que a Gwen no le van las colegialas porque ella es una colegiala. Si quisiera ver colegialas desnudas le bastaría con ducharse en el colegio o pedirselo a Naomi.

—¿A Naomi? —Gwen tenía una amiga, Naomi, que siempre andaba dando vueltas por el apartamento mirándolo todo como si fuera haciendo una lista detallada—. ¿Crees que Naomi está metida en esto? —dijo Marina dándole vueltas al asunto—. Nunca me gustó cómo nos mira esa chica.

—No, no... Lo que quiero decir es que Gwen no robó esa revista para mirarla.

—Y tampoco para impresionarnos. No sabía que la iban a atrapar. La robó. Eso es lo impresionante.

—Tal vez estaba intentando robar otra revista —dijo él débilmente, y Marina lo miró hasta que él se puso a pensar en otra cosa—. ¿Por qué la tienes? ¿Cómo la has conseguido?

—Gwen la robó.

—Pero ¿por qué está aquí?

—Porque he pagado por ella.

—¿Y para qué la quieres?

Marina lamió la última gota de glaseado que quedaba en el envoltorio de la magdalena y después miró a Phil Needle con violencia.

—No puedo creer lo que acabo de hacer. No puedo creer que hayas traído estas malditas magdalenas. —Marina se tumbó sobre el sofá y se agarró la tripa con las dos manos por encima de la camiseta—. Porque quería enseñártela.

—No era necesario que me la enseñaras —dijo Phil Needle irritado—. Ya sé qué aspecto tienen las colegialas desnudas.

Pensó en lo que acaba de decir y sonrió a Marina, que seguía en aquella espantosa pose en el sofá. Ella también comenzó a reír y los dos se encogieron de hombros en señal de que algo había terminado, aunque Phil Needle jamás habría podido decir de qué se trataba.

—¿De verdad crees que ha sido un hecho aislado? —le preguntó su mujer.

Phil Needle desvió la mirada y se distrajo al ver su propia cara en una de las fotografías que había sobre el piano, junto a otras de su hambrienta esposa y de la pequeña ladrona que habían concebido juntos. No lograba oír si Gwen seguía llorando al final del pasillo.

—La que parece aislada es ella —dijo por fin, y se puso de pie sin su magdalena y sin su mujer.

Cruzó la cocina, pasó de largo frente al despacho y el cuarto en el que Marina pintaba y caminó más despacio hacia la puerta del baño. Lo hizo de puntillas sobre la moqueta, pero aun así no logró oír nada cuando se detuvo frente a la puerta. Podría haber golpeado o haberla abierto sin más y haber intentado abrazar a su hija en aquel pequeño cuarto de baño para que se sintiera mejor. Seguro que estaba llorando con la

cara hundida en las toallas húmedas. Podría haber acomodado, una vez más, su mechón de pelo detrás de la oreja, pero lo que tenía que hacer era decidir un castigo. Iba a estar castigada y, seguramente, le odiaría por ello. De manera que Phil Needle se alejó y se detuvo un minuto frente a la puerta del despacho mirando la proyección del falso árbol que se movía detrás de la falsa ventana y luego el escritorio en el que estaba la última de las invitaciones. Del otro lado de aquella pared estaba Gwen, furiosa y con furiosas palabras escritas en la mano, aunque por supuesto Phil Needle no sabía, no podía saber, la violencia que asomaba por el horizonte, la sangre que se iba a derramar y el daño que iban a sufrir algunos ciudadanos. Aun así, si se lo hubieran dicho en ese momento, tal vez no se hubiera sorprendido. Lo que sentía es que todo aquello lo había pillado por sorpresa. Se había apresurado para llegar casa y hacerse cargo de la urgencia del problema pero luego no había logrado aportar nada útil, lo único que se le había ocurrido era comprar magdalenas. No había dicho nada. Había arruinado el régimen de su mujer. Estaba solo en la habitación hundiéndose en el viejo sofá con la mirada fija en una ventana irreal. No era más que un marinero de agua dulce, no era un hombre de mar ni siquiera en su propia casa, y su hija, su niña, estaba echando humo en la habitación de al lado, trastornada, a la deriva y castigada sin salir.

Capítulo 2

No os metáis con Gwen. Estaba encerrada, sola, tumbada en la cama y mirando el techo. En su otra habitación —la casa anterior era mucho mejor que esta— había estrellas en el techo. No eran estrellas de verdad, por supuesto, ni siquiera parecían estrellas de verdad, pero eran buenas sustitutas, un recordatorio de que por encima del techo había un cielo repleto de aviones y de otros planetas. El techo de la nueva habitación era blanco y no le recordaba nada. Sabía que en pocos minutos todos iban a meterse con ella pero todavía eran las seis menos diez de la mañana. Se suponía que tendría que haberse levantado a las seis menos cuarto, pero el radio despertador que su padre le había comprado adelantaba la hora cuando uno lo programaba. Su padre le había dicho que era su responsabilidad levantarse a tiempo pero Gwen no lo veía así. No era su responsabilidad; eran los demás los que querían que ella fuera a cada uno de los sitios a los que acababa yendo.

Estaban poniendo una canción de Tortuga: «You Ain't Hittin». Era una de las cosas que más disfrutaba en el mundo: sostener un cigarrillo imaginario entre los labios y lanzar una nube de humo blanco hacia el techo. El cuarto seguía todo revuelto y los cajones aún estaban medio abiertos y vacíos porque su madre había tirado todas sus cosas creyendo que las había robado. Aquello sí que había sido un robo: le habían robado todo a ella. Tortuga, que había crecido en la calle, seguro que la comprendería. Por encima de aquella voz suave y enfadada podía escucharse el zumbido de la débil meada de su padre, algo que jamás se oía en la casa anterior. Le daba vergüenza escucharlo, aunque por otra parte su padre siempre le daba vergüenza. También le daban vergüenza su madre, el colegio, el embarcadero, su ropa, su propia voz en el teléfono, el color naranja, la televisión, la música antigua, los entrenadores, la comida extravagante, ser judía, los vaqueros, las horquillas en los peinados de las viejas, el sudor, los niños, los jerséis largos y todo lo demás, todo excepto las seis canciones del álbum Tortuga. Se puso de pie para mirar el agua y el puente. Ya se veía gente buceando. Gwen iba a tener que crecer, levantarse todos los días y conducir hasta alguna oficina. En cualquier momento iban a empezar a meterse con ella y una vez que aquello arrancara, no se iba a parar jamás.

Se lavó los restos de tinta que le quedaban en la mano en su nuevo baño y vio cómo se alejaba por el desagüe para manchar el océano. Del otro lado de la pared en la que estaba colgado el espejo de su baño lo estaba también el espejo del baño de su padre, de manera que era como si la estuviera mirando directamente a través del espejo con su pelo enmarañado y su mal aliento. Gwen siempre iba hecha un desastre porque tenía que cambiarse para ir al colegio en el vestuario de la piscina. Estaba cansada de ser una «Marioneta».

Su padre estaba preparando las tostadas, como siempre. Gwen sintió el cansancio de tener que esperar una eternidad para que alguien terminara una tarea tan sencilla y

doméstica, decir «gracias» y poder seguir con su vida.

—¿Sigo sin poder salir?

—Te dijimos que no podías salir porque has robado —dijo, para variar, su madre—. Te espera un castigo y mientras tanto por supuesto que no puedes salir.

—Excepto para ir a la piscina —dijo su padre con la intención de animarla. La parte de arriba del bañador de su padre asomaba por la cintura de sus amplios y pálidos vaqueros. Gwen le había escuchado decir a unas personas en cierta ocasión que nadaban juntos porque así se obtenían mejores resultados—. ¿Crees que el pequeño Glasserman será más rápido hoy? ¿Cómo se llama?

Cody Glasserman era casi siempre el más rápido. A pesar de ser delgado como un palo, ganaba a todos los chicos en velocidad. No sabía por qué le hablaba su padre de él. Solía llevar un bañador ajustado y soso, de modo que Gwen no podía pensar en Cody Glasserman en aquel momento de su vida.

—Ni idea —contestó Gwen, y el padre por fin terminó de untar la tostada y se la acercó en un plato.

Estaban de pie, uno junto al otro frente a la encimera de la cocina mientras la madre miraba fijamente hacia fuera, hacia el patio. Toby II hacía unos ruidos desagradables frente a su cuenco.

—No te he oído darle las gracias —dijo la madre.

—Me acaba de pasar el plato —contestó Gwen con amargura—. Gracias por la tostada. —Su padre le había puesto demasiada mantequilla y había esparcido un poco de miel encima.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó su padre.

—Que gracias por la tostada —repitió Gwen con un tono todavía peor.

Él levantó las manos como si lo estuvieran arrestando y eso fuera muy gracioso.

—No, no. Te pregunto qué estabas oyendo hace un rato. Se escuchaba pam-pam-pam, sonaba bastante bien.

«Pam-pam-pam...». Casi le daba lástima.

—Tortuga.

—¿Tor-qué?

—Me encanta... Si consigues entradas para el concierto de Tortuga no se las des a Allan, me muero por ir.

—Vale.

—¿Puedes? —preguntó Gwen, y pensó: «O tú también quieres torturarme»—. ¿Puedes conseguir entradas para ese concierto?

—Déjame que lo piense —contestó el padre, pero Gwen sabía lo que eso significaba.

Partió la tostada y se metió una mitad a la fuerza en la boca, luego cogió la mochila y deslizó la puerta corredera dejándola abierta al pasar. El tiempo no era frío ni caluroso, era aburrido.

—Te olvidas del zumo —dijo su madre.

¿Por qué no le decían claramente lo que todo el mundo sabía, que Gwen había sido un error? Cruzó el patio a zancadas sintiendo el calor en la pierna. Cogió el ascensor para bajar al aparcamiento y sentarse en el coche de su padre porque aquel era el segundo mejor momento del día. Arrojó la otra mitad de la tostada en un cubo de basura que por algún motivo estaba lleno de pilas, pero no pudo dejar de masticar el trozo que llevaba en la boca. Era una delicia. La deseaba, se merecía aquel trozo de tostada por haberse levantado tan temprano y porque sus padres pensaban que había robado una sucia revista. Apretó el botón del mando para abrir el coche de su padre y entró. No era su responsabilidad llevar las llaves pero le hacía el favor de bajarlas porque él jamás se acordaba. Ella le hacía favores a la gente, pero ¿qué favores le hacía la gente a ella? La noche anterior, cuando le dijeron en qué iba a consistir el castigo, su madre le dijo que era una desagradecida. Pero no, no era ingratitud. Ahí estaba sentada esperando a que la llevaran a un sitio al que no quería ir y por eso pulsaba el botón del mando que abría y cerraba la puerta del garaje del edificio, tres pisos más arriba, como si presionara un cardenal para saber si aún le dolía. Estaba demasiado lejos como para que llegara la señal, era un aparato inútil con un botón inútil. ¿Qué importaba lo que ella quisiera, qué importaba el cielo allá a lo lejos, tan lejos y por encima de aquel oscuro sitio bajo tierra? ¿Qué importaba adónde deseara ir ella? Nada iba a cambiar y dentro de veinte minutos la que iba a estar cambiándose era ella en el vestuario mientras los demás le miraban la cicatriz.

La quemadura había estado ahí siempre, como una isla en la pierna de Gwen, con los mismos extraños e indecisos márgenes de una tierra golpeada por el mar. Se había instalado ahí hacía años y era un horizonte reconocible para cualquiera que sondeara esa región. Fue descubierta, al igual que América, por la mirada de Naomi Wise.

—¿Qué es eso? —le preguntó señalando y acercando el dedo lo más posible a Gwen sin tocarla mientras ella se quitaba el sujetador por debajo de la camiseta.

—¿Qué es qué?

—Eso, en tu pierna.

—Ya te lo he contado.

—Pero no lo había visto antes.

Eso no solía suceder, Naomi Wise lo veía todo. Ella y Gwen se habían convertido en amigas, si es que aún lo eran, el día que Naomi se inclinó y le hizo un comentario sobre Stacey Gleason.

—Lleva la misma ropa que se puso el viernes para la fiesta.

Gwen no había sido invitada a la fiesta del viernes pero aun así sonrió mientras Naomi se erguía sin darse cuenta de nada y con la cara al viento. Solo habían invitado a los más conocidos. Naomi se había hecho famosa cuando inventó la moda de recogerse el pelo con el sujetador de un biquini. A esa edad Gwen ya sabía que se trataba de algo tan estúpido como importante. No podía permitirse el lujo de perder a Naomi, así que a partir de entonces empezó a caminar con un ritmo estudiado y cuidadoso. Gwen no era de las más populares, estaba en un puesto entre el 29 y el 35

del *ranking* según sus cálculos y los de Naomi, mientras que Naomi ocupaba el noveno.

—Tenía cuatro años —repitió Gwen con paciencia—, y me subí a la mesa para coger una rosquilla y se me cayó la cafetera encima. Estaba hirviendo. Un segundo más tarde tenía una quemadura de tercer grado. Le arruiné el cumpleaños a mi abuela porque tuvimos que marcharnos a urgencias.

—Ah, sí, ahora me acuerdo —dijo Naomi con un gesto de reconocimiento que a Gwen no le gustó.

Naomi era su mejor amiga. Casi siempre estaba entusiasmada y se fijaba en todo, ella era la que exploraba mientras que Gwen se limitaba a estar ahí, en el lugar adecuado o al otro lado de la línea del teléfono, incluso cuando Naomi regresaba con sus pequeñas presas secretas a las que ataba en el cobertizo o abría en canal para jugar con sus órganos. Naomi era mezquina con frecuencia, pero divertida, y en la vida había pocas posibilidades para la diversión cuando a una no le dejaban coger sola el autobús. Pero últimamente el habitual entusiasmo de Naomi se había vuelto más cauto y por lo general cortaban la conversación telefónica cuando alguna decía algo sentencioso. Gwen se daba cuenta de cómo iba a terminar todo aquello, pero era incapaz de gestionarlo mejor para llevarlo hacia otro lugar. Lo cierto es que no tenía otros amigos en el colegio. Era complicado. Gwen miró a Naomi, que seguía observando su cicatriz, y pensó que el barco se hundía.

—¿Y los médicos no pueden arreglar una cicatriz así?

—Tal vez, cuando sea mayor —contestó Gwen, y pensó en algo más que decir—. Estoy metida en un lío, no me dejan salir de casa.

Naomi volvió a asentir como si también aquello fuera algo que recordaba.

—¿Por?

Gwen pensó que no podía cerrar los ojos sin volver a ver la portada de *Colegialas*.

—Mi madre se ha enfadado conmigo y mi padre se ha puesto del lado de mi madre, como siempre.

—Pero ¿qué has hecho?

Gwen se puso de pie con el traje de baño puesto. Todavía recordaba la época en la que no le importaba cómo llevaba el pelo. Tenía la cara bien, pero casi podía sentir las espinillas que le iban a salir, alineadas y en sus puestos esperando la señal; le había quedado una miga entre los dientes y sentía pinchazos en todo el cuerpo como si fuera un mapa. La cicatriz sobresalía más ahora que Naomi la había mencionado.

—Cogí algunas cosas en la farmacia.

—¿Qué? ¿Has robado?

—No sé, estaba aburrida.

—¿Y qué te han hecho?

—No me dejan salir de casa y me van a castigar.

—Podrían haberte denunciado —dijo Naomi como una profesional—. ¿Cuál es el

castigo?

Se oyó el sonido del secador de pelo y uno de los bebés de la clase de natación para bebés chilló de placer al sentir el aire caliente, mientras una anciana, integrante del lento y sonriente equipo llamado «Aquadettes» —la cosa más vergonzosa del mundo en opinión de Gwen—, se acomodó sus vetustos y siniestros pechos.

—¿Puedo contarte yo también un secreto? —le murmuró Naomi al oído. Gwen asintió en medio del ruido—. Estoy enamorada de alguien, de alguien que está aquí.

A Gwen no le pareció demasiado interesante. Eso pasaba con frecuencia y siempre era de alguien que estaba allí, no importaba dónde estuvieran.

—¿De quién?

Naomi cogió a Gwen por el brazo y salieron agarradas hacia la piscina. No se había quitado la ropa.

—Te lo mostraré.

—No te has cambiado.

—Le diré al entrenador que estoy con la regla. Quiero estar toda la clase sentada mirándolo. Ayer fui a verlo al entrenamiento.

—¿Hubo entrenamiento ayer? Creí que era puente.

—Era opcional. ¡Es tan guapo!

—El entrenador no te va a creer, acabas de tener la regla.

—¡Ey! ¿Me estás escuchando o no?

Gwen sintió ganas de reír pero Naomi le dio un pequeño empujón mientras doblaban la esquina de la piscina. Fue un empujón fuerte, tal vez a propósito. Gwen tuvo que hacer equilibrios para no caerse sobre el suelo de hormigón y apoyó una mano en los azulejos mientras Naomi se daba media vuelta para mirar hacia las tribunas. A Gwen no le importaba el secreto porque ella estaba enamorada de Nathan Glasserman.

Cody Glasserman tenía un hermano. Gwen le vio revolviéndole el pelo a Cody y acercándose hasta la piscina a zancadas. Llevaba un cordón negro anudado alrededor del tobillo. Tenía el pelo largo y maravillosamente rubio y una sutil sonrisa torcida. Gwen mantuvo la mano apoyada en los azulejos. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Había llegado un nuevo «Tiburón» a mitad del semestre? Cody le devolvió a su hermano un golpe en la pierna. Enseguida iba a estar mojado y ella iba a poder ver aquellos pequeños, pequeñísimos pelos ondulados que subían desde el interior de su bañador. Se agarró al borde curvo de la escalerilla que salía del lado más profundo de la piscina y con un aire casual dio un salto con las piernas rectas como si fuera un muelle, mientras se reía de algo que le había dicho Cody. Gwen sintió que un escalofrío la atravesaba de arriba abajo, como una gota que se arrastra por el cristal de una ventana, y se detenía entre sus piernas como una repentina y acariciante ola. Por primera vez en su vida comprendió por qué las chicas de *Colegialas* se abrían de ese modo. Si en ese mismo instante él se hubiera acercado a ella y la hubiera cogido de la mano y le hubiese propuesto desaparecer juntos en algún lugar privado, ella le

hubiera dicho que sí incluso antes de que él se lo propusiera.

—¡Todo el mundo al agua! —gritó el entrenador—. ¡Las Marionetas en el cuarto carril! ¡Los Tiburones del primero al tercero! Estilo libre, veinte vueltas y veinticinco los de la Tercera División.

Todos se pusieron en marcha. Gwen se encontraba entre un rebaño de Marionetas de distintas edades, todas delgadas y sin cicatrices de quemaduras en la pierna. Los chicos y un puñado de chicas que jamás iban a ser populares se zambulleron entre el primer y el tercer carril, junto a un grupo de padres desesperados entre los que se encontraba el suyo, buscándola entre el montón. Bajó la mirada, igual que Cody, y arrojó su toalla a la tribuna en la que nadie se sentaba porque había un letrero que decía PINTURA HÚMEDA. Llevaba un año colgado allí pero la gente seguía sin sentarse por si acaso. Naomi la observó desde la tribuna de enfrente hasta que el entrenador se interpuso entre ellas.

—¿Y a ti qué te sucede, Wise? —le preguntó.

Naomi bajó la mirada a sus vaqueros y luego la levantó otra vez hacia el entrenador fingiendo timidez.

—Estoy con la regla.

—Acabas de tener la regla.

—Entrenador...

—No me digas «entrenador» con ese tono, Wise. ¿Crees que he nacido ayer?

Gwen bajó la vista y se puso el gorro de natación. El chándal del entrenador se abultaba en ciertas partes como los fardos de paja en el campo. Pensó que debía tener... da igual, muchísimos años. Se acercó al agua un paso más y esperó su turno. Nathan había desaparecido en medio del agua y el chapoteo. No alcanzaba a oír lo que decía Naomi pero sabía que iba a conseguir quedarse en la tribuna como quería. Vio que el entrenador movía las manos rápidamente frente a ella con un gesto de «Me rindo», y sopló el silbato para demostrarle a los demás que no era un buen tipo y dio un pequeño grito en mitad del eco de los chapuzones.

El deseo la animó a hacer el precalentamiento. Era rápida. No podía dejar de pensar en él. Por primera vez en la vida estaba enamorada. El mundo entero pasaba a través de aquel chico como a través de un prisma: azul, jabonoso y cargado de posibles citas. Le habían prohibido salir de casa pero iba a verlo todas las mañanas en la piscina, y cuando por fin le dieran permiso para volver a salir, tal vez él la invitara a hacer algo. Tenía que encontrar la manera de hablar con él, quizá podría conseguirlo si se vestía rápido y se quedaba un rato tonteando afuera mientras su padre terminaba de arreglarse con su estúpido peine. Se lo imaginó sonriendo al oír algo que ella decía, con el pelo todavía húmedo por la ducha —en la que había estado desnudo—. Y entonces, por primera vez en todo aquel año, pensó en Allan, el chico que trabajaba con su padre. La secretaria le había pillado tocándose. Por alguna razón su padre se lo había contado y hasta había hecho un gesto con la mano que ella no le había visto hacer jamás y que después se pasó semanas intentando borrar de su

mente, el movimiento tubular de arriba abajo alrededor de un pene invisible. Ahora lo sabía todo al respecto. Los chicos se hacían una a diario. El truco, le había contado Naomi una vez por teléfono, era lograr que lo hicieran pensando en una.

Ella respiró, pataleó y recordó la guía para citas que había leído en una revista con Naomi. Se lo imaginó pensando las preguntas que se supone que los chicos se tienen que hacer antes de invitar a una chica: ¿se sentirá segura? ¿Se sentirá cómoda? ¿Le divertirá la actividad a la que la estoy invitando?

El entrenador sopló el silbato. A nadar de espaldas. Al dar la vuelta Gwen le echó un vistazo, dos carriles más allá, pero luego tuvo que mirar bien alto hacia el techo. Una de las bombillas se había fundido, los rayos de sol entraban neblinosos a través de las claraboyas sucias a causa de las hojas. Como siempre, fue contando los azulejos: me ama, no me ama, arqueando la espalda para que sus pechos se vieran bien si por casualidad él llegaba a mirarla. Se dio la vuelta fingiendo no ver a su padre, que le hacía un gesto con los pulgares levantados y las gafas de natación puestas desde debajo del cartel que tenía un tiburón pintado.

Los Tiburones echaron unas carreras divididos en grupos por edades, según la clasificación de las competiciones estatales. El entrenador los animaba, y cuando las Marionetas terminaran sus largos tendrían que mudarse a la piscina pequeña con Tammy King, la coreógrafa, porque formaban parte de la Unión Nacional de Natación Sincronizada División Juvenil. Realizaban sus rutinas a nivel competitivo pero jamás ganaban ningún encuentro, no sumaban méritos técnicos. A Gwen no le importaba. Se había unido a las Marionetas porque era un sitio donde esconderse. Era una buena nadadora, sabía que lo era, pero llegada cierta edad una ya no podía seguir compitiendo. Si lo hacías, significaba que eras lesbiana. Todas las chicas que nadaban se unían a las Marionetas cuando cumplían la edad, aunque ella se enteró varios años después de haberla cumplido. Se lo contó Naomi. Gwen entró con demasiada velocidad a la vuelta, al igual que el chico que estaba en el tercer carril, y se chocaron con fuerza, los huesos golpearon y ella sintió un sonido como de gong en los oídos. Se agarró al bordillo, tosiendo y parpadeando salvajemente para ver si Nathan Glasserman la había visto.

—¿Te encuentras bien?

Era Nathan Glasserman.

Gwen respiró profundamente, como si hubiese estado a punto de ahogarse. Un chico que nadaba dos carriles más allá, un chico cualquiera, dio la vuelta y Gwen pensó que tenía unas piernas horribles.

—Sí, estoy bien. Me pilló por sorpresa, nada más.

—A mí también —contestó él. Al mover la cabeza sacudió un halo de gotitas y le sonrió con esa sonrisa que ella había visto antes—. Me llamo Nathan.

Su nombre era Nathan.

—Gwen —contestó Gwen después de morderse el labio para no responder «Octavia»—. Eres nuevo, ¿verdad?

—No, no soy nuevo. Vengo con mi hermano solo para mantenerme en forma. Estoy en el equipo de la escuela pero ha terminado la temporada. ¿Y tú qué haces?

—¿En mi tiempo libre?

Nathan se rio dejando caer un poco hacia atrás la cabeza de modo que ella pudo concentrarse en sus dientes blancos y en su cuello mientras los dos se movían como en un baile.

—No, me refiero a dónde compites.

—Ah... con las Marionetas.

—¿En eso del *ballet* de agua?

—Sí, algo así.

—Hay algunas chicas muy guapas allí —dijo Nathan, y luego se acomodó un mechón de pelo rubio sobre los ojos. Gwen se dio cuenta de que él no había querido decir eso—. ¿Y también estás en el equipo de la escuela?

No podía permitir ni por un segundo, ni por un segundo, que él creyera que era lesbiana.

—No.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

Él sonrió otra vez.

—Tal vez eres demasiado joven para que hable contigo.

Esa manera de tontear implicaba tantas cosas al mismo tiempo: el deseo que sentía Gwen por él, el pudor que le provocaba aquel deseo y la vergüenza que le provocaba sentir aquel pudor. Estaban obstaculizando el tránsito de los carriles así que Gwen tuvo que mover la línea de boyas que los separaba. Quedó muy cerca de él. Miró hacia donde estaba Naomi, apenas a unos metros de distancia sobre las gradas, y notó con cierto orgullo que ahora por fin la estaba mirando.

—¿Y qué haces? —preguntó Gwen.

—Un poco de todo. El entrenador dice que soy bueno en los largos, pero a lo mejor lo dejo. ¿Ves esto?

Él levantó la palma de una mano y ella apoyó encima la suya. No tenía ni idea de qué le estaba hablando. Estaba cálida y mojada. Por el rabillo del ojo vio que Naomi movía las manos.

—¿El qué?

—Mis dedos. Se me arrugan demasiado y me arruinan los callos. Toco el bajo en una banda.

—¿Cómo se llama?

Él se rio de nuevo.

—«El Culo de Satán». No me gusta. Somos una especie de, no sé... según el batería somos una explosión funky. ¿Te gusta Tortuga?

—Mi padre trabaja en la radio y va a conseguirme unas entradas.

—¿Con entradas quieres decir más de una? Llévame.

—Tal vez —contestó Gwen en vez de decir «sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí».

Nathan estiró el brazo y le acomodó un pequeño mechón de pelo que se le había escapado del gorro. Se lo puso sobre la mejilla. No le había dicho cuántos años tenía él pero, si no se marchaba a la universidad en otoño, sí tenía edad suficiente como para andar tonteando con ella de aquel modo.

—Te voy a deber un favor —dijo él.

Tammy King sopló su silbato.

—Todas las Marionetas a la piscina pequeña, quiero ver el Moonlight Dance.

—Mi hermano tiene tus datos en la lista —dijo Nathan—, te llamaré o algo así, ¿vale?

Gwen no podía hablar. Apenas movió la cabeza de arriba abajo como un trampolín. Él era lo mejor que había en el Centro Comunitario Judío y su sonrisa se deslizaba hasta el interior de su traje de baño, inflamándole el pecho de vanidad y de una lujuria egoísta. Bendita aquella sucia luz del sol y aquellos cuatro carriles de la piscina, bendito incluso su padre, hasta en los días en que le goteaba agua de la nariz. Apoyó los codos en el bordillo y salió del agua dejando caer gotas de alegría y gratitud sobre el hormigón mientras Nathan la seguía mirando.

—Espera, tienes algo en la pierna.

La felicidad no se parece en nada a lo que suele decir la gente, a una luz brillante y etérea que vive escondida en el interior. En realidad todos pueden verla, se despliega sobre el mundo y se exhibe en los escaparates para que los demás la vean. Todas y cada una de las parcelas de felicidad pertenecen a alguien, a una única persona. Justo en aquel instante Gwen comprendía lo que eso quería decir. Significaba, por supuesto, que la gente te podía robar la felicidad.

—¿Ahora te das cuenta? —Naomi Wise había perfeccionado un tono de escepticismo casual que dejaba mudo a cualquiera.

—Eh...

—Es rara, ¿no? —Naomi había estirado las piernas y se había levantado de la tribuna, de modo que ahora estaba de pie frente a Nathan, sonriendo, a la expectativa—. Todos la llamamos «La mancha».

—La mancha. —Nathan no pudo evitar repetirlo—. Esa es buena, muy buena.

Dejó escapar otra carcajada y la esperanza de Gwen se escapó con ella para aterrizar en algún lugar sobre el agua agitada por los estúpidos nadadores. Apretó los puños y sintió que el mechón de pelo que él le había dejado en la mejilla chorreaba más espeso que las lágrimas. Ella no era más que un error, un espeluznante y chamuscado error. Giró la cabeza a toda prisa, sin ningún encanto, para ver quién más la estaba mirando. Algunas Marionetas pasaron a su lado rápido fingiendo que no habían oído nada, y Cody Glasserman, pequeñito y delgado con su absurdo bañador, se plantó a unos pasos de distancia con las manos apoyadas en las caderas y mirándola con unos ojos abiertos y caninos. Sintió el estruendo de su mente, el trueno de la injusticia, la apabullante maldad del mundo entero, y su propia furia alzándose

como un pez extinguido hace mucho. «Esa es buena». De modo que todos lo sabían, todos eran ladrones. Y ella no era más que un puente incinerado que jamás iba a volver a poner un pie en aquella piscina.

Phil Needle alzó la mirada de la lista sintiéndose culpable y travieso. Había varios puntos que habían sido tachados, lo que indicaba que había cumplido esas tareas, aunque para ser exactos eran tareas que se le acababan de ocurrir, obligaciones que ya había cumplido y que había anotado ahora solo para poder tacharlas. Aun así sirvieron para levantarle la moral. Él personificaba el espíritu rebelde de América y esperaba que eso se pudiera entender con claridad cuando vio a Levine de pie junto a la puerta. No llamó, no se le daba bien esa parte del trabajo ni ninguna otra. El motivo por el que Phil Needle la había contratado había sido, en realidad, que no había ningún motivo para hacerlo. Y ahora estaba allí.

—Dijo que la reunión de equipo sería a las nueve y media. Son las 9:40.

Phil Needle miró su ordenador en un silencio afirmativo.

—¿Ya están todos?

—Están todos menos usted y ya sabe quién... Supongo que se debe haber retrasado.

—El doctor Croc.

Levine se avergonzó. Phil Needle sabía que ella odiaba pronunciar aquel apellido.

—Sí, el doctor Croc —dijo al fin.

—Está bien —dijo, y se levantó para ir a hablar con su equipo.

Levine abría el camino. En su primera mañana de trabajo le había pedido que revisara una carta que había escrito para enviar a los herederos de Belly Jefferson. En cierta ocasión Leonard Steed le había dado un consejo: «Si tienes la sensación de estar repitiendo la misma palabra una y otra vez, la estrategia es reemplazarla por el término “chiflado”, de modo que al revisar la carta te verás obligado a buscar una nueva palabra cada vez que aparezca». Phil Needle tenía problemas con la palabra «inspiración» y le parecía que tenía que extirparla. Levine no había encontrado erratas y la envió tal y como estaba, pero resultó que la carta tenía seis «chiflado» sin reemplazar. Cuando le preguntó por qué la había enviado así, Levine reconoció que había creído que la carta se refería a algún problema relacionado con la locura. No la despidió. Phil Needle también había sido joven alguna vez y los herederos de Belly Jefferson se quedaron tan confundidos con la carta que lo llamaron enseguida. Después de explicarles lo sucedido y agregar dos o tres anécdotas sobre Levine que inventó sobre la marcha, se rieron por teléfono y ahora, tal como había planeado, el primer episodio de su nuevo programa estaba casi listo. *Querida Renée, apuesto a que tus necesidades siguen insatisfechas, pero Phil Needle Producciones está cada vez más cerca de alcanzar su destino.*

Cuando entró en la sala sus hombres de confianza, Allan y EZ, se estaban riendo.

—¡Jefe! —dijo EZ. A Levine no le gustaba llamarlo EZ y lo llamaba Ezra con

cierto toque de desprecio—. Escuche lo que ha sucedido con lo de la tintorería.

Se trataba de un anuncio de Tintorerías Increíbles que había decidido producir. Aquella frase: «¡Somos increíbles!», había estado resonando una y otra vez por el Estudio A durante los últimos dos días en la estridente y alegre voz en *off* del actor contratado. También habían enviado a un periodista para que entrevistara al dueño y ahora Allan estaba tratando de unir aquella declaración de intenciones a la histeria del actor para darle al anuncio un tono más sobrio. Allan le dio al *PLAY* y Phil Needle escuchó la tímida y aflautada voz del periodista al que solían llamar:

«—Dígame, señor, ¿por qué el nombre de Tintorerías Increíbles?

»—¿Y a ti qué coño te parece?».

El equipo rio a carcajadas y lo pusieron otra vez. Levine esbozó una sonrisa abierta pero culpable.

—¿Y eso? —preguntó Phil Needle.

—No hay nada rescatable en la entrevista —dijo Allan—. Me he pasado el día intentando manipularla un poco pero toda la entrevista es así.

—¿Sabía que era para un anuncio de su propio negocio?

—No tengo ni idea.

—No contratemos más a ese periodista —decidió Phil Needle.

—Tal vez ha llegado el momento de tu florecimiento cruzado.

—¿Mi qué?

—Ya sabes, eso de las abejas y las flores.

—Polinización cruzada —aclaró Phil Needle. Leonard Steed le había ayudado a desarrollar la idea de que tal vez tuviera que sorprender a sus clientes con un nuevo estilo de anuncio. Algo más honesto, sin gritos ni silbidos, sin la típica canción pegadiza ni declaración de intenciones alguna porque la marca era tan buena que el propio Phil Needle, de Phil Needle Producciones, era un cliente. Con un poco de ingenio, según Leonard Steed, el anuncio podía dejar en el ambiente cierta sensación de misterio, un anuncio dentro de otro anuncio hecho por Phil Needle Producciones. Todavía no habían utilizado aquella estrategia pero le gustaba mucho—. La expresión correcta es «polinización cruzada». Y sí, de acuerdo, vamos con eso.

—¿Te refieres a la idea de que tú mismo salgas diciendo que eres un cliente? —preguntó EZ rascándose la nariz—. ¿Te gusta Tintorerías Increíbles?

—Sí, me gusta. Dejan la ropa limpia.

—Pero ¿dejan limpia la tuya?

—Me pagan para que les haga un anuncio y yo utilizo ese dinero para que me limpien la ropa, sí. —Tintorerías Increíbles quedaba en el otro extremo de la ciudad.

—Ya... Supongo que eso forma parte del espíritu americano.

—América. —Allan chasqueó los dedos—. Tengo una idea para el programa sobre América, para otro episodio. Las Olimpiadas. Esa sí que es una historia americana.

—Pero es aburrida —dijo EZ—, esas historias son todas iguales. Siempre son

chicos que entrenan a diario para honrar a algún familiar que no ha vivido lo suficiente para ver cómo triunfan.

Ahora Phil Needle comprendía por qué su hija había abandonado las clases de natación. Estaba aburrida. Habría bastado con que se lo dijera, aunque tal vez lo había hecho. Se miró las manos, receloso de los deportistas olímpicos, de la sonrisa que mostraban cuando acababan de hacer algo muy difícil de una manera previsiblemente correcta.

—¿Tenemos un nombre para el programa sobre América?

—No —contestó Phil Needle—, y ese es el primer objetivo de esta reunión.

—Yo voto «América, América» por la canción —dijo el doctor Croc mientras entraba cojeando. Como siempre, venía cargado con demasiadas bolsas. Era un hombre muy gordo, tenía casi la misma edad que Phil Needle pero solo con mirarle el sombrero Phil sentía ganas de llorar.

—Llegas tarde —dijo Phil Needle.

—Me encontré con un tipo en el autobús —dijo entregándole una tarjeta—, es fontanero. Dijo que nos echará una mano siempre que necesitemos su ayuda, que no nos va a estafar. Quiere ser nuestro «manitas». A los consumidores de hoy les gusta este tipo de tratos.

Casi todas las semanas el doctor Croc traía a la oficina alguna tarjeta de ese estilo. Hacía mucho el doctor Croc había sido locutor en un programa de radio matutino bastante popular en Nueva York. El programa se llamaba *El show del doctor Croc y Whiskers*, y Whiskers era una mujer de voz joven y sensual pero en realidad era de mediana edad y se pasaba el día comiendo rodajas de piña que venían en cartones de plástico. Phil Needle tenía el típico programa de relleno por las tardes, en el que transmitía los saludos que llegaban por fax al mediodía, de modo que esperaba su turno viendo cómo el doctor Croc se reía al otro lado del cristal a prueba de sonido, hasta que una noche, en la apertura de algún club nocturno —«Venga e invite a una copa al doctor Croc», era el anuncio—, el doctor Croc le ofreció a Phil Needle un poco de cocaína.

Durante un tiempo y gracias a las drogas Nueva York se convirtió para Phil Needle en un océano maravilloso y el doctor Croc en su primer compañero en la avidez y la suerte. Pero al cabo de unos meses, un día Phil Needle se sentó frente al micrófono en la cabina y sintió cómo la inseguridad le carcomía por dentro. Le parecía que en el metro la gente de raza blanca reaccionaba de la misma forma cuando alguien tenía un comportamiento extraño, y que cuantas más drogas tomaba él, menos se entendía con la gente. El ascensor de la oficina iba cada vez más lleno debido a que habían abierto una nueva empresa en el piso de abajo; todos los días entraba un judío ortodoxo tras otro y empujaban a Phil Needle contra el mugriento espejo hasta que al fin se quedaba solo en el último piso. Aquella fue una señal. Dejó las drogas cuando regresó de unas cortas vacaciones en San Francisco, adonde había ido a visitar a sus padres, y volvió a Nueva York lo suficientemente seguro como para

convencer al doctor Croc —ahora sobrio porque lo habían despedido y estaba asustado— de que trabajara con él en la nueva empresa que Leonard Steed le había sugerido que montara. Allí conocería a la que luego se convertiría en su esposa, al poco tiempo de dejarlo por fin con Eleanor.

Eleanor.

—Ya tenemos un manitas —le dijo Phil Needle con gentileza—. Estas oficinas son de alquiler, Croc, no necesitamos preocuparnos de las tuberías.

—Los consumidores de hoy en día no sabían eso —dijo el doctor Croc recogiendo la tarjeta. Referirse a sí mismo como «los consumidores de hoy en día» era un chiste que solía hacer en su programa de radio y que no había podido abandonar.

«—Dígame, señor, ¿por qué el nombre de Tintorerías Increíbles?

»—¿Y a ti qué coño te parece?».

—Grabaré un anuncio de polinización cruzada después de la reunión —dijo Phil Needle—. Podéis sugerir algunas ideas, lo grabaremos en el Estudio A.

—Estamos en el Estudio A —dijo Allan impasible.

Phil Needle movió la cabeza, asintiendo.

—Y ahora quiero un informe sobre lo de Belly Jefferson —dijo.

—Ya hemos hecho la entrevista —dijo EZ—, necesitamos el fondo.

—Yo me encargo del fondo —dijo el doctor Croc—, quiero aprender. Podría hacerlo esta noche. Ya sabéis que todo el mundo me llama «míster Pilas» porque puedo pasarme la noche trabajando, dejadme que lo haga yo.

—Si le llaman «doctor Croc» —dijo Levine con paciencia—, no pueden llamarle «doctor Croc» y «míster Pilas».

Así hablaba Levine. A Phil Needle le pareció que el doctor Croc tenía ganas de aprender más cosas sobre la producción en la radio y él estaba dispuesto a facilitárselo. Y además, el doctor Croc no hacía casi nada en la oficina.

—¿Puede hacerlo? —le preguntó a EZ—. ¿Puede hacer el fondo?

—Si me explican mejor lo que quieren... —contestó EZ de mala gana y rascándose la cabeza—. Ya he incorporado los comentarios de ayer por la tarde y Barry terminó con el actor anoche, así que...

—Ya te he dicho que no es un actor —comentó Phil Needle—. No nos estamos inventando nada: es una entrevista a Belly Jefferson. Belly Jefferson era una persona real y estas entrevistas sucedieron en realidad.

—En los años treinta... —interrumpió Levine. Phil Needle se dio la vuelta y la miró recordando lo que Leonard Steed le contó que decía cada vez que uno de sus empleados comentaba algo que no le gustaba.

—¡Ouch! —dijo Phil Needle.

Levine dejó de sonreír.

—¿Qué? —preguntó.

—Me resulta un poco difícil decírtelo, tengo miedo de que te lo tomes como una

crítica...

Ella se apoyó contra la pared. Los muchachos se miraron.

—¿Y es una crítica?

—¿Ves lo que quiero decir? Este proyecto es importante, Levine. Puede llegar a ser algo muy importante si lo hacemos bien. Necesito que todo el equipo me apoye.

—Me dijo que quería que me hiciera cargo de las cosas.

—Y lo sigo queriendo.

—Bueno, a mí me parece bastante raro. Si lo que quiere es contar una auténtica historia americana, ¿por qué ha contratado a un actor para que haga del difunto cantante de *blues*?

—Belly Jefferson era un rebelde —contestó Phil Needle—, no como los músicos de ahora, que se pasan el día dando entrevistas —dijo, y movió la mano para señalar el estante en el que estaban los viejos episodios de *Riding the Rails*—. Lo que tenemos es una extraña conversación entre Belly Jefferson y alguien de los Smithsonian, pero el audio original tiene una calidad demasiado mala para Phil Needle Producciones y por eso estamos realizando una recreación de la entrevista original.

—¿Diciendo que sucedió en un club de *blues* que ni siquiera existe? —preguntó Levine.

—El Fiona existe. He estado cinco días negociando con los dueños.

—Pero no se puede ir allí, no es como Tintorías Increíbles.

En lo único en lo que podía pensar Phil Needle era en que tampoco quería ir a Tintorías Increíbles, pero el teléfono sonó antes de que pudiera contestar. Gracias, poderosos ángeles celestiales por echar una mano de vez en cuando. Levine se inclinó frente a Phil Needle para contestar pero sus cuerpos no se rozaron.

—Phil Needle Producciones... Sí. ¿De parte de...? Ah, sí, ya me parecía. ¿Cómo está usted? Sí, sí, yo también. Muy bien, sí. Sí, aquí está. —Dejó de reír nerviosamente y se apoyó el auricular contra el pecho—. Es Leonard Steed.

¡Leonard Steed! Phil Needle hablaba con él todos los días, pero aun así no podía evitar un sobresalto cada vez que oía su nombre.

—Lo cogeré, claro —dijo Phil Needle frenético—, pero en la oficina. Déjalo en espera.

Se pasó la mano por el pelo despeinado y cruzó el pasillo en el que estaba aquella planta que jamás movían. ¿Por qué no la movían? ¿Por qué jamás habían movido aquella planta más cerca de la ventana como decían siempre que iban a hacer?

—Leonard —dijo cerrando la puerta con el pie, pero presionó el botón equivocado en el teléfono y tuvo que volver a probar—. ¿Steed, estás ahí?

Leonard Steed estaba en no sé qué puesto del *ranking* de los hombres más ricos del país o del mundo. Estaba forrado. Vivía en una casa del tamaño de una verdadera casa, a la cual Phil Needle jamás sería invitado a pesar de las repetidas promesas de futuras invitaciones. Tenía el pelo largo por detrás pero por delante estaba calvo:

había un enorme espacio circular sobre sus bonitos y tranquilos ojos, justo en el lugar de donde salían sus ideas. Solía llevar camisas largas medio abiertas que siempre parecían estar inflándose con el viento. Era un tipo rebelde y astuto, un cazador de fortuna y un solucionador de problemas, y Phil Needle tenía la suerte de conocerlo, aunque Leonard Steed le había dicho que tener buena suerte era en realidad una habilidad.

—¿Con quién hablo?

—Phil Needle.

—Bien, bien, bien. ¿Cómo andas, Needle?

—Muy bien.

—Me alegra. Oye, Needle: Roger Cuff me ha desilusionado.

Roger Cuff era otro hombre del mundo de la radio que tenía un enorme y lujoso velero con el que navegaba hasta los rincones más remotos de la bahía de San Francisco porque —le había llegado a confesar durante una fiesta de colegas, susurrando y con un fuerte aliento a whisky— a su novia de veintitrés años le gustaba gritar cuando le daba por detrás. Él también era cliente de Leonard Steed y había tenido una idea para un programa que en un primer momento a Leonard le había gustado mucho más.

—¿Te ha desilusionado?

—Me ha quitado la ilusión igual que el *blues* —contestó Leonard Steed con un suspiro parecido a la estática—. Ya sabes, aquella idea que tenía para un programa llamado *¿En qué estás pensando?* Acabo de escuchar el final y es imposible.

—¿Qué tiene de malo?

—Lo que tiene de malo es que, al parecer, la gente piensa cosas que no le divierten a nadie. Por ejemplo, se encontró con un tipo a la salida de un hospital y le hizo hablar durante cuarenta y cinco segundos sobre su esposa, que está a punto de morir. ¿Quién quiere oír eso? Yo no. Yo quiero que su esposa viva, Needle.

—Claro.

—Pensé que un programa que le diera espacio a la gente corriente para que contara en qué estaba pensando iba a ser algo atrevido, ¿entiendes?

—Perfectamente.

—Había confiado tanto en Roger Cuff que hasta ahora no había oído el programa, hace un segundo, mientras venía a la oficina. No puedo darles más espacio, Needle. Te llamo porque sé que eres un tipo con ideas.

—Efectivamente, tengo ideas —respondió Phil Needle vislumbrando con el asustadizo ojo de la imaginación el velero de Cuff partiéndose por la mitad mientras su propio velero se abría paso entre la espuma, y a Roger Cuff presa del pánico, desesperado, agarrado con una mano a los restos de su velero y con la otra a su mojada e histérica novia. «Solo tengo tiempo para rescatar a uno de vosotros», les diría.

—Eso mismo pensé yo, Needle. Por eso soy el coproductor de tus programas y

por eso te he contratado como asesor de clientes. Pocas personas entienden de verdad este negocio. Ya no es como antes, cuando salí de Harvard... Ahora la radio es un arte moribundo.

—No te pongas así, Leonard. —Se trataba de una escena que representaban casi todas las semanas: Leonard Steed hacía de rey desalentado y Phil Needle de rufián joven e inspirado—. Justo hoy hemos terminado nuestro primer episodio.

—¿Para ese programa del que no querías contarme nada?

—Es una sorpresa.

—Ya, pero ¿me gustará?

—Yo creo que sí.

—No lo creas, dime la verdad: ¿me va a gustar o no?

—Sí.

—¿Tú crees que será un bombazo?

—Absolutamente.

—¿Tiene ese espíritu...?

—Sí.

—¿Un espíritu rebelde?

—Sí.

—¿Y va sobre América?

—Sí.

—Trámelo, Needle.

Hoy era su día, el momento preciso. El exceso de suerte le mareó.

—De acuerdo.

—Vente en avión, mañana mismo.

—¿Quieres que te lo lleve personalmente?

—No puedo poner todos los huevos en la misma cesta, Needle. Necesito que un valiente me saque de este lío. Este fin de semana es RADIO, ¿lo recuerdas?

RADIO era la Organización Internacional para el Desarrollo y los Artistas de la Radio. Phil Needle jamás lograba recordar las siglas porque la «R» se refería a «radio» y el resto de letras le parecía una masa de células dispersa y caótica en vez de lo que era en realidad: una organización profesional que se reunía una vez al año en un hotel frente a la playa en Los Ángeles. Leonard Steed formaba parte del comité de dirección y fue quien logró que las grandes cadenas se involucraran. Lo que había comenzado como una reunión de un par de días para socializar se había convertido en una monstruosa banda de asesinos y prepotentes, matones sin pies ni cabeza que tramaban operaciones hasta altas horas de la noche. Phil Needle regresaba siempre quemado por el sol.

—Pero me habías dicho que no era una buena idea ir este año.

—Te lo dije como asesor, Needle, pero como socio de producción te digo que te subas a un avión mañana mismo y me traigas lo que tienes. El sábado por la mañana tengo la oportunidad de hablar con la cadena y no pienso ofrecerles un programa

sobre un tipo angustiado por su esposa.

—De acuerdo.

—¿Qué significa «de acuerdo»?

—Que sí, que iré.

—Esta es una batalla ganada, Needle, están esperando que les proponga algo y tú tienes una programa que sé que me va a gustar porque va de todo lo que hemos estado hablando. Iremos juntos a la oficina y ya verás cómo nos dan todo lo que les pidamos.

Phil Needle se agarró la cabeza con las manos y separó las piernas en la silla. Los dos primeros años después de lo de Nueva York no ganó nada de dinero, pero cuando por fin lo hizo con una campaña de seis anuncios para Frankie, se echó a llorar. La segunda vez que ganó dinero se compró algunas cosas. La tercera vez, también se echó a llorar. La cuarta, se compró más cosas. La quinta, se compró más cosas. La sexta, se compró más cosas. La séptima, la octava, la novena y la décima vez que ganó dinero se compró cosas y a partir de entonces se alternaban los momentos en los que al ganar dinero se compraba cosas con las que se echaba a llorar, hasta llegar a aquel preciso instante. Pensó qué podía decir, qué frase debía pronunciar al teléfono para que aquel tesoro se acercara un poco más.

—Sí —dijo.

—Bien —contestó Leonard Steed—, me suena la otra línea. Te veo mañana.

Y ahí acabó la conversación. Levine entró sin llamar a la puerta.

—Justo la persona que necesitaba —dijo él—. Era Leonard Steed.

—Lo sé.

—¿Y cómo lo sa...?

—Porque fui yo quien atendió al teléfono.

—Ya... Mañana viajo a Los Ángeles para asistir a RADIO.

—¿RADIO?

—La Organización Internacional para el Desarrollo y los Artistas de la Radio. Hazme una reserva en el primer avión de la mañana.

Levine le dio un sobre.

—Aquí están las entradas, como me pidió.

—¿Ya las tienes? Pero ¿cómo...?

—Para el concierto de Tortuga mañana por la noche, dos entradas.

—Sí que eres buena con los patrocinadores.

—¿Eso quiere decir que el trabajo es mío? —Lo preguntó como si no fuese una pregunta y a continuación se puso de puntillas para coger su bolso del gancho que había detrás de la puerta de Phil Needle. La falda se le subió un poco, solo un poco, pero Phil Needle quiso tocar por un instante ese... ese motivo, si es que había un motivo, por el que deseaba que Alma Levine siguiera trabajando allí.

Sucedió al final de su primera semana, una tarde en la que todos se habían marchado excepto Phil Needle, que se había quedado para hablar con los dueños del

Fiona. En el escenario de ese club habían tocado los músicos más importantes gracias a la fortuna de los dueños. Todos habían estado de acuerdo en entregar la licencia para la reproducción de la música y otras cosas de varios artistas para usarlas en pósters, camisetas y grabaciones de archivo del Fiona. Solo había una foto de la Fiona original: sonreía en aquel tugurio con un largo collar de perlas que acababa metido en su copa. Pero tras seis semanas de investigación no lograron identificar a la mujer. Siguiendo la tradición del Fiona original iban a abrir otros clubes modernos en los próximos cinco años. Phil Needle había perdido la oferta de relanzar algunos discos de jazz titulados «En vivo desde el Fiona», agregando sonido del público y un maestro de ceremonias, pero tras una ardua negociación sí había conseguido los derechos para recrear entrevistas como si hubiesen sucedido allí con el objetivo de reforzar lo que la gente del Fiona llamaba «autenticidad recíproca». La primera entrevista iba a ocupar el lugar central del programa de Belly Jefferson. Aquella tarde Phil Needle colgó el teléfono, abandonó su despacho y pasó frente al monitor encendido de Levine. Cuando fue a apagarlo descubrió en el Escritorio una carpeta que se llamaba «Privado».

Jamás intercambiamos ni una palabra pero siento tu mirada cada vez que entro en la sala. Tus manos se mueven con pasión y tu boca tiene un aire hambriento que me conmueve. Una noche nos quedamos solos hasta tarde y al tomarnos un descanso nos ponemos a hablar de lo inmenso que parece el mundo a esas horas. De pronto nos sentimos imprudentes y libres de tantas reglas e inhibiciones. Me dices que en noches como esta te sientes capaz de cualquier cosa, de hacer todo lo que verdaderamente deseas. Yo te pregunto qué deseas hacer y entonces te bajas la cremallera y me preguntas qué deseo hacer yo. Cierro los ojos antes de responder.

La historia ocupaba dos páginas y terminaba así, y por supuesto Phil Needle no era tan insensato como para suponer que hablaba de él. Aunque por otra parte, pensó más tarde, tampoco tenía que dar por hecho que se trataba de otra persona. Días después el documento desapareció de la carpeta y Phil Needle ya no tuvo la oportunidad de leer qué respondía, si es que respondía algo. Se parecía a una retransmisión interrumpida que todavía crepitaba en el aire, en algún lugar.

—Quiero que vengas conmigo —le dijo entonces—, me vendría bien tener una asistente en las conferencias.

—¿Quiere que vaya a Los Ángeles? —preguntó ella.

—Sé que es un poco apresurado pero vamos a ofrecer el programa de América. Es algo importante y voy a necesitar a alguien a mi lado. ¿Puedes viajar?

—Sí.

—¿Sí?

«—Dígame, señor, ¿por qué el nombre de Tintorerías Increíbles?».

El resto del equipo seguía riéndose con aquello una y otra vez. Levine le estaba mirando como miraba a todos los compañeros de la oficina. Él tenía en las manos las

entradas que le había dado pero Levine lo miraba desde lo más profundo de sus lentillas, directamente a los ojos. *Me preguntas qué deseo hacer yo.*

—Sí —dijo ella.

«—¿Y a ti qué coño te parece?».

Phil Needle intentó adivinar la respuesta.

Capítulo 3

Estimados amigos del *San Francisco Chronicle*:

Les escribo en condición de antiguo tripulante de la Marina de los Estados Unidos. He participado en guerras y he caído prisionero varias veces, tanto en Malta como en la Isla del Diablo, pero en ninguno de esos lugares me han tratado tan mal como en el J. Bonnet que, según he podido averiguar, es una institución gestionada por el Gobierno, tanto nacional como internacional. Ayuda, por favor.

En aquella carta no había ni una sola palabra cierta. Gwen la escuchó con los ojos parpadeantes y temblorosos deseando vorazmente robar de nuevo. Pero en eso consistía su castigo, no solo en estar allí sino en estar allí deseando estar en otro sitio. No era justo. Deseó escribírselo en la mano, NO ES JUSTO, pero el único bolígrafo que había cerca se encontraba en la mano de otra persona.

—Creo que esto merece algún comentario —dijo la mujer llamada Peggy.

Era una oficina bastante grande y el cesto de la basura estaba repleto de pañuelos de papel usados por alguien que había llorado muchísimo. Estaban en el centro del edificio, en una especie de órgano interno al que se llegaba atravesando pasillos repletos de mujeres que empujaban su silla de ruedas vacía o que se empujaban a sí mismas en su silla de ruedas.

—Parece que no le gusta mucho este lugar —dijo Gwen, comprendiéndole perfectamente.

—A eso me refiero —dijo Peggy golpeando la mesa con el boli. Por cierto, era una mujer enorme—. No tenemos recursos para asignarles compañía a tiempo completo, para eso dependemos totalmente de los voluntarios.

Sonrió hacia Gwen. Fue un amago de sonrisa, pero Gwen estaba segura de que esperaba que dijera algo.

—¿Qué?

—Que tú serás su acompañante.

Gwen la miró un segundo.

—Imagino que sabes algo de la enfermedad de Alzheimer.

En aquel punto de la historia de América el Alzheimer era una enfermedad neuronal degenerativa que no tenía cura, lo único que se podía esperar era una lenta y gris extinción. Gwen asintió rápidamente e intentó adoptar un aspecto solemne. Cuando era pequeña pensaba que se trataba de una «enfermedad antigua», algo que le parecía espantoso.

—Su estado aún no es muy grave. Verás que se desconcentra con facilidad, te contará un montón de historias que son mentira. —Levantó la carta—. Todos los días escribe una carta al periódico. Es una bomba a punto de explotar. Peleó muchísimo para no venir aquí pero después de la caída, como es lógico, no le quedó otra opción.

A Gwen no le hacía falta preguntar por la caída. Todos los viejos se caían. Se caían y entonces todo cambiaba, tenían que ducharse sentados y había que instalar

rampas en las entradas. Se caían y jamás volvían a levantarse del todo.

—Obviamente no es peligroso —dijo Peggy con una sonrisa, esta vez sí lo parecía—. Tampoco es de los que se hacen daño a sí mismos. Se mete en pequeños problemas, llama un poco la atención, es un ladronzuelo.

Gwen se irguió un poco.

—¿Roba cosas? ¿Se las roba a...?

—Solo caramelos. Tiene diabetes. No puede comer de todo, así que tienes que controlarlo un poco cuando salgáis a la calle. No le permitimos picar nada.

Gwen pensó que tendría que haber dicho «cuando salgáis a la terraza».

—Es verdad que tiene un espíritu rebelde pero eso no debería sorprendernos. ¿Cuánto tiempo te quedarás como voluntaria?

Gwen no sentía que estuviera allí de forma voluntaria porque la estaban obligando a hacerlo, pero hacía mucho que habían echado por tierra todos sus argumentos en contra.

—¿Qué tal cinco semanas? —dijo lo mismo que le había dicho su madre mientras su padre apenas se dedicaba a estar allí sentado—. Es un número redondo.

—¿Y el Día de la Independencia?

—Hasta ese día.

Julio parecía tan lejos. Aún faltaban semanas. El tiempo no pasaba. La vida de Gwen se negaba tercamente a avanzar hasta ese apartamento propio con pufs en la entrada en la que ella y sus amigos podrían estar a sus anchas. Naomi se había alejado. Los mensajes de texto que le había enviado al parecer se habían desvanecido en la nada y durante los últimos días de clase Gwen se había limitado a intentar llamar su atención. Era como intentar coger un águila con las manos desnudas. Si pudieran cruzar una mirada eso significaría que estaban reconciliadas, al menos en parte, y que Nathan Glasserman era ya agua (de piscina) pasada. Pero Naomi siempre llevaba gafas de sol cuando la miraba. Los pasillos parecían kilométricos hasta que por fin terminaron las clases y Naomi quedó lejos y fuera de su alcance. Su primera profesora de natación, la señorita Crudy, solía extender los brazos para que Gwen patalease e hiciese mucha espuma. «Ya casi llegas», le decía, y seguía con los brazos estirados. «Ya casi estás, casi llegas», pero la mujer retrocedía todo el tiempo de manera que Gwen era arrastrada por toda la piscina siguiendo la falsa promesa de que la señorita Crudy estaba a unos pocos centímetros de distancia. Una mentirosa, la señorita Crudy, igual que todos los demás.

—Por supuesto que cuando termine tu... ejem... periodo de voluntariado siempre serás bienvenida.

Aquel «ejem» demostraba que Peggy sabía que era un castigo. Todos lo sabían.

—No creo que regrese —contestó.

—Bueno, piensa en la persona a la que vas a ayudar.

Gwen se sujetó las manos para no coger el bolígrafo.

—Me gustaría que disfrutaras de este tiempo que vas a pasar con nosotros.

¡Pásatelo bien! Necesito que firmes unos papeles.

«Si se respetan las reglas impuestas en los requerimientos establecidos por la legislación nacional, estatal y local, y se consideran las solicitudes de nuestros clientes, el Centro de Vida Jean Bonnet será un sitio mucho más agradable y seguro para todos. Si no se respetan dichas reglas se aplicarán las sanciones convenientes». A Gwen, un poco mareada por la redacción del párrafo, ya se le habían aplicado sanciones. Debajo del logo, la silueta de quienquiera que fuera la maldita Jean Bonnet, aparecía la frase «Un sitio mejor» en una tipografía tan elegante y sinuosa como el hilo dental recién usado. Garabateó su nombre, Gwen Needle, y observó que Peggy miraba la firma y a continuación le hacía señas a alguien que Gwen no había notado que estaba allí, un hombre de piel negra y brillante, también enorme, con camisa y pantalón blancos, que desbordaba una silla que estaba en la esquina.

—Manny te indicará el camino.

—Bueno —contestó Gwen, pero por lo visto a Manny no le parecía tan bien porque cuando se puso en pie refunfuñó.

—Manny es impagable —dijo Peggy con una sonrisa tan brillante y falsa que Gwen no supo si se refería a que no se podía pagar o a que no tenía ningún valor.

—No me llamo Manny —dijo el hombre.

Peggy tenía que inventarse una sonrisa nueva; aquella tenía un aire de preocupación, como a huesos frágiles rompiéndose al rodar por una escalera o al crujido de una tirita que se arranca antes de tiempo.

—Ya hemos discutido eso. A los residentes les resulta más fácil recordar «Manny» que esos nombres jamaicanos —dijo buscando en Gwen a una cómplice, pero Gwen habría preferido atravesar las llamas del infierno junto a Manny antes que estar de acuerdo con aquel desagradable despojo de mujer—. Prepara un té delicioso —dijo—, a veces para todos nuestros huéspedes. Es un té muy tradicional, de hierba gatuna.

—De menta gatuna —corrigió Manny, pero Peggy ya estaba asintiendo con la mirada fija en su carpeta de cartón como si les estuviera diciendo que había llegado el momento de que se marcharan.

—Manny te mostrará el camino, y podéis poner os manos a la obra. Si me necesitáis, ya sabéis dónde encontrarme.

Manny miró a la mujer con desprecio y Gwen se dio cuenta de que aún no la había mirado a ella. Peggy se despidió con la mano que no estaba usando para sostener la carpeta y Gwen siguió a Manny por los pasillos. Pasaron junto a dos mujeres que habían empujado sus sillas de ruedas hasta unos bancos en los que se habían sentado y un hombre que lo único que hacía era estar sentado allí, como una pieza de colección. Manny saludó amablemente a una de las señoras llamándola Plata, aunque a lo mejor se refería al color de su pelo. Tal vez odiaba a la gente estúpida, así que Gwen se esforzó por no parecerlo ella también.

—¿De qué parte de Jamaica eres?

Manny sacudió la cabeza.

—Soy de Haití.

—Pero eso no es...

—Es un país distinto, niña blanca.

—Lo sé —contestó Gwen, aunque no habría podido asegurarlo al cien por cien.

Desde el fondo de una esquina del pasillo podía oírse una voz fuerte y rasgada que gritaba: «¡Pasas! ¡Pasas! ¡Pasas! ¡Pasas!», cada vez como si fuera la primera. Dieron la vuelta a la esquina y Manny le señaló una puerta y le indicó que entrara.

—¡Pasas! ¡Pasas! ¡Pasas! —repitió el anciano cuando por fin se encontraron.

—Errol —dijo Manny.

El hombre levantó la vista desde una silla que había empujado para ponerla bajo el sol. Gwen vio la estela que había dejado a lo largo de la moqueta de mala calidad. Sobre las rodillas tenía una bandeja de plástico como las de los aviones y encima había un bol dado la vuelta y una pequeña montaña de cereales de la que estaba separando las pasas, que estaban puestas en fila como si fueran a salir corriendo. Gwen se sintió aliviada. No es que estuviera loco por separar las pasas, o al menos eso esperaba ella.

—Es ridículo que me den cereales para el almuerzo —le dijo a Manny como si estuviera continuando una discusión anterior—. Estás despedido.

—Fuiste tú quien pidió los cereales —contestó Manny—, y yo no trabajo para ti.

—Pensaba que se referían al desayuno. Tonto de mí.

—Errol, te presento a Gwen.

—Ya sé quién es.

—Se ha ofrecido como voluntaria para hacerte compañía.

—Ya sé quién es —repitió Errol—. Si no vais a ayudarme, dejadme tranquilo.

Para Gwen aquella era una frase perfecta, era exactamente lo mismo que pensaba ella la mayor parte del tiempo. Manny se marchó de la habitación y los dos se midieron con la mirada. El ambiente era incómodo y tenso; eran desconocidos y prefirieran mantener la distancia. Gwen sintió su propio nerviosismo, el zumbido y la carita sonriente que se le ponía cuando estaba cerca de gente mayor. A su madre tampoco le agradaba, ella se había dado cuenta, y por eso había elegido este castigo para Gwen.

—¿Cómo has venido? —pregunto Errol por fin.

—Me ha traído mi madre.

—No, me refiero a qué camino habéis cogido.

—Vinimos por... por... Hill Street.

—Hill Street, no me jodas.

—Ajá. —¿Sudar iba contra las reglas? Había firmado aquel papel.

—Me refiero a que no puedo creer que le hayan puesto ese nombre, Hill Street.

—Pues sí.

—Es un insulto —dijo Errol con un tono de furia apacible—. Supongo que a

partir de ahora voy a empezar a hacer las cosas a mi manera.

—Sí, supongo... Aunque no sé qué quieres decir.

—Quiero decir... ¿Es que no te enseñan nada en el colegio? ¿Estás haciendo algún proyecto o algo?

—No, estoy aquí porque me han castigado.

—Bien, me alegro. No me gustan los chavales que hacen proyectos. Cada vez que se acerca uno con una grabadora, ya sabes lo que te espera: «Háblenos de su experiencia en la Marina». ¿Quieres que te hable de mi experiencia en la Marina?

—No.

—Bien. ¿Estás aquí por algún proyecto?

—No, porque me han castigado —repitió Gwen. Pero de inmediato se sintió mal y añadió—: Voy a ser tu acompañante —dijo, y al instante pensó que aquello solo podía empeorar las cosas, pero Errol no se dio cuenta o se olvidó de que se había dado cuenta.

—¿Qué has hecho?

—Robé unas cosas.

Errol se acababa de meter un puñado de cereales en la boca y al oírla se puso a toser con fuerza durante un buen rato. Gwen se acercó un paso, solo un paso. No paraba de toser y toser, pero Gwen no hizo nada porque no se le ocurrió nada que hacer.

—Como que me llamo Errol que...

—¿Te encuentras bien?

—¿Qué robaste?

—Dulces, sobre todo.

—Exactamente lo mismo que robaría yo. ¿Los robaste aquí?

—No, en la farmacia.

—¿Qué robaste?

—Dulces, sobre todo.

Errol la miró fijamente un instante y luego esbozó una amplia sonrisa.

—¿Cómo se llamaba ese río?

—¿Qué río?

—Ese que era muy grande...

—¿El Misisipi?

—No, tampoco el Amazonas. El que estaba en Egipto...

—El Nilo.

—Eso es. «Se-nil: senil». Es un truco que me he inventado para acordarme. Me preocupa, tengo problemas con la memoria. Antes me acordaba de todo, incluso de cosas sobre mi infancia. ¿Qué te parece?

Gwen no sabía qué le parecía. Lo más probable es que Errol hubiese sido viejo toda la vida, no conseguía imaginárselo más joven de lo que era ahora.

—No sé, es gracioso cómo son las cosas —tanteó.

—A mí no me lo parecieron la última vez que las vi —dijo Errol con un bufido—. ¡Pasas! ¡Pasas! ¿Quieres echarme una mano?

Gwen sonrió. Le parecía que había algo, una especie de globo, algo que se había soltado en su interior y que ahora se elevaba hacia el techo. Dio otro paso para acercarse a él y encontró una pasa.

—Pasa —dijo.

—¡Pasa!

—¡Pasa!

—¡Pasa! ¿En serio quieres que te hable de la Marina?

—No.

—Mejor. ¡Pasa! Detesto hablar en esos micrófonos que traen por aquí. Cada vez que se me ocurre una idea escribo una carta al periódico. Les escribo todos los días.

—¡Pasa! Lo sé... Ya me lo ha dicho Peggy.

—Esa Peggy está muy gorda. No me cae bien.

—A mí tampoco.

—No —dijo él deliberadamente—, no me cae nada bien.

Gwen empezó a responder algo pero Errol levantó el puño y lo dejó caer sobre la bandeja. Los cereales se desparramaron por todas partes y el bol rebotó contra la pared y rodó por el suelo haciendo mucho, mucho ruido, hasta que paró de moverse. Se miraron.

—Bueno —continuó él como si Gwen supiera perfectamente a qué se refería—, no pienso hacerte ese favor.

Tal vez fue a causa del estruendo, pero a Gwen se le humedecieron los ojos cuando se agachó para recoger todo aquello con las manos.

—¡Tú no tienes que encargarte de esas cosas! —gritó Errol—. Ya hay gente que se encarga de eso. Tú eres mi acompañante, ¿no es así?

—Sí —respondió Gwen desde el suelo, y los ojos de Errol se deslizaron lentamente sobre ella con una sonrisa.

—Yo te conozco —le dijo.

—Sí, soy Gwen —contestó Gwen.

—Ya —dijo él—. No me gusta este sitio.

—Claro.

Abrió el puño y una última pasa cayó al suelo. ¡Pasa!

—Mantente ocupado y no pienses en tus problemas, me dicen. ¡Haz amigos! Pero nada de eso evita que piense en mi esposa. Ha muerto.

—Claro que no —dijo Gwen comenzando a enfadarse con quien le hubiera dicho eso, seguramente Peggy—. Por supuesto que no, los amigos no ayudan.

—No, no ayudan —dijo Errol asintiendo como si lo supiera todo sobre Naomi y sus malas artes—. ¿Tú lo sabes? ¿Sabes cómo murió?

Gwen dijo que no lo sabía.

—No hablé de ella durante los dos años siguientes. A nadie le gusta oír cosas

tristes. Duró más o menos un año. «No soy tonta», me dijo. ¿Conoces ese chiste? Esas fueron sus últimas palabras, no sabes lo que nos reímos. «No soy tonta». Esas fueron sus últimas palabras. Enviaron a una mujer al hospital y Vera depositó su confianza en ella. ¿Te lo he contado?

—No.

—Murió en el hospital. Sufrió muchísimo, no te puedes hacer una idea. Era como si la estuviesen partiendo por la mitad. Le dieron de todo. «No soy tonta», decía ella siempre. Y entonces, aquella mujer...

Aquella mujer, por lo que pudo entender Gwen, fue al hospital y se sentó junto a Vera. «Imagínate un trampolín —le dijo sosteniéndole la mano a Vera, la esposa de Errol—. Imagina que estás saltando sobre un trampolín, arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo. —La voz de aquella mujer se parecía al zumbido del tráfico y arrullaba a Vera con un tono irritante. Vera había sufrido dolores durante demasiado tiempo—. Estás saltando arriba y abajo en ese trampolín, arriba y abajo, arriba y abajo. Muy bien, Vera, ¿por qué no saltas? ¿Por qué no te bajas del trampolín un rato? —La mujer trabajaba para el hospital, le pagaban un sueldo por hacer eso: entrar en las habitaciones y convencer a los pacientes de que abandonarían la vida cada vez que les asaltaba el dolor—. ¿Por qué no te bajas un rato?».

—Vera murió unas horas más tarde. Esos asesinos la mataron, esas personas horribles, esas señoritas sonrientes. Si hubiese sido un hombre —dijo Errol con cierta chulería—, le hubiese golpeado como un rayo, como un rayo, vaya que sí. Por eso envían a mujeres, así mientras tanto los médicos siguen con sus negocios, como siempre. «¡No soy tonta!», me dijo. Es un insulto.

—Lo sé.

—Nos conocimos bromeando.

—Ya me lo has contado. ¿Cuál era la broma?

Pero Errol no la escuchaba. Tenía los ojos clara, directa, completamente enfocados en algún chiste que no lograba recordar pero que de todas formas le hacía sonreír. Gwen esperó, se había establecido entre los dos una complicidad agradable.

—Gracias —dijo Errol más sosegado—. Está bien tener un recuerdo bonito.

—Seguro.

—No me gusta estar aquí —dijo, y se puso a buscar algo en un bolsillo con las dos manos a la vez. Sus dedos estuvieron rebuscando un rato y después le entregó algo.

—¿Podrías enviar esto por mí?

En el sobre solo estaba escrito SAN FRANCISCO CHRONICLE.

—Claro, sí, no hay problema —contestó Gwen. Podía enviar la carta cualquier día, había un buzón frente a la farmacia. Cerca de la caja había un cartel sobre los Lucky Senior: «Los clientes Lucky Senior pueden acceder a nuestro descuento Lucky Senior. Si usted es uno de ellos, avísenos». Qué palabras tan horribles te hacían leer. Gwen quería gritarles, le picaban las manos de puro deseo de coger todas esas cosas

que ellos no querían que cogiera.

—¿De verdad has estado robando? —le preguntó Errol—. ¿Te he pedido que lo hicieras o te lo pidió alguien?

—No, he robado porque quería.

Errol rio.

—Cuéntamelo todo. Quiero un listado completo del botín.

—¿De veras?

—Me haría muy feliz.

—Más que nada eran dulces.

—Eso es exactamente lo que yo robaría. ¿Quieres leerme algo?

—Claro, sí.

Errol señaló un estante que estaba combado cerca de donde había caído el bol. Cada paso que daba Gwen hacia el estante sonaba a cereales aplastados. *La isla del tesoro. Los saqueadores. La goleta negra. ¡La rebelión y la piratería! Los acuarianos. El lobo de mar. El capitán Blood. El capitán Black. El capitán de la bandera negra. El mar siniestro. Mardi. El viento más oscuro. Buscadores de tesoros. Asalto sobre las olas. La chaqueta blanca. La tempestad. La bruja del mar.* Ella jamás había oído hablar de esos títulos y había muchos otros. Gwen cogió dubitativa un libro de poesía. A los viejos seguro que les gustaba la poesía.

—No me gusta estar aquí —dijo él cuando ella se sentó.

—Enviaré tu carta —contestó Gwen—, enviaré esa carta al periódico, Errol.

—No es un problema demasiado grave pero me preocupa. ¿Cómo se llamaba ese río?

—Senil —dijo Gwen muy despacio, pero Errol lo adivinó a la primera sílaba.

El sol le quemaba la calva por detrás y la extraña curva de un bulto recubierto de pelos blancos que tenía en el cuello. Jamás se le habría ocurrido que las cosas fueran a suceder de este modo, pero era obvio que así iban a ser. Aun teniendo una infancia feliz —naíf prefería decir Gwen—, uno empezaba a sentir vergüenza de todo y al final el peso de todas esas cosas, las cargas y los reproches acumulados durante años y años te acababan explotando en el regazo como una bolsa de agua pesada, los hombros se te hundían ante semejante peso y las camisas empezaban a quedarte pequeñas, camisas a cuadros abotonadas hasta el cuello. Por supuesto los zapatos tenían que ser espantosos porque, por algún motivo, así lo exigían los guardias del pabellón, y por supuesto la cara; la cara de Errol tenía que reflejar todo aquello: no era más que un viejo en la tierra de la libertad, un viejo controlado por individuos que le hacían compañía a modo de castigo. Las personas a quienes les habían robado la felicidad hasta el último gramo, como a Errol y a ella, jamás conseguirían nada de lo que deseaban. Tenía que haber alguna manera de recuperar un poco de aquella felicidad. Abrió el libro.

—«¡Oh Capitán! ¡Mi Capitán!»^[2] —leyó vacilante.

—No, no, no —dijo Errol señalando los libros de piratas de la estantería—.

Léeme otra cosa.

La manera más fácil de divulgar la figura de un héroe, le dijo Leonard Steed en cierta ocasión, es que el héroe haga algo bonito por un niño para que el público sepa que es un buen tipo. La entrevista a Belly Jefferson comenzaba con Belly contando una anécdota sobre cómo le había enseñado a un niño a tocar la guitarra, una anécdota que no estaba en la entrevista original pero que Phil Needle había incluido en el programa para que el heroísmo fuera más verosímil. Ahora Phil Needle untaba la miel en la tostada de su hija antes de pasársela. Gwen miraba por la ventana y le daba un mordisco a una manzana. Llevaba una camisa azul con un estampado verde y unos vaqueros grises, algo atado a la cintura con un gancho y unas botas que él no había visto jamás y que Marina no dejaba de mirar.

Gwen dejó la manzana mordida en el plato. Los mordiscos eran perfectos.

—¿No vas a terminar de comerte eso, Gwen?

Gwen frunció el ceño a su madre y después se metió la tostada entera en la boca como hacía siempre. Parecía estar masticando un saco de dormir. Llevaba el pelo bien sujeto detrás de la oreja, pero aparte del pelo ¿qué otra cosa llevaba hoy bien sujeta, bien escondida? Aquel día del mes de junio, Phil Needle iba a volar a Los Ángeles para aprovechar una oportunidad, pero le preocupaba dejar a Gwen. Habían terminado las clases y lo único que tenía que hacer era cumplir un castigo en el que Phil Needle prefería no pensar. Sin las clases de natación —¿por qué las había dejado?, ¿no podía darle aunque fuera un solo motivo?—, ya ni siquiera compartían un espacio líquido. Con Marina las cosas iban a peor. La noche anterior las dos habían discutido hasta que Gwen acabó subiendo ofendida al piso de arriba, donde Phil Needle estaba escondido y mordiéndose las uñas. Llevaba un boli en la mano y antes incluso de que él la mirara, le agarró de la muñeca y escribió en ella LA ODIO, y a continuación se encerró a oír las canciones de Tortuga en un volumen alto pero amortiguado por las paredes de su habitación. Se había lavado y restregado la muñeca pero allí seguía aquella inscripción sobre su piel, como si le hubieran puesto un sello en una discoteca.

—¿Piensas hacerlo o no?

—¿Qué?

—Terminar de comerte la manzana, Gwen.

—En este momento estoy comiendo la tostada —gruñó, y luego se giró hacia Phil Needle con una calma evidentemente falsa—. Gracias por la tostada, papá.

Estaban los tres en aquella cocina elegante que él no podía pagar y que en realidad era un campo de minas.

Marina no se daba por vencida.

—Porque si no vas a terminártela...

—Voy a terminar de comerme la manzana.

—... estás desperdiciando las manzanas.

—¡Voy a terminar de comerme la manzana!

—Porque cuestan dinero, ¿sabes? No te las regalan por la calle.

Phil Needle bajó la vista a la portada del periódico, que en el momento en el que se desarrolla esta historia mostraba la fotografía de un senador renunciando a su cargo para pasar más tiempo con su familia. Phil Needle también quería pasar más tiempo con la familia del senador. ¡Fíjate, y qué hijas tan sonrientes! No como Gwen, que miraba a su madre con un gesto de indiferencia que parecía decir «me importa tres pitos» con tal violencia que hasta podría haberlo dicho en voz alta.

—Habla con ella —le dijo Marina—, yo termino de preparar tu maleta.

Su bata hizo un movimiento ondulado con cada uno de los pasos hasta que salió de la cocina. Gwen miraba hacia cualquier lado. A Phil Needle le habría gustado poder darle un pequeño paquete con cualquier cosa dentro, lo que fuera que deseara su ceñudo corazón, pero no podía. Y, ya que él no podía, ¿por qué no podía ella abandonar esa maldita actitud de una vez?

—Ya sé que lo estás pasando mal —dijo, y bebió un trago de su café.

Gwen replicó que en aquel preciso momento no lo estaba pasando tan mal.

—Sé que desde que pasó lo de la farmacia...

Gwen dijo que lo de la farmacia había sucedido hacía muchísimo tiempo.

—Pero estás pasando una época difícil, ¿o no?

Gwen dijo que eso no era cierto todo el tiempo, ¿de acuerdo?

No era la primera vez que se cruzaba con gente como Gwen, pero a esas otras personas les había podido decir: «Vete a dormir la mona» o «Tienes que echar un polvo», o «Lo siento, no volverá a suceder, jefe». Gwen le miró y le pidió que la dejara sola. Él quería hacerlo pero en lugar de eso cogió un sobre de la pila de papeles que había preparado para llevar al viaje. Era un montoncito minucioso, como habría deseado que le preparara una secretaria antes de marcharse a un viaje de negocios. Pero se lo había tenido que preparar él mismo. Puso el sobre frente a su hija y esperó a que le preguntara qué era.

—Son las entradas —le dijo finalmente a su silenciosa hija—. Entradas para el concierto de Tortuga, lo que me pediste. Es esta noche. Pero escucha, Gwen... —Los enormes y alegres ojos de Gwen observaban con recelo el sobre, tratando de vislumbrar las entradas y sospechando que seguramente había alguna trampa—. Sabes que no puedes ir al Fillmore sola. Aquí hay dos entradas, una es para ti y la otra para tu madre. —Dejó la taza de café, que se tambaleó. El trabajo de los padres era robarle la felicidad a los hijos después de habérsela ofrecido—. Aún no se lo he dicho a ella. Sé que vosotras dos habéis estado discutiendo mucho y por eso quiero que vayáis juntas. O haces las paces con tu madre o nadie usará estas entradas.

Gwen no dijo nada. No dijo que era injusto ni tampoco que pensaba que Phil Needle era la víbora más rastrera de cuantas se arrastraban, solo atinó a ponerse de pie y tomó una decisión; tenía la cara blanca como el interruptor de la luz. Allí estaba su hija y allí estaba también su esposa, bajando una maleta por la escalera que hacía

un sonido de golpe, uno de arrastre, uno de golpe, uno de arrastre. Afuera, en el patio, vio a una mujer joven, una chica, que caminaba cerca de los bancos mirando alrededor como si se acabara de despertar. ¿Había vagabundos dentro del edificio? ¿Con los gastos de comunidad que pagaba?

—Te he puesto una camisa extra por si tienes que quedarte algún día más —dijo su esposa.

—Imposible —contestó Phil Needle—. La conferencia termina el domingo. —La mujer joven se acercó a la puerta. ¿Acaso iba a tener que llamar a la policía? Eran las seis y pico de la mañana.

—Espero que salga todo bien —dijo Marina, y le dio una palmadita a Phil Needle en la mano pero ella también miraba por la ventana.

Solo cuando la joven llamó a la puerta Phil Needle se dio cuenta de que era Levine.

—Por fin le encuentro —dijo cuando Marina deslizó la puerta para abrirla—. Lo siento mucho, pero necesito cuarenta dólares.

—¿Qué dice?

—De verdad, lo siento muchísimo —dijo Levine. Gwen retrocedió y se puso detrás de él como hacía cuando era una tímida bebé—. He cogido un taxi para venir hasta aquí y ahora está esperando. Me he olvidado el bolso en casa. No me lo puedo creer, de verdad.

Phil Needle señaló su bolso.

—¿Y eso no es tu bolso?

—Aquí está la ropa. Llevo lo mínimo, ropa interior y esas cosas. Supuse que no íbamos a facturar ninguna maleta. Lo siento mucho.

—Necesitas tu documento para embarcar —dijo Marina—. Phil, ¿quién es esta chica?

Phil Needle se sintió como si alguien hubiese derramado por el suelo un frasco de canicas.

—Te presento a Levine —dijo mientras buscaba su cartera—. Es la chica que he contratado como asistente.

—El taxímetro sigue corriendo —dijo Levine, y se acercó a donde estaba el dinero—. Un placer conocerla, señora Needle —le dijo a Marina con una pequeña sonrisa de superioridad al ver que iba en bata.

—Oh, puedes llamarme Marina —dijo Marina, pero reservó para aquel «Oh» el tono que utilizaba para el tipo de gente que olvidaba el bolso en su casa.

Phil Needle dobló los billetes.

—Toma, ve a pagar el taxi.

—Pero ¿no vais a coger un taxi para ir al aeropuerto? —preguntó Marina.

—No, dejaré el coche en el aparcamiento.

—¿Y te permiten dejar el coche allí durante todo un fin de semana? Tal vez sería más fácil que fueseis en un taxi.

—Yo lo haré —dijo Gwen con una repentina ferocidad. Un segundo más tarde el dinero había desaparecido de la mano de Phil Needle y Gwen atravesaba el patio corriendo—. ¡Yo le pago! —gritó una vez más, y desapareció hacia el ascensor.

Marina miró a Gwen con el ceño fruncido y luego inclinó la mirada hacia la mano de Phil, todavía manchada de tinta.

—¿Tenías un boli en la mano? —le preguntó.

Phil Needle se miró las manos, luego a su mujer y al final se encontró con la mirada de Levine, divertida con la situación. A aquellas torturas le estaba dedicando él todos sus esfuerzos. ¿Que si tenía una boli en la mano? ¿Que ese bolso estaba lleno de ropa interior? Alguien, en algún lugar, tenía preparado un trofeo para él. Lo único que tenía que hacer era salir a recibirlo, como en cualquiera de esas entregas de premios en las que una persona se lleva la gloria y la ovación en el escenario. Comenzaba siempre con el aplauso de algunos que se ponían de pie y otros decidían unirse tanto en el aplauso como en lo de ponerse de pie; otros se levantaban más tarde solo para ver qué estaba sucediendo hasta que llegaba un momento en el que los rezagados decidían unirse también a la ovación solo porque todos los demás estaban aplaudiendo y poniéndose de pie: así se creaba un destino. Se estaba marchando de casa, estaba a punto de embarcar. Y aquel viernes no se dio cuenta de que las entradas que le había dado a Gwen habían desaparecido de la encimera de la cocina. Y no se dio cuenta porque aquella mañana su destino había sido olvidar las entradas pero no el destino de su hija, que había bajado con ellas y que ahora abría la puerta del taxi. ¿No podría haberlo ayudado alguien? No. Porque había llegado su turno, solo faltaba que alguien comenzara a aplaudir. Si lograba que al menos una persona aplaudiera sus esfuerzos, Phil Needle estaba seguro de que la ovación no tardaría en llegar.

Capítulo 4

Todo es espantoso en los aeropuertos. Phil Needle bajó por la escalera mecánica como si descendiera por unos rápidos; el ruido ambiente era desagradablemente alto, puro bullicio y caos. Había una horda de adolescentes de algún tipo de grupo religioso y unas cuantas madres europeas bronceadas y sin sujetador que llevaban de la mano a sus hijos. (El tipo de mujeres con las que jamás se acostaría). Contempló con verdadero dolor a una chica de piernas torneadas y nerviosas que salió a toda prisa mientras sus pulseras repiqueteaban al golpear contra el asa de la maleta que iba rodando tras ella. (El tipo de chica que probablemente acabaría en el velero con Roger Cuff).

—¿Con quién volamos?

—¿Qué?

—¿En qué compañía ha hecho la reserva?

—En Winter Air.

—¿Con quién?

—Winter Air.

—¿Y qué compañía es esa?

—La más barata que había. Era realmente muy barata.

—Jamás oí hablar de Winter Air.

Él se permitió dudarle mientras Levine se acercó al neón en el que brillaba la «I» de Información. Phil Needle se detuvo frente a un anuncio con pájaros en el que le daban las gracias por no fumar. Pensó en el título, tenía que ser «Un “algo” americano». Por ejemplo *Visiones de América...* y le gustó hasta que le dio por pensar que era un tanto problemático hablar de visiones en un programa de radio. Levine, que ya estaba bajo la «I», señaló en una dirección y el chico de Información señaló al lado contrario. En el altavoz habían comenzado una batalla de interrupciones: una compañía anunciaba la partida de un vuelo, la otra anunciaba la llegada de otro y otra más la partida de uno, y Phil Needle hasta llegó a sentir cierta simpatía por esa Catherine Vogel que no encontraba a su compañero frente a los mostradores del equipaje extraviado.

Alma Levine regresó y le llevó hasta uno de esos raros rincones del aeropuerto en los que el diseño del arquitecto se había estrellado contra la falta de presupuesto. Allí habían instalado el mostrador de otra compañía, sobre cuyo logo original habían colgado una pancarta que decía WINTER AIR. Un efecto inquietantemente tercermundista, agravado por el hecho de que la mujer que estaba detrás del mostrador se parecía a su difunta madre. Phil Needle no quería ni pensarlo. La mujer hablaba por teléfono.

—Es una broma —dijo y colgó—. Debo aclararles que soy una empleada de American Airlines, ha habido un problema con el asfalto en la pista de despegue de

modo que estoy aquí solo como soporte temporal.

—Viajo a Los Ángeles —dijo Phil Needle esperanzado.

—¿Uno o dos pasajeros?

—Dos —contestó él señalando a Levine.

—¿Número de vuelo?

La mujer tecleó muchas, muchas letras en el teclado del ordenador, como si estuviera redactando un resumen sobre el vuelo.

—Oooh —dijo frunciendo el ceño y mostrando todos los dientes—. Se ha retrasado el vuelo por el problema que les acabo de comentar.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sabremos hasta las nueve.

—Son las nueve y siete minutos —dijeron Phil Needle y el reloj que había en la pared.

—Ya sabe cómo son estas cosas —dijo la mujer, igual que antes solía decirle su madre—. ¿Puedo ayudarles en algo más?... El vuelo ha sido cancelado.

«Catherine Vogel, Catherine Vogel...».

—¿Qué?!

—Ha sido cancelado en este preciso instante —agregó la mujer mientras volvía a teclear—. Sucede a menudo con Winter. Déjeme ver si les puedo ubicar en algún otro vuelo.

Phil Needle pensó que aún era muy temprano como para dar rienda suelta a su espíritu rebelde.

—Sí, por favor —dijo deseando una magdalena de plátano—. Tengo un compromiso muy importante.

—Como ya le he dicho, soy de American, esto llevará un segundo.

—Se lo agradezco.

—Un segundo... Bueno, parece que los dos vuelos se han caído.

—¿Qué significa eso?

—Que Winter los ha colapsado, al primero y al segundo. Al parecer el segundo también está retrasado. Y luego dicen que todo avance es progreso, ¿eh?

—Eso dicen —comentó Levine asintiendo con solemnidad.

Phil Needle no estaba seguro de en qué idioma estaban hablando.

—¿Cuándo sale?

—Dentro de una hora aproximadamente.

—Una hora no es tanto —le dijo Levine.

—Exacto —dijo la mujer—, pueden comer unos perritos o ir al baño. ¿Tiene su documento de identidad a mano?

—Lo tengo todo en mi bolso —dijo Levine.

—¿Y usted?

Phil Needle la miró. Él... No, él no estaba en el bolso de Alma Levine.

—¿Y yo qué?

—Usted puede estar tranquila —le dijo la mujer a Levine, y luego a Phil Needle —: Necesito que me dé su carnet.

Phil Needle se dio a sí mismo. En este momento de la historia, las cosas se hacían así.

—Aquí tiene. Salen de la puerta D-15.

—¿D?

—No, B.

—Un momento, ¿P de perro?

—Sí, Perro-15 —repitió la mujer.

Phil Needle abrió los ojos tras un sueño en el que Eleanor tenía un aspecto tan triste que no conseguía recordar nada más. Estaba en el avión repasando la situación, el embrollo que había armado Levine con los de Seguridad, algo un tanto borroso a continuación y después se recordaba a sí mismo cediéndole el asiento del pasillo, escribiendo —muy lentamente— las palabras TÍTULOS POSIBLES en la primera página de un cuaderno nuevo, luego la palabra AMÉRICA y luego cerró los ojos y tuvo ese sueño. Levine estaba sentada al otro lado del pasillo con la cabeza inclinada hacia delante para ver por una ventanilla casi bloqueada por el brazo del hombre que viajaba a su lado. El brazo del hombre estaba escayolado, una masa de yeso que en la época en la que sucede esta historia los médicos solían utilizar para estabilizar el brazo en un ángulo ascendente, de manera que daba la impresión de que el hombre estaba diciendo adiós con la mano o sosteniendo un títere: *¡Hola, hola!*

La azafata se agachó para examinar cuidadosamente un cajón lleno de minúsculas botellas dentro de un carrito con ruedas. Encontró el vodka. Después le dedicó una sonrisa llena de dientes a Phil Needle.

—¿Desea algo de beber?

—Ginger ale —dijo Phil Needle con la imagen y los gritos de Eleanor aún en la memoria.

—¿Lo quiere en lata?

—¿Qué?

—¿En lata?

—Claro.

—Yo también quiero un ginger ale —dijo animada la mujer que viajaba a su lado mientras se abanicaba con las instrucciones de seguridad. Llevaba una lustrosa chaqueta roja en la que había pinchado la insignia de un candidato que había perdido las elecciones, aunque a Phil Needle le había parecido una mujer agradable cuando le rozó para pasar a su asiento con esa incómoda intimidad que generaban los asientos tan injustamente próximos—. Me llamo Jane.

—Yo Phil Needle —dijo Phil Needle. Un minuto después Jane y él habían descubierto que cumplían años exactamente el mismo día.

La azafata le alcanzó dos vasos con hielo y dos latas de ginger ale como si él y Jane tuvieran que arreglárselas solos.

—¿Viajas solo, Phil? —preguntó Jane.

—No, ella viaja conmigo. —El carrito avanzó y él hizo un gesto con la mano hacia Levine, que en ese momento vaciaba la pequeña botella de vodka en su vaso y le decía algo al tipo de la escayola.

—Yo viajo sola —dijo Jane, evitando de forma inquietante la pregunta de quién era Alma Levine—, aunque cuando lleguemos ya no estaré sola. Me estará esperando alguien.

Leonard Steed le había dicho que siempre que en un avión se sentaba a su lado una persona a la que identificaba como un americano medio le comentaba ideas de programas para identificar cuáles le podían interesar. Ahora Leonard Steed viajaba en jet privado, por supuesto, pero Phil Needle podía plantear la conversación en ese sentido.

—¿Sueles oír la radio, Jane?

Jane sacudió la cabeza, pero no quedó del todo claro si estaba diciendo que no.

—¿Quieres saber quién me está esperando?

Ya veo que no te interesa que esté viajando con una chica mucho menor que yo que bebe alcohol a la diez de la mañana, pero en fin.

—¿Quién? —contestó.

—Adivina.

—Un novio.

—Exacto. —Soltó una risita y bebió de su ginger ale—. ¡Y lo has adivinado a la primera! Ahora tienes que adivinar qué aspecto tiene.

—Es alto —dijo Phil Needle mirando cómo las burbujas del refresco explotaban en la superficie del vaso—, y apuesto a que le gusta oír la radio.

—Es una sorpresa —dijo Jane, y bebió otro trago bastante largo—. Es cáncer.

—Vaya, qué pena.

—Quiero decir que voy porque va a ser su cumpleaños. Creo bastante en la astrología. ¿Tú crees en la astrología?

«Astros de América», pensó distraídamente.

—¿Qué día es tu cumpleaños?

Y así descubrieron la coincidencia, con cierto alboroto. Levine los miró levantando las cejas, él terminó su bebida y justo en ese instante el avión se inclinó con frialdad hacia abajo como una vara lanzada al aire que inicia su descenso. Del otro lado de las ventanillas no se veía el mosaico azul de las piscinas, aún estaban lejos de Los Ángeles. Miró el cuaderno: «Títulos posibles», «Un “algo” americano», ¿acaso iban a ser esas sus últimas palabras?

—¿Crees que hay algún problema? —preguntó Jane.

—No, seguro que fue solo un golpe de viento. Dime, ¿qué tipo de música te gusta?

El avión volvió a inclinarse con brusquedad y todos lo sintieron en el estómago. Jane dijo que le gustaba un cantante que a él le parecía idiota.

—¿Ese te gusta? —preguntó pensando «¿Y yo voy a morir a tu lado?».

«Nadie va a morir», dijo la estática del altavoz. No se oyó ninguna palabra, pero el mensaje estaba claro.

—¿Ha entendido algo de lo que acaban de decir? —preguntó Levine. Su mano, la que no sostenía el vaso, cruzó el pasillo y se apoyó en su hombro—. ¿Ha entendido algo?

—No —contestó Phil Needle encogiendo un hombro hacia su asistente y el otro hacia Jane.

—Detesto volar —dijo Levine—, me da muchísimo miedo.

Phil Needle interpretó el modo en que chupaba el cubito de hielo con una nueva perspectiva. La azafata explicó algo a la gente que viajaba en primera clase, demasiado lejos del pobre Phil Needle como para que pudiera oírla, y luego caminó hasta la mitad del avión para repetirlo.

—Como acaban de oír, el vuelo sufre ciertos problemas técnicos. No son importantes pero por precaución aterrizaremos antes de lo previsto. Por favor, guarden todas sus pertenencias incluyendo bolsos y móviles.

—¿Aterrizaremos antes? —preguntó Levine.

—Lo siento —contestó la azafata—. Apaguen los bolsos, todos los bolsos por favor, pueden mantener los móviles... Lo siento, lo siento: los ordenadores...

—Pero no hemos llegado a Los Ángeles, ¿verdad? —preguntó un pasajero dos filas más adelante. Parecía un chimpancé, tenía cara de chimpancé.

—Aterrizaremos en el aeropuerto internacional de San José.

—¿En San José?

—Se entregará el equipaje a quienes deseen coger un transporte alternativo —siguió diciendo la azafata—. Hasta que no hayamos aterrizado no sabremos con exactitud cuánto tiempo llevarán las reparaciones.

—¿Quiere decir que puede tardar y que nos conviene tomar otro vuelo a Los Ángeles? —preguntó el chimpancé ofendido.

—Hasta que no aterricemos no sabremos con exactitud cuánto tiempo tardarán las reparaciones —repitió la azafata como si no lo hubiese dicho antes.

—¿Qué ha dicho? —preguntó uno que estaba despistado varias filas más atrás.

La azafata no le contestó y comenzó a tirar los vasos de plástico en una bolsa de basura. El aeropuerto de San José apareció de pronto en las ventanillas, una fea y próspera ciudad en la que algunas filiales transmitían programas que había producido Phil Needle, pero nadie le reconoció cuando el avión golpeó suavemente el suelo de la ciudad. Se oyeron los frenos, ruidosos y enérgicos, y Phil Needle tuvo la sensación de que el resto de las compañías se reían con desprecio de Winter Air mientras se dirigían hacia una puerta insignificante. Al desembarcar, Phil Needle se dio cuenta de que la hoja con la lista de títulos posibles seguía arrugada en su desesperada mano.

—Le dejo esto —le dijo a la azafata, pero ella frunció el ceño cuando él deslizó aquella pelota de papel en su mano.

—Lo siento, no puedo aceptarlo. Winter Air no permite que el equipo acepte propinas de los clientes.

—No es dinero —dijo Phil Needle, y extendió el folio frente a la mujer. A sus espaldas, la fila de pasajeros se preguntaba qué estaba sucediendo—. Jamás le daría una propina y menos por una mañana de mierda como esta. *¡Ustedes sí que no cumplen mis necesidades!*

Por supuesto, la última mitad de la frase no la dijo en voz alta aunque la repasó varias veces mientras caminaba junto a Levine. El aeropuerto era pequeño, solo un par de recibidores, y todos los que estaban allí parecían infelices.

—¿Qué vamos a hacer?

Phil Needle comprendió que Levine tampoco iba a resolver aquel problema.

—Alquilar un coche —contestó—. Podemos poner nuestras maletas en la parte trasera y pisar el acelerador a fondo hasta allí. Seguro que eso va a ser más rápido que esperar a Winter Air.

—Sí, Winter Air es un asco —dijo Levine—. De acuerdo, busquemos un coche. Creo que es por aquí.

—Primero debo recoger mi maleta.

—Claro, olvidé que la había facturado. Yo me encargo de conseguir el coche.

Pero ella era la que había conseguido aquel espantoso vuelo, así que...

—No, mejor ven conmigo. Tal vez te necesite para algo.

Levine frunció el ceño pero le siguió mientras él, a su vez, seguía las flechas. En aquellos días y en aquella época la gente encontraba sus maletas en algo llamado carrusel, aunque no era ni de cerca tan elegante ni circense como sugería el término. BIENVENIDO A SAN JOSÉ. PRESTE ATENCIÓN, MUCHAS MALETAS SON PARECIDAS. La cinta transportadora emitió un zumbido al arrancar y, sorprendentemente, las maletas comenzaron a aparecer cumpliendo así lo que Winter Air había dicho que sucedería. Phil Needle buscó la suya entre los bártulos tumbados o tambaleantes pero lo más parecido que encontró fue otra maleta de un color similar, que continuaba dando vueltas y vueltas en el carrusel sin que nadie la reclamara mientras él y Levine se mantenían en silencio. Le pareció que podía sentir el olor a vodka en el aliento de ella, aunque tal vez fueran imaginaciones suyas. Encendió el teléfono y miró la lista de los nombres de las personas que conocía.

Es difícil presentar a Phil y a Marina Needle como los héroes de una historia de amor. Durante un par de años se habían sonreído vagamente cuando se cruzaban en Nueva York cada vez que Marina iba a trabajar como locutora. A través de un sórdido novio había conseguido trabajo doblando películas de terror italianas —aún hoy se puede escuchar su voz mal sincronizada con los labios color escarlata de las víctimas de los vampiros—, y luego había comenzado a realizar anuncios para la radio en los que susurraba con voz sugerente los nombres de los clubes nocturnos o con una ansiedad puritana el nombre de la compañía a la que había que llamar en caso de un accidente. Tenía una buena voz —uno casi podía imaginar al marido accidentado

haciendo gestos de dolor detrás de un parabrisas destrozado—, pero Phil Needle no le había prestado atención a Marina porque aún persistían en su memoria los gritos y las mentiras de la larga historia que había tenido con Eleanor. Aun así, Marina estaba saliendo con un chico, otro sórdido novio llamado Rafael Bligh, que estaba encantado con la idea de que ella grabara narraciones descriptivas de películas clásicas para ciegos. Se pasaba las tardes encerrada con Rafael en una cabina que no se utilizaba, y cuando Phil Needle pasaba frente a la puerta echaba un vistazo a Marina, que estaba diciendo: «El hombre mayor deja caer la bola de nieve» o «La mujer levanta lentamente la estatuilla», mientras Ray estaba de pie detrás de ella dándole consejos y —Marina se lo contó más tarde— tocándole el culo. Antes había salido con otro chico que trabajaba allí. Cuando una chica tiene demasiados novios la gente piensa al instante que es una zorra.

La fiesta tuvo lugar una noche calurosa y desagradable en uno de esos edificios de piedra roja de Brooklyn con escaleras chirriantes y recibidores largos y desnivelados, en donde la gente hablaba a gritos y reía. Los anfitriones eran amigos de Phil Needle desde tiempos inmemoriales pero la sala estaba llena de desconocidos. El *reggae* salía por los altavoces y del techo colgaban demasiadas luces. Había un bol de cerámica con un letrero escrito a mano y pegado con celo que decía: *ESTA NOCHE SERÉ UN CENICERO*, y detrás había un chico alto y delgado, de doce años como mucho, enfurruñado frente a un frigorífico en el que seguramente estaba la cerveza. A Phil Needle se le había pasado el efecto de la droga mientras viajaba en metro y aún le dolía el brazo en el lugar en el que Eleanor le había arañado. Retrocedió y decidió subir por una escalera de metal que llevaba al tejado; allí se estaba más fresco y se podían distinguir seis o siete estrellas. Se quedó bajo las estrellas durante un buen rato hasta que el frágil tejado se abrió bajo sus pies antes de que le hubiese dicho una palabra a nadie. Cayó hasta la cintura y se detuvo, se agarró a la superficie de papel de lija del suelo y sus pies quedaron pataleando en el aire. Algunas personas que no conocía subieron e intentaron sacarlo tirando de él hacia arriba, mientras otros desconocidos tiraban de sus piernas. Ambas estrategias fueron debatidas en la borrachera, aunque Phil Needle se daba cuenta de que casi nadie hablaba con él. Finalmente le bajaron y, tras sacudirse el yeso de los pantalones, decidió marcharse de allí. En las escaleras se cruzó con el chico de doce años. Era Marina, que se había hecho un nuevo corte de pelo. Un año más tarde se casaron. No fue ese tipo de boda en la que los invitados se ruborizan de emoción porque ven en la pareja un símbolo de todo lo que funciona bien en este mundo, ni tampoco el tipo de boda en la que todo el mundo está pensando que la pareja no va a durar. Lo único memorable fue que el rabino les pidió los anillos cuando los tenía él mismo. Aún seguían casados y no era un matrimonio sin amor —Phil Needle no dudaba de eso mientras repasaba la lista de contactos de su móvil—, aunque a veces se descuidaban un poco. Marina había cambiado, se había convertido en una de esas mujeres que compran una botella de té helado, le ponen una pajita y andan todo el día chupando, chupando y

chupando. Pasaba cada vez más tiempo en la habitación en la que pintaba, y solo Dios sabía por qué deseaba pintar. Si alguien hojeara el álbum de fotos familiares, podría pensar que habían pasado las vacaciones bajo la amenazante sombra de un pulgar gigante. Pero Phil Needle también tenía sus sombras. Marina no había logrado borrar del todo a aquella chica que ya no le quería, Eleanor, y por ese motivo, entre otros, Phil Needle no tenía ganas de llamar a su esposa, quien por lo visto ya le había dejado varios mensajes. Los borró sin haberlos escuchado, casi por accidente, y siguiendo un impulso pasó de largo el nombre de Marina, avanzó en el orden alfabético y llamó a su padre, por primera vez en meses.

—Hola.

—Hola, papá.

—¿Quién habla?

—Tu hijo.

—Mi hijo ha muerto —lo mismo de siempre.

—Papá.

—Murió de sobredosis.

—Soy Phil, papá, tu otro hijo.

—Para mí tú también has muerto.

—No —dijo Phil Needle—, no he muerto.

—Los dos tomabais drogas.

—Papá, por favor.

Alma Levine parpadeó haciendo una señal y le miró con el ceño fruncido. Todo el mundo tenía sus maletas excepto el inepto que no había recogido la que se parecía a la de Phil Needle. Del minúsculo y metálico altavoz del teléfono salió aquella risa que a Phil le desagradaba tanto.

—¿Y cómo anda... cómo se llamaba?

—Marina está bien, papá. ¿Tú cómo estás?

—Sano como un roble. ¿Y Gwen?

Phil Needle se conocía la conversación como la palma de su mano y se la miró. La tinta seguía allí. Más allá, vio que la maleta parecida a la suya dio otra vuelta y a Phil Needle se le ocurrió pensar que tal vez alguien se había llevado su maleta por error y le había dejado aquella.

—Está bien, también. Solo llamaba para saber cómo andabas tú, papá.

—Bueno, el que no anda muy bien es el mundo.

Eso era lo que había pasado, por supuesto. Eso era. Algún pasajero —tal vez el tipo que parecía un chimpancé— se había llevado su maleta, y ahora Phil Needle estaba de pie junto a Alma Levine en un extraño lugar, igual que Adán y Eva, mientras aquella voz, la de su padre, le hablaba desde quién sabía dónde. No tenía ni su ropa ni un título para el programa, y allí estaba de pie, solo con aquellos pensamientos centrados en su propia liberación. Fue entonces, en la enésima vuelta, cuando finalmente divisó su maleta.

—Te aseguro que los negros...

—No empieces, papá —contestó Phil Needle.

La revista quería saber si Gwen sabía qué tenían en común todas las chicas. En la portada aparecía una joven en vaqueros. La etiqueta con la dirección de entrega, DR. DAVID DONNER, DENTISTA, estaba pegada a la altura de un muslo y en el otro muslo había otra pegatina que decía NO RETIRAR, como si estuviera pensado para la sala de espera. Gwen cogió la revista. No, no podía imaginar qué tenían todas las chicas en común.

Zumbaba ese tipo de jazz que les gusta a los padres y la sala habría estado vacía si no hubiese sido por esa otra chica, probablemente de la misma edad que Gwen pero mejor vestida, que llevaba una cadena como collar y extendía las revistas como si tratara de alicatar el suelo y le ofendiera tener que hacerlo. La recepcionista seguía la escena tras la ventana corrediza con el ceño fruncido y con los cascos puestos, pero aún no se decidía a decir nada.

—Estas revistas son lo peor —dijo la chica sin mirar a Gwen—. Es la peor selección de revistas que he visto en mi vida. En toda mi vida.

La madre de Gwen le había dado permiso para acudir a la consulta del dentista sin necesidad de acompañarla. No habían vuelto a discutir y su madre confiaba en que fuera caminando sola a cumplir con su castigo cuando acabara la consulta. Apenas le había recordado que no debía cagarla esa vez. Y aunque Gwen estaba decidida a cagarla, aún no se le ocurría cómo hacerlo.

—No hay nada que valga la pena. Ciertamente, es atroz —dijo la otra chica, y tiró las revistas con tanta fuerza que la lámpara tintineó.

La recepcionista suspiró y se inclinó a través de la ventana apoyando las manos en el cristal con relieves.

—¿Algún problema?

—Sí.

—Amber...

—No me llames Amber. Esta sala de espera es horrible y además tenía cita a las nueve y media, y ya han pasado diez minutos. Son casi las diez menos cuarto.

—Ese reloj está adelantado.

—Bueno, otra cosa que habría que arreglar.

—Amber, ¿te pasa algo?

—Acabo de decírtelo.

La mujer deslizó la ventanilla para cerrarla.

—¡Sé que aún me oyes! —gritó Amber, y arrojó una revista sobre la mesa antes de sonreír a Gwen.

—Es cierto que las revistas son una mierda —admitió Gwen.

—Ciertamente —repitió Amber.

—Ciertamente. ¿Qué quiere decir «ciertamente»?

—Algo parecido a... de verdad.

—Ah.

Amber resopló y tamborileó en la mesa con las uñas sucias.

—Detesto venir aquí y que me metan los dedos en la boca. Y además mis dientes están perfectamente, ¿sabes?

—Yo también lo odio —respondió Gwen, aunque en realidad jamás le había molestado tener que ir al dentista.

—Ciertamente —dijo Amber con una sonrisita diabólica. Y era verdad, sus dientes estaban muy bien.

El doctor Donner apareció en la sala y las miró a las dos.

—Hola, Gwen, perdona la espera. Te atenderé en la sala uno y tú, Amber, ve a la dos.

—¿No vas a pedirme disculpas a mí por la espera?

—Perdona el retraso, Amber.

La ventanilla se abrió.

—Creo que estaban jugando con las revistas —le dijo la recepcionista al doctor Donner subiendo el tono de voz.

Amber no dijo nada, así que Gwen miró a aquella mujer que jamás había sido simpática desde la primera vez que había ido a los siete u ocho años a que le hicieran un tratamiento de flúor.

—No termino de ver la controversia —dijo Gwen. Era una frase que le había leído a Errol la tarde anterior, pero el doctor Donner inclinó un poco la cabeza, como un perro. Tal vez la había dicho mal.

A sus espaldas, Amber sonrió y Gwen le devolvió la sonrisa, caminó a la sala uno y se recostó en aquel sillón amarillo como una margarita, blando e inclinado de tal forma que no le quedaba más remedio que ver el culo y las patas de unos falsos patos que habían pintado en el techo para crear en los pacientes la inquietante ilusión de que les estaban limpiando los dientes en el fondo de un estanque. Estaba separada de la sala dos por media pared y una gigantesca y burbujeante pecera llena de peces pequeñitos. El ruido de la pecera no amortiguaba del todo el sonido del torno o lo que decían los otros pacientes, y Gwen podía oír las amargas respuestas que daba Amber a las preguntas que el doctor Donner murmuraba. «No, yo no». «No, yo no». «He dicho que yo no». «Tú sí». «No me importa». «No me importa». «No me importa». Gwen sonrió al oír aquello. Lo único que sabía era que se llamaba Amber y que lo más seguro era que no volvieran a verse.

El doctor Donner se acercó limpiándose las manos de los restos de Amber.

—¿Y tú cómo te encuentras?

—Bien —dijo Gwen.

—Espero que no tengas ninguna objeción a lo que tenemos que hacer hoy.

—¿Qué?

—Digo que espero que no tengas...

—No, no —dijo Gwen.

El doctor Donner tenía mucho menos pelo hoy que en la consulta anterior.

—Mi socio te hará la limpieza y luego yo te haré el chequeo para asegurarnos de que tu sonrisa es una de esas sonrisas con las que todos los chicos se quedan embobados. —Levantó las cejas y la miró con una amplia sonrisa: *Por favor, permita que nos riamos de usted*—. ¿Quieres que revise algo en particular?

—Solo esa cosa.

—¿Qué cosa?

—Esa cosa que está en mi historial y que siempre se le olvida.

El doctor Donner frunció el ceño y abrió su carpeta. Gwen estaba segura de que Amber había resoplado al otro lado de la pecera.

—Ah, sí, esa irregularidad —dijo el doctor.

—Nunca recuerdo el nombre.

—Es una irregularidad —repitió, mortificándola—. Cuando mi socio termine con la limpieza vendré a aplicarte el sistema Aquapresión. Ya conoces el torno.

Gwen conocía el torno: despiadado, implacable, inútil. Los socios del doctor Donner eran siempre mujeres maternas a las que no les gustaban los niños, así que Gwen miró al techo y cerró los ojos. Imaginó que estaba de verdad bajo el agua yendo a la deriva sobre una gruesa capa de mierda de pato y comida de bebé mientras la socia se ponía los guantes y comenzaba a rebuscar entre sus dientes. «Odio que me metan los dedos en la boca», había dicho Amber, y ahora a ella también empezaba a molestarle.

—¡Ya basta! —se oyó desde el otro lado de la pecera.

El doctor Donner murmuró algo.

—¡He dicho que ya basta!

La socia suspiró. Gwen mantuvo los ojos cerrados y sintió simpatía por el furioso enfado de Amber.

—¡He dicho que no! ¡No me importa! No me importa quién pueda oírme. No me gusta y no lo voy a tolerar.

Gwen sonrió cerrando un poco los labios sobre los dedos de la socia.

—Ey.

—Lo siento —contestó Gwen.

—No quiero.

El doctor Donner murmuró algo y luego se escuchó el tintineo de sus pequeñísimas herramientas.

—No quiero.

Nuevos murmullos.

—Cállate tú.

Más murmullos de Amber.

—Tú.

Un gran suspiro, un nuevo tintineo.

—Que te den, ¡que te den!

De pronto subió el volumen del hilo musical y el resto se perdió bajo el agua. El examen duró más de lo habitual y Gwen estuvo sonriendo con la boca abierta todo el tiempo. Cuando salió de la sala uno, comprobó que la sala dos ya estaba vacía, el sillón inclinado y limpio. Eso sí, el papel en el que Amber había apoyado la cabeza estaba completamente arrugado, como un pequeño monte enfurecido. La recepcionista le dio a Gwen una pequeña tarjeta con los detalles para la siguiente cita. Ella dijo que cuidaría más de sus encías, salió y se encontró a Amber apoyada contra el muro del fondo del aparcamiento. Articulaba en silencio la letra de la canción que estaba oyendo. Parecía que tuviera temblores bruscos y constantes, como si la ropa que llevaba puesta estuviera congelada o algo parecido, y cuando Gwen atravesó el aparcamiento para acercarse más vio que Amber se había quitado un zapato y que lo restregaba con fuerza y de lado contra el suelo.

—Hola —le dijo en voz muy alta.

—Hola —contestó Gwen, pero continuó caminando para no parecer demasiado ansiosa.

Amber refunfuñó y se quitó los cascos. A Gwen le pareció que reconocía aquellos minúsculos y metálicos golpeteos.

—Vale, no me saludes.

—Pero si te he saludado.

Amber sonrió.

—Tal vez —dijo, y siguió restregando el zapato.

—¿Qué haces?

—Son zapatos nuevos, Tox, pero no me gusta que parezcan nuevos.

—¿Tox? —Gwen estaba segura de que su madre jamás le compraría unos zapatos Tox.

—Sí, lo sé, tienen un aspecto de lo más estúpido, ¿verdad? Sobre todo porque parecen nuevos. ¿Usas Tox?

—Mi madre jamás me los compraría.

—Qué cerda tu madre.

Amber se puso a reír a carcajadas y Gwen la acompañó. Aquella risa podía significar cualquier cosa: desde que la palabra «cerda» era un chiste hasta que iba totalmente en serio.

—Ciertamente —contestó Gwen, y las dos se volvieron a reír.

—Toma, ayúdame con el otro.

Gwen se arrodilló, le quitó el zapato del otro pie y vio que llevaba las uñas pintadas de negro.

—Tienes que arreglarte esas uñas.

—¿Quedan muy mal?

—Como si te las hubieras hecho hace mucho.

—Bueno, es que me las he hecho hace mucho —contestó Amber echando una

mirada a Gwen como si estuviera reconsiderándolo. Gwen sonrió y comenzó a desgastar el zapato—. Da igual. ¿Cómo te llamas: Gwen? ¿La gente suele tratarte mal o algo parecido? Te comportas como si la gente te tratara fatal.

—Supongo que sí —contestó mientras seguía frotando y frotando—. No lo sé.

Pasaron apenas unos segundos y las palabras de Amber comenzaron a crecer hasta hacerse enormes, como fuegos artificiales que soltaban chispas en la oscuridad durante un instante y luego le explotaban por todo el cuerpo. Era cierto. Gwen nunca lo había visto de esa manera.

—¿En la escuela?

—En todas partes —contestó Gwen con voz temblorosa.

Amber sonrió.

—¿Qué tal ahí dentro?

—¿Con el doctor Donner? Bien. —Gwen cogió aire—. Creo que me ha ido mejor que a ti.

—Eso seguro.

—Supongo que hoy no es tu día —dijo Gwen repitiendo la frase que solía decir su padre.

—No es que no sea mi día, es que no es mi vida —contestó Amber, y dejó caer los cascos para darle más dramatismo—. Me gustaría estar haciendo otra cosa, ¿sabes lo que quiero decir? Algo diferente.

—Claro —respondió Gwen sujetando el zapato con más fuerza—. Claro, totalmente de acuerdo.

—Totalmente ciertamente —dijo Amber poniéndose el zapato. Se levantó y Gwen miró el espacio que quedaba entre sus pies, uno desnudo y el otro calzado—. Dámelo, está bien así. ¿Quieres ir un rato a la panadería? Te parecerá una tontería, pero necesito picar algo.

—Vale.

—Me gusta comer algo con azúcar siempre que salgo de ahí —dijo señalando la puerta de la consulta del doctor Donner con una sonrisita sarcástica.

Gwen asintió. Caminaron hacia un barrio pequeño y deprimente en el que había algunas tiendas y almacenes amontonados bajo los cables del tranvía. En la época en la que sucede esta historia los cables del tranvía aún colgaban por encima de las calles como si dibujaran las idas y venidas de una mente claustrofóbica. Gwen miró por última vez hacia la consulta del doctor Donner y a continuación en dirección al lugar al que le había prometido ir a su madre.

—¿Crees que te van a echar la bronca por lo que ha pasado?

—¿Por lo que ha pasado? —Amber suspiró—. Es posible. Gracias por nada, doctor Donner. Ya me enteraré cuando llegue a casa.

—Yo acabo de cumplir una condena, no me dejaban salir.

—¿Por qué?

—Porque cogí algunas cosas de la farmacia.

—¿Robaste?

—Me podrían haber denunciado.

—¿Te dijeron esa estupidez? A las chicas de nuestra edad jamás las denuncian.

—No sé, el caso es que estoy castigada, tengo que hacer horas de voluntaria en un asilo de ancianos.

—¿Hoy? ¿Puedo ir contigo?

—¿Qué? ¿Quieres ir allí?

—¿Es muy aburrido?

—No. No sé, son viejos...

—¿Pero a ti te gusta?

Gwen miró un segundo a lo lejos, hacia el tráfico.

—Sí —dijo—, hay uno que me cae bien.

—Entonces voy contigo. Mejor eso que nada. ¿Y qué más haces? ¿Nadas en la piscina?

—¿Cómo lo sabes?

Amber señaló uno de los prendedores que Gwen había olvidado que llevaba en la mochila. Decía MARIONETAS y tenía la silueta de una mujer delgada y elegante.

—¿Se te da bien? Yo no sé nadar.

—No sé...

—Apuesto a que eres buena. —Amber se pasó los dedos por el pelo y luego los cerró como si se estuviera preparando para una pelea. Ningún coche se detuvo, todos querían llegar a alguna parte, pero Gwen no podía caminar, solo podía mirar a Amber—. Apuesto a que eres muy buena.

Gwen no podía creer que aquello estuviera sucediendo con tanta facilidad.

Le Bakery era una panadería en la que Gwen no había entrado jamás. Al llegar se quedó de pie junto a Amber mirando a través del escaparate aquellos viejos modelos de pasteles de bodas agrietados y las galletas medio húmedas bajo unas luces amarillas. De repente se oyeron unas débiles risitas y se dieron cuenta de que dos chicos las habían estado mirando desde el interior, poniendo caras mientras ellas parpadeaban frente a las pastas. Gwen no los reconoció hasta que abrió estrepitosamente la puerta rota y entró en aquel sitio.

¿Qué tienen las chicas en común? Nathan y Cody Glasserman salían en ese instante con una enorme caja rosa. Nathan llevaba una camisa larga y holgada, tal vez de su padre, lo bastante desabotonada como para dejar entrever su pecho, y unos zapatos grandes y raídos con los cordones desatados. Cody parpadeaba bajo una gorra de béisbol y llevaba la caja sujeta por la cuerda. Chicos y chicas se detuvieron un instante con voracidad virtual —esa corriente sexual que arde en toda la superficie del planeta— y los chicos sonrieron.

—Esos pasteles os tenían hipnotizadas —dijo Nathan—. Ya sabéis el dicho: «Diez segundos en la boca, diez años en las caderas».

—Valientes palabras para alguien que se está llevando un pastel entero —dijo

Amber.

—Yo nado —contestó Nathan encogiéndose de hombros—, puedo comer lo que me dé la gana.

—Todos nadamos —dijo Cody, y Nathan le dio un pequeño empujón.

Se le cayó del bolsillo un tebeo en el que se veía a una heroína de enormes tetas en plena venganza. La cogió sonrojado mientras Amber pasaba junto a él. Nathan y Gwen se quedaron mirando. Gwen recordó lo que había leído en la revista, una guía de citas que daba recomendaciones para transformar un «no» en un «sí»: 1) controle sus emociones; 2) corrobore que no está interpretando el mensaje equivocado; 3) intente descifrar las motivaciones del otro; 4) ofrezca una fecha alternativa.

—¿Para quién es la tarta?

Nathan parpadeó lentamente y ella tuvo que contenerse para no relamerse los labios.

Cody se puso de pie y la miró con lástima, y entonces su hermano mayor le dio otro empujoncito.

—Arriba los Yankees —dijo Nathan haciendo un movimiento con la mano (arriba y abajo sobre un pene imaginario, igual que su padre el día que le contó lo de Allan) que arruinó para siempre en la cabeza de Gwen la palabra «Yankee». Luego le dijo, con los ojos brillantes y la mano aún en el pene imaginario—. Eres como el tesoro de un pirata.

—¿Por qué? —preguntó ella. ¿Qué quería decir?

Él estiró el dedo y la señaló directamente.

—Porque tienes el pecho hundido —respondió, y antes de irse le bajó la gorra a Cody—. Hasta luego, Mancha.

Gwen ni siquiera fue capaz de mirarlos, lo único que pudo mirar fue la caja de aquella tarta que se balanceaba en la mano de Cody como un barco en una tormenta. Hoy no es el cumpleaños de Naomi, pensó Gwen con alivio.

—¿Quiénes eran? Les he visto alguna vez.

—Nathan y Cody Glasserman.

—Menudo gilipollas.

—Sí.

—Aunque está bueno.

—¿Qué?

—Que es guapo.

Gwen sintió que temblaba de celos. Sacó un poco de pecho para que nadie viera que lo tenía hundido y decidió que seguiría así hasta el día de su muerte. En eso iba a consistir el legado de Nathan.

—¿Cómo era eso que dijiste? —dijo Amber sacando el boli que llevaba en el bolsillo—. ¿Lo de «No termino de ver el contrabando»? A mí me gustan mayores, como los de Tortuga.

—La controversia.

—¿Tienes un trozo de papel?

—¿Qué? Ah, sí —dijo Gwen abriendo la mochila—. Tortuga es lo más.

—Pero si a ti te gusta ese Glasser...

—Sí... —comenzó a responder Gwen pero no dijo más.

—Tampoco está mal que a una le gusten los gilipollas. Sería mejor que nos gustaran chicos más agradables pero es que no existen. Míralos.

Gwen le pasó un trozo de papel, Amber lo apoyó contra la pared y comenzó a escribir algo en él.

—¿No te gustaría...? —dijo, pero se detuvo y siguió escribiendo algo más—. ¿No te gustaría, a los chicos que son así, secuestrarlos sin más y encerrarlos en alguna parte?

—¿Dices meterlos en un coche o algo parecido? —Gwen no sabía si se trataba de algo que había pensado antes o si lo estaba pensando por primera vez en ese instante.

—Y hacer maldades con ellos... ¿Qué te apetece?

—¿Qué?

—No pidas una magdalena, saben a popurrí. ¿Te gustan las galletas de almendra?

—Nunca he comido nada de aquí.

—Pero sabes lo que es una galleta de almendra, ¿no?

—Sí, bueno, vale.

—Seis galletas de almendra —dijo, y terminó de escribir algo en el trozo de papel—. Así fueron las cosas con mi ex. Odiaba que se pasara el día hablando.

Su ex. Gwen la siguió hasta la caja.

—Hola, reina —dijo el hombre—. ¿Qué quiere tu padre hoy?

Amber frunció el ceño frente al papel como si no entendiera la letra.

—«Dos cafés sin leche, dos galletas de chocolate y seis de almendra» —leyó mientras tamborileaba con aquellas uñas en la pared.

—¿Lo cargo a su cuenta?

—Eso me ha dicho. —Amber le entregó el papel. El hombre se dio la vuelta para servir el café y Amber se acercó a Gwen—. Puedo imitar la caligrafía de cualquiera, de cualquiera.

—¿En serio?

—No hace falta la bandeja —le dijo al hombre, y le pasó uno de los cafés a Gwen.

—Muy bien —contestó—, dile a tu padre que nos envíe más vinagre.

—Lo haré —contestó Amber con una sonrisa que mantuvo en su rostro hasta que salieron a la calle.

—¿Tu padre hace vinagre?

—Lo sé —dijo Amber. Cogió una galleta y la partió por la mitad contra su pecho, le dio un trozo a Gwen y abrió la tapa de su café. El vapor se extendió en el aire pero desapareció antes de llegar hasta los cables del tranvía—. Es una tontería. Otro tío y él compraron unas tierras cerca de Napa y plantaron uvas, querían volverse ricos con

la producción de vino. Al final resultó que el vino estaba asqueroso, así que ahora hacen vinagre. Le pusieron mi nombre y el de la hija del otro: «Vinagres Amber Dawn». ¿Te lo puedes creer? Gracias por ponerle mi nombre a un condimento espantoso, papá.

—¿Tu padre produce vinagre en Napa y compra sus galletas aquí?

Amber se quedó mirándola.

—Lo del vinagre lo hace solo los fines de semana.

—Ah. ¿Y durante la semana?

—Es dentista —dijo Amber, y señaló hacia la consulta.

—¿El doctor Donner?

—Sí, ya sé lo que me vas a decir. Eh, no te lo pregunté: ¿querías café, verdad? Tíralo si no lo quieres.

—Es que me quemé una vez cuando era pequeña...

—¿Cómo?

—Tenía cuatro años, me estiré para alcanzar un donut y se me cayó encima una cafetera. Estaba hirviendo. Tuve quemaduras de segundo y tercer grado. Le arruiné el cumpleaños a mi abuela porque todos nos fuimos del hotel para ir a urgencias. Aún tengo la cicatriz en la pierna. A eso se refería Nathan cuando me llamó «Mancha».

Pero Amber ya estaba furiosa.

—¿Qué dices? ¿Que le arruinaste el cumpleaños a tu abuela? ¿Quién te dijo eso?

—Todo el mundo.

—¿Te dijeron que habías arruinado su fiestecita? ¿Y qué hay de tu pierna? ¿Y qué pasa con que apenas tuvieras cuatro años?

—No lo sé. Mis padres dicen que era una niña difícil, todavía lo piensan... Todavía piensan que soy difícil.

Amber le dio un sorbo a su café y lo escupió de vuelta en la taza negando con la cabeza.

—Están equivocados —dijo—. Gwen, tus padres están pero que muy equivocados. Vamos a mi casa.

—Tengo que ir al Centro de Vida Jean Bonnet, ya te lo he dicho.

—¿Lo de los viejos?

—Hay uno que depende de mí.

Amber cogió el vaso de café que tenía Gwen y lo arrojó a la calle con un movimiento decidido.

—Vale, pero luego vamos a mi casa, ¿quieres? Podemos, no sé, ver un poco la tele..., aunque odio la tele. Podemos escuchar música.

—¿Dónde vives?

Todo crecía y crecía cada vez más. Le habían roto el corazón y habían tirado por tierra su confianza, por eso el simple hecho de que alguien le propusiera algo así, aquel viaje inaugural hacia un horizonte fuera de programa, hacía que casi se le humedecieran los ojos. Todo era emocionante, pero el primer auténtico subidón de

aquella historia se produjo cuando Gwen le preguntó a la coqueta falsificadora, a la feroz rebelde, a la pícara aventurera con pendientes de gitana y uñas destrozadas, dónde vivía. *¿De dónde has venido, maravillosa Amber, quién puede explicarte? ¿Acaso lo hará tu casa de tres habitaciones y dos baños?*

—Vivo en la calle Octavia —dijo Amber sonriendo como si en realidad lo supiera todo.

Capítulo 5

Ponemos la radio? —preguntó Levine.

—Sí, sí —dijo Phil Needle todavía furioso por haber tenido que alquilar un coche.

También el coche alquilado gruñía sobre el asfalto como si estuviera enfadado. Aquella estúpida chica de aquel estúpido aeropuerto que trabajaba como si alguien le estuviese apuntando con un arma le había dado un coche que jamás debería ser conducido por nadie, por muy humilde que fuera su condición. A él mismo le habría gustado pegarle un tiro, pero estaban lejos de Los Ángeles y tenía prisa por llegar, tomarse una copa y dormir bien para dar el gran golpe al día siguiente. Tuvieron que dar un rodeo por el aeropuerto al salir del aparcamiento en el que estaban los coches de alquiler, y pasaron junto a los hangares y los jets privados. Vieron a un hombre con traje y corbata que hablaba por teléfono mientras esperaba a que fueran a recogerlo. Phil Needle no tenía tanta suerte. Encendió la radio y sonó aquella estridente canción que tanto le gustaba a su hija.

—Tortuga —dijo.

—Eh —dijo Levine—. ¿Ha ido a alguna discoteca o algo?

—¿Qué discoteca?

—No lo sé, lleva ahí un sello.

Phil Needle se frotó la mano.

—Sí —respondió envalentonado—. Tal vez te parezca un viejo pero aún voy a conciertos. Así me mantengo un poco al día.

—¿De quién era el concierto?

—Nada del otro mundo.

—Nada del otro mundo —repitió Levine a la vez que bajaba la ventanilla y extendía y ahuecaba la mano, como si estuviera tocando un pecho.

—¿Sabes guardar un secreto? —preguntó Phil Needle.

—No —contestó Levine al instante.

Phil Needle mantuvo las manos en el volante.

—Sí —dijo poco después.

—Bueno, creo que de este viaje va a salir algo grande, un gran programa.

—¿El de Belly Jefferson?

—Sí —contestó él—. Y, al igual que Belly Jefferson cambió el mundo de la música con un par de canciones, creo que este programa va a cambiar la vida de todos los que lo escuchen. Y como lo voy a producir yo, voy a ser también quien más lo escuche. Este programa me va a cambiar radicalmente, nos va a cambiar a todos. — Sentía que tenía un montón de cosas interesantes que decir, solo necesitaba que alguien las anotara.

—Le veo muy ilusionado —contestó Levine, y golpeó con un dedo el marco de la ventanilla.

—Sí, lo estoy.

—Ray siempre decía lo mismo —respondió ella—. «Es importante sentir ese deseo, el deseo de cambiar las cosas». La gente de la empresa se entusiasmaba. Es algo parecido a la euforia. Yo le veo así ahora.

Llegaron a un tramo donde unos hombres estaban trabajando en la carretera. No, había una mujer entre ellos.

—Se lo digo en serio —dijo Levine—. Sé que parece que me estoy burlando, pero se lo digo en serio.

—Lo sé —contestó Phil Needle, y luego pensó que tal vez tendría que darle las gracias, pero no lo hizo. Volvió a pensar una, dos, tres veces en el texto que había leído en su ordenador y sintió una leve palpitación entre las piernas y un poco más arriba, donde se le ajustaba el cinturón de seguridad.

—¿Qué nombre ha elegido para el programa?

—Iba a pedirte que me anotaras algunas ideas... Tengo un cuaderno ahí, aún no se me ha ocurrido nada, no consigo encontrar un título.

—Bueno, para eso he venido —dijo Levine levantando un instante una pierna bajo la guantera para estirla—. ¿Quiere que lo intentemos ahora?

—Podríamos parar para comer. En algún momento tendremos que hacer una parada.

—Soy vegetariana —dijo ella, pensativa.

—¿En serio? Por respeto a los animales o...

—Sí, por eso.

—Por los animales, claro.

Phil Needle se quedó pensando. Era una pena lo de los animales, pero ¿acaso alguien se lo tomaba en serio de verdad?

—Debe de ser difícil comer algo siendo vegetariana en una carretera como esta. En San Francisco hay mucha verdura pero aquí, en mitad del estado, prefieren matar animales. Conozco una parrilla que no está lejos, un sitio que sigue siendo un buen rancho.

—La verdad es que se me ha pasado el apetito.

—Yo estoy muerto de hambre.

Levine estiró las piernas de nuevo, el tacón rozó el plástico o el material del que estuviera hecha la guantera. No podía evitar tener las piernas abiertas, un poco abiertas, cuando hacía ese gesto. Tenía que ser de plástico.

—La pregunta es: ¿podría usted guardar un secreto?

Phil Needle sonrió de inmediato.

—No.

—Entonces no se lo pienso contar —dijo Levine sonriendo hacia la carretera.

—Estaba bromeando.

—Yo también —respondió, y siguió sonriendo hacia la ventana en vez de a Phil Needle.

—¿Se acuerda de Ray Droke?

—¿De quién?

—Veníamos hablando de él, de Ray Droke, mi jefe anterior.

Aquello no iba a ser divertido.

—Ah, sí. El publicista, me has hablado de él.

—¿No le llamó?

—¿A quién?

—A Ray Droke.

—No. —Phil Needle negó con la cabeza mirando hacia el paisaje.

—Le puse como referencia en mi currículum. ¿No le llamó?

—No —repitió Phil Needle, y agregó—, aún no.

En realidad no pensaba llamarlo, ya era demasiado tarde. Alma Levine, con su pierna levantada y sus inescrutables ojos tras unas gafas de sol que reflejaban el resplandor del sol y de aquella absurda carretera, ya trabajaba para él, ya le pertenecía o él le pertenecía a ella. Fuera como fuera, ya estaban juntos, en el coche.

—¿Recuerda que le conté que tuve un problema con él?

—Sí.

—Bueno, si quiere saber toda la verdad... —dijo, y después se quedó callada durante un minuto. La radio iba y venía mezclándose a ratos con otra señal.

—¿Qué?

Suspiró, se quitó las gafas de sol como si quisiera mirar a Phil Needle por primera vez y dijo:

—Me lo follé.

Y el coche aceleró al instante.

Fueron hasta un descampado, ralo y sin construcciones, con árboles muy delgados que dejaban entrever fragmentos de la panorámica. Desde aquel banco la ciudad parecía una amalgama de dados y cuerdas: los tranvías se dirigían sin prisa hacia el embarcadero, las luces de los semáforos parecían figuras de dominó y se veía la arboleda gris de los rascacielos en el centro. En aquella ciudad podía ocurrir cualquier cosa, incluso a Gwen.

—¿Te mareas, verdad?

—Sí.

—Este sitio nos pertenece a todos, ¿lo sabías?

—Ya, pero nunca había subido hasta aquí —contestó Gwen, avergonzada. Estaban solo a unas manzanas del Centro de Vida Jean Bonnet pero fue Amber quien le mostró aquella nueva manera de llegar.

—Sabía que te iba a gustar.

—Sí, me encanta.

—¿Te encuentras bien? Ya te avisé que mareaba un poco.

Pero lo genial era justamente que mareara. Tener a Amber cerca era como haber

encontrado un enorme laberinto en el jardín trasero de casa.

—Ciertamente —contestó Gwen.

—Y además... —dijo Amber, pero luego suspiró y cogió una rama del suelo con la que se puso a jugar moviéndola en círculos sobre las vistas de la ciudad como si estuviera señalando sus edificios favoritos o unos puntos estratégicos.

Gwen se sentó. En su bolsillo se arrugaba otra carta para el *San Francisco Chronicle* en la que se narraba el injusto tratamiento que estaba recibiendo un exmarino.

—Está bien que lo hagas —murmuró Amber, y no hizo falta añadir nada más para que supiera a qué se refería.

Gwen se sonrojó y por un instante se sintió tan feliz que tampoco se planteó hacer la pregunta.

—Y además tienes razón. —Hizo una espiral con la rama en el aire—. Puede que el tipo esté loco, pero todo el mundo lo está, ¿verdad?

—Sí, lo sé —contestó Gwen. Le picaba la pierna y se había subido la pernera del pantalón para rascarse sin que le importara que se viera la cicatriz.

—¿Cómo le llamaste?

—Errol.

—No, no, eso de «capitán algo».

—Hoy le he llamado «mi capitán». No es que suela llamarlo así. Se me ocurrió sobre la marcha.

Amber apoyó una mano sobre la de Gwen, y ella dejó de rascarse.

—Ya entiendo.

—Porque se parece un poco a un capitán.

—Sí, total. Yo también lo pensé.

—Y además estuvo en la Marina —dijo Gwen, porque sabía que era imposible que se enterara de que era mentira.

—Tal vez tendríamos que empezar a llamarlo así cuando estemos con él.

—Supongo que sí, podríamos llamarle de cualquier manera.

—Sí, lo sé, es genial porque a él se le va a olvidar de todos modos. Uno puede empezar de cero cada vez que le ve.

—En realidad no hace falta que te alejes.

—Ciertamente, podrías empezar de cero cada cinco minutos. O segundos. Estaría bien que fuera así con todo el mundo.

—Claro.

—Contigo no, pero con todos los demás, sí.

Se quedaron sentadas mirando la ciudad desde la colina. Amber abrió la mano.

—Pero la cuestión, Gwen, es qué vamos a hacer.

Esa era la pregunta. Aquella había sido en realidad la pregunta durante aquellas tres largas semanas de amistad. Gwen y Amber tenían muchas cosas en común. A ninguna de las dos le gustaba que las personas se comportaran como si fueran

estúpidas, y cuando estaban solas a las dos les gustaba bailar y comer helado. Ninguna necesitaba demasiada luz para hacer las cosas y odiaban que los demás les encendieran la luz, sobre todo si al hacerlo decían: «Te enciendo aquí para que veas mejor». La casa de Amber de la calle Octavia estaba en un vecindario en el que daban muestras gratis de perfume, se veían preciosas botas tras los escaparates y había clases de yoga a las que tal vez algún día asistirían. A cambio Gwen solo podía ofrecer el exiguo embarcadero, pero Amber le enseñó que si caminaba un poco más lejos, si pasaba de largo el mercado de los granjeros y los hoteles, un poco más allá del hospital en el que tarde o temprano iban a ingresar a Gwen por deshidratación, conmoción y enfriamiento, había otro lugar al que podían ir juntas: un muelle remodelado para los turistas en el que había una heladería carísima y una tienda de cremas para el cuerpo desde el que podían verse un montón de leones marinos enroscados en el malecón como cadáveres en sacos de dormir. Se mareaba solo de pensar la cantidad de tiempo que podían estar allí sin que las vieran los turistas o algún muchacho con granos y avergonzado de sus padres. Los turistas se pasaban el día entero dando vueltas por ahí, comiendo dulces y sacándose fotos frente a aquel infinito mar de fondo, el neblinoso puente, la prisión de la isla y el tímido barquito de madera recién construido en el que se hacía un espectáculo todas las tardes. La mejor fotografía fue una que sacó Amber y que aparecía en la pantalla cada vez que se enviaban un mensaje de texto: en ella se veía a Gwen, valiente y delgada, con el pelo perfectamente acomodado sobre la frente gracias al viento y, a sus espaldas, el barquito de madera, el *Corsario*, con las velas de lona y una pequeña torreta en lo alto del mástil.

Gwen salía muy guapa en la fotografía.

Eso sí, la aburrida tormenta de sus vidas continuaba idéntica. Uno de aquellos pesados y lluviosos días se lo pasaron encerradas en el cuarto de Gwen, para variar, a salvo de Marina, quien a su vez también prefería estar encerrada pintando sin salir siquiera para ver quién asaltaba de cuando en cuando la nevera. Estuvieron un rato acostadas en la cama acariciándose el pelo. Amber buscó algo en su bolso y lo extendió sobre la pierna.

—Me han dado la nota final —dijo—: un suspenso.

Gwen miró de reojo una gruesa gota que en ese momento caía por el cristal, una gota que se resistía a desaparecer.

—Pero qué vergüenza —dijo.

Amber le dio un golpecito al papel y lo levantó por encima de sus cabezas como si señalara un avión en pleno vuelo.

—Respondí honestamente cada una de las preguntas. En la primera: A; en la segunda: C; en la tercera: falso; en la cuarta: E; en la quinta: ni idea; en la sexta: qué más da, y en la séptima: que le den a esta asignatura.

Las dos rieron a carcajadas.

—¿Te han suspendido? —preguntó Gwen entre enfadada y burlona.

—La guarra de mi madrastra se ha puesto como loca —contestó Amber—. No sé por qué. Le he dicho que no pienso cambiar de colegio aunque las notas me lo permitan, y mucho menos al colegio que ella quiere que vaya.

—Asesinaron a alguien en ese cole —recordó Gwen.

—Sí, hace años. Con las notas que tengo podría ir, pero tampoco me dejarían responder honestamente —dijo exhalando un largo suspiro y tirándose de nuevo sobre la cama. Su pelo resbalaba hacia la moqueta como un abanico abierto—. Nos tenemos que rebelar contra todo esto —dijo a la vez que se daba la vuelta y descubría la reserva de libros escondidos que tenía Gwen bajo la cama.

Gwen aún no se sentía preparada para compartíroslos. Eran su gran secreto.

—¿Qué es esto? —preguntó Amber. Gwen deseó que no le preguntara si eran picantes, como habría hecho Naomi—. ¿Los has leído todos?

—Sí.

—Ciertamente, yo no podría. Tengo la misma capacidad de concentración que una zanahoria. ¿De qué van?

—Son solo libros.

Pero Amber ya estaba en el suelo, tras haberse dejado caer a cámara lenta desde la cama y dar media vuelta como una piedra. Gwen se quedó recostada con las manos sobre el pecho y mirando aquel techo vacío como si la hubiesen enterrado viva, tratando de encontrar algún comentario más o menos verosímil.

—¿Son todos como este? ¿Dónde los has conseguido?

—Me los han prestado —contestó Gwen. «Llévate todos los que quieras y durante el tiempo que quieras», le había dicho Errol cien veces.

—Son de Errol, recuerdo haberlos visto en su cuarto. ¿Qué es un corsario? —Amber señaló las letras doradas y subrayadas pero no esperó la respuesta—. Es un pirata, ¿no?

—Sí.

—¿Y esto es lo que lees? ¿Cosas sobre piratas?

—Sí, ya sé lo que vas a decir —se apresuró Gwen.

Amber abrió el libro y vio la definición que Gwen había copiado en la cara interior de la portada.

—«Un defensor o un representante de intereses privados». ¿Es eso un pirata? ¿Es lo mismo un pirata que un corsario?

—Son algo parecido.

—Mírame —dijo Amber, y Gwen se dio la vuelta y se deslizó de la cama para sentarse junto a Amber y los libros. La miró.

—Ya lo sé, no es más que una tontería.

Pero Amber negaba con la cabeza.

—¿Qué significa «un representante de intereses privados»?

—Que puedes hacer lo que te dé la gana, creo —respondió Gwen, muy despacio—; que puedes ir a cualquier parte.

Amber miró por la ventana, y a continuación muy rápido hacia el puente, el cielo y el mar.

—Y además... no puede haber nadie que te diga lo que tienes que hacer —añadió Amber.

Gwen se dio cuenta de que aquella última información que había brotado bajo el impulso de una estremecedora sabiduría se había colado eficazmente hasta el interior de su amiga. A sus espaldas, las olas se agitaban.

—¿Qué sabes de piratas? —preguntó Amber.

—Son... mmm...

Amber pasó la página y las dos leyeron: «Historia del desahucio».

—¿Qué significa eso?

—Significa que puedes privar a alguien de todas sus posesiones —contestó Gwen—, que le quitas todas sus cosas.

—Eso suena diabólico —dijo Amber, y Gwen se dio cuenta de que le daba vergüenza su ignorancia.

—Es muy viejo —dijo Gwen a la vez que tocaba la mano de Amber que sostenía el libro—. Cuando lo lees tienes que buscar casi todas las palabras.

¿Qué sabía la gente sobre la piratería? En la época en la que se desarrolla esta historia, y también en los siglos anteriores y los posteriores, todo el mundo sabía lo que era un pirata. Otra cosa bien distinta era ponerse a pensar en ellos. Cuando Gwen y Amber se pusieron a pensar en ellos, fue como si hubiera caído un rayo en el interior de la habitación. Todo el mundo sabe lo que es un rayo pero nadie espera que caiga uno en el interior de una habitación. El aire parecía electrizado alrededor del siguiente libro. Amber le dio la vuelta.

—¿Cuál me recomiendas que lea?

Gwen no sabía qué decir.

—Ese.

Por lo general la mayoría de la gente sabe que *Capitán Blood* es la historia más sublime que jamás haya creado la mente humana. En ella se pueden encontrar todas las cosas. El protagonista es un médico de apellido espantoso que se encarga de curar a los soldados heridos en combate hasta que le hacen prisionero y es condenado y deportado —es castigado al encierro—, y por esa razón inicia una carrera para restituir el sentido de la justicia que le ha sido arrebatado. *Al principio es un rebelde, luego un esclavo prófugo y, al final, un pirata sangriento.* Aquella visión del mundo había tenido a Gwen leyendo hasta altas horas de la noche, hasta que apenas se veían coches cruzando el puente. Al final siempre llegaba el día en que alguien no aguantaba más y se ponía a devolver los golpes.

—«El Capitán Blood puede ser brutal pero siempre dice la verdad, es supersticioso pero no tiene religión, es valiente pero también torpe, se puede confiar en él pero es un hombre difícil» —leyó Amber en la solapa—. Me lo voy a leer ahora mismo.

—¿No te parece algo tonto?

Amber negó con la cabeza y parpadeó rápido.

—Me lo voy a leer —susurró.

—¿Qué?

Amber metió una mano en el bolsillo de su jersey y la sacó vacía. Pero no, no estaba vacía: abrió la mano y apareció un brillo de labios.

—Es de esa tienda... —Gwen recordó que cuando estaban allí Amber le había dicho de repente que estaba aburrida y que quería irse—. Es de esa tienda que está bajo el cartel grande, en el muelle.

—Lo hago todo el tiempo —contestó Amber—, aunque nunca sé por qué.

Dio un golpecito en el libro. *Esa era la razón.*

Gwen le quitó a Amber *Capitán Blood* y luego se lo volvió a entregar con las dos manos, como si aquella fuera la manera correcta de hacerlo. Era el comienzo de algo, por mucho que en ese momento, ni tampoco un día más tarde y en la cima de aquella colina, ninguna de ellas pudiera decir exactamente de qué. ¿Qué iban a hacer? Gwen encendió un cigarrillo imaginario. También compartían eso. Amber sonrió y lo cogió para darle una calada. ¿Con qué otras cosas podían soñar?

—¿Cómo es eso de los piratas? —preguntó Amber—. Supongo que se parece a montar un grupo de música. Y nosotras... ¿por qué lo hacemos? No se trata solo de robar cosas en las tiendas, ¿verdad?

—No.

—Ni tampoco lo hacemos para que ese chico se convierta en tu novio, ¿no? Ese chico, cómo se llamaba..., Cody Glasserman.

—Nathan. No, tampoco es por eso.

—Eso sería una estupidez. Como lo de mi ex. Fue bastante patética mi obsesión por él.

Parecía estar esperando una respuesta, de modo que Gwen asintió. Amber tiró el pitillo imaginario.

—Cuando rompimos intenté suicidarme un poco —dijo, y se agachó para mostrarle a Gwen una minúscula cicatriz en el tobillo—. Sangré muchísimo.

—Pensé que había que cortarse las venas de las muñecas.

—Sí, ya... Te he dicho que lo intenté un poco —respondió Amber con una sonrisa—. Me da igual, lo de los chicos se ha terminado para mí; son demasiado estúpidos. Por mí puedes liarte con él si te apetece, pero yo no voy contigo solo para que te lées con Cody.

Si le corregía de nuevo iba a acabar arruinando aquel momento, pero el nombre de «Nathan Glasserman» se le venía una y otra vez a los labios cada vez que pensaba en él. No importaba, ellas estaban allí por otra razón.

—Tiene que ser como lo de ese día —dijo Gwen. Casi podía sentir el sabor de la sal marina en la boca.

—Fue muy bonito de tu parte —repitió Amber—. Dime algo.

—¿Qué?

—No sé, cuéntame algo... Como lo que yo te acabo de contar de mi ex y el corte en el tobillo. Cuéntame lo que quieras. Tenemos que conocernos mejor que nadie en todo.

—No soy más que un error —dijo Gwen antes de que le diera tiempo a arrepentirse.

—¿Por qué?

—Porque lo soy. No me lo han dicho, ni mi madre ni mi padre, pero su intención era vivir en Nueva York y convertirse en estrellas de la radio o algo parecido.

Amber resopló.

—El caso es que no querían tenerme —dijo Gwen, y sintió otra punzada debajo del ojo, como la punta de una cuchilla.

—A veces dicen ese tipo de cosas pero no es lo que sienten en realidad.

—Pero es que ellos no las dicen, esa es la cuestión. A eso me refiero, he tenido que descubrirlo yo sola. Ellos solo me miran, me controlan, no puedo coger sola el autobús y casi tengo que mendigar para verte. Se supone que soy una gran deportista pero no lo soy. De hecho, he dejado las clases de natación.

—Para —dijo Amber, y apoyó la cabeza en el hombro de Gwen.

—No quiero hacer las cosas bien. —Gwen sentía tanta odio que imaginó que el cigarrillo provocaba un incendio que hacía arder la colina entera. El aliento de Amber le calentaba el jersey—. Estoy cansada de intentar hacer las cosas bien.

—Se lo contaremos hoy —dijo Amber—. Hagamos algo, vamos a decírselo.

Amber se puso de pie y Gwen también. Fueron dando un paseo, las dos pensando en la fotografía. No necesitaban verla para recordarla. Podían mirar hacia donde quisieran, se dijo Gwen, ni siquiera a la chica sino al barco que se veía a su espalda. ¿Qué significa «corsario», si no? Era una palabra antigua, los viejos conocían su significado.

Errol tenía algunos días buenos y Gwen aprendió a reconocerlos de inmediato. Cuando entraron en su cuarto deseó que aquel día fuera uno de los buenos, pero le oyó decir «eso me tiene preocupado» y Gwen suspiró y se miró la mano. «Memoria» era la palabra que buscaba.

—Tienes algo en la mano, Vera.

—Gwen —contestó Gwen.

—¡Ya lo sé! ¿Qué es eso?

Amber y Gwen estaban de pie, tal vez ese era el problema. Gwen se puso de rodillas a su lado, cogió uno de los pañuelos de papel que tenía sobre la pierna y le limpió las gotitas de la nariz con gentileza. Siempre hacía muchísimo calor ahí dentro.

—Hola —dijo ella.

—Me acuerdo de ti —dijo Errol.

—Me alegro.

—Vienes mucho por aquí.

—Sí.

—Porque robaste unas cosas.

—Sí.

—Y me lees.

—Así es. Pero hoy quiero hablar contigo, ¿vale?

Errol comenzó de nuevo.

—Tengo un problema con la memoria.

—No pasa nada.

—Pero me preocupa. ¿Cómo se llama ese río?

Gwen conocía muy bien aquel territorio.

—Es el Nilo, pero no importa. Mi amiga y yo queremos hablar contigo.

—Senil, eso es. ¿Quién es tu amiga?

Señaló a Amber con el dedo aunque Gwen sabía que la miraba directamente a ella. Los ojos de Errol estaban hambrientos y furiosos, para nada confusos. Gwen pensó que se parecían a los suyos.

—Me llamo Amber.

—Encantando de conocerla, señorita.

—Yo también vengo siempre.

La conversación era siempre igual.

—No.

—Sí, he venido muchas veces.

—¡Cállate, zorra! —gritó Errol, y luego empezó a reírse a carcajadas. Gwen y Amber también rieron. Gwen pensó que siempre iban a repetir aquella frase: «cállate, zorra». Podía oírla incluso por encima del rugido del viento que barría la superficie del mar—. Eso es de lo que me leíste el otro día, ¿verdad? A veces lo recuerdo todo perfectamente.

—Sí —contestó Gwen, y era cierto—. Amber y yo queremos hablarte de algo.

—Una negociación, ¿eh? Aquí me tienen a su disposición.

—Queremos hacerlo.

—Y además... queremos hacerlo en serio —dijo Amber.

—¿Qué es lo que queréis hacer?

—Convertirnos en piratas —dijo Gwen de inmediato.

Errol hizo un movimiento con la mano a la altura del rostro de ella para indicarle que no le gustaba que estuviera de rodillas. Ella se puso de pie.

—Si ya robáis cosas, por eso estáis aquí. De lo contrario estaríais con vuestros amigos.

—Yo estoy con mis amigos —dijo Gwen, y Amber apoyó una mano en su hombro.

—Tú también llevas algo escrito en la mano, ¿qué es?

Gwen y Amber levantaron las manos a la vez, puño contra puño, para que Errol

pudiera leer. Y él leyó.

—En serio queremos hacerlo —dijo Amber—. Nos hemos unido por una causa.

—Estamos armadas de valor —dijo Gwen.

Amber sonrió.

—¡Cállate, zorra!

—Ya me lo habéis contado antes, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo se llamaba ese río?

—No se trata del río sino del mar —dijo Gwen, probando otra táctica—. Nos marcharemos al mar.

—Piratas —dijo Errol vacilante.

—Camaradas —había aprendido a decir Amber—, camaradas de altamar.

—Pero no podéis hacer eso, esas cosas ya no se hacen en esta época.

—Sí, sí se pueden hacer hoy, pero de una manera diferente —dijo Gwen.

—Entonces no es lo mismo.

—Sí lo es.

Amber asentía a su espalda pero Gwen sabía que era ella la que tenía que hablar, sabía cómo encarar el tema. Se puso otra vez de rodillas y apoyó su mano sobre la de Errol. Leyó de nuevo la palabra ZORRAS. Se lo habían escrito el día anterior y las dos habían unido tanto las manos que Gwen había olvidado lo estúpida que debía parecer aquella palabra separada del complemento de Amber: AL PODER. Pero ya no tenía ningún sentido, ahora necesitaba tener las cosas claras. Miró a Errol a los ojos.

—Nosotras nos encargaremos de todo —le dijo—. Ya hemos encontrado el barco y podemos conseguir provisiones.

—De la farmacia —completó Amber.

—Tenemos mapas. Tenemos cuchillos. Y tenemos un espíritu rebelde. —Gwen bajó la mirada y luego volvió a mirar para comprobar si había funcionado. Lo había sacado de un libro, por supuesto, pero sonaba perfecto. Sonaba auténtico. Y estaba claro que ella tenía un espíritu rebelde, por mucho que la expresión «espíritu rebelde» no fuera algo que uno iba diciendo por ahí, o al menos no en la época en la que transcurre esta historia—. Pero si tú no vienes con nosotras no tendremos ninguna oportunidad en mar abierto, no sabemos navegar. Tú has estado en la Marina. Creo que podemos sacarte de aquí pero solo si tú quieres venir con nosotras.

—Para ser piratas —dijo Errol. Las manos le empezaron a temblar sobre las rodillas con una agitación que Gwen jamás había visto en él. Ni siquiera dijo que le preocupaba su memoria durante ese minuto.

—¿Dónde estamos?

—En el Centro de Vida... —empezó a decir Gwen.

—No, no. Me refiero a que estamos en San Francisco, ¿verdad? ¿En San Francisco?

—Sí.

—¡Lo sabía! —Se dio un golpecito en una rodilla—. Toda la ciudad está al nivel del mar.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Gwen. «Al nivel del mar» sonaba como si la ciudad fuese plana cuando en realidad estaba llena de cimas y valles.

—Ahora es el momento de empezar —dijo Errol casi a gritos—. Si estoy tan chiflado como para escucharlas, señoritas, es que me tienen a su disposición.

—¿En serio?

Tal vez sí estaba en uno de sus días buenos, como habían esperado. Pero entonces Errol frunció el ceño.

—Pero tus padres... Seguro que tu padre no quiere que sus dos hijas se embarquen en algo tan insensato. —Se encogió de hombros, un movimiento rápido y brusco, quizá desdeñoso.

—Nuestros padres no están aquí —dijo Amber. Y entonces sucedió. Hasta ese momento solo habían hecho planes y se habían escrito en las manos, todo se había mantenido intacto, nada se había quebrado aún, nada había sucedido en realidad, todo seguía liso como la superficie de un cristal. Pero ahora comenzaba la acción de verdad, no había nadie allí que les dijera que era imposible.

Errol se puso de pie. Eso era siempre un riesgo pero Amber y Gwen esperaron a que activara sus piernas de marinero. Una de sus manos temblorosas se agarró al extremo de la cama metálica y la otra se extendió meditativa hacia la ventana hasta que Gwen la cogió entre las suyas.

—¿Qué buscas, Errol? —preguntó con gentileza.

Errol esbozó una gran sonrisa.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de vuestra idea?

—¿De qué idea?

—¡La de convertirnos en piratas! —gritó Errol—. Que es una vida de aventuras, grumetes.

Gwen se ruborizó. Grumete era el aprendiz de marinero, pero Errol sacudía la mano y señalaba con la cabeza hacia la puerta.

—¡Hay un mapa por aquí en algún lado, estoy seguro!

Gwen veía que Errol lo entendía y luego se perdía, lo entendía y se perdía, estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¿Mapa de qué?

—¡Lo veo todos los días en el baile de las sillas!

—¿Baile de las sillas?

—El chachachá de las sillas —dijo gruñendo, y salió trastabillando de la habitación.

Gwen todavía se perdía a veces por aquellos pasillos, pero el capitán iba orgulloso al frente y logró llegar de una pieza a su destino. Se llamaba solárium y parecía una jaula en la que había cristales que impedían que entrara el aire fresco, unos cuantos muebles de mala calidad, un par de plantas y una jaula de verdad con un

pájaro en una esquina. El sol calentaba demasiado el interior y sobre las mesas había puzles de cuadros famosos para que los hiciera la gente, una vieja costumbre incluso en la época en la que transcurre esta historia. Había solo una mujer intentando hacer uno. Errol arrugó la nariz para señalar hacia un jardín que había detrás de una pared.

—Mirad eso. —Gwen miró hacia donde apuntaba el dedo de Errol y vio unas largas y temblorosas flores alineadas en tiestos—. La gorda dice que son unos semáforos preciosos. ¿Qué flores son en realidad?

Por un instante Gwen tampoco pudo recordar el nombre.

—Orquídeas —dijo por fin, pero Errol ya estaba asintiendo.

—El peor regalo del mundo. Alguien te regala una orquídea y luego ¿qué? Nada, solo tienes una orquídea. Es un insulto.

Gwen asintió, estaba totalmente de acuerdo. Además, casi no tenía duda de que «semáforo» no era el nombre de ninguna planta.

—Veo la controversia —dijo.

—Es realmente un insulto —dijo Errol. Para poder sacudir la cabeza tuvo que sujetarse al borde de la mesa y un par de piezas de la *Mona Lisa* cayeron al suelo.

—Eh —dijo la mujer, tranquila.

—Has dicho que había un mapa por aquí —recordó Amber.

Errol se encendió.

—¡Así es! ¡Así es! ¡Así es! —Caminó hasta las orquídeas y cogió algo de la pared, algo largo y plano que aplastó una orquídea. Lo apoyó con un golpe sobre el rompecabezas y la mujer se quitó las gafas.

—Oye, que estoy haciendo un puzle —dijo—. Llévate eso a otra parte.

Gwen sabía lo que iba a contestar Errol y fue lo que hizo, como si fuera una profecía:

—¡Cállate, zorra!

—Ya estamos hartos de tus tonterías —dijo la mujer y se puso de pie. Llevaba una pequeña campanilla atada al andador.

Errol agitó la mano frente a ella y bajó la mirada hacia el cristal reflectante. Gwen y Amber aparecieron una a cada lado, con las caras flotando sobre un mapamundi dibujado a mano. Errol lo miró un rato y luego miró a su alrededor como si se acabase de despertar.

—Chicas, ¿qué es esto?

—Es un mapa —contestó Gwen. Era uno de esos mapas amarillentos con serpientes en las esquinas y palabras escritas con la *A* y la *E* como hermanas siamesas. Le tembló el estómago y a continuación, para su sorpresa, reconoció la forma de la costa. Pensó que era un buen grumete—. Es California.

—Recuerdo esto de mis años en la Marina —dijo Errol asintiendo con solemnidad. La anciana murmuró algo y comenzó a alejarse—. Mucho antes de que existieran todos esos aparatitos que tenéis ahora, esos móviles que os dicen por dónde está yendo el coche. Utilizábamos mapas como este para llegar hasta el último rincón.

—Pero está en español —dijo Amber.

—Siempre estaban en español, a menos que fueran falsificados.

Amber quitó un poco el polvo que había sobre el cristal y miró a Gwen dubitativa.

—Es como si siempre hubiese estado en este lugar.

—Exacto —dijo Errol—, eran mentiras dibujadas para engañar a los enemigos que salían a mar abierto.

—Es verdad —dijo Gwen recordando uno de los libros—. Los piratas solían hacer mapas falsos. Cuando los barcos pensaban que iban a mar abierto, en realidad se estaban metiendo en una laguna.

—Una emboscada —completó Amber.

—Dejad a los heridos en cubierta —dijo Errol—; los debiluchos y los tontos me molestan en cualquier sitio. Tengo un problema con la memoria.

—No —dijo Gwen mirando el mapa de California—, no lo tienes. Eres una pieza fundamental para el éxito de esta aventura.

Amber hizo sonar sus uñas sobre el mapa.

—¿Y... yo qué? Yo también soy una pieza fundamental para el éxito de eso que has dicho, ¿no?

—Por supuesto, tú también lo eres.

—Pues yo no sé nada, no me permitirían alistarme ni en la peor marina del mundo.

—Tú eres una falsificadora —le recordó Gwen—, no de mapas sino de caligrafías.

—Puedo imitar la caligrafía de cualquiera —admitió Amber, y Errol le dedicó una sonrisita de capitán antes de mirar fijamente hacia la puerta.

—¡No interrumpáis! ¡Estamos en una reunión!

—He oído que vuestra reunión está molestando a la señora Hinterman —dijo Manny con calma y extendió la mano. Tenía la palma sorprendentemente blanca—. Deme el mapa.

—Pelearé con uñas y dientes por este mapa.

Gwen se quedó inmóvil. Era consciente de que tarde o temprano iban a tener que pelear, el derramamiento de sangre iba a ser inevitable, pero tal vez hacerlo allí, en el solárium, no era la mejor opción.

—No se pueden descolgar los cuadros de la pared —dijo Manny.

—Me han robado hasta el último céntimo que tenía —contestó Errol con los dedos aferrados al marco. Gwen miró el mapa de nuevo, aquella cursi imitación de las antiguas florituras con tinta de oro—. Hasta el último céntimo.

—Estás en un lugar agradable —dijo Manny mientras agarraba el otro extremo del mapa.

Errol dio un tirón pero cedió de inmediato.

—No me caes bien —dijo pausado, y a continuación se desplomó sobre una silla.

—Ya lo sé —contestó Manny, y se colocó el mapa bajo el brazo.

—Tengo un problema con la memoria —dijo Errol melancólico—. ¿Cómo se llamaba ese río?

Todos pronunciaron el nombre del río.

—Yo te ayudaré a que te tranquilices —dijo Manny. Después suspiró larga y profundamente—. Estoy... ¿Cómo decís vosotros? Demasiado viejo para esta mierda.

—Él es Manny —dijo Errol recuperando los modales—. Es un hombre, por eso lo llamo así^[3]. No me cae nada bien.

—Vamos a tranquilizarnos. ¿Quieres un té?

—¡Un té! —dijo como dando una orden.

—Un té —repitió Manny cansado y se marchó.

Errol tiró unas cuantas piezas más del puzle al suelo. Gwen le ayudó. En quinto había aprendido que nadie sabía de qué se reía aquella mujer y que la habían pintado... ¿cuándo? ¿En mil quinientos y algo? Sí, en la época de la Armada española. Si no lo sabían en aquella época, cómo lo iban a saber ellos hoy.

—¿Cuál es el nivel de peligro? —preguntó Errol.

Gwen soltó una pieza del borde.

—¿El qué?

—Estamos tramando una aventura pirata, ¿verdad?

—Así es —contestó aliviada por que recordara el tema.

—Bueno, entonces ¿cuál es el nivel de peligro si lo comparamos a las ganancias esperadas?

Gwen reconoció aquel razonamiento, lo había leído en una historia que terminaba con un montón de cadáveres sobre la cubierta.

—No lo compares con las ganancias esperadas en el futuro, debes compararlo con la penuria en la que te encuentras hoy.

—¿Qué significa «penuria»?

—La nada —contestó Gwen mirando las orquídeas—, porque a los tres nos han quitado todo lo que teníamos.

—No tenemos nada —repitió Amber—, y no nos dejan en paz.

Errol seguía dando golpecitos.

—O sea, ¿que todavía no tenéis una misión?

Gwen pensó en Nathan Glasserman goteando en la piscina, también él la había llamado «Mancha».

—A ella le gusta un chico al que quiere secuestrar —dijo Amber—, llevárselo como prisionero.

—¿Un jovencito de buena familia? —preguntó, y soltó una sonora carcajada.

—Él jamás lo entendería —dijo Gwen.

—Ni falta que le hace —dijo Amber—. De todas maneras estará allí. —Levantó la mano y la expresión AL PODER chocó contra la palma que decía ZORRAS.

Gwen apoyó una mano en la de Errol, que en ese momento sostenía un puñado de

piezas de paisaje italiano.

—Capitán, ¿le alcanza con esta tripulación?

—¿Cuántos son?

—Una —dijo señalándose a sí misma—, dos y tres.

—Cuatro, si contamos a Cody —dijo Amber.

—Nathan.

—No es suficiente —dijo Errol negando con la cabeza—. Imposible, imposible.

—Es un barco pequeño —comentó Gwen, aunque en realidad no habían comprobado el tamaño del barco.

—Cállate, zorra —dijo Amber.

—¡Ah! —dijo Errol cuando vio que Manny regresaba con las tacitas humeantes. En la bandeja había cuatro tazas pequeñas, redondas como urnas. Las apoyó sobre las piezas esparcidas y sirvió aquel extraño y suave té.

—¿Qué es esto? —preguntó Errol.

—El mismo té que preparo siempre.

—Menta gatuna —recordó Gwen.

—Menta gatuna —repitió Errol—. A lo mejor no me caes tan mal después de todo.

Bebieron los cuatro. A Gwen le pareció que no sabía a nada, pero luego empezó a sentir un poco atontada la lengua y sonrió a Amber, que estaba mirando el fondo de su taza. «Manny es un hombre físicamente fuerte», pensó Gwen. Y percibió la mirada de Amber.

—¿Es un té típico de Haití? —le preguntó a Manny.

Manny asintió y bebió de su taza.

—Pero aquí no hay manera de que salga bueno. Y bien, ¿qué estáis tramando?

—¿Quién dice que estamos tramando algo? —contestó Amber rápidamente.

—Me lo ha dicho un pajarito —respondió, y señaló alrededor de la sala con un brazo grueso, muy grueso—. ¿Qué estáis haciendo en esta sala, chiquillas?

—No somos chiquillas —contestó Gwen sonriendo—. Somos piratas.

Manny se rio.

—¡Piratas! Y lo decís así de fuerte, «Piratas», como con una pe mayúscula.

—Todo en mayúsculas —dijo Gwen.

—¿Qué queréis decir con piratas? Ya no existen los piratas.

—Pero hay cosas parecidas —dijo Amber—. Lo hemos pensado.

—Queremos largarnos de aquí y recuperar lo que nos han quitado.

—Pero de qué habláis... Esto es una residencia de ancianos y vosotras sois unas chiquillas.

Gwen se enfadó y miró furiosamente a Manny. Tenía la mente un poco aturdida por el té de menta gatuna y recordó algo que había leído escondida bajo la cama.

—Queremos forjar un nuevo orden social fuera del ámbito de las autoridades tradicionales.

—Autoridades tradicionales —repitió él, y se rascó una de sus enormes orejas—. Bueno, en realidad eso suena bastante bien.

—Vamos a hacer frente a los miedos de este mundo —dijo Errol en tono humorístico.

Manny se rio entre dientes.

—Cada miedo esconde un deseo y viceversa —dijo, quizá recitando algo—. ¿Por qué no me contáis de una vez de qué estáis hablando?

Se lo contaron. A Gwen le pareció que aquella vez lo explicaron todo un poco mejor. Errol miraba con atención hacia el vacío como perdido en sus pensamientos o perdido en general, y Amber sonreía casi con orgullo hacia Gwen mientras hablaba de los piratas en el pasado. Poco a poco, y con la ayuda de Amber, fue llevando el plan hacia el punto en el que se encontraban en el presente, es decir, aquellos días, y cuando Gwen terminó, Manny había apoyado su taza y miraba en torno a la mesa como si cada uno de ellos fuera culpable.

—Con que piratas —dijo al fin.

—¡Sí! —contestó Amber—. Gwen y yo hemos robado cosas, ya sabemos lo que se siente.

—¿Qué habéis robado? —preguntó Manny levantando su blanquecina mano—. No, mejor no me lo contéis, ya tengo suficiente con lo que he oído. Pero hay una diferencia, sí, hay una diferencia entre los piratas y los ladrones.

—Los piratas tienen un motivo. La gloria, por ejemplo —dijo Amber—. La gloria y la justicia.

—¿Y cuál es vuestro motivo? ¿Por qué dos chicas como vosotras quieren dedicarse a hacer ese tipo de cosas?

—Porque no podemos quedarnos sentadas aquí —dijo Gwen señalando aquella sala con aspecto de jaula—. Tenemos que escapar.

—¿De qué?

—De todo —contestó Amber y, para sorpresa de Gwen, Manny asintió.

—Conozco esa sensación. Aquí me tenéis, limpiando a abuelitos y abuelitas a miles de kilómetros de mi hogar.

—¿Y cómo es Haití? —preguntó Gwen.

—Terrible —contestó Manny negando con la cabeza—, pero lo hecho mucho de menos.

—El mundo entero es un lugar terrible —dijo Errol de mal humor. Tenía la taza en alto pero no bebía. Gwen pensó que tal vez se había olvidado de que en su interior había algo que podía beber, de modo que bebió ella de su taza exagerando un poco el gesto, para ayudarle.

—¿El mundo entero? —dijo Manny—. Pues no tenemos nada más. No hay nada al margen de este mundo.

—Exactamente —agregó Gwen, y volvió a chocar la palma de su mano con la de Amber escupiendo un poco de té sobre la elegante moqueta—. Por eso vamos a

abandonarlo, vaya que sí. Eso es lo que tenemos que hacer.

—Si es lo que hay que hacer, entonces no dudéis en hacerlo —dijo Manny—. Al menos eso es lo que dicen en mi iglesia. Aunque todo el mundo os diga que está mal, vosotras sabréis qué es lo correcto.

—Fuera del ámbito de las autoridades tradicionales —repitió Amber.

—¡Eso es! —dijo Errol.

Manny asintió.

—Buena suerte —dijo.

—¿No quieres venir con nosotros? —preguntó Amber.

El hombre volvió a reírse entre dientes.

—No, no, no, no.

—Pero si acabas de decir que tú también lo odias —dijo Amber sorprendida y levantando la voz—. ¡Has dicho que es terrible!

—Pero aun así no pienso subirme a un barco con vosotras, niñas. No he caído tan bajo.

—Veo que interrumpo la merienda —murmuró Peggy desde la puerta, y a continuación cruzó los brazos a la altura del pecho como si necesitara una repisa en la que apoyar la barbilla—. La señora Hinterman se ha estado quejando.

—Ha sido solo un pequeño incidente —dijo Manny—, una gota en el océano.

—No parecía algo menor.

—Ya le he dado el mapa a Grounds —dijo Manny—. Hay que colocarlo con un tornillo más fuerte.

—No me refería al trabajo de Grounds, sino al suyo.

Sobre la gente más odiada de nuestro país suele decirse que al final tendrán lo que se merecen, eso al menos es lo que se han dicho a sí mismos los prisioneros, los afligidos y los caídos desde que se cruzaron con el primer idiota al que le dio por maltratar niños o por hacer clic-clic-clic con el bolígrafo. Pero Peggy aún no había caído en ese saco, ni parecía que fuera a hacerlo nunca.

—He preparado un té y parece que nos estamos tranquilizando.

—Yo veo una orquídea rota —dijo señalando con el dedo, y Gwen recordó que Peggy había calificado a Manny como impagable. No había duda de que tenía el aspecto de alguien que no había sido valorado—. Ayudaría mucho que limpiara todo eso, Manny. Ayudaría mucho...

—Vale.

—Es posible que en Jamaica les guste tener el suelo sucio, pero mientras trabaje aquí, a no ser que tenga intención de marcharse para montar su propio negocio, le sugiero que lo limpie cuanto antes.

La terrible Peggy guardó silencio. Manny asintió y frunció el ceño frente a su taza de té. A diferencia de todos los personajes de este libro él no era blanco. Se puso en pie, lo que provocó que cayeran unas cuantas piezas más del puzzle, y miró hacia abajo, hacia una Gwen que parpadeaba muy despacio.

—De acuerdo —dijo entonces—, iré con vosotras.

—¿Ciertamente? —preguntó Amber, y dejó caer de un golpe su taza.

Errol soltó una risotada y Peggy mantuvo el ceño estúpidamente fruncido.

—Y no es de Jamaica —dijo Gwen de su nuevo tripulante—. Es de Haití.

Manny pegó un silbido y abrió el armario donde estaban las escobas.

—¿De dónde soy? —preguntó—. ¿De dónde vengo, Jean-Robert? ¿De dónde soy?

El armario estaba en una esquina y Gwen tuvo que estirar el cuello para ver qué había en el interior. El nombre que había pronunciado era el de un pajarito, un pájaro grande y brillante en realidad, que se pegaba a la esquina de la jaula donde daba el sol. Era un loro de mirada errática que tan pronto se volvía hacia la semilla que tenía entre sus garras como a los ojos que lo miraban desde la sala. Gwen pensó que tener un loro era casi demasiado perfecto para ser cierto, aunque ¿por qué no? ¿Por qué no podía suceder que un plan perfecto encontrara también una tripulación perfecta? ¿Por qué no convertirse en piratas?

—¡Tortuga! —graznó el loro. Efectivamente, era perfecto.

Capítulo 6

Era difícil oírse con la música puesta pero tampoco era divertido hablar por teléfono sin música y no tenía sentido enviarse mensajes de texto cuando lo que querían era leer algo en voz alta. A Gwen le gustaba tumbarse bocabajo mirando hacia el puente y el océano brillante, con una pierna estirada —la pierna en la que tenía la cicatriz— y el dedo del pie sobre la rueda del volumen del aparato. Al final la natación sincronizada servía para algo. Era la pierna derecha —o de estribor—, pensó intentando aprender lo que tenía que recordar.

—Escucha esto —dijo Amber al otro lado de la línea—. «No existe el aburrimiento. Hay un montón de actividades en las que un vigía puede ocupar la mente cuando está en altamar. Pero hay algo inquietante: un hombre puede llegar a comprender muchas cosas cuando está en cubierta, puede incluso descubrir de golpe que se le han nublado los ojos porque siente nostalgia y no está siendo franco». Pero ¿qué hay del futuro? ¿Y qué significa «franco»?

—No estoy segura —contestó Gwen—, creo que es la moneda de Francia o de Suiza.

—Ah, claro, la moneda de Francia. Aprendí eso en una asignatura, en Economía Internacional, creo, aunque no me ha servido para nada.

—Tal vez traficaron con algo en un puerto francés y luego se arrepintieron. ¿Dice que tenía «los ojos nublados y que no tenía francos»? —preguntó Gwen orgullosa de haber utilizado el verbo «traficar».

—Da igual —contestó Amber insegura—. Pero ¿qué hay del futuro? Hasta las aventuras enloquecidas requieren pasajes seguros. La imagen del vigía tendría que ser como la de un descubrimiento triunfal y no otra cosa.

A veces era muy difícil. Gwen y Amber habían estado haciendo aquello desde hacía días. O mejor dicho: noches, ya que los días se los pasaban vagando por los muelles, robando en la farmacia —aunque eso lo hacía Amber mientras Gwen vigilaba en la puerta para que no la reconocieran de la otra vez, porque eso podía arruinar todo el plan— y cerrando las escotillas con seguros. Estudiaban con atención las fotos por satélite de la casa de los Glasserman, que en ese momento de la historia eran relucientes recompensas que podían obtener en cualquier pantalla de ordenador. «Amplía la imagen», decía Amber, y se iban acercando hasta el tejado de la casa. Imaginaban al jovencito de buena familia siguiendo el falso mapa que le llevaría a convertirse en alguien irrecuperable para el mundo civilizado, y durante la noche continuaban leyendo los cuadernos de bitácora y sabiduría popular, liándose con aquel resbaladizo vocabulario, con los escabrosos y sexistas sustantivos de las lenguas romances sin traducir y la frustrante falta de imaginación de los nombres que se les había puesto a tantas ciudades del Nuevo Mundo: Nueva York, Nueva Orleans, «Nuevo» todo. ¿No iban a necesitar especialistas? ¿Acaso podía *Corsario* llevar

también una góndola? ¿Iba a ser suficiente con el conocimiento naval de Errol? ¿Cuánto pesaban aquellos látigos de nueve puntas?, ¿serían útiles para detener el brazo de la ley?

—Y además... —continuó Amber—, dice que un hombre puede darse cuenta de muchas cosas cuando está en cubierta. Supongo que valdrá lo mismo para una mujer, ¿no?

—Eso espero —contestó Gwen. Si los hombres eran una tormenta tropical en aquellos libros de piratas, las mujeres apenas alcanzaban a ser una débil llovizna, un problema que no se animaban a admitir. Existe una escasa y secreta dinastía de mujeres piratas pero no formaba parte de la biblioteca privada de su capitán. Todos los nombres que sonaban prometedores quedaban frustrados en la página siguiente por un pronombre masculino. Jan Janssen era un hombre. Jean Laffite era un hombre. Andrea de Lomellini era un hombre. Jean Rose era un hombre. Adrian Jansz Pater era un hombre. Había una gran cantidad de piratas turcos —todos hombres— que respondían al nombre de Kara. Sandra, la reina de los piratas, iba vestida de hombre. Anne Bonny no solo se disfrazaba de hombre sino de homosexual, un hombre al que le gustaban los otros hombres, motivo por el cual su madre había sufrido un ataque al corazón. (Esa parte estaba muy bien). Alwilda solo se convirtió en pirata para escapar del matrimonio con un hombre. Arabella Bishop era una mujer pero no una verdadera pirata, sino más bien una cómplice. Elizabeth Killingrew era una mecenas de piratas. Rachel Wall no era más que la esposa de un pirata. Ruby de Kishmoor era la hija de un pirata. Lydia Bailey era una prisionera tomada por los piratas —la Nathan Glasserman del mundo antiguo—. Estaban también Grace O'Malley, que en realidad había sido entrenada por su padre, y Maria Lindsey, que se había suicidado con veneno y además había saltado desde un acantilado; y por último aquella inquietante entrada del *Diccionario Completo del Pirata* de Errol: «Violación: léase la entrada MUJERES, TRATAMIENTO DE». Gwen se dejó caer sobre la cama.

—¿Eso esperas que te hagan?

—Cállate, zorra. Por supuesto que hay riesgos, saldremos a altamar. Pero tal vez no sea, no sé... Algo es algo.

—Algo es algo, ciertamente. Como en la clase de ciencias cuando haces experimentos que luego tienes que controlar. Este es un experimento pero sin control, ¿sabes a lo que me refiero?

Desde donde miraba Gwen, el resto de la cama continuaba hasta unirse con el horizonte del océano. Y sin embargo lo único que sentía era el control. Ella era un disco de hockey: la golpeaban con el palo y la enviaban a distintos lugares y después no le importaba a nadie. Incluso si entraba en la portería el gol no era suyo: le pertenecía a la persona que la había golpeado.

—Tenemos que hacerlo —dijo Gwen como si fuera el comienzo de una frase que al final no terminó. Amber tampoco dijo nada, probablemente estaba asintiendo desde el otro lado, hasta el ritmo de la canción asentía.

—Y además... estaba pensando que tal vez tendría que hacerme un tatuaje —dijo Amber—, pero lo más probable es que no me anime.

—Las dos tendríamos que hacernos uno, ¿no? —dijo Gwen—. Aunque creo que tampoco yo me voy a animar.

—Me lo haría en la pierna —continuó Amber—, con la misma forma de tu cicatriz. Ya sabes, como hermanas.

—Camaradas.

—Camaradas —coincidió Amber. Naomi habría convertido aquello en un gran asunto lésbico—. Y después me haría un vestido de marfil con una cola muy larga.

Se rieron. Menudo golpe para la hermanastra de Amber, una rubia de dientes planos que sonreía en una fotografía del frigorífico. Vendía propiedades en Denver, algo realmente estúpido, y estaba a punto de casarse por lo que le había enviado a Amber un libro con volantes a los lados y un pequeño candado con una llave unida a una larga cadenita que se podía llevar al cuello. También se podía arrancar el cerrojo de la cartulina de la portada y abrirlo, así de fácil. Se suponía que Amber tenía que escribir en el interior sus fantasías sobre su propia boda para poder leerlo el día que encontrara al chico adecuado y eligiese el ramo de flores. Algunas chicas planificaban sus bodas de aquella manera, pero Gwen y Amber planificaban más bien sus funerales. Una de aquellas noches habían estado conversando hasta muy tarde sobre un posible entierro en el mar. El tema de la muerte también aparecía en los libros. «El cuerpo del capitán —decía una leyenda bajo un espantoso grabado—, colgado de las cadenas, tenía un aspecto lamentable». Ya sabían ellas que era así como terminaban esas historias. Se podía intentar salir del mapa pero ellos siempre te encontraban. «Los camaradas prefirieron arrojarse al mar enfurecido desde los acantilados antes que afrontar la inevitable y brutal justicia». No importaba la forma, al final siempre terminaban en el fondo del mar, como el cofre de Davy Jone, y ellas no podían evitar reírse con nerviosismo.

—Lo haré esta misma noche —dijo Amber con total tranquilidad.

—¿El qué? ¿Dónde?

—El tatuaje no —contestó—, me refiero a la nota.

Gwen miró hacia su escritorio, en donde había un sobre con la solapa abierta que parecía haber sido revisado por su madre. Por fuera estaba escrita la letra «G», solo la letra «G», algo que en otra etapa de su vida había considerado un detalle. Ahora pensaba que a Naomi sencillamente le había dado pereza escribir su nombre completo, Gwen.

—¿Cuánto tardarás en hacerla? —preguntó Gwen. Había visto el trabajo de caligrafía de Amber, era increíble, iba a engañar a todos.

—No mucho, un disco más o menos.

—¿De Tortuga?

—¿Te puedes creer dónde nació el tío? ¿Y lo del loro?

—Ya.

—No me creo que todo esto esté pasando de verdad.

—Ciertamente.

—Estoy un poco nerviosa.

—Claro.

—Buenas noches, Gwen.

—Buenas noches, zorra.

Gwen colgó el auricular en el que aún se oían las risas de Amber y volvió a mirar el sobre bajo aquella débil luz. Entre todas las cosas que recordaba con precisión se encontraba el número de teléfono de la chica a la que solía llamar cuando era una ingenua. Estiró la pierna de estribor en la que se veía aquella cicatriz como una medalla de honor —camarada— y manipuló la rueda de la radio para encontrar alguna emisora. Tenía que ser algo que no soliera escuchar, algo ruidoso y brusco. Bloqueó su número para que no pudieran identificarla y marcó.

—¿Hola?

Gwen fingió una voz diferente.

—Voy a joderte la vida —dijo.

—¿Quién es? —respondió al instante, con voz aguda y asustada como la de una niña—. ¿Quién llama?

—Voy a joderte la vida, zorrita —gruñó Gwen—. Te vas a cagar, Naomi.

Y la conversación se acabó. Naomi jamás iba a descubrir quién la había llamado. Ya de adulta aquella voz regresaría a su memoria de vez en cuando, cuando le diera unos golpecitos con su boli plateado a los papeles en los que estaba trabajando, por poner un ejemplo, pero jamás descubriría quién había sido. Había tanta gente que la odiaba que la lista de sospechosos era casi infinita.

Gwen soltó el teléfono sobre la moqueta. Se preguntó si en casa habría —estaba segura de que tenía que haber— alguna botella de ron. Sí, estaba sucediendo de verdad. Estaba a punto de empezar o ya había empezado porque ella ya decía palabrotas, como un marinero.

El hotel tenía un aspecto lamentable. Phil Needle se bajó del coche como si caminara con zapatos de tacón, le dolía una pierna y sentía la otra un poco más corta por la postura de los pies en los pedales. Aún no se le había ocurrido un título y encima llegaba tarde, tal vez demasiado. Tuvo que recordarse a sí mismo que al menos estaba allí. En la entrada del hotel había una fuente que resultaba enorme para aquel lugar y hacía caer agua a borbotones sobre una piscina. Él no quería ser como una de esas gotas que creaban un pequeño círculo a su alrededor para perderse después sin que nadie las echara de menos.

—Haz algo útil —le dijo a Alma Levine, que se había quedado pasmada frente a la fuente—. Ve a arreglar lo de nuestras habitaciones.

—Muy bien —respondió Levine, y atravesó encorvada unas puertas que se abrieron en cuanto ella se acercó.

Phil Needle sacó su pequeña maleta y pasó frente a una furgoneta en la que estaba escrita la palabra *CORTESÍA*. Las puertas también se abrieron a su paso. El vestíbulo estaba vacío pero se oían risas provenientes de algún rincón. Seguramente el bar estaba lleno de participantes en las conferencias. Más tarde se acercaría para acabar el día con una copa y tal vez con un poco de suerte se cruzaría con Leonard Steed. O le llamaría. O le pediría a Levine que lo hiciera. O lo que fuera. Avanzó a grandes zancadas por el vestíbulo con decisión y lleno de esperanza, pasó frente a una pintura con cuadrados y le frustró saber por la placa que había sido donada por el artista. Muchas gracias, tío. Levine estaba hablando con un recepcionista a cuya espalda había un ficus, un tipo de planta que, en aquel momento de la historia, apenas necesitaba cuidado alguno.

Levine tenía el ceño fruncido.

—Hay un problema, Phil.

No, a Phil Needle no le sorprendía en absoluto.

—¿Qué pasa?

—No tienen habitaciones disponibles.

Phil Needle decidió comprobarlo directamente dirigiéndose al hombre.

—¿No tienen sitio? —preguntó leyendo el nombre que llevaba escrito en la placa—. Florio, ¿por qué no podemos disponer de nuestra reserva?

—La verdad es que no hice ninguna reserva —dijo Levine.

Phil Needle cerró los ojos. *Ficus de mierda*.

—No me dijo que fuera necesario hacer ninguna reserva. —Levine ni siquiera parecía arrepentida por no estar arrepentida—. Solo mencionó lo del vuelo.

—En Winter Air —dijo Phil Needle con un tono gélido. Pero no, por lo que tenía que estar enfadado ahora era por lo del hotel.

El hombre escribió algo en el ordenador, pareció cambiar de opinión y miró hacia el cuaderno. Nadie dijo nada. A continuación y con gran lentitud apoyó el cuaderno sobre el mostrador y señaló algo con el bolígrafo. Frente a ellos apareció un tremendo caos de casillas y tinta con números tachados o marcados con círculos en el que de repente, y bajo todo aquel desorden, apareció un oasis en blanco en el que les indicó que pusieran sus nombres y su dirección.

—La *suite* —dijo el recepcionista.

—¿Qué?

—Solo queda libre la *suite*, tiene dos habitaciones y una vista de mierda. Los baños están separados pero tendrán que compartir el salón.

Luego dijo una cantidad descomunal, que casi daba risa, aunque sin sonreír lo más mínimo, y Phil Needle leyó en el cuaderno que Florio era el nombre del hotel. Habría bastado con que dijera «vista a la ciudad», todo lo demás ya parecía una broma de mal gusto. ¿No lo era? Le pasó su tarjeta de crédito pensando solo en una cosa: en el salón que compartirían.

—¿Te parece bien? —preguntó pensando que lo más correcto era consultarle a

Levine.

Ella se encogió de hombros y se le abrió un poco la camisa.

—Sí, supongo que es culpa mía.

Phil Needle pensó que era una suposición correcta.

—¿Necesitan un tíquet para el parking?

—Sí, tenemos el coche afuera.

—Puede entregarle la llave a...

Phil Needle, aquel auténtico rebelde norteamericano, dejó las llaves sobre el mostrador y se aprovechó del precio que estaba pagando.

—Entréguelas usted —le dijo al hombre, y se alejó caminando.

Levine le siguió arrastrando la maleta sin darse cuenta o tal vez llena de humildad. Mientras subían en el ascensor hasta el piso 20 pensó que Alma Levine le iba a decir algo sobre la forma en la que había conseguido la habitación. No hacía falta que le dijera: «Oh, Phil Needle, eres encantador», pero algo tenía que decir. Levine no dijo nada hasta que Phil Needle abrió la puerta de la habitación.

—¡Buah! —fue todo lo que dijo, y se adelantó rápidamente para echar un vistazo al cuarto.

Allí estaban. Había un salón para sentarse con dos sofás; las cortinas del enorme ventanal estaban corridas. Afuera estaba oscuro, solo titilaban las luces encendidas de los almacenes. Phil Needle pensó que el recepcionista tenía razón: era una vista de mierda, sobre todo cuando vio su largo y decepcionado rostro reflejado en el cristal. Tenía un aspecto cómico. También se veía el final de las largas piernas de Levine quitándose los zapatos al borde de una cama que había junto a una puerta. Sus pies formaron un arco sobre la espantosa manta y luego se frotaron el uno contra el otro.

—¿Le parece bien que pidamos algo de comer?

—Claro.

—Voy a darme una ducha —dijo ella, pero no se puso de pie ni cerró la puerta.

Phil Needle arrastró la maleta hasta su cuarto y la apoyó sobre una manta idéntica y en el mismo lugar en el que ahora Levine había apoyado las piernas. Abrió la cremallera y miró todo lo que su mujer había metido allí para él. Efectivamente había puesto una camisa de más, una camisa que le recordó a aquella época en la que hacía cosas como ir a la tienda de un hotel de lujo y comprársela a una chica que solo llevaba puesto un sombrero *cowboy* mientras su mujer y su hija dormían la siesta en la habitación de la planta de arriba. Aquel viaje había sido otro tipo de aventura, no la travesía en la que estaba embarcado ahora. La vista era incluso peor en su cuarto. Mañana mismo estaría eufórico por la victoria, tal vez aquella misma noche si bajaba al bar, se cruzaba con Steed y hacían un trato. Por enésima vez pensó en el documento que había encontrado en la carpeta «Personal»: «Te pregunto qué quieres hacer, tú te bajas los pantalones...». A esas palabras se sumaba, como es lógico, la imagen de sus piernas apoyadas en la guantera del coche hablando sobre el deseo y la excitación, y ahora mismo sobre una cama idéntica a la cama en la que estaba sentado

él.

—¿Levine?

—Qué.

—¿Qué harías si te dijera que no hay ninguna reunión?

Hubo una pausa en la que se escuchó el zumbido de algo, tal vez el débil tráfico en el exterior o algún aparato que ajustaba la temperatura en el cuarto. A continuación escuchó el tlac, tlac, tlac de sus pies descalzos y la cabeza de Levine apareció bajo el marco de la puerta. No podía ver el resto de su cuerpo. ¿Estaba envuelta en una toalla?

—¿Qué? —preguntó ella.

—Pensé que te ibas a dar una ducha.

—Sí.

Sí.

—Yo voy a lavarme la cara y luego bajaré a tomar una copa con los muchachos de la conferencia.

Ella le observó pero no movió un pie del sitio. Estaba esperando algo, quería algo.

—Prefiero que te quedes aquí arriba —dijo él.

—Vale —contestó ella—. ¿Puedo encargarme algo de comer?

—Sí. Regresaré tarde.

—¿Me necesita para algo? Si no, lo más probable es que me acueste pronto.

Él era su jefe y aquel documento no podía referirse a ninguna otra persona. Si se hubiera tomado una copa antes de subir, pensó, ahora tendría la valentía de bajarse los pantalones allí mismo, sobre la cama, y ella se animaría a entrar por fin al cuarto, si era eso lo que estaba esperando. Pero él no se había tomado una copa y no era tan imprudente como para no sospechar que podía estar equivocado. De modo que levantó una mano y dijo adiós a Alma Levine con apenas un pequeño gesto. Ella sonrió, también se despidió y volvió a oírse el tlac, tlac, tlac de vuelta a su habitación. Él se abandonó y se recostó sobre la cama, miró fijamente el techo y el parpadeante detector de humo, listo para comenzar a gritar tanto si el edificio ardía en llamas como si se averiaba. Mientras iba hacia el ascensor intentó pensar otra vez en un título, pero lo único que veía era las piernas de Levine sobre la cama.

No era un piano bar pero el bar tenía un piano. Era brillante y estaba sobre un pequeño escenario circular en el que había una placa en el lugar en el que debería estar el pianista. La placa informaba a los huéspedes del Florio de que podían ganar aquel piano que había sido utilizado de verdad en la película *El prodigio del Mississippi*. Por alguna extraña razón las palabras «de verdad» puestas en aquel contexto parecían confirmar que el resto de la oración era mentira. La película *El prodigio del Mississippi* era la biografía de otro blusero norteamericano, más importante que Belly Jefferson, razón por la cual habían hecho una película sobre él. Los seguidores de Belly Jefferson lo odiaban. Phil Needle vio su propio reflejo nervioso en el lateral del piano y repasó el estado de sus dudas y sus miedos. Estaban

muy bien, gracias por preguntar. Tenía que ser *Un «algo» americano*. Junto a él apareció de pronto la cara de Leonard Steed. Phil Needle no gritó.

—Has venido —dijo Steed.

—Por supuesto que he venido —contestó Phil Needle.

Leonard Steed le había dicho que viniera. Tampoco pasa nada si admitimos que se le escapó un pequeño grito.

—Te dije que vinieras y aquí estás. Me gusta, te he estado buscando. Estábamos todos en el bar pensando que en cualquier momento ibas a entrar por la puerta. Ahí está toda la gente a la que tienes que conocer.

—Esto es el bar.

Leonard Steed apoyó una mano en el hombro de Phil Needle, un gesto a medio camino entre el padre y el guardia de seguridad.

—Estamos en el otro bar —dijo—. Vamos.

Phil Needle siguió a Leonard Steed por donde había venido y luego pasaron frente a un estrado en el que un hombre sonrió a Steed.

—Gracias por tu ayuda, Jeffrey —dijo Steed con amabilidad mientras entraban en un restaurante vacío.

En las paredes rojas había unos artefactos que imitaban candelabros. Al fondo había una mesa enorme, más alta y a oscuras, en la que efectivamente estaba sentado todo el mundo. Todos estaban allí, eran del mismo tipo y la distancia que existía entre Phil Needle y aquella gente se salía del mapa. Todos sonrieron.

—Ya estamos todos —dijo Leonard Steed—. Les presento a Phil Needle.

—¿El famoso Phil Needle? —preguntó uno.

—No, ese no —dijo Phil Needle, incrédulo.

—Claro que sí —dijo Leonard Steed—. Es Phil Needle de Phil Needle Producciones. Viene de San Francisco, adonde fue a reinventarse tras escapar de Nueva York. Alto, guapo, casado, judío... Uno de sus pasatiempos favoritos es patear traseros en presentaciones importantes, como la de mañana.

—¿De veras? —preguntó alguien.

—Así es —contestó Steed—. Cuéntales, Needle.

—Bueno, se me da bien repartir patadas en el culo y piruletas —dijo Phil Needle lo más enérgicamente que pudo—. El problema es que se me han acabado las piruletas.

El grupo de hombres estalló en un rugido que inundó la sala. Uno de ellos le señaló con un dedo tembloroso como si sostuviera un arma mientras chasqueaba la lengua.

—Serás el primero de la mañana, Phil Needle —dijo—. Tal vez tendrías que ir a descansar.

—¡Cállate ya! —dijo otro—. Y tú, Needle, pídete una copa de una maldita vez.

—Esto es oro puro —dijo Leonard Steed, y levantó una botella como si fuera una varita mágica. Era un decantador medio vacío... o tal vez medio lleno, pensó Phil

Needle. Le sirvió una copa que, lejos de encajar a la perfección en la mano de Phil Needle, pinchaba y mordía como una calavera viviente.

—Siéntate con nosotros, muchacho —dijo uno de los hombres con un rostro inquietantemente cubierto por las sombras.

Phil Needle intentó avanzar hacia el reservado pero Steed le bloqueó el paso poniéndole el decantador en el pecho.

—No —dijo—, tenemos que ir a escondernos un poco, caballeros. Nos veremos mañana por la mañana.

—Al menos danos un título —dijo uno de ellos—, el nombre del famoso programa. Déjanos con la boca abierta.

Steed miró a Phil Needle pero el teléfono de alguien comenzó a sonar, una canción irritante que hizo que todos estallaran en una carcajada. Llegaron las copas. Había que darle las gracias a los ángeles celestiales.

—Hasta mañana, caballeros —dijo Leonard Steed, y empujó a Phil Needle a través de la sala a oscuras.

—Ten cuidado, Needle —dijo una voz—. No dejes que te suelte toda esa monserga sobre Sócrates.

—¡Steed se la suelta a todo el mundo! —dijo otro, pero ya se habían alejado y el resto de la conversación se desvaneció.

En aquella parte del restaurante hacía más calor o tal vez eso le pareció de pronto, cuando el trago de aquella bebida bajó hacia el interior de Phil Needle como si lo iluminaran por dentro. Ahora estaba sentado bajo una palpitante vela de luz que proyectaba sombras sobre el rostro de Leonard Steed.

—¿Cómo estás, Needle?

—Creo que bien —contestó, y bebió un trago largo, lo bastante largo como para animarse a decir—: pero tengo que decirte que aún no tengo el título.

Leonard parpadeó durante un instante en el que Phil Needle sintió que se le cerraba el estómago, pero luego sonrió.

—Estoy leyendo un libro... —Leonard Steed hizo una pausa para que su interlocutor apreciara el cambio—. Sobre las épocas fútiles. ¿Sabes algo al respecto?

—No, ni idea.

—La gente cree que los campesinos trabajaban sin descanso —dijo con un suspiro. «En la Edad Media», tendría que haber añadido—. Pero lo cierto es que tenían sus pequeñas vacaciones, Needle. La gente tenía muchísimo tiempo libre para beber aguamiel o darse una vuelta para ver el heno —añadió abriendo las manos como si se tratara de algo muy simple.

—Ah.

—Yo trato de hacer lo mismo: abandonar tanto esfuerzo por hacerme rico y tratar de esforzarme en pasarlo bien.

—¿Y eso lo aprendes de los campesinos? —Phil Needle estaba nervioso. Él no era rico y no tenía ninguna intención de abandonar ese esfuerzo.

—De los campesinos —respondió riendo Leonard Steed con la mirada brillante y fija en algo que parecía estar sobre la cabeza de Phil Needle. La sala no daba vueltas pero Phil Needle se sintió mareado. No podía evitar pensar en la factura del alquiler del coche y el comprobante del Florio que había firmado aceptando el precio de la habitación—. Mañana vamos a hacer historia de la radio. ¿No estás impaciente?

—Sí.

—¡Claro que sí! —dijo Leonard Steed—. Hay que estar impaciente pero no desesperado. La cuestión es no desesperar jamás. Me refiero a que nunca hay que mostrar desesperación. Ya les caes bien, Needle. Te dije que era una batalla cuesta abajo y tú ya te estás deslizado por la pendiente. «Se me da bien repartir patadas en el culo y piruletas», ¿de dónde has sacado eso?

—De ti, me lo dijiste tú hace un par de años.

Leonard Steed abrió la boca de asombro y soltó un par de carcajadas hacia el techo. La luz de dos focos, arqueados y afilados como colmillos, le enmarcaban el rostro. Dos sombras sentadas a lo lejos en una mesa enorme se dieron la vuelta a oírlo.

—Con razón me gustó tanto. Pero basta ya de hablar de eso. ¿Cómo andas?

—¿Qué?

—Que cómo te encuentras.

Phil Needle terminó su copa y contó una versión resumida de lo que había sido el día: Winter Air, el coche de alquiler, la cuenta en el Florio y Alma Levine.

Steed le rellenó la copa.

—¿De modo que tu secretaria está arriba y comparte contigo la habitación?

—La *suite*.

—Con la victoria viene el derroche, ¿eh?

—¿Qué?

—Parece que pasas por una buena racha. Espero encontrarte fresco y relajado por la mañana.

—Steed...

—Needle...

—Soy un hombre casado.

—Y nadie lo niega. Envíale una orquídea a tu mujer.

—Además ella es muy joven.

—¿Demasiado joven?

Phil Needle volvió a sentir la palpitación que había sentido durante el viaje en coche. Leonard Steed extendió la mano bajo la mesa y le dio una palmadita en la rodilla a Phil Needle. Por un desagradable y extraño instante Phil Needle pensó que quería tocarle la entrepierna, pero el instante se fue al igual que la mano.

—No lo sé —dijo Phil Needle llenándose la boca de licor.

—Levine me contó que fue a un colegio de chicas —comentó Leonard Steed.

—¿Y cuándo te dijo eso?

—Suelo hablar con todos los de tu equipo, Needle. Ya lo sabes.

—Sí, cuando llamas por teléfono pero...

—Claro que he conversado con ella —dijo bebiendo con los ojos cerrados—. Mmm, no sé de dónde lo deduje, Needle, seguramente fue algo que dijo ella. Al parecer piensa que hay una parte de sí misma que siempre se sentirá insatisfecha por culpa de su educación, el vínculo con los muchachos. Me pareció realmente honesta, Needle. Me cae bien, tiene una energía muy sexual.

A Phil Needle le había llevado todo ese tiempo darse cuenta de que Leonard Steed estaba borracho.

—Me voy a acostar, ha sido un día muy largo.

—Y la noche que te espera —agregó Leonard Steed—. ¿O crees que ella es demasiado joven?

—Te veo por la mañana, quiero estar preparado.

—Sí, sí. Atrévete a conseguir lo que deseas, Needle, esta noche y mañana. Yo aprendí eso estudiando a los clásicos en Harvard. «Quien desee conquistar el mundo, antes tiene que aprender a escapar de él».

No dijo que aquella era una cita de Sócrates porque en realidad no lo era. Era una frase que se había inventado Leonard Steed y que luego atribuía a Sócrates para darle más credibilidad. Phil Needle se puso en pie para huir, dejó la copa y atravesó el restaurante como si no supiera dónde estaba, cosa que en realidad era medio cierta. Sacó la llave de su bolsillo, intentó recordar el número de su habitación, dio la vuelta a la llave para ver si estaba escrito en el dorso —cosa que jamás sucede— y de pronto el mundo se volvió borroso, visible solo si parpadeaba. Durante un instante vio un pequeño círculo recortado en el aire como una gota de agua y a continuación desapareció en el suelo: se le había caído una lentilla. Se puso de rodillas y comenzó a palpar la moqueta con movimientos rápidos pero cuidadosos. No consiguió encontrarla. Se estiró un poco más, aunque era imposible que hubiese ido tan lejos, y tampoco la encontró. «¿Necesita algo?», preguntó su secretaria desde la cama. Él estiró las manos todavía un poco más para atraparla y luego se puso a cuatro patas. Se estiró todavía más. La iba a encontrar, maldita sea, iba a conseguir lo que buscaba. Le pertenecía. Si no podía caminar, al menos podía gatear.

«¿Adónde va esa chica?», imaginó Gwen que estarían pensando. Aquellos asientos estaban reservados para los ancianos y los discapacitados, y ella no lo estaba respetando. Eran los asientos delanteros, los más cercanos al conductor, los menos indicados cuando se estaba a punto de cometer una infracción. Pero Gwen se sentía segura allí, apartada de las ruedas del 38 y a salvo de los extraños que estaban sentados en los otros asientos. Mantenía la mirada en alto. Sin duda los demás querían saber adónde se dirigía pero no era su asunto suyo. Apoyó la bolsa en el suelo, entre las piernas, pero sin soltar las asas. En una mano llevaba escrita la palabra HOY.

Había llegado la gran noche y viajaba sola en autobús.

El 38 era el número del autobús que recorría la calle más larga de San Francisco, una avenida recta que a veces pasaba junto al río y a veces por calles bulliciosas y de mala muerte. Del otro lado de la ventana la ciudad cambiaba de semblante bajo la noche, por momentos se veían los grandes almacenes y luego, de pronto, la fachada de unas tiendas cerradas con tablonés, una extraña catedral protegida frente a una plaza iluminada y finalmente unos edificios de sospechosos apartamentos y un centro comercial abandonado que tenía una pagoda en ruinas. El autobús llegó a la parada de Gwen, tal y como habían planeado. «Ponte de pie, zorra», pensó, sonrió y caminó arrastrando la bolsa hasta la puerta delantera. Bajó. Dentro de la bolsa llevaba una lata de gasolina, que había comprado en una alejada gasolinera gracias a una historia que se habían inventado y practicado Amber y ella y que tenía que ver con una avería y una madre embarazada, y una caja de cerillas... Habría sido demasiado peligroso que el conductor viera esas dos cosas amontonadas junto al resto de las provisiones, por eso llevaba una manta arrugada encima, para ocultar la gasolina y para cubrir a Nathan Glasserman en caso de que fuera necesario. Si el conductor oyó el débil chapoteo en el interior de la bolsa, no dio muestras de ello cuando cerró la puerta del autobús. Gwen decidió que tampoco le importaba si lo había oído. El aire de la noche era tan fresco y suave que le habría gustado dejarse llevar por él. Esa era el arma secreta más perniciosa de Gwen: iba encapuchada con una sudadera de su padre que le quedaba un poco grande, pero Ya-No-Le-Importaba-Nada.

Hola:

¡¡Tengo entradas para Tortuga esta noche en el Fillmore!! Quiero que vengas conmigo. Mis padres me han quitado el móvil: (así que no me mandes mensajes, quedemos aquí, donde te indico en el mapa, así podemos estar un rato solos antes del concierto...

Naomi

Habían escrito un borrador tras otro de la carta en una reunión de emergencia. El hecho de que su padre le hubiera regalado las entradas lo había cambiado todo. Le envió un mensaje a Amber al instante y luego sostuvo el dinero en el húmedo puño mientras iba en el asiento de atrás del taxi confiando en que fuera suficiente para pagar la cantidad que había dejado la estúpida secretaria de su padre y también el viaje hasta la calle Octavia. No lo era. Tuvo que bajarse en la esquina del mercado, arrojar los billetes en el asiento del copiloto y desaparecer corriendo. Con la respiración golpeándole los oídos dobló la esquina y se escondió tras un sucio muro de ladrillos en el que habían escrito el grafiti: «USA fuera de este callejón». Refugiadas en la habitación de Amber, donde tenían escondido el resto de las cosas, se replantearon la estrategia.

Las entradas eran su mejor anzuelo. En la primera carta solo había una promesa de sexo. Nathan se encontraría con Gwen en un banco, en un sitio apartado, y ella

tendría que desplegar sus artimañas para convencerlo o, de lo contrario, golpearlo hasta lograr subirlo al taxi con los demás. Pero Nathan tocaba el bajo en una banda y no sabían qué tipo de cosas le habían ofrecido ya.

—Esto es mejor —dijo Amber, y rompió las entradas en pedazos y luego los arrojó al mar para que nadie encontrara ni una pista.

Gwen había cerrado los ojos.

—Es complicado igual.

—Ciertamente —contestó Amber.

—Complicado. Complicado pero mejor.

Sí, lo que estaban haciendo era complicado. En las historias de piratas solo se secuestraba a la gente para cobrar un rescate: pedían algo a cambio de alguien. Y a veces eran muchachos jóvenes a los que secuestraban en mitad de la calle que descubrían que deseaban llevar la vida de un pirata cuando los soltaban y los dejaban libres en la cubierta. El plan que habían organizado para Nathan Glasserman se encontraba en algún punto intermedio entre los polos opuestos de ser secuestrado y ser salvado. Gwen quería que se uniera a ella pero también quería llevárselo lejos rápidamente. Lo que ellas pretendían era llevárselo de marinero por la fuerza, ponerle droga en la cerveza y una moneda brillante en el fondo del vaso. En el libro *Una incursión sobre olas* el capitán se llevaba a toda una tripulación a la fuerza, les invitaba a una fiesta en el barco y cuando el último hombre subía a bordo levaba el ancla y se iba de allí. Cuando se despertaron ya estaban a un día de viaje de Shanghái; eso sí, les daba también una moneda como pago y ambas cosas eran prueba de que habían aceptado el arreglo en la confusión generada por la cerveza, la música y el primer adelanto del tesoro prometido. Amber pensó que el mapa podía cumplir el rol de la cerveza y Gwen el de la moneda. Tal vez Nathan podía acabar accediendo a embarcar empujado por la confusión de haber quedado con alguien en la oscuridad. Amber reescribió la carta —de modo que confundiera a las autoridades cuando registraran su cuarto, pues Gwen estaba segura de que lo harían— y dibujó un nuevo mapa. La flecha señalaba un parque a pocas manzanas del lugar del concierto. Con toda seguridad Nathan se acercaría por el sureste y llevaría el mapa consigo. Cuando descubrieran el mapa, lo más probable es que las autoridades interrogaran a la gente que había asistido al Fillmore y que no encontraran nada.

Gwen llegó temprano. Aflojó el ritmo un poco por temor a que la vieran y luego se adentró en la luz del único local que había abierto en toda la manzana, una cafetería que ya estaba a punto de cerrar. Un chico bajito y con los ojos inyectados en sangre le devolvió el cambio y una taza vacía sin decir palabra. Uno tenía que servirse solo el café de una jarra negra de plástico. A excepción de aquel café, casi no había tomado nada en todo el día. Se dirigió con su peligrosa bolsa hasta la única mesa y se las apañó para subirla allí, todavía con la capucha puesta. Pensó que siempre iba a recordar aquel momento, su último café en tierra firme. Incluso si todo salía mal iba a recordar aquel vapor barato elevándose hacia ese techo sucio y

cubierto de manchas mientras ella abría y cerraba los ojos para tranquilizarse. (¿Y Nathan Glasserman, el responsable y tal vez el verdadero culpable de todo aquello? No había cofre de Davy Jones para él. No había duda de que iba a llevarse un buen susto, pero eso no iba a evitar que se convirtiera en un exitoso abogado del mundo del espectáculo quince años más tarde. La historia de Cody Glasserman, su hermano menor, iba a ser muy distinta).

El muchacho con los ojos inyectados en sangre caminó arrastrando los pies hasta una puerta en la que estaba escrita la palabra PRIVADO, dejando sola a Gwen. Junto a su mesa había un montón de cajas de cartón y botellas de agua en bolsas de plástico bien ajustadas, una polvorienta acumulación de raciones. Iban a tener que robar agua. Amber solo pensaba llevar una caja.

Se abrió la puerta. Gwen no miró. Dos figuras pasaron a su lado con las capuchas puestas: eran un chico y una chica, estaban de espaldas a Gwen e iban cogidos de la mano.

—¿Hola? —preguntó el chico.

Como nadie le contestó, soltó a la chica y se puso las manos alrededor de la boca. Cargó bien los pulmones y entonces, en un volumen ensordecedor, hizo la imitación de un mono.

—¡Muac! ¡Muac! ¡Muac muac muac!

La chica se rio. Gwen se quedó congelada y bajó la cabeza.

—¡Oh, no! —dijo una voz invisible—. Hay monos.

Ellos se rieron pero Gwen no. El chaval con los ojos inyectados en sangre regresó y estiró el brazo por encima del mostrador para darle la bienvenida al otro chico con un ritual que consistía en un pequeño golpe y un apretón, un gesto que en aquella época era el predilecto de la gente de color. El chico presentó a la chica y los tres se rieron de algo mientras a Gwen le dolían los dientes. Le preguntaron al de los ojos inyectados en sangre a qué hora cerraba y Gwen colocó las manos debajo de la mesa, pues sabía que se iban a dar la vuelta para mirarla. En el bolsillo de la sudadera llevaba uno de los dos cuchillos que había robado de la cocina de su casa, los únicos cuchillos buenos, y luego los había afilado junto a Amber con una piedra que encontraron en la playa. Toda la tripulación estaba de acuerdo en que, en caso de peligro, era preferible derramar sangre a tener que arrepentirse más tarde de no haberla derramado. ¿Debía ella, Gwen Needle, esperar a que ellos la miraran o les tenía que acuchillar ahora? Sus pensamientos se agitaron y se inquietó con aquella pregunta, buscó con manos temblorosas un céntimo en los bolsillos del pantalón. Lo retuvo sobre la mesa. «Cuando la moneda caiga tomaré una decisión, cuando la moneda caiga tomaré una decisión...», y la moneda cayó.

Cara.

Demasiado tarde. Sin mirarla siquiera, ellos volvieron a reírse de algo que Gwen no llegó a escuchar y entonces el chico, que era un imbécil, besó a la chica, que era Naomi Wise, justo en las gafas de sol, y volvieron a salir hacia la oscuridad. Gwen se

puso de pie empujando su silla hacia atrás.

—Me has asustado —dijo el chico con los ojos inyectados en sangre—. Me había olvidado de que estabas aquí.

—Mejor así —contestó Gwen y salió.

Los pies le dolían un poco dentro de las botas nuevas. Amber se las había comprado con la tarjeta de crédito de su madrastra, un delito que no iba a salir a la luz hasta que le cargaran la factura a fin de mes —junio—, y para entonces ellas llevarían bastante tiempo muy lejos. Eran las botas perfectas, con unas cremalleras que se deslizaban como un coche de los caros y el cuero crujiente como el sonido de un latigazo dado por un hombre. O por una mujer.

En el camino hasta el parque no se cruzó con nadie. El líquido sonaba en el interior de la bolsa al golpear contra su rodilla. El cielo se mantuvo oscuro durante todo el trayecto excepto en la copa de algunos árboles y sobre el puente de cemento que permitía a los peatones pasar por encima del tráfico. Gwen apenas alcanzaba a distinguir algunas figuras en el parque, dos hombres que daban vueltas alrededor de un arbusto mustio y una mujer que movía la cabeza hacia todos lados para anticiparse a alguna posible amenaza mientras paseaba a su irritable y ambiguo perro. Gwen llegó a la zona donde había césped. Los hombres siguieron caminando y la mujer se puso nerviosa.

—Vamos, Barky —dijo, y en ese instante Gwen pensó que jamás iba a volver a ver a Toby II. Otro perro muerto. Como estaba escrito en la puerta del Fillmore: CADA SALIDA ES LA ÚLTIMA. Ahora el parque se había quedado vacío, solo se veían los columpios inmóviles y sus esqueléticas sombras.

El taxi iba a llegar en cualquier momento pero tampoco faltaba mucho para que ella comenzara a despertar sospechas. Y además... la bolsa pesaba mucho. Todo aquello se parecía a uno de esos partidos de béisbol que solía ver con su padre: siempre esperaba a que el partido terminara para pedirle disculpas a Marina por haber tirado el bol con palomitas. Faltaban solo treinta y siete segundos pero alguien parecía estar inmovilizando las agujas del reloj.

Ya en el límite, una de las esqueléticas sombras se acercó despacio hacia ella.

—No eres Naomi —dijo él—. Pero no importa, ya lo sabía.

Gwen lo miró fijamente.

—Está bien —dijo él.

Gwen sintió una furia que no tenía nombre porque era enorme, infinita.

—Ya lo sabía —repitió—, no pasa nada.

—Tú no lo sabías —balbuceó Gwen.

Era Cody Glasserman. Amber se había equivocado de nombre y de hermano. Aquel muchacho flacucho y embutido en una sudadera con capucha y pantalones negros, llevaba unos zapatos nuevos y relucientes que eran lo más brillante del parque. Tenía una mirada nerviosa y hacía esfuerzos por no sonreír.

—Está bien, ya supuse que serías tú.

Gwen iba a matarlo si no se callaba, ella misma no podía pronunciar ni una palabra.

—Está bien, no pasa nada.

—¿Cómo... cómo te...?

—Naomi y mi hermano rompieron la semana pasada —dijo Cody—. Ella le devolvió la foto que tenía de él. Mi hermano dijo que había sido él quien había roto pero... —Sacudió la cabeza—. Yo sabía que vosotras ya no erais amigas y, como solíais estar juntas en la piscina, me imaginé que esto no era más que una venganza...

Gwen lo miraba. La bolsa hacía glup, glup, glup, de modo que ella debía estar temblando.

—... o algo por el estilo. Una broma, algo para joder a Naomi.

Por fin, la palabrota la despertó.

—No es una venganza —dijo.

—Del tipo: ahora sale con el hermano menor.

—No.

—La odio —dijo Cody—. Todo el mundo detesta a Naomi. —Buscó un papel en sus bolsillos y Gwen pensó que la policía jamás iba a encontrar la nota porque la maldita nota estaba allí.

—¿Por qué tienes tú eso?

Cody frunció el ceño.

—Porque me la has enviado, tiene mi nombre escrito.

Le dio la vuelta al sobre para mostrárselo y Gwen deseó con todas sus fuerzas marcharse ofendida pero apenas pudo dar un paso. En aquel parque frente a ella solo estaba Cody Glasserman. Era una tremenda equivocación. Le miró con frialdad. Era su única posibilidad, Cody Glasserman, no había otra alternativa. Ya iba a ser Cody Glasserman cuando ella tomó su último café, cuando se subió al autobús y también mucho antes, cuando se escribió la palabra HOY en la mano. En lugar de lo que había pedido, lo único que le ofrecían era Cody Glasserman, el hermano menor. *Mierda, mierda, mierda.*

—Pero está bien —dijo él—. Está bien, no pasa nada. Tú... tú me gustas, Gwen. Y Tortuga es la mejor banda del mundo. Sé que no es lo que habías pensado, pero podemos...

—No iremos a ningún puto concierto de Tortuga —dijo ella.

Cody había levantado la nota en la que lo invitaba. Gwen apoyó la bolsa en el suelo y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Las cosas estaban saliendo mal pero aun así estaban sucediendo. Y de pronto recordó que a su padre le caía bien Cody.

—Por favor —dijo él—, tú siempre me has gustado...

Estaba a punto de coger el cuchillo cuando el taxi dio la vuelta a la esquina; era una furgoneta amarilla, exactamente lo que había pedido Amber. Gwen vio a Errol y a Manny en el asiento trasero, junto a la puerta corrediza y buscándola con la mirada,

y luego a Amber que bajaba del asiento del acompañante diciéndole algo al conductor y dirigiéndose a toda prisa hacia donde se encontraban.

—¿Qué... quiénes son ellos? —preguntó Cody, que había seguido toda la escena con la mirada.

Gwen levantó la bolsa. No, tenía el cuchillo pero no podía... Amber ya estaba allí.

—¿Y? —preguntó.

—No es él —dijo Gwen señalando a Cody. Todo se desplomaba y caía sin peso sobre su cabeza. ¿Cómo era posible que Amber hubiera estado equivocada durante tanto tiempo?

—No se lo has dicho, ¿no? —preguntó Amber.

—¿De qué va esto? —preguntó Cody, que ya había dado un paso hacia atrás—. Tú eres... yo te conozco.

—Sí, ya nos conocemos. Te vienes con nosotros, Cody.

—Se suponía que tenía ser Nathan —dijo Gwen.

Amber frunció los ojos.

—¿Eres Nathan? —le preguntó.

—No, soy Cody. ¿Adónde vamos?

—No —dijo Gwen.

—Te lo explicará Errol —contestó Amber—, aunque está un poco raro.

Amber apoyó una mano con las uñas pintadas de negro en la espalda de Cody y le empujó hacia la furgoneta. Alguien bajó la ventanilla y al otro lado apareció Errol con una sonrisa amplia y gris.

Cody se dio la vuelta y la miró confundido.

—¿Quiénes son?

Perfecto, esa pregunta aparecía en el tercer capítulo de *Peligro en altamar*, libro que Errol se sabía casi de memoria.

—¡Todos somos piratas! —gritó—. Somos hombres, hombres y mujeres, sin patria. Llevamos una vida rebelde. Para nuestras familias no somos más que unos parias, estamos desesperados y tendremos el destino de los desesperados. Nos hemos unido para practicar el oficio de la piratería en altamar.

—¿En serio? —preguntó Cody.

—Puedes apostar —contestó Errol.

Amber seguramente le había dado café, o tal vez se encontraba mejor si tenía algo que hacer. Se parecía a un capitán más que nunca. Gwen siguió adelante con el plan y caminó junto a Amber tan cerca que se rozaban los brazos.

—Él no viene —le dijo.

—¿Por qué no? —preguntó Errol—. Siempre habrá lugar para la gente honrada y para quienes no sean bienvenidos en ningún otro sitio. Mi primer oficial cree que puedes sernos útil.

—No lo llevaremos con nosotros —dijo Gwen—. ¡Es un niño! No somos

asaltadores de cunas.

Cody dio un paso hacia ella y, por primera vez, tocó a Gwen en el hombro. Gwen notó la neblinosa sonrisa de Errol.

—No. Todo el mundo piensa que soy un crío porque soy bajo, pero tú y yo, Gwen, tenemos la misma edad.

A ella le conmovió más tarde que él tuviera aquella información, pero en ese momento solo pensaba en marcharse, en dejar atrás aquel primer error antes de que se convirtiera en un presagio. Cody levantó la bolsa que estaba a los pies de Gwen haciendo una mueca de dolor por el peso.

—¿Qué hay aquí? —preguntó a la vez que levantaba la manta. Hasta el conductor del taxi se inclinó para mirar.

—¿Pensáis incendiar algo?

—No, a menos que sea estrictamente necesario —dijo Errol recordando el capítulo cuatro—. Hay reglas: debéis comprometeros a permanecer unidos con un vínculo de vida o muerte; desayunaréis en silencio; todos los bienes que caigan en nuestras manos serán incorporados a un fondo común que utilizaremos primero para poner a punto, equipar y aprovisionar el barco, y segundo para recompensar a los que perdáis algún miembro en combate. Los teléfonos móviles están prohibidos.

—¿Qué? —preguntó Manny.

—Los pueden utilizar para rastrearnos —contestó Amber.

—¿De qué coño va todo esto? —preguntó el conductor del taxi.

—Tú cierra los oídos y deja que corra el taxímetro —dijo Amber, y se tocó el cinturón para que Gwen viera el cuchillo que se había puesto allí—. Te pagaremos el doble, la tarifa por el viaje y lo mismo por tu silencio.

—Respetaréis estrictamente la hora del aperitivo —continuó Errol—. Todos tendréis que hacer, hacer, hacer... una noche de guardia; y el único entretenimiento a bordo —dijo mientras se miraba la punta de un zapato durante unos segundos— será contar historias; los almacenes deberán estar siempre ordenados y cada uno de vosotros, os lo puedo asegurar, conocerá todos los nudos marineros que existen.

—¿Tenemos que vestir de alguna manera en concreto? —preguntó Cody—. Una vez tuve que usar mallas en una obra del colegio.

—No hay ningún código de vestimenta pero hay restricciones en el lenguaje. Podéis decir: «Dios». Podéis decir: «Cristo». Podéis decir «maldito» o «mierda», «joder», «puta mentira», «la puta polla», «coño» y «gilipollas», pero no podéis insultar a ningún miembro de la familia de vuestros camaradas porque ahora nosotros somos la familia y las personas con las que hemos crecido se quedan en tierra firme.

—Me apunto —dijo Cody.

—Tú no vienes con nosotros —contestó Gwen—. Esto es un error.

—Suenas divertido.

—Quienes salen a altamar para divertirse, sufrirán el infierno como pasatiempo —dijo Errol en tono severo, repitiendo un eslogan que Gwen recordaba de *Motín*.

—Estoy cansado de ellos —dijo Cody.

—¿De quiénes? —preguntó Amber.

—De todos.

—De todos —repitió el loro, que estaba en su jaula en algún lugar del maletero aunque Cody asintió como si se hubiese tratado de una persona que estaba de acuerdo con él.

—Estoy cansado de todos y de cada uno de esos idiotas. Yo soy... Creo que era una persona feliz, o al menos eso he creído durante mucho tiempo, pero últimamente mi hermano, mi padre, mi madre... todos me controlan, ya sabéis a lo que me refiero: me controlan, me hablan y me dicen lo que tengo que hacer.

Para Gwen aquello se parecía al picaporte de la puerta de la farmacia: había que empujar o tirar, entrar o salir.

—Encienda el motor —dijo ella al fin.

—Como quiera —contestó el conductor.

La furgoneta arrancó y Cody supo, sin que nadie se lo dijera, que tenía que meter la bolsa de Gwen.

—Si no me hubierais permitido venir —aclaró Cody una vez dentro—, os hubiera delatado.

—¡Nada de eso! —rugió Errol—. Ahora estamos juntos y tenemos que protegernos las espaldas. ¿Comprendido?

Le dio un codazo a Gwen, que tragó saliva y se dio la vuelta para mirarle. No es que fueran parecidos pero había algo similar entre ellos. Sí, ahora tenían que protegerse las espaldas. Ella se mantuvo firme.

—Sí —dijo.

—¿Sí qué?

—¿Sí qué? —repitió el loro, y Gwen sonrió con ferocidad frente a su tripulación.

—Sí, mi capitán —dijo y suspiró.

Cody respiraba a su lado y Manny, el capitán y Amber se inclinaron para darle instrucciones al conductor. Ahora estaban juntos y habían cogido a Cody Glasserman como marinero; no se podía decir que lo habían rescatado pero tampoco se podía decir, como se iba a repetir una y otra vez durante años, que lo habían secuestrado, que lo habían arrastrado con violencia desde un parque. Al menos quienes estén leyendo esta historia tienen la satisfacción de saber que no se cometió semejante acto de maldad. Ahora eran piratas, una banda de piratas. El taxi comenzó a moverse y todos miraron al frente con los ojos bien abiertos.

Capítulo 7

CAPITÁN BACALAO

Todas las manos hacen mal cuando cogen algo que no les pertenece. Lo he aprendido de Sócrates y toda la vida he creído en esas palabras tanto como en mi propio nombre, hasta el día en que las traidoras manos de la Corona me lo quitaron todo. Así que ahora prometo, con este afilado sable en alto, que el nombre más temido de todas las orillas civilizadas será:

(pero el nombre quedaba fuera de la escena)

La obra seguía con cosas por el estilo. Duraba apenas una hora y el guion, fiel a la tradición pirata, había pasado por una gran cantidad de manos en internet hasta llegar a las de los mercenarios de una de las mayores compañías de entretenimiento, quienes decidieron montar nueve espectáculos de *¡Piratas!* en distintas ciudades portuarias de Canadá y Estados Unidos. Después de una semana de ensayo en la que nadie cobró un céntimo, se quedaron sin supervisión una compañía de nueve actores, el tramoyista y el capitán del *Corsario*, que sacaba el barco para que diera siempre la misma vuelta con una taza de café llena de cerveza en la mano. Había cuatro funciones: al mediodía, a las tres, a las cinco y a las siete, y la entrada costaba cincuenta y cinco dólares para los adultos y treinta y cinco para los niños, porque en aquella época los niños pagaban menos por la creencia de que ocupaban menos espacio. El escenario era cualquier superficie del barco en la que no hubiera nadie de pie, la iluminación provenía de los rayos del sol y la música de una cinta grabada con sonidos de herramientas en la cubierta que salía por unos altavoces colgados del mástil. San Francisco era un puerto para *¡Piratas!* y, a pesar de la rica tradición corsaria de la ciudad, el espectáculo no fue un éxito. Por lo general el barco se llenaba a medias, los turistas pasaban frío con sus pantalones cortos y, desanimados, sacaban fotos a un par de actores en mallas y a una pobre Sophia (una chica a punto de abandonar sus estudios teatrales en la universidad del estado) que llevaba un espinoso miriñaque y se pintaba con su propio maquillaje. Según el cartel, era un viaje de una hora cuyo recuerdo duraba toda la vida. Incluso desde la orilla, que era desde donde lo había visto Gwen, uno sentía lástima por aquellos chicos que daban volteretas y gritaban para que se les escuchara por encima del motor del *Corsario* y de la pistola de fogueo que casi nunca funcionaba. Además, los actores tenían que repartir folletos de *¡Piratas!* por la mañana en ciertos lugares estratégicos a los que la gente con dinero llevaba a sus hijos.

El Savoy era el supermercado más lujoso de la ciudad, y en él se podían adquirir productos de comercio justo traídos desde los puertos más lejanos. La madre de Gwen había encargado allí el *catering* para la barbacoa en cuyas invitaciones no aparecía el nombre de Gwen porque Gwen no había sido más que un error. Cerca de la entrada del supermercado había un chico con gesto arrogante repartiendo panfletos. Al pasar a su lado, la madre de Gwen suspiró y luego probó varios carritos hasta elegir uno. Después volvió a suspirar y llevó a Gwen hacia los brillantes productos.

—Y bien —dijo al fin—, ¿hay algo que quieras contarme?

¿De qué estaba hablando la madre de Gwen?

—¿Qué? —preguntó.

—Ya me has oído —respondió, y sacó del bolso la lista de la compra—. Últimamente has estado distante.

—No, no es cierto.

—Pues yo creo que sí.

—He estado encerrada. Hasta hace muy poco no podía ir a ningún sitio.

—Ya, dejemos eso —dijo la madre de Gwen a la vez que metía lechugas en una bolsa. Comía grandes cantidades de lechuga y eso avergonzaba a Gwen.

—Entonces, ¿a qué te refieres?

—Solo te estoy preguntando si te preocupa algo, Gwen.

—Quiero una navaja plegable —dijo Gwen, por qué no probar suerte.

—Trae las manzanas, anda. ¿Qué quieres?

—Una navaja plegable —repitió Gwen mientras se acercaba a las manzanas como le habían ordenado. Pronto iba a librarse de todas aquellas órdenes. Era muy buena encontrando manzanas sin golpes—. Creo que aquí las venden, cerca de los ralladores de queso y esas cosas.

—¿Quieres un arma?

—Es para usarla en los picnics. Vosotros queríais que pasara más tiempo en el embarcadero...

—Bueno...

—Eso me habéis dicho —insistió Gwen—, y se me ha ocurrido que tal vez pueda invitar a unos amigos a un picnic.

—En casa hay cuchillos para el queso.

—Pero son vuestros cuchillos. La navaja sería mía.

—Gwen, tienes todo lo que quieres y aun así vienes con exigencias.

—¡No me grites!

—Mira, sé que lo estás pasando..., no sé, que es difícil para ti... Pero abre un poco la mente, hija.

—Lo estoy haciendo.

—Mira un poco al resto del mundo.

—Lo hago.

—Todos los días suceden cosas interesantes —dijo la madre haciendo un gesto hacia arriba y abajo en la estantería de las galletas—, en todos lados se pueden encontrar cosas extraordinarias.

—Si se pueden encontrar en todos lados, no son algo extraordinario —gruñó Gwen.

Pero su madre ya no la escuchaba. Tenía la mirada fija en la parte más alta de la estantería.

—Ya se te pasará. Es como cuando viajé a Francia... Aunque claro, entonces yo

era mayor que tú ahora. Ya te lo he contado, lo sé. También se te pasará, Gwen.

Gwen sabía que no era el caso. Ya habían acordado que tenían que bordear la costa del Pacífico y dirigirse al sur, a los puertos mexicanos y luego hacia Sudamérica. Jamás iba llegar a Francia. Una consecuencia de la vida que había elegido.

(Aunque no fue así. Gwen sí viajó a Francia y le pareció un país muy bonito).

Cuando llegaron a la caja se mantuvieron en silencio mientras la cajera fue pasando cada uno de los artículos y un hombre mayor, demasiado viejo para trabajar, los guardaba en una bolsa. Una nueva injusticia, pensó Gwen. Su madre le dijo algo a la cajera que Gwen no alcanzó a oír pero el hombre mayor resopló, por lo que debía de tratarse de algo muy estúpido. Se puso de puntillas y fingió mirar algo en el interior de las bolsas para poder susurrarle:

—Mi madre es una zorra.

El hombre mayor volvió a suspirar.

—Mañana me marcho de aquí.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo el hombre asintiendo con la cabeza.

—¿Catorce? —Era la voz de la cajera—. Ah, sí, una edad difícil.

Gwen y el hombre mayor se quedaron mirándola fijamente hasta que las bolsas estuvieron listas.

—Que tengas un buen día hoy y también mañana —le dijo el hombre mayor. Gwen descubrió que llevaba un audífono; el color rosa era indignante, atroz—. Espero verte pronto.

La madre de Gwen le obsequió una risita nerviosa y empujó el carrito para salir.

—No tendrías que hablar con extraños —le dijo cuando estuvieron fuera.

—Era un anciano, mamá.

—Los viejos son los peores —dijo la madre de Gwen sonriendo un poco—. En fin, creo que ya has tenido suficiente castigo. ¿Dónde he dejado las llaves? Creo que el coche está por allí.

—Estoy viendo el coche, mamá.

Gwen prefería que le regañara para poder alejarse un poco, pero la madre de Gwen estaba desdoblado un papel que había encontrado en su cartera. Gwen miró hacia otra parte y luego volvió a mirar a su madre, que estaba leyendo con una pequeña sonrisa y... perfecto. Justo en ese momento Amber se dirigió hacia ellas. Actuaron como si no se conocieran, lo cual fue bastante divertido, hasta que Amber le hizo el gesto secreto, se pasó la mano por el pelo y se lo apretó, de modo que Gwen supo que contaban con doscientos cuarenta dólares robados a sus padres. El exnovio de Amber trabajaba en el Savoy preparando sándwiches. Él tenía que encargarse de pedir y enviar una caja de alcohol al hotel Barbary Coast, ya que Gwen y Amber se daban cuenta de que ninguna licorería iba a creerse que eran mayores de edad.

—¿Y si se niega a hacerlo? —le había preguntado Gwen por teléfono un par de noches antes—. Podría quedarse sin trabajo por hacer un pedido así.

—Le diré que se la chupo si lo hace.

—¡Amber!

—¡Lo haré!

—Me dijiste que vosotros ni siquiera os habíais besado.

—Sí, bueno, no es que la idea me entusiasme. Pero si tengo que hacerlo, lo haré. Todo el mundo acaba haciéndolo tarde o temprano.

Gwen no lo había pensado antes pero se dio cuenta de que Amber tenía razón, al menos en lo que se refería a las chicas. Las mamadas no eran nada extraordinario. Lo comprendió esa misma tarde tras correr escaleras abajo cuando la llamó su madre, que se encontraba en el salón revisando sus bolsos. Estaban todos sobre la mesa como si fuera un mostrador y, para vergüenza de Gwen, su madre chupaba con fuerza una pajita hundida en una botella de té frío. Seguro que había descubierto que le faltaba dinero. Si por lo menos dejara de chupar.

—¿Qué?

La madre de Gwen bajó la botella de té.

—Esta mañana te pregunté si querías contarme algo.

Gwen la miró con precaución.

—¿Y qué?

—¡No me preguntes «y qué»!

Gwen se rascó una oreja y sintió el roce de su pelo. ¿Dónde había quedado aquel corte de pelo que quería hacerse? Ahora ya no había tiempo.

La madre de Gwen no tendría que haber suspirado de nuevo pero lo hizo, se inclinó más allá de sus rodillas como si estuviera buscando un par de pies y sacó una caja de debajo del sofá.

—He encontrado esto en tu cuarto —dijo sin intentar disimular el tono triunfal—. Estaba escondido detrás de un montón de libros que sé que no estás leyendo.

Gwen sintió toda la furia que era capaz de sentir. Era injusto, era una injusticia tremenda haber conseguido una navaja y habérsela olvidado en el bolsillo de la sudadera que iba a ponerse al día siguiente por si era necesario derramar sangre. No podía evitar abrir los dedos en torno a las caderas como si sus manos fueran estrellas.

—Has vuelto a robar.

—Es un regalo.

Su madre había encontrado las botas, su secreto aún sin estrenar. La propiedad de las botas no estaba en entredicho pues habían llegado, sin que mediara ningún incidente, a las manos de Gwen desde las de Amber, y a las de Amber desde las de la dependienta gracias a la tarjeta de crédito de su madrastra, y a las de la dependienta desde la fábrica, y a la fábrica desde el curtidor y a él desde las propias vacas. Eran lo bastante altas y abiertas por arriba como para cubrir la cicatriz casi por completo.

—¿Sabes cuánto cuesta este par de botas?

Trescientos cincuenta dólares.

—¡No, no lo sé! Ya te he dicho que son un regalo.

—¡Ya no sé qué hacer contigo! —gritó la madre.

—Tú no vas a hacer nada conmigo —contestó Gwen con desprecio.

La madre de Gwen alzó las manos al aire. Jamás le había puesto una mano encima a su hija y tampoco lo hizo aquel día, pero ¿qué podía hacer?

—Te estoy hablando en serio —dijo con voz ronca y desesperada.

—Yo también.

—Esto es el colmo. Si no fuera tu madre...

O dejó de hablar o Gwen dejó de escucharla. Si la madre de Gwen no fuese su madre sería apenas una señora cualquiera, incluso una mujer guapa. Porque era guapa. Gwen miró a su madre y pensó: «Jamás volveré a verte, mamá», como si su madre fuera una chocolatina, pero sentía una opresión en la garganta.

—Dámelas —dijo Gwen con tono parco—. Son mías, no tienes ningún derecho a quitármelas.

—No soy tan tonta, Gwen. —Cogió la caja y se la arrojó. La caja se abrió en el aire y las botas cayeron, hermosas y vacías—. Me lavo las manos. ¡Cógelas!

—Claro que las voy a coger —dijo Gwen, aunque no las recogió del suelo—. Las cogeré y me iré de aquí.

Y aquí viene la parte de esta historia en la que se oyen muchos gritos. *¡Eres una paleta! ¡Vaca! ¡Basura! ¡Ingrata! ¡Esclavista! ¡Bruja!* Fue un escándalo, el último de otros tantos, aunque Gwen sabía —incluso cuando avanzaba sigilosamente por el piso de arriba e interrumpía a su padre, que estaba escondido en el baño mordiéndose las uñas, para escribirle en la mano: LA ODIÓ—, sabía que daba igual. Que el alcohol iba a llegar sin que importara lo que Amber hubiera hecho para lograrlo. Lo sabía y por eso lo había escrito en la mano de su padre y no en la suya, para no tener que lavarse por la mañana para quitarse aquella mancha como una tonta. Mañana ella se escribiría HOY. El barco prácticamente había zarpado, lo único que tenían que hacer era salir al agua y pasar bajo el puente. Y mientras Gwen le gritaba a su madre y se enfurecía con ella en el piso de abajo y después subía, durante ese tiempo ella también había estado haciendo una buena acción y no le dijo en ningún momento que la nota que había encontrado en su bolso, la nota que la había hecho sonreír, había sido escrita con las habilidades caligráficas de Amber:

Querida Marina:

Esta nota es solo para decirte que estoy pensando en ti y que te querré siempre.

Con amor,

Phil

P. D.: No te preocupes por nuestra hija, es maravillosa.

No había mayores intenciones detrás de aquella nota. Se lo había pedido a Amber solo como un gesto bonito hacia su madre porque sabía que se iba a preocupar, igual que se habían preocupado las madres de todos los bribones, y que se quedaría

mirando al mar preguntándose si iba a regresar algún día. La madre de Gwen merecía preocuparse, pero aun así Gwen quiso tener aquel último gesto para cuando el barco ya se alejara, de la misma manera que el barman avisaba para una última ronda en el bar Pisco, bar al que iba la compañía de *¡Piratas!* cuando terminaba la última función. Amber y Gwen habían estado allí espiando a una distancia discreta, y después habían convencido a Manny para que entrara y lo observara todo, sobrio como una piedra ya que su religión prohibía el alcohol.

—Se beben todo lo que han ganado durante el día —les informó después frente a un té de menta gatuna—, hasta que el barman grita: «Última llamada», y entonces les dice: «No hace falta que volváis a vuestra casa pero no podéis quedaros aquí».

Eso era exactamente lo que sentía Gwen, lo mismo. No iba a volver a casa y tampoco podía quedarse allí. Aquella noche durmió profundamente, con el corazón acelerado y la cabeza tan vacía como el cielo nocturno. Igual de bien que los de *¡Piratas!*, la tripulación completa.

Por lo general los marineros del *Corsario* se levantaban temprano para asegurarse de que los disfraces y los accesorios estaban listos para la primera función. Gwen y Amber los habían visto practicar en el muelle vacío con un falso y forzado entusiasmo, y también habían descubierto que colgaban las llaves en un gancho a la vista de todos porque, total, nadie iba a cogerlas. Los viernes por la noche la tripulación podía acostarse tarde, por lo que después de que el Pisco les echara a la calle aparecería una caja de licor en el hotel barato en el que se alojaban: el Barbary Coast. Nadie preguntaría nada, se pasarían la noche emborrachándose sin darse cuenta de que una de las botellas había sido adulterada con los somníferos que tomaba la zorra de la madrastra. Cuando los actores se despertaran el sábado por la mañana, la cabeza les daría vueltas pero ya sería demasiado tarde. Los verdaderos piratas se habrían escabullido por la noche, habrían abastecido el *Corsario* con provisiones, una nueva tripulación y un objetivo más noble. Llegarían de noche y cogerían lo que les pertenecía por derecho.

Gwen no se había inventado aquel plan: lo había hecho la historia y ahora estaba sucediendo de verdad. No lo estaba imaginando, no inventaba las cajas ni las lonas sobre la cubierta. De verdad estaba a punto de marcharse. Ella, el capitán y sus aguerridos tripulantes atravesaban decididos los grupos de turistas que salían de los restaurantes, fumaban a pares en silencio o echaban chispas por los ojos entre sus familiares. La tripulación cargó ropa, agua, un poco de comida, gasolina, herramientas, algunas armas y a Jean-Robert en su jaula susurrando bajo la toalla que lo cubría. Sentía que era real. El muelle era de verdad. Podía percibir el metal de la barandilla. El barco tenía la apariencia de un verdadero y auténtico barco pirata. El único límite era el cielo. A partir de ese momento sus vidas se desprendían de cualquier tipo de control y zarpaban hacia una deriva sin fronteras.

A bordo había unos baúles con bisagras que contenían artículos para casos de emergencia pero arrojaron los chalecos salvavidas por la borda. Habían decidido

deshacerse de ellos, pues en ninguno de los libros que habían leído aparecía nada por el estilo, aunque después de leer las instrucciones Gwen se quedó con dos.

INSTRUCCIONES DEL CHALECO SALVAVIDAS

1. Póngase el chaleco como si fuese una camiseta.
2. Ate las tiras firmemente de modo que el chaleco quede bien ajustado a su cuerpo.
3. Pase el gancho por la argolla.
4. Tire de la correa para ajustar con fuerza el chaleco.
5. ¡Listo para embarcar!

Listo para embarcar.

—Manny. —La voz de Errol sonó con fuerza en cubierta.

—Estoy casi listo —contestó.

Gwen vio que echaba un último vistazo a la pantalla de su móvil y leía algo antes de apagarlo definitivamente y lanzarlo al muelle, donde se hundió muy cerca del que había arrojado Cody, quien a continuación se había puesto a mirar los disfraces porque, como había sido llevado a la fuerza, no había llevado ropa para cambiarse. Manny cargó la caja más pesada a bordo y luego sacó algo del bolsillo de su abrigo de marinero. Echó también un vistazo a aquel objeto, leyó algo en él y a continuación también lo arrojó por la borda. Era su biblia, negra y raída como el cielo. No tenía que abandonarla pero Gwen le había mostrado un dibujo en el que aparecía el capitán Nebekenezzer, conocido por sus compañeros como Neb, enterrando su biblia. Como los preceptos de aquella biblia estaban en contra del retorcido curso que había tomado su vida, prefería no conservar un libro que lo condenaba por estar fuera de la ley.

—Venid todos aquí —dijo Errol. Ya se imaginaban que el barco no se dirigía con el timón pero aun así el capitán se había puesto junto al timón—. Demasiado tarde para morir joven, Manny.

Los ojos de Manny seguían observando el lugar junto al muelle en el que había caído la biblia, que ya no se distinguía.

—No sé... He sido educado de una manera en la que no está bien llevar una vida sin reglas ni castigos.

—Pero sí nos han dado reglas —dijo Cody mientras subía por las escaleras de madera.

—Y también hay castigos —dijo Errol, y Gwen observó cómo exprimía su cerebro para recordar la lista de castigos que tanto le había gustado en *Capitán Blood*—. Todo pirata que esconda, esconda, esconda... algún tesoro será abandonado en la orilla de... He olvidado la palabra.

—De una isla —dijo Gwen.

—Sí, abandonado en una isla —repitió Errol—, con apenas una botella de agua, una hogaza de pan y una pistola cargada con una única bala.

—Eso suponiendo que consigamos una pistola —añadió Amber.

Estaba desenredando un grueso cabo que había sido atado con un aparatoso nudo al muelle en el que habían pintado la inscripción *¡Piratas!* con letra dorada. Manny se agachó para ayudarla. Gwen vio el paquete arrugado en el bolsillo de su camisa, un paquete de té de menta gatuna que probablemente sería impagable en altamar.

—Sabes que tus padres ya estarán empezando a preocuparse —dijo Manny—. Lo más probable es que aún no se hayan sentado a cenar. Mi madre siempre decía que estaba mal sentarse a cenar antes de que todos los hijos estuvieran en casa. Dios mío, se estarán diciendo, que no sea esta la cena que haya preparado el día en que ella se fue de casa.

(Pero lo fue, y era pollo).

—Seremos el azote de la bahía de San Francisco —dijo Amber—. Nos comprometeremos solo con la igualdad y la belleza... lo digo en serio.

Gwen y Amber se habían enviado cientos de mensajes de texto, puliendo aquella idea como si fuera un eslogan publicitario, mientras el mundo entero pensaba que estaban a salvo, durmiendo en sus camas.

—Camaradas —dijo Gwen—. Nos consagraremos a la distribución igualitaria y entre camaradas de las oportunidades que ofrece la vida.

Amber sonrió y regresó a su tarea.

—Y toda la felicidad del mundo debe recaer en...

—¿Toda la felicidad? —preguntó Manny desde el muelle—. Eso sí que es mucha felicidad. ¿Y qué tal si pedimos solo una pequeña porción de felicidad?

—Combatiremos con ardor cualquier tipo de mareo —dijo Errol cogiendo algo de su estuche—. Si lo sentís, mirad al horizonte.

—Pensé que dirías «al bote» —dijo Gwen—, en caso de que alguno se sienta mareado.

Los ojos de Errol parecieron dudar.

—Bueno, está bien, mirad lo que queráis.

Manny soltó una carcajada y aterrizó de un salto en la cubierta. No fue muy inteligente por su parte, ahora que se sabe cómo acabó todo. Considerando lo que les iba a deparar el viaje, fue una locura embarcarse. Pero todas las ocupaciones y las filosofías tienen un punto temerario. La caída de su voluminoso cuerpo zarandeó un instante el barco y luego se estabilizó. Había llegado el momento, el *show* debía comenzar. Gwen se puso al frente de aquel barco robado y miró hacia delante con orgullo como si fuera el mascarón. Sentía sus propias células dividiéndose, reproduciéndose y soñando con reproducirse al mismo tiempo. Todo iba a ser fácil. ¡Zorras al poder! ¡Comienza el éxodo! ¡Suelten amarras! ¡Zarpemos!

Errol miró hacia el oscuro e indomable mar. Estaba de pie frente al timón, con la cara redonda y brillante como la luna.

—Allá vamos —dijo el capitán.

—Allá vamos —repitió el loro.

Es tan fácil robar.

Segunda parte

Capítulo 8

Por la mañana, aquella mañana, el sol salió temprano y entró por la ventana en calma hasta que el viento comenzó a soplar hacia el mar. Las cortinas no cumplían demasiado bien la función de mantener el cuarto a oscuras para su huésped, Phil Needle. Su cuerpo, largo y un poco dolorido, se extendía como una limusina sobre aquel pésimo colchón; estaba desnudo y parpadeaba mientras sentía algunas partes húmedas bajo las sábanas calientes. Comenzó a sonar una vieja canción. Belly Jefferson, con su voz profunda y estridente, salía a raudales del móvil que zumbaba en la mesilla al lado de la cama, entre un vaso de agua medio lleno, su cartera y una revista sobre Los Ángeles que había puesto allí la gente del hotel. El titular decía: LOS ÁNGELES. Cogió el móvil.

—¿Sí?

—¿Hablo con Phil Needle?

—Sí.

—¿Phil Needle de Phil Needle Producciones?

—Sí —respondió, aunque la habitación y la moqueta lo negaran.

—Tengo a Leonard Steed en la otra línea.

—Espere un segundo. —Phil Needle usó uno de sus doloridos codos para incorporarse en la cama. Sujetó el teléfono contra la oreja mientras estiraba la otra mano, cogía el vaso de agua y se mojaba un poco la cara. El vaso tenía más líquido de lo que había pensado y le dio de lleno; el agua empezó resbalarle por la barbilla, el cuello y el pecho—. Listo —dijo al teléfono, chorreando. Pero Leonard Steed ya estaba al otro lado de la línea.

—Me alegra oírlo, Needle.

—¿Quién llamó? ¿Dónde estás?

—En la planta baja, tomando un café. Le pedí a mi asistente que te llamara.

En el momento en el que transcurre esta historia, los satélites solían utilizarse para estas cosas, para conectar a dos personas que estaban en la superficie terrestre a una distancia en la que casi podían tocarse. Phil Needle dejó el vaso en la mesilla y abrió su cartera. Le faltaba algo.

—¿Cómo te has levantado, Steed?

—Como siempre —contestó—, pero hoy ya es mañana. Estaba desayunando y quería comprobar que estabas bien. ¿Te parece que quedemos dentro de media hora?

—De acuerdo. ¿Qué hora es?

—Dime que no te he despertado.

—No, no —contestó Phil Needle, y dobló las piernas para sacarlas de la cama y apoyar los pies en el esponjoso suelo. La sombra que proyectaba contra la pared tenía un aspecto demacrado y cutre, y algunas zonas de las sábanas seguían húmedas.

—Bien, bien. Quiero que hagamos la reunión antes de la asamblea.

—Vale, en media hora —dijo Phil Needle—, en treinta minutos.

—Mejor en veinte.

—Okey.

—¿«Okey» quiere decir que llegarás?

—Sí.

—¿Ni siquiera estás vestido aún?

—¿Qué? Claro que sí.

—¿Querías follártela de nuevo?

—¿Qué?

—Un último para el recuerdo, ¿no? ¿Qué tal estuvo? Cuéntame algo.

Phil Needle terminó de sentarse y miró por la ventana. Sus piernas estaban demasiado juntas como para que su pene se sintiera a gusto.

—Te veo abajo.

—¡Vamos, hombre! —Su voz sonó más cerca del auricular—. ¿Grita mucho? Tiene pinta de gritar. Anda, cuéntame algo que me alborote un poco el desayuno.

—Leonard...

—¿Te la chupó primero?

—No pienso...

—Dímelo. Nos unirá un poco más.

—No.

—¿Está ahí ahora contigo? Seguro que quiere echar otro.

—No.

—Vale, entonces cuéntame otra cosa. ¿Cuál es el título del programa que vamos a hacer juntos?

—Ya te he dicho que aún no tengo el título.

—Sorpresa, sorpresa. Vale, no hace falta que se lo digas a los hombres del rey. A lo mejor puedes proponerles que intenten adivinarlo. «¿Cómo creen que se llama?». ¿Crees que va a funcionar, Needle?

—No lo sé.

—Necesitaremos brazos fuertes y espaldas anchas. Ahora solo te quedan dieciocho minutos, así que mejor te dejo. Ya sé que no me lo contarás. Te la has follado con mi permiso pero quieres portarte como un caballero.

—Leonard —dijo Phil Needle—. ¿Cuánto bebiste anoche?

—Esta mañana me sentía estupendamente en la cinta de correr. Te quedan diecisiete minutos.

Cortó la llamada. «Brazos fuertes y espaldas anchas». Phil Needle se puso en pie irritado, todo hacía ruido, nada salía a derechas. Sobre un sillón tapizado demasiado elegante para una habitación como aquella estaba la ropa que se había quitado la noche anterior. Miró un poco más de cerca. ¿Qué faltaba? En su cartera había un espacio vacío, en el pequeño rectángulo de plástico en el que solía ver a su mujer y a su hija sonriendo. Eran dos fotografías distintas ya que era imposible conseguir que

sonrieran en la misma habitación. Faltaba la foto de su hija; solo estaba su mujer y a su lado el rectángulo estaba vacío. Dio un golpecito en el hueco y estiró las piernas un poco más. ¿Qué hora era?

Belly Jefferson volvió a cantar.

Phil Needle lo cogió.

—¿Dígame? —contestó, pero lo único que escuchó fue un zumbido y en la pantalla no apareció ningún número. Seguramente el satélite había dado un giro para alejarse del asistente de Leonard Steed, de modo que Phil Needle esperó, desnudo, a que regresara a su órbita. Y en ese momento, muy débilmente por encima de aquel zumbido, oyó la voz de un hombre que decía:

—Hemos encontrado al padre.

—¿Qué? —gritó Phil Needle—. ¿Qué?

—Lo siento —dijo el hombre—. Ha habido una emergencia y ha sido muy difícil encontrarlo.

De modo que sí había sucedido algo importante.

—¿Qué ha sucedido?

—No lo sé. Estamos intentando localizar a su mujer.

—Pero ¿qué ha pasado?

—No lo sabemos.

—Si lo sabe y no me está diciendo la verdad, usted...

—Su hija ha desaparecido.

Phil Needle jamás recordaría el modo en que sus ojos se posaron sobre el rectángulo vacío en la cartera, solo recordaría que su primer pensamiento, absurdo y culpable, fue: «¿Cómo pueden saber que ha desaparecido?».

—Desaparecido —dijo por fin o inmediatamente después. Sintió frío, cogió la colcha de la cama y tiró de ella, tiró, tiró y tiró con fuerza hasta que se envolvió con ella. Vio sus calzoncillos sobre el sillón. Recordó que en el momento en el que se los había quitado era un hombre feliz.

—Estamos intentando que su mujer se ponga al teléfono.

Su mujer, la persona a la que más quería en el mundo, la más cercana. Su hija, que en ese momento estaba en otro lugar.

—¿Marina?

Pero nadie dijo nada al otro lado de la línea, solo escuchaba aquel zumbido y unos golpecitos: tip, tip, tip. Recordó el día en que le llamaron desde la farmacia y un hombre le preguntó si tenía una hija llamada Octavia. Aquello había sido un error. Seguro que ahora también lo era: una chica —tal vez esa Octavia— había desaparecido. ¿Dónde se podía haber metido?

—Tip. Tip. Tip. ¿Phil? Tip.

Era Marina, estaba llorando.

—¿Cariño?

—¿Dónde estás, Phil? —Tip, tip.

—¿Qué? Estoy aquí, Marina, en el hotel.

—No podía encontrarte —dijo gimiendo—. No contestabas en el móvil, no has llamado a casa. No sabía dónde estabas.

—Te llamé cuando aterrizamos. Hubo un problema con el vuelo.

—No, tic, tic, tic. No me llamaste, Phil.

Era verdad. Había llamado a su padre, que le había dicho: «El que no anda bien es el mundo».

—Gwen ha desaparecido, Phil. No ha pasado la noche en casa, no la veo desde que salió corriendo para pagar el taxi.

—¿Qué? ¿Se cogió un taxi?

—No, no se cogió un taxi, Phil. ¿No te acuerdas de que esa secretaria tuya se había olvidado la cartera?

Y como por arte de magia Alma Levine entró en el cuarto. Llevaba puesta una bata y sus labios estaban recién pintados de un rojo húmedo y a la moda. Traía algo en las manos que parecía doblado. Phil Needle se envolvió un poco más con la colcha y le hizo un gesto para que se alejara.

—Tengo que hablar contigo —dijo Levine.

Phil Needle pensó que su mujer podía ver lo que sucedía en el cuarto y miró fijamente la pequeña pantalla del móvil. Se acercó torpemente hacia Levine, con el cuerpo tibio bajo la colcha, caliente incluso en cierta zona que Levine había tocado y que ahora sentía como una quemadura. Tapó el auricular.

—Estoy hablando con Marina —le dijo—. Es una emergencia.

—En serio, tengo que hablar contigo.

—Ahora no.

—Sí.

—En un segundo, en un minuto. Esto es realmente una emergencia. Vete al baño.

—¿Qué?

—Que te vayas al baño, que salgas de aquí.

—No tengo ganas de ir al baño.

Tic, tic, tic. *Todo el mundo puede forzarse a mear un poco en cualquier momento.*

—Que te vayas.

Levine pasó ofendida frente a la cama y cerró el baño de un portazo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Marina.

—Nada, lo siento. Estoy aprendiendo a usar esto.

—Te he dejado unos diez mensajes. Ni siquiera los del hotel podían encontrarte.

—Estaba en el bar.

—En el bar —repitió Marina furiosa.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Se fue por la mañana y no ha regresado.

—Pero todavía es por la mañana.

—La mañana de ayer —dijo Marina llorando—. Me he pasado la noche despierta.

—¿Has intentado llamarla...?

—La he llamado, por supuesto que la he llamado, pero su teléfono está en su cuarto, Phil. Lo dejó allí. Si su móvil está en su cuarto, ¿dónde está ella? He llamado a todo el mundo. A todos los del colegio y a toda la lista de los compañeros de la piscina.

—Pero si había dejado la piscina...

—He llamado a Naomi Wise y a Wendy, y me ha dicho que ya no eran amigas. Pero Gwen ha estado saliendo mucho últimamente.

—¿No tendrá alguna nueva amiga?

—¿Quién?

—No lo sé, tal vez estoy equivocado.

—¿Quién, Phil, quiénes son sus amigos?

Phil Needle miró la ropa que había dejado sobre el sillón: vacía, arrugada, bochornosa. El hombre que debía llenarlas había desaparecido. «Desaparecido», pensó Phil Needle, era mejor que «muerto», aunque Gwen también podía estar muerta, muerta y además desaparecida. En una ocasión, cuando tenía apenas cuatro años salió corriendo de la casa en Sunset gritando: «¡Seis años! ¡Seis años!». Phil Needle jamás entendía lo que decía su hija.

—En natación estaba ese chico, Glasserman —dijo.

—Pero era a ti a quien le gustaba. Hasta yo sé eso.

A Phil Needle lo hundió la expresión «hasta yo», como si su esposa fuera la que tenía mejor relación con Gwen cuando él siempre había creído que ese papel le pertenecía.

—¿Qué ha sucedido, Marina?

—No lo sé. Me decía que iba a jugar con Naomi.

—Gwen ya no juega, tiene catorce años.

—Que hacía algo con ella, no sé, ir al cine. Después de lo del taxi ya no regresó. Le ha pasado algo, Phil.

—¿Has llamado a la policía?

—Por supuesto que he llamado a la policía. Ellos también llamaron a la policía.

—¿Quiénes son ellos?

—La gente de aquí. Un chico, no sé.

—¿Dónde estás ahora?

—Estoy en la morgue.

El rebelde que vivía dentro de Phil Needle murió. La tierra se abrió. La muerte, pensó... *De modo que esto es lo que se siente.*

—Esto no es la morgue —escuchó claramente al fondo.

—Me vine aquí en cuanto abrieron. Ni siquiera se creían que tuviera una hija. Dios mío, Phil.

—Pero ¿dónde estás?

—Pensé que la morgue estaba en el sótano del Ayuntamiento.

—¿Por qué?

—Tú hiciste un programa sobre eso una vez.

Phil Needle trató de recordar: sí, había sido una cuña para la publicidad del programa de otro tío, hacía ya varios años. Marina iba de camino al médico y él le había pedido que lo escuchara.

—Aquello fue en un pueblo minúsculo de Texas. ¿Gwen no te ha llamado? ¿No has sabido nada de ella?

—Estuve pintando todo el día. No, no me ha llamado.

«Pintando», escuchó Phil sin poder imaginar qué aspecto tenían sus pinturas.

—Vale, voy para allá. Salgo ahora mismo.

—No sé qué hacer, aquí nadie me ayuda.

—No parece que ese sea el lugar más indicado.

—Estoy en el sótano del Ayuntamiento.

Hubo un ruido en la estática y luego el tip, tip, tip, cada vez más débil, hasta que Phil Needle escuchó otra vez la voz del hombre.

—Hemos llamado a la policía —dijo—. Siento mucho la confusión. ¿Esta mujer es su esposa?

—Sí, sí, se llama Marina.

—Estaba muy desorientada cuando vino aquí, está buscando a su hija... Tiene una hija, ¿verdad?

—Sí, se llama Gwen.

—Porque nos ha enseñado una foto en el móvil y otra que llevaba en la cartera. Si no habríamos pensado... quiero decir, no es nada personal pero...

—No.

—Es que aquí no podemos hacer nada. Estaba muy alterada.

—¿Quién es usted?

—Yo soy el conserje. Vamos a enviarla a casa en un taxi. No sabe dónde ha dejado el coche.

Marina volvió a coger el teléfono.

—No tendría que haber salido.

—No.

—Me refiero a Gwen, no tendría que haberse marchado.

—Voy para casa —dijo Phil Needle.

—Deja encendido el móvil. ¡Déjalo encendido, maldita sea!

—Voy ahora mismo para allá —repitió desesperado—. Tú ve a casa también.

—¿Dónde está Gwen?

—Voy para allá.

«¿Dónde está Gwen?». Su voz sonaba tan parecida a la de Gwen, a la de Gwen cuando estaba enfadada, que Phil Needle recordó cuánto habían estado discutiendo ellas dos últimamente. Lo más probable era que Gwen estuviera bien, sin la constante vigilancia de su madre, pero bien. Pero ¿dónde estaba en realidad? ¿Dónde se

encontraba?

—Salgo ahora mismo, voy a casa.

Cortó la llamada y apoyó el móvil en su regazo. ¿Qué había sucedido? Le pareció que tenía que llamar a alguien, era una emergencia, tenía que llamar a alguien de inmediato, pero en vez de eso se puso de pie envolviéndose con la colcha, lo cual provocó que el móvil se cayera al suelo, y entró al baño para darse una ducha. Tenía que ducharse. Aún tenía el olor de la noche anterior, el olor de su propia ansiedad.

Levine estaba allí, en medio del pequeño cuarto de baño, en bata y sosteniendo algo que resultó ser un periódico dentro de la estúpida bolsa con la que lo colgaban en la puerta. Phil Needle agarró la colcha con más firmeza. La bata de ella tenía el nombre del hotel a la altura del pecho o en un pliegue de la bata. Phil Needle no podía pensar ahora en sus pechos.

—Fuiste tú quien me dijo que me metiera aquí —dijo como si estuviera respondiendo una pregunta—. ¿Puedo hablar contigo ahora?

—Ha pasado algo —dijo Phil Needle—. Necesito ducharme.

Considerando el tamaño de la *suite* o el tamaño del maldito universo, en aquel cuarto de baño ellos estaban sorprendentemente cerca. Levine le pasó el periódico.

—Dimito, Phil. Lo he estado pensando y ya no puedo seguir trabajando para ti.

—Ha sucedido algo, estaba hablando con mi mujer.

—¿No se lo has dicho?

—Mi hija ha desaparecido —dijo mientras desplegaba el periódico un poco ausente. «La desaparición de Gwen aún no sale en los periódicos», pensó. Estaba todo lo demás, alfabéticamente ordenado en una lista en la esquina: California, Clasificados, Crucigrama, Deportes, Editorial, Espectáculos, Esquelas, Gente, Lotería, Nacional, Negocios, Noticias, Películas, Sociedad, Televisión, pero no iba a encontrar a Gwen en ninguna de esas categorías—. No ha vuelto a casa, nadie sabe dónde se encuentra. Mi mujer está muy alterada. Tengo que regresar a casa lo antes posible pero antes necesito ducharme.

—¿Has oído lo que te he dicho?

—Leonard Steed —dijo en voz alta. Era a él a quien tenía que llamar—. Está tomando un café en la planta baja. Por favor, tienes que cancelar mi presentación.

—No me estás escuchando.

—Te escucho, te escucho. Me he pasado todo este tiempo escuchándote. Baja ahora mismo y dile a Leonard...

—No estoy vestida.

—Pues si no estás vestida, te vistes. Necesito ducharme; ducharme y afeitarme.

—Phil, te estoy diciendo que dimito. Ya no trabajo para ti.

—Levine, si no te vas ahora mismo del baño voy a hacer... no sé qué mierda. Sal. Ve a la planta baja.

—Dimito.

—Lo sé.

—Y entonces por qué...

—¿Cómo piensas regresar a casa? Y sin cartera, por cierto. —Ahora estaban en Los Ángeles, lo decía la revista.

Levine frunció el ceño y al pasar a su lado le dio un empujón. Phil Needle cerró de un portazo y tiró el periódico en el lavabo. Dejó caer la colcha. Su cuerpo tenía un aspecto rancio bajo la tétrica luz del cuarto de baño, los muslos grandes y temblorosos, los pies demasiado arqueados y amarillos. Su pene estaba un poco duro —«¿Te la chupó primero?»—, y Phil Needle se lo agarró durante un segundo sintiéndose culpable antes de entrar en la ducha y abrir el grifo. Aunque el agua tenía mucha presión, apenas parecía rozarle. El calor era igual que el frío. En una pequeña repisa había tres botellitas alineadas y se puso algo en aquel pelo que ya no era tan abundante como antes, no hace tanto, cuando Marina estaba embarazada. Phil Needle dijo algo en voz alta al darse cuenta de que Marina había estado embarazada de Gwen y que ahora nadie sabía dónde se encontraba. Al instante cerró el grifo. Un héroe no se comportaba de ese modo, no se daba una ducha cuando su hija acababa de desaparecer. Se frotó la cara con las manos y se agachó para coger la toalla. Se secó. La toalla le dejó pelusa en las piernas. No pensaba afeitarse, y no solo porque en la época en la que sucede esta historia los héroes por lo general iban sin afeitarse, sino también porque temblaba de tal forma que lo más seguro era que se abriera la garganta de un corte. Phil Needle tenía la sensación de que la sangre le caía por el cuello pero en realidad era agua, agua de la ducha. Tenía que regresar a casa. Fue a ponerse los mismos tristes calzoncillos pero se detuvo a mitad de camino.

—Dios —dijo, y su voz sonó muy seria en aquella habitación—. Dios —repitió con delicadeza porque pensó que probablemente Dios prefería que lo hicieran de ese modo.

¿Qué más podía decir? Rezaba una vez al mes y apenas sabía cómo hacerlo. Se sentó en la cama, sintiéndose impuro y desesperado. «Encuentra a mi hija». Dios podía encontrar a cualquiera. Le parecía impensable —incluso estando desnudo y con Levine caminando enérgicamente al otro lado de la puerta— que él, Phil Needle, no mereciera conocer el paradero de su hija. ¿Quién podía pensar algo así? No, él no se lo merecía. Phil Needle pensó que en realidad lo que quería era ser Dios solo el tiempo necesario para saber dónde se encontraba su hija. No estaba rezando sino pidiendo un ascenso. Por eso a nadie le caía bien Dios: todo el mundo tenía envidia de su trabajo.

—Dios —dijo una vez más, y sacudió la cabeza con fuerza, como un perro que se sacude mojándolo todo a su alrededor, hasta que le alcanzó un nuevo sonido.

Belly Jefferson. El móvil.

Phil Needle se puso de pie con los calzoncillos a la altura de los tobillos, se los subió y cogió el teléfono. La pantalla le informó de quién le estaba llamando y él rechazó la llamada. A continuación se sentó otra vez, esta vez en el sillón, sobre la ropa usada del día anterior. Tenía que ponerse la camisa. Pero antes los pantalones,

primero una pierna, luego la otra. Tenía que marcharse de allí. No podía estar allí ni un segundo más.

Phil Needle guardó el teléfono. No era Marina. No era Gwen. No era nadie con quien quisiera hablar en este instante.

¿Quién no ve a los ricos en un velero sin desear destruirlos? Un velero es un mundo de madera con apariencia de frivolidad que oculta sus encantos bajo la cubierta, pero en cuanto abandona los límites de tierra firme, cuando está sujeto a los azules latigazos del mar bajo una tormenta, su encanto se queda en mera posibilidad. Los dueños de los veleros suelen ser personas poderosas pero sus adversarios cuentan con el poder que les otorga la ideología de la oposición. Sienten un desprecio rotundo e irrevocable, una furia que crece incluso en los corazones más amables y eso desemboca inevitablemente en la brutalidad. Gwen estaba ansiosa por llevar sus ideas a la práctica. No tenía ninguna duda al respecto, estaba tan segura de aquello como de los dos círculos en los que estaba encerrada su presa, los bordes de los prismáticos que había encontrado a bordo.

Una fina llovizna caía sobre Bahía Paraíso y se detenía a ratos haciendo que el sol brillara intermitentemente en el aire. El agua estaba tan fría que habría podido hacer que se le desprendiera un anillo de bodas a un cadáver, lo cual haría que la identificación fuese más complicada. Catherine Vogel estaba en la popa del barco con las manos sobre los ojos a modo de visera, parecía un corazón. Tenía un cuerpo precioso y el ceño fruncido. Miraba hacia Tiburón, una península que se encontraba a tres millas de distancia en la que vivían millonarios, y seguramente pensaba, al menos eso se imaginó Gwen: «Cuando me puse este bikini era feliz». Se había puesto también una bata corta que estaba colgada en un armario dos pisos más abajo, cuando salió de la cama de un oscuro camarote. Alrededor de uno de sus muslos se veía un círculo de tinta, eran un par de frases en francés. Claramente no formaba parte del paisaje natural del barco. Tenía veintitrés años pero ya empezaba a entender de qué iba todo. Salir a pasear en yate le parecía algo estúpido, pero ella no era estúpida. Se daba perfecta cuenta —y Gwen se daba cuenta de que ella se daba cuenta— de que la muerte no la iba a sorprender allí.

Su novio estaba en el interior comprobando algún aparato del equipo. Era un hombre mayor. Se llamaba Roger Cuff. Había subido a bordo con una camisa abotonada y un chubasquero, como un político que se dirige a un lugar en el que acaba de suceder una catástrofe natural, pero ya se había quitado la ropa y en aquel momento solo llevaba el pelo que le recubría el cuerpo y una buena cantidad de preocupaciones en la cabeza. El socio, y también consultor, de Roger Cuff acababa de cancelar su programa. Roger Cuff era el copropietario de aquel velero junto al único amigo que le quedaba. Lo habían bautizado *Contracorriente*: tenía doce metros de eslora, todos los detalles imaginables y era capaz de alcanzar veintiséis nudos. Ya no lo podía mantener. Su novia había regresado el día anterior de un extraño viaje —la

boda de una amiga, había murmurado— en un vuelo que llegó más tarde de lo previsto y desde que habían zarpado estaba fría y pensativa. La noche anterior no habían hecho el amor y para Roger Cuff quitarse la ropa era un gesto impulsivo y esperanzado. Más que sexo lo que quería era lamentarse de que, desde su punto de vista, le habían robado el éxito. Si Cath se hubiera acercado en ese preciso instante, se lo habría dicho, desnudo o no, pues no conseguía quitarse aquella molesta idea de la cabeza. (¿Cuánta gente ha muerto en la historia pensando ese tipo de tonterías?). Cath, sin embargo, estaba observando cómo se acercaba otro barco.

El *Corsario* navegaba bajo el cielo gris con la tripulación al completo pendiente del abordaje. Errol se encontraba al timón pero Manny manejaba los controles del barco bajo cubierta y guiaba la nave con comodidad y entusiasmo, mirando a través del cristal empañado del ojo de buey. Cody repartía tazas con café —nadie había dormido aún— y Amber intentaba desenredar una red por si en algún momento tenían que ponerse a pescar. Gwen miraba fijamente el yate que estaban a punto de atacar. El agua era una enorme extensión de ruido y el Golden Gate, con todas sus imperfecciones y su color naranja, tenía el aspecto de que lo acabaran de clavar en el agua hacía apenas unos segundos. En mar abierto ellos podían hacer lo que quisieran y nadie podía hacer nada para detenerlos. Gwen encendió un cigarrillo imaginario y todo su coraje y determinación se agolparon en su pecho. Tenía el cuchillo en la mano. Exhaló el humo.

—Qué asco —dijo Amber a sus espaldas—, jamás había visto el mar tan azul.

—Las gafas de sol —contestó Gwen sin darse la vuelta.

—Cállate, zorra —replicó Amber quitándose aquellas gafas azules y puntiagudas que se había dejado uno de los actores sobre un estante, un actor que justo en ese preciso momento se estaba despertando con una terrible resaca—. Ahora vuelve a ser igual que siempre, mejor así, es más real.

—Nos estamos acercando —dijo Gwen mirando la bandera que ondeaba en el mástil. Siempre había tenido sus dudas sobre la bandera pirata porque anunciaba desde lejos unas intenciones que era preferible mantener ocultas. Pero entonces, y sobre todo en aquel punto de la historia de nuestro país, comprendió de pronto por qué tenía sentido la bandera: la gente pensaba que era un chiste. La mujer que estaba en bata en la cubierta del yate debía de estar pensando que era una broma y no iban a tardar en estar lo bastante cerca como para ver su sonrisa.

—¡Qué bien va esto! —gritó Errol—. Creo que nos aguarda un gran éxito en nuestra primera aventura. Un tesoro... y el mapa de un tesoro.

—El mapa de un tesoro —repitió Amber en voz baja, y Gwen por fin se dio la vuelta para verle la cara.

Era muy poco probable que encontraran el mapa de un tesoro —no eran estúpidos—, pero aun así Amber sonreía como si fuera posible mientras la reacia luz del amanecer se reflejaba en sus ojos desnudos y en la hoja del afilado cuchillo de Gwen. Se habían repartido los cuchillos de Amber: una sierra oxidada para Errol, dos

pequeños cuchillos afilados para Manny y uno de carnicero para Cody Glasserman, con la hoja ancha como el muslo de una mujer. Gwen se puso de puntillas para mirar con los prismáticos y luego se los pasó a Amber.

—Parece que solo son dos.

—Sí —dijo Amber—. ¡Puaj! El tío está desnudo.

—¿Qué? —preguntó Cody cambiando la taza de café por los prismáticos—. Déjame ver.

—Todos firmes ahora —dijo Errol—. ¡Armaos!

—Armada —dijo Gwen.

—Armada —dijo Amber.

—Armada —dijo el loro.

—Yo seré la que hable —anunció Gwen, y todos estuvieron de acuerdo. ¿Cómo lo estarían viviendo?, se preguntó. ¿Cómo habían podido vivir antes de esto?

—¡Eh! —dijo la mujer en el barco—. Tened cuidado, estáis muy cerca de ahí.

—De estribor —corrigió Gwen.

—Sí, eso... Pero ¿qué estáis...?

Errol la interrumpió gritando desde el timón las mismas palabras que componen el título de esta novela.

—De acuerdo —dijo ella, pero luego se quejó al oír el crujido de la madera cuando el *Corsario* se detuvo a su lado—. ¡Eh! —Cody colocó un tablón con bisagras a apenas a unos centímetros de distancia del pie desnudo de la mujer.

Gwen apoyó fríamente su taza de café frío.

—Os estamos abordando. Vais a darnos la comida, la bebida y todo lo que haya de valor en vuestra lamentable embarcación. Tal vez luego os permitamos seguir con vida.

—¿Qué? Se trata de una broma, ¿no?

—No —contestó, y sintió que la furia despertaba en su corazón tal y como había previsto que sucedería. No habían bromeado en ningún momento, se lo habían tomado en serio desde el principio. En dos rápidos y veloces pasos Gwen saltó al *Contracorriente* y sus botas hicieron ruido al caer sobre la madera.

—No, no, no —dijo la mujer moviendo la mano hacia Gwen, y Gwen pensó que a lo mejor todavía no había visto el cuchillo—. ¡Roger!

El hombre —al parecer se llamaba Roger— asomó la cabeza pero dio media vuelta cuando comprobó que no estaban solos. La tropa de Gwen estalló en carcajadas al verle desnudo mientras abordaban el barco.

—¡Sorpresa, sorpresa! —dijo Errol.

Amber se puso junto a Gwen y Cody ayudó al capitán. Roger volvió a salir por el marco de la puerta con su peludo pecho descubierto.

—Pero ¿qué es esto?

—Vais a darnos la comida, la bebida y todo lo que haya de valor en el barco.

—¿Qué? —dijo el hombre con una risita—. Esperad un momento a que me vista.

Gwen sacudió la cabeza y con un movimiento rápido, como si ya lo hubiera hecho otras veces, bajó la navaja con forma de arco y dejó una pequeña línea roja en el brazo de la mujer. La mujer soltó un chillido y el hombre dio un paso atrás.

—Pero ¿qué es esto? —dijo. La mujer sostuvo en alto el brazo y se sentó mientras la sangre le resbalaba por los dedos—. ¿Qué es esto?

—Me ha cortado, Roger —dijo la mujer con un tono de voz que aún no parecía del todo alarmado.

—¿En serio? —preguntó él.

Errol caminó con dificultad hacia el hombre con la sierra en la mano y una sonrisa llena de dientes.

—¿De qué va esto? —preguntó Roger.

—Ya os lo hemos dicho. Dadnos lo que os pedimos y os consideraréis afortunados para el resto de vuestras vidas. ¡Negaos y veréis cómo abrimos las tripas de esta mujer con nuestros alfanjes, le arrancamos el corazón, lo masticamos y te escupimos a la cara!

Roger parpadeó y se rio un poco, pero la mujer levantó el brazo.

—Me ha cortado de verdad. Haz algo.

—No sé qué hacer —dijo Roger con un encogimiento de hombros que Gwen conocía bien porque su padre hacía un gesto idéntico—. Jamás me había sucedido algo así.

—No es algo que suela suceder —dijo Gwen. Se quitó el cigarrillo imaginario de los labios y lo arrojó al agua porque si lo arrojaba sobre la cubierta podía provocar un incendio—. Pero está sucediendo ahora.

—Ya está bien. Largaos de aquí —dijo Roger—. No tengo tiempo para perder en lo que sea que estáis...

—¡Agua! —gritó Amber—. ¡Comida! ¡Todo lo que tengáis de valor! ¡Ahora mismo u os aquillaremos!

La mujer abrió y cerró los ojos.

—¿Qué? —preguntó la mujer, y también todos los demás—. ¿Qué significa que nos aquillaréis?

—Que os arrastraremos por la quilla —dijo Gwen rápidamente.

—¿Y qué es una quilla?

¿Por qué no estaba saliendo bien? Estaban todos en la cubierta empuñando sus cuchillos pero aquellos dos solo los miraban con cierta curiosidad, como si nada malo pudiera sucederles, como si los piratas estuvieran tan excluidos de la realidad que fueran inimaginables, pero Gwen sí se había imaginado aquella situación desde hacía años o al menos desde hacía mucho tiempo. ¡Desde hacía semanas! Pasó frente a la mujer dejando a Amber junto a la puerta en la que Roger estaba de pie y con aspecto enfermizo bajo la luz grisácea, y se dio cuenta de que su pene no estaba del todo blando. Qué asco.

—De acuerdo —dijo él dando un paso atrás sobre el primer peldaño de la escalera

—, marchaos ahora mismo. Tengo una radio y llamaré...

Gwen se inclinó hacia delante con las dos manos y lo empujó con fuerza. El hombre se cayó de culo, rebotó en los otros tres peldaños de la escalera y aterrizó sobre el suelo de la cabina provocando un gran estruendo. La mujer emitió un grito sonoro y parecido a un jadeo.

—¿Qué? Pero ¿qué coño...?

—¡Ya te lo he dicho! —gritó Gwen. Bajó la escalera y miró aquel panel de control metálico como de ciencia ficción. ¿Era realmente tan complicado como para que nadie lo entendiera? Había una caja pequeña con algo que parecía un altavoz que tenía un cable enrollado, un auricular marrón y varios botones: no había duda de que aquella era la radio. No podía ser muy difícil. Estiró el auricular hasta que tuvo el cable cerca del cuchillo y solucionó la cuestión con un solo corte.

La mujer gritó a sus espaldas. Roger se frotó el hombro y miró con recelo el cable cortado.

—¡Manny! —gritó Errol en la cubierta—. Coge ese bote salvavidas, es mejor que el nuestro.

—Nosotros no tenemos bote salvavidas —dijo Amber desde la cima de la escalera.

—Pues ahora sí —dijo Gwen, y las dos sonrieron.

—¡Todo el mundo fuera de mi barco! —gritó Roger arrastrándose hacia el fondo de la cabina. Iba limpiando el suelo con su cuerpo desnudo y tiraba de la punta de una pequeña alfombra que estaba bajo la mesilla—. ¡Fuera! ¡Este barco es mío!

—Cuando se sale a mar abierto —dijo Gwen—, ya no hay ley ni propiedad.

—Vete a la mierda —dijo el hombre retrocediendo un poco más—. Esto es ridículo. No eres más que una niña y no tienes ni idea de lo que estás haciendo. Sé razonable.

¿Cuándo comienzan los problemas? Se oyeron unas fuertes pisadas, el barco entero tembló cuando Manny subió. La mujer gritó una vez más porque la súbita aparición de un hombre de color de pronto transformaba toda la situación en algo temible. Errol bajó las escaleras y Roger alcanzó la pared del fondo de la cabina y comenzó a manipular unos armarios de falsa madera o que se suponía que tenían que parecer falsos. Tras ellos había otra escalera que bajaba a un camarote y a un comedor, probablemente lleno de cosas para picar. Gwen tenía hambre.

Errol no paraba de jadear debido al esfuerzo o tal vez a la alegría.

—¿Oís eso? —le preguntó a las chicas—. ¿Lo oís? «Sé razonable». ¿Qué tendrá que ver aquí la razón? Te aseguro una cosa, canalla, no hemos venido aquí para ser razonables. Estamos aquí para hacer justicia.

—De acuerdo, pues aquí tenéis —dijo Roger, y le dio un golpe a la puerta del armario. Gwen no había visto ningún arma antes de aquel día, salvo las que llevaban los policías en sus fundas. En cierta ocasión un policía había desenfundado y levantado el arma durante una clase. «Si alguna vez os encontráis esto, niños, no lo

cojáis. Llamad inmediatamente a un adulto». Roger manipuló algo en el arma, algo que hizo un ruidito, y luego apuntó pero no hacia ella sino hacia Errol.

—Bájala —dijo Amber, y Gwen se sintió totalmente orgullosa de ella—. Baja el arma y danos lo que te hemos pedido.

Pero a Roger Cuff le había gustado mucho su frase.

—De acuerdo, pues aquí tenéis.

—Entrégnanos todo —repitió Amber mientras bajaba la escalera para ponerse junto a Gwen.

Roger Cuff se burló de ella, seguía encantado con su frase.

—Marchaos ya de mi barco o disparo aquí mismo al abuelito. No sé qué pensáis que estáis haciendo, niñas, pero estáis en mi propiedad.

«¿Niñas?». «¿Propiedad?». Gwen y Amber se miraron ante todas aquellas estupideces.

—Es mejor derramar sangre... —le recordó Amber.

—... que arrepentirse de no haberla derramado —contestó Gwen, y se acercaron.

—Te lo advertimos por última vez —dijo Amber.

—Sobre mi cadáver —contestó Roger con desprecio, y Gwen miró fijamente las caderas fofas del hombre, su repugnante mirada y sus piernas abiertas—. Estáis jugando a un juego muy peligroso... con fuego quiero decir. —Y con su agarrotada mano, con la que no sostenía la pistola, agarró a Amber por debajo de la rodilla, justo por donde ella había ofrecido tatuarse su amistad.

—Quítame las manos de encima —dijo Amber manteniendo la firmeza.

—Ahora vas a ver lo que es el fuego —dijo Roger Cuff, y le apuntó con el arma. Seguía en el suelo por lo que ella, Gwen Needle, era más alta que él. Con una fría y tajante ferocidad mantuvo la mirada fija, de pie, pensando solo en una cosa.

«¿Qué haría Octavia?».

—Pelearnos contra cualquier hombre que tenga un arma —dijo hundiendo el cuchillo hasta el mango en el pecho de Roger Cuff.

No tenía otra opción, con el mal tiempo casi no habían salido barcos al mar.

Roger emitió un gemido brusco con la boca bien abierta. Soltó a Amber y el arma cayó entre sus piernas. Volvió a repetir el mismo gemido, Gwen sacó el cuchillo con facilidad y con la misma facilidad se lo volvió a clavar a pesar de que ya perdía sangre. El tercero lo hizo más arriba, justo al lado del hueso del hombro, y hundió tanto el cuchillo que le llevó varios segundos sacarlo otra vez. Él se había puesto a dar patadas de modo que ella se sentó sobre sus rodillas. Ya no intentaba decir nada, apenas soltaba unos pequeños quejidos y en sus ojos brillaba una pregunta que sin duda no había dejado de ser formulada desde que la piratería comenzó a oscurecer los mares. Gwen lo apuñaló una vez más y la pregunta se desangró frente ella.

—¿Por qué...?

Estaba preparada para aquello. Se inclinó y se lo dijo a la cara embobada que la miraba fijamente, pálida y cubierta de sudor.

—Quien desee conquistar el mundo... —El hombre frunció el ceño y sus manos temblaron sobre el suelo—... primero tiene que aprender a escapar de él.

Él negó con la cabeza y a continuación golpeó con ella la puerta del armario. Iban a tener que moverlo para ver qué había dentro.

—Ya... —dijo—, ya era hora... —Y le regaló otras tres puñaladas rápidas en los brazos y otra más profunda en el estómago.

El hombre murió en medio de aquel caos de sangre que comenzaba a espesarse. Gwen se puso de pie con las manos y los brazos manchados. Errol la miraba pero no parecía particularmente alterado. Los ojos de Amber estaban muy abiertos de terror o fascinación, tal vez las dos cosas, pensó Gwen. Ese era el motivo por el que se encontraban allí, aquella era la fluctuante frontera que había cercenado sus vidas hasta dejarlas hechas trizas. Ahora había sido la que le había devuelto el corte.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Amber.

Lo cierto era que se sentía como si tuviera algo en la boca, algo de un tamaño considerable pero suave y acuoso. Amber la agarró por el hombro y Cody se quedó en mitad de la escalera, mirándolas.

—Jamás he visto nada igual —dijo con tranquilidad.

—Qué asco —susurró Amber.

Errol se agachó para apoyar dos dedos en el cuello de Roger. Se quedó un instante en silencio y a continuación meneó la cabeza como los médicos en las películas. Las víctimas jamás hacían que alguien asintiera con la cabeza. Las víctimas, quienesquiera que fueran, siempre morían si alguien las apuñalaba.

La mujer pasó junto a Cody haciendo un ruido estrepitoso, se detuvo de golpe y soltó un grito como si hubiera chocado contra un muro de cristal invisible.

—¡Dios mío! —exclamó dándose la vuelta hacia el panel de control—. ¡Dios mío! —repitió cuando vio el cable de la radio cortado. Los gritos sonaron idénticos, como si los dos crímenes la horrorizaran por igual—. Vosotros vais... —Cerró los ojos—. Creo que voy a... Qué...

Cody se dio la vuelta. Si existe alguna persona que no haya escuchado jamás la expresión: «El muerto al hoyo y el vivo al bollo», ahora entenderá lo que significa. Todo el mundo lo sabe. Gwen observó cómo la mujer lo comprendía en ese instante y cómo se tropezaba al intentar retroceder por la escalera. Pero Cody estaba allí, justo en el lugar por el que ella intentaba pasar. Del otro lado de las ventanas, a estribor, se oía el chillido plástico del bote salvavidas mientras era arrastrado hacia el barco pirata. Tenían que marcharse. Gwen decidió que iban a dejarla, iban a dejarla allí gritando como un fantasma para que advirtiera al resto de los barcos que tuvieran cuidado. Iban a dejar que gritara hacia la nada y que abrazara a su amante caído en la batalla. Eso era lo que hacían los piratas.

Pero Cody era nuevo en todo esto, era un *amateur*, ni siquiera había leído *Lobo de mar*. Y sin permiso ni preparación alguna levantó su cuchillo de carnicero y lo enterró de lleno en el desnudo muslo de Cath, justo por encima del tatuaje. El

cuchillo se hundió y la mujer soltó un alarido. Amber miró a Gwen pero incluso aquella mirada era innecesaria. Había sido un error, un acto sanguinario de Cody que —fuera un error o no— ahora ellas tenían la obligación de terminar. Amber agarró su cuchillo y lo mismo hizo Gwen. Todos lo hicieron. «Hubo una innumerable cantidad de muertos», decían algunos informes, ridículos y extravagantes, pero esa expresión no tenía ningún sentido. Se podían contar, por supuesto que se podían contar. De momento eran dos. La mujer temblaba frenéticamente como si su pierna estuviera infectada por cientos de arañas.

—¡Quitaos de encima! ¡Alejaos de mí!

Tenía la pierna destrozada y cubierta de sangre hasta el tatuaje «*N'importe où! n'importe où! pourvu que ce soit hors de ce monde!*». Era una frase que Cath había leído en un poema de un autor francés y, como entonces era más joven e imprudente, la había incitado a la aventura. Ahora comprendía lo que quería decir, ahora por fin la entendía. *¡En cualquier lugar! ¡En cualquier lugar! ¡Siempre que esté fuera de este mundo!*

Gwen dio un paso adelante y todos se dispersaron por el barco.

Capítulo 9

Levine estaba riéndose en el vestíbulo. Se reía mucho. Tenía una mano apoyada en la rodilla de Leonard Steed. Phil Needle salió del ascensor y se acercó a ellos arrastrando una maleta que parecía más liviana, tal vez por todas las cosas que no había metido en ella a causa del pánico. No le importaba perderlas para siempre.

—Tu mensajera —comentó Leonard Steed con un malintencionado tono infantil — ya me ha comentado lo sucedido, entiendo que ya ha dejado de trabajar para ti.

—Lo siento, Leonard. Como comprenderás estoy en medio de una emergencia.

—Lo comprendo, sí.

—Necesito marcharme cuanto antes.

Leonard Steed levantó un dedo con una uña sorprendente larga para detenerlo.

—He hecho lo imposible para preparar todo esto y ahora huyes.

—Entonces Levine no te lo ha contado —contestó Phil Needle mirando el cuadro plateado que colgaba indiferente de la pared.

—No me decepciones... He estado cocinando esto durante meses.

—Pero si me has llamado esta semana.

Leonard Steed suspiró y Phil Needle notó que en ese momento Levine levantaba la mano de su rodilla.

—Como socio tuyo en la producción, puede ser. Pero como tu consultor...

—Mi hija ha desaparecido —interrumpió Phil Needle. Miró a Leonard Steed a los ojos pero los ojos de Leonard Steed le provocaban demasiado miedo como para mirarlos directamente, así que miró hacia otro lado. Detestaba aquel maldito cuadro de los cuadrados.

—Espera —interrumpió Levine—. ¿Que ha desaparecido? ¿Cómo... en serio?

—Nadie sabe dónde está. ¿Puedes ir a buscar el coche?

—¿En serio?

—Sí, en serio —soltó Phil Needle—. ¡En serio! ¡Ve a buscar el coche!

—Levine me acaba de decir que ha dimitido —dijo Leonard Steed con tono imparcial. Al final de la frase dejó los labios ligeramente abiertos, y Phil Needle no pudo evitar sentir remordimientos sexuales.

—No puede dimitir ahora.

—Podría quedarse trabajando conmigo —dijo Leonard Steed, y se giró hacia Levine—. Tal vez puedas echarme una mano aquí.

—Phil tiene razón —contestó Levine con aire cansado—, me había olvidado de dónde nos encontrábamos.

—¿Qué hacéis? ¿Estamos listos o no?

Al oír aquella nueva voz Phil Needle se dio media vuelta. Era uno de los hombres que había conocido la noche anterior y no lograba recordar cómo se llamaba, si es que en algún momento lo había sabido y si es que aquel hombre tenía un nombre.

—Phil nos está dando una desafortunada noticia; tiene que cancelar su presentación —dijo Leonard Steed.

El hombre frunció el ceño.

—Oh...

—Me temo que debo hacerlo. Es una emergencia familiar.

—Oh —repitió quienquiera que fuera—. Lo siento mucho, Phil. Seguro que podemos hacerlo por teléfono en otro momento, pero que sea pronto. Creo que tengo libre el próximo viernes. Ve con tu familia, Needle.

—Eso es, ve con tu familia. Te lo digo en serio —dijo Leonard Steed mientras se señalaba el corazón para que quedara claro que lo que había dicho salía de allí. El otro ejecutivo asintió y también se tocó el corazón, o al menos el bolsillo de su camisa—. ¿Podemos confirmar la cita para el próximo viernes?

—No lo sé, no sé dónde está mi hija.

—Danos un tiempo estimado —dijo Leonard Steed cruzándose de brazos.

—Deja que te llame luego y te lo confirme —dijo Phil Needle. Hasta donde alcanzaba a percibir no estaba hablando demasiado deprisa ni moviéndose de forma extraña, pero sentía que todo allí era frenético, un frenético e indiferente vestíbulo—. Yo te llamo.

Las puertas se abrieron frente a Phil Needle. Hacía una mañana cruda y ventosa. Se le resbalaron las gafas por el sudor de la nariz —no había logrado encontrar la lentilla—. ¿Dónde estaba su hija? ¿Dónde podía encontrarla? Miró el teléfono, estaba encendido. Nadie le había llamado. No podía llamar a su hija, solo podía marcar su número y hacer sonar inútilmente el teléfono que había abandonado en su habitación. La compañía que le había vendido aquel teléfono le había dicho que podía llamar a cualquier persona, desde cualquier sitio, en cualquier momento, y ahora él quería hablar con Gwen, ahora mismo, en el sitio en el que estuviera. La compañía de móviles le había engañado. Mentirosos, eran todos unos mentirosos.

Levine estaba a su lado llamando por teléfono.

—Va ser complicado conseguir billetes —le dijo—. En realidad estamos más cerca del aeropuerto de Burbank pero es un aeropuerto pequeño.

—¿Qué?

—Estoy intentando conseguir un vuelo —dijo mirándole fijamente. Tenía una expresión ambigua, como cuando se mezcla una baraja de cartas: esperanzada, atenta, confundida, aunque en algún punto parecía haber algo más.

—¿En Winter Air?

—En cualquiera que tenga algo disponible.

—Todo menos Winter Air.

—Vale.

—Eso fue un error.

—Vale.

—¿Estás admitiendo que fue un error?

—Estoy admitiendo que todos cometimos errores ayer.

Phil Needle la miró a los ojos y la odió.

—¿Con qué aerolínea estabas hablando?

Ella no contestó al instante ni lo hizo tampoco con tono de disculpa.

—Con Winter Air.

—Iremos en coche —decidió—, si vamos rápido llegaremos antes. ¿Dónde está el coche?

—Phil...

Pero Phil Needle estaba pendiente de un ruido. Comprobó si era el teléfono, pero se dio cuenta de que el sonido provenía de él.

—Sería mejor ir en avión. ¿Por qué no quieres que volemos?

—Ya no necesito tu ayuda —le dijo.

Ella frunció el entrecejo.

—Te recuerdo que ya había dimitido. Entiendo que es una emergencia, pero...

—Lo es. Todo esto le está pasando de verdad a mi hija —dijo. Y tras pensarlo un poco más añadió—: Y lo más probable es que ya le estuviera sucediendo ayer por la noche.

—Pero tú no lo sabías.

Él dijo entonces que sentía mucho lo que había sucedido la noche anterior pero no lo dijo en voz alta, jamás en voz alta, sino apenas con un suspiro cuando ya salía del hotel.

—¿Vienes conmigo?

—No —contestó Levine, pero lo dijo de la misma manera que antes: sin la convicción suficiente.

El teléfono de Phil Needle sonó y él miró la pantalla. No pensaba contestar.

—Este hombre —dijo Levine, y por un instante Phil Needle pensó que le estaba denunciando a un policía, pero no, el uniforme no era el de la policía—, este hombre necesita su coche.

—¿Tienen el tíquet? —preguntó el empleado.

No hizo falta que Levine mirara a Phil Needle para que recordara que le había dejado las llaves al recepcionista sobre el mostrador. Aun así le miró. Sí, sí... claro que lo recordaba.

—¿Marca y modelo?

—De alquiler —dijo Phil Needle—, pequeño. Ayúdeme, por favor.

El chico suspiró y abrió una pequeña caja de madera que contenía distintos ganchos. De cada gancho colgaba una llave. De cada llave, un tíquet. Y en los tíquets había números. Incluso en aquella época ese sistema parecía antiguo y poco eficaz, como el uso de las sanguijuelas para curar enfermedades, las palomas mensajeras o mirar las estrellas para navegar en vez de seguir una flecha en la pantalla de un teléfono móvil. Pero funcionaba, ¿no? El empleado fue pasando las llaves como si estuviera comprobando por el olor cuál era el pescado más fresco. Tampoco

importaba lo espantosa que era su cazadora. ¿Es que no estaba allí la llave?

—Iré contigo —dijo Levine.

—¿Qué?

—No puedes viajar solo. Ni siquiera deberías conducir pero...

—Conduciré.

—... iré contigo.

Levine miró hacia la fuente, que era horrorosa, y Phil Needle no supo si tenía que sentirse agradecido o continuar sintiendo aquella furia. La furia podía darle fuerzas. Si el empleado, aquel chaval que estaba frente a aquella pequeña caja de madera, estuviera furioso quizá ya habría encontrado la llave, ¿verdad? ¿A que sí? ¿A que habría encontrado su llave antes de que el destino hubiese clavado sus talones en el vestíbulo mientras Levine fue a recoger sus cosas? ¿Verdad que le habría dado ya aquella llave de mierda exactamente allí, fuera cual fuese aquel lugar?

Le habrían podido preguntar por qué hacía todo aquello. De hecho Gwen se imaginaba a veces que se lo preguntaban: «¿Por qué hacéis todo esto?». Y como respuesta ella soltaba todo el rollo.

—Mira todo esto —habría dicho desde lo alto de la escalera que bajaba hacia el camarote—: anacardos, almendras tostadas, almendras ahumadas, almendras crudas, cacahuets frescos sin sal traídos de España, una mezcla oriental con galletas de arroz y guisantes con wasabi y golosinas picantes. Al lado de la silla en la que se sienta el capitán hay dos armarios llenos de todas esas cosas. ¡Es fantástico!

—Ya entiendo —responderían—, son aperitivos para acompañar los cócteles bajo el resplandor naranja del atardecer frente al Golden Gate. Debe de ser fantástico estar de pie en la cubierta del *Contracorriente* o incluso comer aquí, sobre estos mullidos cojines azules debajo del ojo de buey como sofás con vistas, y observar la superficie del luminoso océano, con todas esas botellas de alcohol medio llenas esperando tras los mapas enrollados, cerca de la silla del capitán, y todas esas botellitas individuales de agua con gas, tónica y ginger ale alineadas sobre ese dispensador de hielo que sin duda dispensa hielo, permitiendo que se derrita para luego volver a congelar el agua y dispensar aún más hielo en un eterno ciclo de lujo inmerecido. Y las servilletas con motivos florales de color púrpura volando cada vez que alguien abre la puerta, o pegadas a los charcos de sangre mientras otras, en otro armario, caen sobre la moqueta frente al horno para cubrir el cadáver de Roger Cuff.

—Fue Amber la que recordó lo del arma y la encontró entre las piernas de él, cubierta de sangre —diría Gwen—. Antes de eso no teníamos nada en la cubierta del *Corsario*, apenas las cosas que habíamos traído nosotros, una repugnante máquina de café que funcionaba mal y algunos paquetes de café. Habríamos desfallecido de hambre si nuestra buena fortuna no nos hubiese provisto mejor. Manny había traído bolsas de basura, lo había aprendido en otros viajes que había hecho antes, y bajó en cuanto Amber le contó lo que había sucedido. Tenían dos kilos de café, dos kilos de

expreso apretados en el pequeño congelador junto a un paquete de gambas y unos bollos de canela para el desayuno. En el frigorífico había salmón ahumado. Leche para el café. Tenían comida para dos días. Supongo que planeaba pasar todo el fin de semana en el barco con la chica. Había dos filetes envueltos en papel de estraza y una bolsa con verduras para la ensalada. En una bolsa marrón había una pila de tortitas con cebolleta, probablemente del mercado de los agricultores, he visto que las venden allí. También había un frasco con salsa de judías negras y una cigala dentro de una bolsa de plástico que seguro que habían partido con un pequeño martillo, pum pum pum. Lo mismo que le hicimos nosotros a ellos. Y mientras se chupaban los dedos, se beberían una de las botellas de Chardonnay que había en el estante. Hay que admitir que se lo habían montado bien.

—Efectivamente —dirían ellos—, pero permítame el siguiente comentario: se supone que en una cruzada como la suya hay más cosas aparte de la necesidad de abastecerse de comida.

—Cuando se está en altamar —respondería Gwen—, uno no hace estas cosas por comida. Lo hace sobre todo por el combustible, que es lo que le permite continuar con sus hazañas.

—¿De modo que el combustible de esta hazaña es lo que les permite realizar otra, y el de la siguiente pasar a otra más? ¿Eso es todo, no hay nada más?

—¿Lo ha habido alguna vez?

—Bueno...

En ese momento Gwen citaba un episodio muy tenso que transcurría en uno de los últimos capítulos de *Los saqueadores*.

—«¿Qué tipo de vida has elegido tú? ¿Crees acaso que es mejor que un trampolín desde el que saltar al agua? ¿Te parece que este simple paso a paso, esta precaria manera de mantenerse a flote sobre las frías aguas se logra sin robar o derramar la sangre de los más débiles?».

—Pero aun así... —balbucearían.

—En una época hubo disturbios en Francia por la falta de pan —respondería Gwen muy tranquila—. Aquí encontramos dos *baguettes* y una barra de mantequilla sin sal. Abrimos todos los armarios y los enormes brazos de Manny arramplaron con todo, ahora lo tenemos almacenado en bolsas. Los terrones de azúcar, las chokolatinas, los frascos de pimientos asados y los botes de aceitunas. Incluso la sal marina, que nos pareció un producto muy gracioso estando aquí, ¿se da cuenta? Encontramos aceite de oliva, aceite de sésamo, aceite condimentado y aceite en spray. En un momento Amber empezó a reírse y Manny no sabía qué era tan gracioso, hasta que ella se acercó dando saltos sobre el brillante suelo de madera para enseñármelo. Yo también me puse a reír a carcajadas.

—¿Y qué era?

—Un bote de Vinagres Amber Dawn. ¡El que fabrica su padre! Lo sacudió sobre la cabeza y las dos subimos corriendo a cubierta. Se le ocurrió la idea de romper la

botella contra el timón del barco como se hacía con las botellas de champán en las películas antiguas.

—Un bautizo.

—Supongo que sí... Aunque no lo sé, soy judía. ¡Nos reímos tanto! Pero cuando subimos a la cubierta estaba resbaladiza.

—Por la lluvia.

—No, aún no había empezado la tormenta. Era por la sangre de la chica, por la forma tan sangrienta en la que la habíamos matado.

—A eso me refería antes.

—Yo me estaba riendo tanto que no podía parar. Amber tiró la botella de Vinagres Amber Dawn, pero rebotó contra la barandilla y cayó al océano. Creo que nunca llegó a romperse.

—Ya veo.

—Fue muy gracioso.

—Tenemos que marcharnos —dirían entonces—, muchas gracias por sus respuestas y buena suerte. Adiós.

Gwen estaba sobre la cubierta y se dio cuenta de que se estaba riendo tan fuerte que hasta Amber se puso un poco nerviosa. Estaba sola, como es lógico, aunque Gwen sentía que había estado razonando de verdad con alguien y no temblando y discutiendo consigo misma. Sacudió la cabeza pero no podía parar de reír. Se le había ocurrido un chiste tan despiadado que no podía contarlo en voz alta: «¡Que todo el mundo eche una mano en cubierta!».

Había una mano de verdad en la cubierta.

Manny subió desde la cabina, llevaba un sobre blanco que sobresalía de su bolsillo y una abultada bolsa de basura sobre los hombros que hacía un ruido metálico. Le pasó la bolsa a Amber y a continuación agarró a Gwen tal y como había cogido antes la bolsa. Aquella súbita visión del mundo al revés hizo que le diera más risa aún al cruzar el tablón de vuelta hacia el barco. Vista desde lejos debía parecer un prisionero que se resistía. La apoyó en la cubierta del *Corsario* a estribor, no, no, un segundo: a babor. La madera parecía sólida bajo sus temblorosas piernas, de modo que se quedó allí respirando y observando a los demás. Cody, el *amateur*, cruzó el tablón cargando una caja de vino como si caminara sobre una cuerda floja. El sol parpadeaba como una bombilla que no funciona bien y Gwen se dio la vuelta para mirar hacia las turbias nubes que quedaban del otro lado del puente.

—Se avecina una fuerte tormenta —dijo Manny mirándola desde arriba—, aunque a nosotros nos da igual. —Cogió el sobre de su bolsillo y lo abrió. El interior estaba lleno de dinero, con los billetes apiñados formando un desobediente y arrugado montoncito—. No se lo he enseñado a los demás. Son veinticinco mil dólares, estaban en el fondo de un cajón. Con esto podríamos comprar un poco de cielo azul.

Gwen sintió la risa agolpándose en su garganta como un perro encadenado a su

collar, pero le pareció suficiente con asentir. Manny volvió a guardar el sobre.

—¿Y ahora qué? —preguntó Cody, y al apoyar la caja se oyó el ruido de las botellas de cristal chocando entre sí. Había asesinado sin preguntarle a nadie pero seguía sin saber lo que tenía que hacer.

—Lo siguiente es coger el hacha para incendios que hay ahí abajo —dijo Manny—. Cuando todos dejen el yate voy a hacer varios agujeros en el fondo... Necesitamos que se hunda sin dejar rastro.

Gwen no entendía para qué servía un hacha cuando había un incendio, al menos no en altamar. Se agarró al borde del *Corsario* y por primera vez vio un aro de metal que colgaba del costado del barco y que tenía una soga atada que se hundía en el agua. No había nada por el estilo en *El lobo de mar*. Cody, el infeliz desobediente, arrastró la caja sobre la cubierta con el único objetivo de evitar los ojos de Gwen.

La sombra de Amber descendió sobre ella.

—¿No estás un poco...? —No pudo terminar la frase.

—Sí —contestó Gwen encogiéndose de hombros—. ¿Y tú?

—Sí. No sé.

—Cody no tendría que...

—Ya. Pero nosotras también lo hicimos.

—Es cierto —dijo Gwen con la mirada perdida.

—Supongo que ya es agua pasada —dijo Amber.

Gwen hizo algún gesto, se encogió de hombros o algo parecido, y comenzó a tirar de la cuerda.

—Te has dejado esto —dijo Amber dándole el cuchillo, que había limpiado hasta dejarlo casi impecable.

—Gracias.

—Me quedaré con el arma.

—Está bien.

—Está bien.

—Manny ha dicho que se acerca una tormenta —comentó Gwen—, que va a dar unos hachazos en el fondo del barco para que se hunda.

—Eso parece muchísimo trabajo.

—Sí.

—Ciertamente. —Amber se sentó a su lado. A Gwen le pareció que escondía algo detrás de la espalda—. Y además... Manny no está al mando. El capitán es Errol.

—¿No va a venir?

—Acaba de encontrar algo, vendrá en un minuto. Y además... ha sido nuestra idea.

—Lo sé. —Al final de la soga apareció un cubo amarillo lleno de agujeros que subió chorreando agua de mar.

—Nosotras sabíamos que la gente... —probó a decir Amber—... que podía ser violento.

—Deberíamos haberlo sabido —dijo Gwen.

—Bueno, ahora lo sabemos, zorra.

—Tú eres la zorra.

—Esta la vida que hemos elegido, ¿no?

—Sí —contestó Gwen—, tiene que ser así.

—Estaba pensando que lo llaman ola de asesinatos. ¿Sabías? Cuando hay muchas muertes se dice eso de «ola de asesinatos».

Aquella expresión no estaba en los libros.

—Suena como la fragancia de un perfume: Ola de piratas.

—Ola de asesinos.

—Sí. ¿Qué tienes detrás de la espalda? —preguntó Gwen.

—No te lo vas a creer.

—«Creer» —repitió el loro.

Errol cruzó el tablón arrastrando una bolsa de basura y unos cuantos mapas enrollados. Llevaba un sombrero nuevo. Gwen le sonrió, era una auténtica sonrisa que en aquella ocasión no quedó arruinada por las carcajadas.

—Me encanta este sombrero —dijo él.

—A mí también me gusta.

—Te conozco.

—Sí, soy Gwen.

—Eres parte de la tripulación.

—Sí.

—¿Te gusta mi sombrero?

—A todos nos gusta tu sombrero —dijo Amber.

—Lo he encontrado allí.

—Y yo he encontrado un cubo lleno de agua —dijo Gwen subiéndolo a cubierta.

—Pero yo gano —dijo Amber mostrando una caja de madera. Era del tamaño de una panera, que en aquella época tenían una especie de medida estándar, y llevaba una larga llave de la que colgaba una borla.

Errol la señaló como si fuese un objeto que había perdido hacía mucho.

—¡Por el amor de Dios!

—He estado hurgando en el dormitorio hasta que la ha encontrado —dijo Amber.

—Pero ¿qué es? —preguntó Gwen apoyando el cubo en el suelo—. ¿Qué hay dentro?

Amber frunció el ceño ante la mano extendida de Gwen pero luego sonrió con una mueca torcida, muy torcida.

—¿Te lo crees? ¿Te lo puedes creer? —dijo Amber abriendo la caja—. Hay un montón de cosas. Parece una caja cualquiera, una caja de esas en las que la gente guarda relojes, alguna foto en biquini o monedas de otros países... Pero mira esto. — Su mano emergió triunfal del interior con un papel gris doblado, un poco andrajoso y atravesado por renglones azules.

—¿Qué es?

—¡Es el puto mapa de un tesoro! —dijo Amber con profunda alegría—. Míralo, ábrelo.

Tenía razón. El mundo se desplegó ante Gwen para que ella lo viera. La tripulación al completo se reunió a su alrededor. Manny sostenía en alto la jaula del loro como si fuera una linterna. No era más que un esbozo, al igual que ciertas partes del mundo. En realidad no faltaba ninguna parte porque el mundo entero ya había sido dibujado en muchos mapas, pero había algunas zonas que estaban mal dibujadas a pesar de que existían y se encontraban en los planos y en la imaginación de todos. El mapa del tesoro era un mapa de la Isla del Tesoro que habían construido al otro lado de la bahía; un arquitecto había diseñado aquel atrevido proyecto y explicaba además el aspecto que iba a tener. El plano mostraba un hotel con casino (si lograban circunnavegar la ley), o al menos con un spa y distintos espectáculos, al que únicamente se podía llegar en barco o desde la salida que había en el puente de la bahía, identificada en el papel con dos gruesas rayas que formaban una X.

—No me lo creo —dijo Gwen sujetando el mapa.

—No me lo creo —graznó el loro.

—Pues créetelo —contestó Amber—. Mira, hay un hotel.

—Pero en la Isla del Tesoro no hay hoteles —dijo Manny—. Paso por allí todas las mañanas.

—Tal vez aún no lo han terminado —contestó Amber—. Mira aquí, en el lateral.

Alguien había escrito en la parte de la costa: Y LA APERTURA: ¡¡¡FIESTA EN LA PLAYA!!!

—Apuesto a que es un hotel secreto —dijo Amber. Gwen abrió y cerró los ojos ante aquella idea, un reluciente palacio oculto en una isla—. Aún no está abierto pero cuando lo abran va a ser un bombazo.

—Mientras tanto es un lugar oculto —dijo Gwen.

Amber se inclinó sobre el hombro de Gwen, y Gwen deseó que se quedara allí para siempre.

—Nuestro próximo atraco.

—Un momento —dijo Manny—, yo estoy realmente cansado, no sé cuánto tiempo llevamos sin dormir. Esperad a que hunda el barco y luego descansemos un poco.

—Pero ¿no verán nuestro barco? —preguntó Cody.

Gwen no podía evitar sentir deseos de pegarle. Además de todas las cosas en las que tenían que pensar ahora se veían obligados a hundir el yate por culpa del sangriento impulso de aquel chico que estaba allí por error y que viajaba prácticamente como polizón. Gwen había planeado todo excepto a Cody. Comenzó a mascullar algo pero Manny le dio unas palmaditas en el hombro para que se callara.

—Tómalo con calma —le dijo—, la carrera la ganan siempre los que van lentos pero constantes.

A Gwen le pareció que aquel consejo ni siquiera era cierto. En las competiciones de natación ganaban siempre los más rápidos.

—No —dijo—, tenemos que hacerlo ahora, atravesaremos la tormenta. El hotel también será un buen sitio para amarrar el barco y esperar a que escampe.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Errol, y Gwen apoyó una mano en su tembloroso hombro.

—Tú eres el capitán.

—Es verdad —dijo él—. A veces me falla la memoria.

—Hemos asaltado un barco —le recordó ella, y a Errol se le iluminó la mirada.

—Pues entonces quiero un listado completo, un listado completo de todos los tesoros incautados. ¿Qué hemos robado?

—Sobre todo comida —dijo Gwen.

—Exactamente lo que yo robaría —dijo Errol con deleite. Le cayó una gota de lluvia en la nariz—. ¿Cómo se llamaba el río?

Todos pronunciaron el nombre del río al unísono y Errol miró al cielo con tristeza. El capitán estaba pensando algo y lo pensó durante un buen rato.

—¿Deberíamos votar? —preguntó Amber por fin.

—¿Levantamos las manos? —dijo Gwen.

Cody se puso muy nervioso. Incluso Manny dijo que no.

Amber se arrodilló junto a Gwen con la mirada encendida.

—Seguiremos tu plan —dijo.

—Tengo todo planeado —replicó Gwen—, al menos en la cabeza.

—Yo también —asintió Amber con suavidad—, pero además...

—¿Además qué?

—Además estás cubierta de sangre.

Gwen se miró las manos, pensaba que las tenía sudadas pero el comentario de Amber no era metafórico. El cubo estaba lleno de agua hasta la mitad y Gwen sumergió las manos en él. La sangre se diluyó. No sabía por qué estaba aquel cubo allí (la compañía de teatro de *¡Piratas!* lo utilizaba para enfriar la cerveza y el mapa no era más que la fantasía de un compañero de universidad de Roger Cuff, que lo había garabateado con algunas copas de más mientras sus mujeres se morían del aburrimiento), pero tenía intención de lavarse las manos en él. Un minuto después lo tiraría por la borda y el cubo se perdería para siempre en el mar sin dejar rastro. Aquella sangre había llegado hasta allí desde el interior de un cuerpo pero iba a viajar mucho más lejos, hacia un territorio desconocido. Se quedarían limpias. Sus manos ya estaban limpias, de modo que tiró el cubo y la sangre desapareció.

Pero ¿desapareció de verdad?

¿Desapareció para siempre?

Capítulo 10

Entonces sucedió otro pequeño incidente. Siempre que Gwen oía algo en la radio creía que lo estaban diciendo en ese instante, no en el cuarto en el que estaba oyendo la radio, eso está claro, pero sí en otro lugar. Sabía que Tortuga había compuesto la canción «No ligas nada» hacía meses y que lo que escuchaba era una grabación de Tortuga y no a Tortuga gritando mientras ella se duchaba en aquella casa a la que jamás iba a volver. Pero cada vez que un político soltaba sus aburridas explicaciones, un cliente satisfecho comentaba su compra del día o una suave voz ofrecía alguna extraña ganga, no podía evitar imaginar que el que lo decía estaba en ese instante en la cabina frente al micrófono. Nadie le había explicado jamás el sencillo mecanismo de grabación y reproducción. Tal vez le sucedía eso a causa de todas aquellas viejas y estúpidas fotografías de su padre que estaban colgadas en las paredes menos visibles de la casa, y en las que aparecía sonriendo como en un anuncio, con mucho más pelo y vestido de una forma todavía más ridícula. De modo que cuando Amber encendió la pequeña radio que colgaba de una correa de plástico en el techo del puente de mando y comenzó a sonar un anuncio de la compañía Lifeline Cruceros justo cuando divisó un barco de Lifeline Cruceros a estribor a menos de un kilómetro de distancia, Gwen tuvo la sensación de que aquellas fervientes palabras de la propietaria de la compañía las estaban transmitiendo desde el interior de aquel barco.

La historia la escriben los vencedores y, a pesar de que Lifeline Cruceros parecía diseñada para un montón de paletos, lo cierto es que incluso desde la distancia resultaba evidente que ellos eran los que iban a ganar. En pocas semanas Lifeline Cruceros iba a ser comprada por otra compañía más grande y sus propietarios iban a convertirse en millonarios, el termómetro del éxito en aquel punto de la historia de América.

El anuncio de Lifeline Cruceros estaba dirigido a mujeres que buscaban aventuras, ya fuera una aventura de un día en la bahía de San Francisco o una aventura de doce días desde San Francisco hasta Alaska, ida y vuelta. Las pasajeras no tenían por qué haber superado un cáncer de mama ni ningún incidente de violencia de género, tampoco es que las ganancias de Lifeline Cruceros se destinaran a esas causas, pero el lenguaje que se empleaba en el anuncio, resbaladizo pero también claro, se las apañaba para dar a entender que podría ser así. «Empoderamiento» era uno de los términos que usaban. El paseo de un día se realizaba a bordo de *La dama salvaje*, nombre extraído de un poema de Emily Dickinson retocado por Lifeline Cruceros. A bordo se vendían bolsas que llevaban impresas las siguientes frases:

*Puede que esta dama salvaje parezca a la deriva
para aquellos que no saben soñar,*

*pero en su solitario destino errante se vislumbra
el latido de un corazón fuerte, sano, ¡inmortal!*

Y debajo decía: «Emily Dickinson».

Le habían cambiado el nombre al barco porque el que tenía daba mala suerte y ahora lo estaban utilizando con un propósito distinto. El propósito que perseguía Gwen se centraba en la justa y justificada indignación de su tripulación contra el despreciable y mezquino orden de este mundo. Cody repartió otra bandeja con tazas de café y miró dubitativo a través del ojo de buey.

—Es demasiado grande —dijo como buen *amateur*.

—Nada es demasiado grande para nosotros —le contestó Amber—. Un marinero es alguien que vive en un mundo grande, infinito y no recuerdo qué más.

—Internacional —agregó Gwen.

—«No se retrase» —dijo la radio.

Cody apoyó la bandeja para rascarse una oreja, pero sus preocupados ojos se mantuvieron fijos en el ojo de buey.

—Se nos viene encima una tormenta, ¿no?

—Siempre hay una tormenta en el horizonte —contestó Manny, y se acercó a Gwen para apagar la radio, que vibró antes de quedar en silencio—. No debéis escuchar esas tonterías, escuchad a vuestros corazones.

—Yo lo tengo acelerado por las diez tazas de café...

Manny se rio y bajó los prismáticos.

—Si queréis puedo preparar un poco de té, auténtico té de menta gatuna.

—No —dijo Gwen con firmeza—, el té y todo lo demás tendrá que esperar a que lleguemos a la isla. Primero tenemos que abordar *La dama salvaje*.

—Es demasiado grande.

—Demasiado grande —repitió el loro desde una esquina.

—Podemos abordarlos —dijo Amber—. En *Águila de mar* abordan a un no sé qué de la Marina española.

—*Halcón de mar* —dijo Gwen con voz de cansancio—, y es la Armada española. Deberías prestar más atención, zorra.

—Intento aprendérmelos. Me sé de memoria «Quince hombres viajan en el cofre de un muerto»^[4].

—Todo el mundo se sabe esa canción —dijo Cody—: «¡Ron, ron, ron, la botella de ron!».

Manny chasqueó los dedos.

—Coge el timón —le dijo a Gwen, y cruzó a toda prisa el camarote hacia donde tenían apiladas las cajas de bebidas—. El alcohol es inflamable... Así fue como asaltaron Puerto Príncipe.

—¿Y dónde queda eso? —preguntó Cody.

—En Haití —dijo Gwen. El idiota no entendía nada—. ¿Cómo funciona esto,

Manny?

—Igual que un coche.

—Tengo catorce años.

Manny soltó una risita.

—Lo olvido todo el tiempo. Lo más probable es que te traten como un adulto, ¿sabes? Así funcionan las leyes para crímenes como estos.

—Pero ella no es adulta —dijo Amber mientras ayudaba a Gwen con una de las palancas—; ella no es más que una zorra.

—Tú eres una zorra —contestó Gwen.

—Las dos tenéis suerte de que no os vayan a tratar como a un adulto de color —dijo Manny—. Si lo fuerais jamás os pondrían en libertad.

—No importa... Me acabarán colgando por lo que acabamos de hacer —dijo Gwen.

—Es posible, sí —aceptó Manny—. Cuando encuentren los cadáveres se armará un gran revuelo.

—Pero tú has hundido el barco —dijo Cody—. Lo has hundido, ¿verdad?

Nadie contestó. Manny había destrozado a golpes y había agujereado el fondo del *Contracorriente*, pero como no podían quedarse allí esperando a que se hundiera no sabían si aún se estaba hundiendo o si se había hundido del todo. No podían avanzar y mirar los crímenes que dejaban atrás al mismo tiempo.

—No atraparán a nadie de esta tripulación —dijo Amber—, estamos en una época en la que los caballeros son reconocidos por sus espadas.

—También las chicas —agregó Gwen. Cogió su cuchillo y señaló algo al otro lado del ojo de buey—. Iremos directamente hacia ellos —dijo, y giró el timón para obedecer su propia orden.

Cody la miró muy serio.

—¿No se supone que el capitán es el capitán?

—Deja de cuestionar lo que decimos. Me estás molestando.

—Solo digo que...

—Súbele un poco de café —ordenó Gwen—, e intenta convencerle para que baje.

Cody obedeció al instante. Errol se había quedado en cubierta bajo la lluvia, agarrado al timón y lanzando órdenes al viento.

—Por favor, señor —escuchó Gwen que le decía Cody, y se preguntó si Errol se acordaba de él.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Amber en voz baja. Se había inclinado como si las dos estuvieran solas en el barco.

—Estoy bien —contestó, pero agregó a continuación—: ¿Puedo hacerte una pre...?

—Sí.

—¿En qué pensabas? Me refiero al momento en que tuvimos que acabar con la chica, después de lo que hizo Cody con el cuchillo de carnicero. ¿Qué te pasaba por

la cabeza?

—La espantosa carcajada de la venganza —dijo Amber.

—No me cites un libro. Dime de verdad en qué estabas pensando.

Amber se dio la vuelta y Gwen contempló de frente a aquella hermosa, hermosa amiga suya.

—En la espantosa carcajada de la venganza —repitió.

El viento también emitió un aullido. Errol bajó las escaleras empapado delante de un nervioso Cody.

—Hemos perdido el café.

—Se ha levantado viento —dijo Errol.

—Se ha levantado viento —dijo el loro.

El capitán alzó un montón de documentos maltrechos. El mapa del tesoro se había estropeado con la lluvia.

—¡No consigo doblarlo! —dijo Errol—. Lo he estado estudiando para dirigir el barco pero no consigo doblarlo bien.

—No te preocupes —dijo Gwen, y después se lo quitó. Lo aplanó lo mejor que pudo mientras Errol la miraba con el ceño fruncido.

—Solía hacerlo mejor.

—Está bien, Errol, no pasa nada.

Errol la miró a la cara.

—Te conozco.

—Sí, soy Gwen.

—Mi camarada.

—Así es.

—Si consigues doblar bien el mapa llegaremos antes.

—Vale, no te preocupes.

—Tengo problemas con la memoria. Ha habido un alboroto en cubierta.

—Era el viento —le dijo Cody a Gwen—, ya se lo he explicado.

Errol no contestó, solo se apoyó contra la pared con aquellos ojos tan grises y húmedos como el resto de su cuerpo.

—Errol —dijo ella indecisa—. Capitán, mire por esa ventana.

Errol apoyó la cara contra el ojo de buey.

—Es un puente —dijo.

—Pero antes del puente hay un barco —dijo Amber—. Se llama *La dama salvaje* por un poema o algo así.

—Vamos a machacarles —dijo Gwen—, una última travesura antes de ir a la isla a descansar y a recobrar las fuerzas.

—Es una embarcación grande —dijo Amber—, pero podremos con ellos.

—Nunca creí que viviría lo suficiente como para ver algo así, dos éxitos en una tarde.

—¿Eso quiere decir que recuerdas el primero? —preguntó Gwen.

—Claro que lo recuerdo —contestó Errol, y dio un golpecito en el ojo de buey con el dedo—. Y ellos también, de lo contrario no estarían alejándose de nosotros. Han oído cosas tan terribles sobre nosotros que corren como demonios para escapar.

Estaban cada vez más cerca. Manny se adelantó levantando dos botellas de ginebra.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó.

—Un par de minutos más o menos. ¿Para qué es eso?

—La ginebra es la prueba de fuego.

—Eso no es una respuesta —dijo Amber—. ¿Para qué las queremos?

—Para hacer algo original —dijo Manny, aunque en rigor eso no era así, salía en algunas historias de finales del siglo XIX: un hombre llamado Cod Wilcox, nombre muy poco realista, había robado un barco y realizado algunas incursiones piratas en la bahía de San Francisco. Tal vez quienes lo atraparon y encarcelaron le cambiaron su verdadero nombre para burlarse de él, del mismo modo que un tal Finn le había robado el apellido a un ministro de Exteriores ruso en 1939 para bautizar en tono despectivo los explosivos hechos a mano que utilizaban los vándalos y granujas y nunca los soldados de buena fe, un apellido que, según dicen, era Molotov.

—¡Guay! —dijo Cody.

—¡Guay! —dijo el loro.

Amber miró por el ojo de buey.

—Tienen los putos días contados.

—Todos tenemos los días contados —dijo Manny—, solo que no sabemos el número.

—¿Puedo hacerlo yo? —preguntó Cody—. Quiero hacerlo yo. No pude hacer mucho la otra vez...

—Hiciste demasiado —dijo Gwen con severidad—, y tuvimos que encargarnos los demás de limpiar el desastre que habías organizado.

—El ansia de matar es algo contagioso —dijo Manny—, eso también lo recuerdo.

Estaban muy cerca, lo bastante como para ver el logo de Lifeline Cruceros en un lado de la nave: era el perfil de una mujer de líneas onduladas en color aguamarina. El enorme rostro se acercaba cada vez más con aquel aire tranquilo y petulante, como la madre de Gwen. Enderezó el timón para que el *Corsario* golpeará con fuerza a aquella mujer en el centro de su arrogante nariz. Casi podía imaginarse cómo los dientes del locutor de radio chocarían contra el micrófono en cuanto les embistieran. Sintió que se le cerraba el estómago cuando vio a Cody subir a cubierta con dos cócteles molotov en las manos, seguido de Manny que a su vez llevaba los suyos. El viento azotaba con fuerza. «La espantosa carcajada de la venganza». Gwen estaba lista para gritar aquellas palabras.

—El megáfono —pidió. Habían encontrado uno, Amber se lo puso en las manos—. ¡Coge el timón! —dijo, y subió a cubierta sin miedo a la tormenta que estaba a punto de estallar.

La lluvia la envolvió como si estuviera siendo atacada por un banco de peces. Manny y Cody parecían desconcertados, trataban de agarrarse a las barandillas y entre sí, y al mismo tiempo intentaban que no se les cayeran las bombas caseras.

—¡Aún no, aún no las tiréis! —gritó, y se llevó el megáfono a la boca—. ¡Ah del barco!

Se escuchó un crujido, audible incluso por encima del viento, y a continuación una voz que les gritaba:

—¡Estáis demasiado cerca! ¡Dad la vuelta!

Sonó igual que la mujer del estúpido anuncio de la radio. Errol subió por las escaleras a su espalda y la sujetó de la cintura.

—Diles lo que eres —le susurró.

—¡Os ordenamos que nos entreguéis todo lo que haya de valor en el barco! —gritó Gwen. Su voz también parecía distorsionada. El abordaje iba a ser complicado. *La dama salvaje* era mucho más alta que ellos.

—Dad media la vuelta —contestaron desde el barco—. Ya nos han advertido acerca de vosotros, nos han informado de que habéis robado en otro barco.

—¡Entregaos ahora! —ordenó Gwen—. Estáis siendo atacados por pi...

La interrumpió un sordo y pesado golpe. Amber había dirigido el barco directamente hacia el logo de Lifeline Cruceros, los barcos chocaron y retrocedieron. Varios trozos de madera saltaron al agitado mar. La lluvia golpeaba la cara de Gwen.

—¡Marchaos! —gritaron desde *La dama salvaje*, aunque sin demasiada autoridad. Hablaban entre ellos, daban órdenes que a nadie le importaban un comino, como la madre de Gwen—. ¡Ya hemos avisado a la policía costera!

—¡Dejad de hablar y rendíos!

—¡Os van a arrestar en menos de una hora!

—¡Pero vosotros no sobreviviréis para verlo! —prometió Gwen, y el *Corsario* dio otra embestida. Se mantuvo en pie gracias a la ayuda de Errol pero el megáfono se le resbaló de las manos. Se agachó para recogerlo y lo agarró por el mango justo antes de que cayera por la cubierta. Uno de sus dedos presionó un botón diferente, el rojo, y un desagradable y fuerte pitido salió disparado hacia *La dama salvaje*. Cody y Manny se taparon los oídos y cuando Gwen se incorporó alcanzó a ver a Amber en la cabina riendo despiadadamente y girando de nuevo el timón.

—¡Sois unos criminales! ¡Alejaos!

—¡No insultéis a mi tripulación! —contestó Gwen—. ¡Lo único que se me da bien es repartir patadas en el culo y piruletas, y resulta que me he quedado sin piruletas!

Errol gruñó.

—¿De dónde has sacado eso?

Gwen sonrió, el pelo se le pegaba a la cara y las mangas de la sudadera le colgaban pesadamente de los brazos. Se sintió más limpia de lo que se había sentido en mucho tiempo.

—De un gilipollas —contestó, y los dos se rieron mientras ella se daba la vuelta para dirigirse a su tripulación—. ¡Adelante!

El viento arreció pero consiguieron encender los cócteles molotov reuniéndolos alrededor de un mechero que sostenía Manny. La llama se mantendría prendida y encendería las mechas. Gwen sabía que iba a ser complicado con la tormenta, pero siempre habría alguna tormenta en el horizonte. La lluvia caía con tanta fuerza que tuvo que usar el megáfono para hablar con su propia tripulación.

—¡Cuando estéis listos!

Los piratas lanzaron sus bombas caseras sobre *La dama salvaje*. Parecían poco más que cerillas encendidas en medio de un vacío gris; una aterrizó en cubierta, otra chocó en el nombre del barco, otra cayó al agua y otra en ninguna parte. Explotaron realmente como se esperaba que hicieran. Hubo una llovizna de chispas sobre cubierta y una delgada, pequeña y negra cicatriz se abrió a un lado del barco pero solo duró un instante, lo que tardó en borrarla la tormenta. Cody se reía a carcajadas pero de pronto se detuvo bruscamente y frunció el ceño con indiferencia, como si quisiera imitar a uno de esos héroes de las películas tan machos como para no molestarse en mirar atrás para contemplar la explosión que acaban de provocar.

—¿Cuántas de esas tenemos? —preguntó Gwen.

Manny sacudió la cabeza.

Amber embistió de nuevo y durante un instante todo se inclinó. Por la cubierta se abrió una amplia y retorcida grieta que estuvo a punto de alcanzar los pies de Gwen. No era algo agradable. La grieta era negra por dentro y Gwen se quedó tan sorprendida por la oscuridad que se abría ante ella que dejó caer el altavoz. Aquella vez sí lo perdió. El *Corsario* volvió a enderezarse y escuchó un aullido bajo y gutural, más bien un grito, a su lado. Una tremenda avalancha de agua, quizá a consecuencia de una ola o del balanceo de *La dama salvaje*, les cayó encima. Errol se fue al suelo y Gwen le agarró de los brazos e intentó ponerle de nuevo en pie mientras el viento volvía a soplar, mucho más fuerte esta vez, y una chirriante voz se oía por encima de sus cabezas:

—¡Dejad de intentarlo! ¡Salvaos!

Había agua por todas partes, desplomándose desde arriba y alzándose desde abajo. Durante aquella tormenta sucedieron varias cosas que marcaron el futuro de la tripulación del *Corsario*. Una monstruosa ola descargó sobre la grieta y empujó a todos los que estaban en cubierta, y *La dama salvaje* se desprendió violentamente de ellos y se desvaneció tras la cortina de lluvia. La tormenta no obedecía órdenes de nadie; agitaba las velas y sacudía con tanta fuerza la bandera negra que parecía que la calavera se iba a poner a gritar en cualquier momento. Aunque tal vez fuera Gwen, que trataba de guiar al resto por los resbaladizos escalones, la que estaba a punto de hacerlo. Amber estaba llorando frente al timón.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó.

—Deja de llorar —le dijo Manny.

—Deja de llorar —repitió el loro.

—Tenemos que marcharnos —dijo Cody en tono de súplica.

—No podemos marcharnos —dijo Amber limpiándose las lágrimas—. Se ha desatado la tormenta y estamos dentro de ella.

—Puedo navegar para salir de aquí —dijo Errol—. Lo único que necesito es ver un instante la luz del sol.

Manny no pudo evitar reírse. Señaló con un dedo goteante el mapa del tesoro que Gwen había clavado en la pared con una chincheta sobre un calendario.

—Pon rumbo hacia allí —le dijo.

—No puedo poner rumbo hacia allí —dijo Amber, y señaló hacia el ojo de buey—. ¡Estamos en mitad de la nada! ¡No tengo ni idea de dónde nos encontramos! Lo único que he hecho ha sido poner rumbo hacia el otro barco y ahora ha desaparecido.

—¡Misericordia! —gritó Errol hacia el techo.

—No exageremos —dijo Manny.

—Tiene razón —dijo Gwen—, no exageremos.

—Buena idea —dijo Cody, y apoyó la frente contra la pared.

Gwen observó sus ojos parpadeantes. Seguramente Cody estaba deseando regresar a casa. *Ay mi pequeño, mi pequeño, qué felices estamos de volver a verte. Ven, aquí tienes una manta y unas galletas, y olvida este día de rebelión.* No, no podían alejarse de donde estaban. Nadie iba a poder contarles entre los vivos ni entre los muertos hasta que no cesara la tormenta. Tenía que suceder algo brillante. En las travesías que había leído en los libros siempre aparecía una esfera celestial, más luminosa, clara y resplandeciente que en miles de años. Aquella iba a ser la historia de sus vidas, siempre y cuando no murieran.

—Deja de llorar —volvió a decir el loro.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Manny—. Es mejor moverse lentamente que quedarnos quietos.

Gwen miró a lo lejos y vio las torres del puente de la bahía, dos puntiagudas formas grises que entraban y salían del cielo gris de aquella turbulenta tarde. La última vez que lo había cruzado fue para asistir a una clase de las Marionetas. Aproximadamente a mitad del puente había una pequeña salida que nadie tomaba jamás. Al verla siempre sentía cierta emoción, pero nadie la cogía nunca.

La Isla del Tesoro.

—Hacia el puente —le dijo a Amber—. Cuando estemos lo bastante cerca veremos la isla.

—Si llegamos —dijo Amber—. Y además... ¿cómo lo haremos?

—Cody nos ayudará —contestó—, él nos guiará a través de la ventana.

—Que Dios nos ampare.

—Lo hará —dijo Gwen—. Hay que asegurar los suministros, intentemos perder lo menos posible.

Manny asintió y se dirigió hacia el montón de suministros que se había

derrumbado con la tormenta.

—¿Y tú qué harás?

—Yo iré a cubierta.

—¿Qué? ¿Para qué? —Amber levantó una mano del timón para apoyarla sobre un hombro de Gwen, pero justo en ese instante la marea cambió de dirección y tuvo que volver a agarrar el timón con fuerza.

—Porque ese es mi puesto.

—Ese es el puesto del capitán —corrigió Errol—. Yo conseguiré que lleguemos a ese puente.

—Sí —contestó Gwen—, sube conmigo. Canta algo, ayúdame a mantener el valor.

Errol esbozó una sonrisa lenta, muy lenta.

—Te conozco.

—Sí.

—Eres Gwen.

—Sí.

—Es un placer, Gwen.

Comenzó a llover en el camarote. Todos se acercaron unos a otros. Se escuchó un chirrido en el techo y por un instante el barco quedó en calma. Era la calma del ojo de la tormenta. Errol y Gwen fueron a cubierta. La lluvia caía tan recia que era lo único que se podía ver; al cielo no se le había pasado aún el cólico y seguía apretando los dientes, pero el *Corsario* por fin comenzaba a avanzar rápido y orgulloso hacia el puente. No había sol ni ningún otro barco hasta donde alcanzaba la vista. El *Corsario* estaba escapando y eso es lo que iba a seguir haciendo, se dijo Gwen cuando Errol empezó a cantar. Iba a seguir escapando hasta que encallara con todos ellos a bordo.

Quince hombres viajan en el cofre de un muerto

Ron, ron, ron, la botella de ron

El alcohol y el diablo hicieron el resto

Quince hombres viajan en el cofre de un muerto

Quince hombres viajan en el cofre de un muerto

Ron, ron, ron, la botella de ron

No sé qué no sé qué en el cofre de un muerto

No sé qué, no sé qué, la botella de ron

Y por esta razón la historia la escriben los vencedores. Quienes se quedan atrapados en medio de las tormentas están siempre demasiado nerviosos como para recordar cada detalle. *La dama salvaje* había dado la vuelta mucho antes de llegar a la isla de Alcatraz, una prisión que estaba inactiva en la época en la que transcurre esta historia, y había amarrado en el puerto para evitar que la tormenta pillara a sus pasajeras bajo el puente de la bahía y vieran a través de las ventanillas cómo el capitán maldecía y daba órdenes a los marineros. Las pasajeras de *Lifeline Cruceros* se pasarían los próximos años relatando aquella tarde como una huida a tiempo y

también como algo divertido. Igual que la bandera pirata: todo parecía casi una broma.

Sin embargo Gwen jamás llegó a contar esta historia, al menos no entera o no a todo el mundo. Nunca le habló a nadie del ruido que hizo el barco cuando golpeó contra la orilla de cemento de su destino final, ni del tembloroso brazo de Errol rodeándola mientras ella posaba las manos en el inútil timón de madera, que giraba enloquecido cada vez que ella apartaba las manos. La lluvia le caía a raudales por la cara, puede que estuviera llorando. Ante la versión de los ganadores —relatos siempre orgullosos y heroicos, brillantes como fuegos artificiales—, el relato de los piratas permanece siempre en secreto, sus tesoros se esconden y solo salen a la superficie los restos para que el que da largos paseos trate de unir las piezas. Como cristales rotos que empuja el mar o trozos de madera que suben, bajan y chocan entre sí hasta llegar a la orilla. Todas estas cosas, provenientes de algún sitio y luego robadas, no aparecerán en ningún otro relato, solo en este, y se perderán y olvidarán igual que todo lo que acaba en el estómago de un tiburón.

—La Isla del Tesoro —repitió el loro cuando la jaula se partió por la mitad.

No se deberían poner pegatinas en los coches, pensó Phil Needle bajo la tormenta. No había elegido precisamente el mejor camino. El tráfico había dejado atrapado a Phil Needle en mitad del puente en un punto en el que había una salida que nadie tomaba jamás. Bajo aquella lluvia la mirada podía llegar a sentirse tentada por el cartel verde, la flecha blanca, la promesa de una huida, pero Phil Needle no miraba hacia la salida, sino al parachoques del coche que tenía delante. Si el dueño tenía que formar parte en un cortejo fúnebre, por ejemplo, ¿le iba a imponer acaso a todos los allegados aquella frasecita ridícula?

Su teléfono sonó desde el portavasos. Levine no lo miró. Belly Jefferson había sido un acompañante más durante todo aquel pésimo día.

—¿Marina?

—¿Dónde estás?

—Estoy a punto de llegar, te lo prometo.

—¿Por qué no has venido en avión? —preguntó otra vez, como ya había estado haciendo todo el día.

—Porque lo más probable es que el vuelo se hubiese retrasado por la tormenta —volvió a repetir Phil Needle.

—Nuestra pequeña está ahí fuera bajo esta tormenta, Phil.

—Lo sé —contestó—, ya casi he llegado.

Y así era. Un poco más adelante, bajo el puente, vio un crucero a punto de atracar en el puerto. ¿A quién se le había ocurrido salir con aquel tiempo? No alcanzaba a verlo bien pero no quedaba lejos de su casa, desde donde Marina hablaba por teléfono. Podía ver la torre del reloj y, si era cierto lo que decían aquellas agujas de metal, era muy tarde. Aunque nadie espera que los relojes de exterior funcionen bien.

—Ha venido la policía, han revisado su cuarto. Querían saber qué llevaba puesto y qué solía hacer. Han emitido una alerta a comisaría del norte y se supone que debemos ir hacia allí cuando llegues.

Ya se lo había contado una y otra vez mientras atravesaba el desierto a toda velocidad.

—De acuerdo.

El suspiro de Marina sonó como una especie de estruendo en el teléfono.

—Phil, ¿tienes alguna idea?

Pasó un camión junto a la ventanilla: «Fontaneros Extraordinarios». Volvió a mirar al frente.

—No. —Hubo una pausa—. Pero he estado pensando. Lo más probable es que se encuentre bien, Marina. Quiere que nos enfademos, quiere que nos preocupemos por ella.

Se oyó un leve llanto.

—Marina.

—¿Por qué no has cogido un avión? —volvió a preguntar.

Tal vez siempre había sido así, una especie de gran error. Porque lo cierto era que habían cometido errores. En la boda, el padre de Marina anunció: «Vosotros dos no habéis hecho nada... —Se detuvo para tomar un trago de champán antes de agregar —:... de lo que no nos sintamos orgullosos». Había una práctica sexual, una práctica sexual en concreto, que Marina no estaba dispuesta a hacer jamás. Podía parecer una frivolidad preocuparse por esas cosas en un momento como ese, pensó Phil Needle cambiándose el teléfono de oreja, pero había que afrontar la realidad: la lista de prácticas sexuales que uno podía hacer si ella imponía como condición que no le doliera o no ponerse un disfraz era relativamente corta, considerando el infinito mundo de posibilidades que ofrecían los libros eróticos. La lista de cosas que ella no estaba dispuesta a hacer, por tanto, era más que considerable y, por si fuera poco, llevaba casi dos años pintando, ¡y no le había enseñado ni un solo cuadro! Había tenido que apartar la vista varias veces de los tampones manchados que ella dejaba en el baño del garaje sin ningún pudor, pero sí tenía pudor para abrirle la puerta de su estudio y enseñarle lo que estaba pintando.

—¡Por Dios! ¿Has oído eso?

—¿Qué?

—Alguien llama por la otra línea. Espera, espera, por Dios... ¿Hola?

—Soy yo.

—¡Mierda! —gritó—. ¿Hola?

Seguía siendo Phil Needle, no lograba pasar a la otra línea.

—¡Hola! ¡Hola!

Phil Needle no tuvo más opción que darse por vencido y cortar la llamada, con la ilusión de que sirviera para algo.

—Se ha cortado —le dijo a Levine como si tuviera que disculparse.

—Se ha cortado —repitió ella. Llevaba todo el viaje hecha polvo, repitiendo apenas alguna cosa que decía él como un loro mojado y consumido—. Eso es lo que me gustaría en este instante, cortar, cortar con todo, ¿sabes? No quiero formar parte de ningún equipo. No quiero formar parte de tu pandilla. No quiero trabajar en una cadena. No me interesa tener que inventarme una historia y esperar a que alguien se la crea en una habitación de hotel. —Alma Levine le miró parpadeando casi al mismo ritmo del limpiaparabrisas—. Lo siento, sé que estás en mitad de una emergencia pero esto también es una emergencia para mí. Te miro y pienso que eres justo lo que no quiero. Lo único que oigo en mi interior es una voz que me dice que me largue de aquí. —Hizo una pausa y parpadeó una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez—. Y aquí me tienes, sentada y pensando adónde puedo ir que no sea este lugar.

Phil Needle odiaba, odiaba con toda su alma, lo familiar que le resultaba todo, el parpadeo y la desesperación a partes iguales. Se veía a sí mismo de nuevo en Nueva York, triste y sin esperanzas, consumiendo drogas y frente al mismo aburrido micrófono.

—¿Bebes mucho? ¿Te pasas borracha la mayor parte del tiempo?

Levine suspiró y buscó algo en el bolsillo del vestido. Sacó una pequeña botella de vodka vacía.

—¿Es la que cogiste en el avión?

—No, es del hotel. —Inclinó un poco la botella pero no se la llevó a los labios. Tal vez fuese un recurso para ella, se dijo, en lugar de pensar lo que fuera que estuviese pensando en ese momento.

—Escucha, déjame que te cuente una historia.

—¿Me vas a soltar un discursito? —preguntó ella con una pequeña sonrisa.

—Eso es, para que pienses en otra cosa.

Levine cerró los ojos. Se trataba de una historia que él contaba a menudo y que tenía todos los elementos de rebeldía de una buena historia, o al menos eso decía Leonard Steed, que era quien se la había contado a él en primer lugar. Los elementos eran: Leonard Steed, un tren, un cantante de blues y una desmotadora de algodón que al final acababa en la gran ciudad. Era una historia auténtica y no solo porque era verdadera. Comenzaba con el descubrimiento casual de un objeto que provocaba una conexión con el pasado de América y que le impulsaba hacia delante, hacia un futuro de rebeldía. Pero en aquel tormentoso día la historia no siguió su rumbo habitual o tal vez fue el mismo camino el que se desvirtuó llegando a un punto equivocado o impracticable. Levine mantuvo el ceño fruncido y se puso a hacer tantas preguntas que la historia dejó de parecerse a cualquiera de sus anteriores versiones.

—¿Entonces no era la desmotadora de algodón del *Blues de la desmotadora*?

—Bueno, en realidad nadie lo sabe. Puede que fuera la misma.

—Pero no hay ninguna pista real que permita esa suposición.

—Leonard Steed cree que sí.

—¿Y por qué lo cree?

—Porque toda la vida le encantó Belly Jefferson y utilizó esa pasión por su música para convertirse en el profesional de la radio que es ahora. Y no solo de la radio, tiene además la marca, las franquicias...

—¿Y él agarró la desmotadora de algodón, así, sin más, y se la llevó al vestíbulo de un edificio en Los Ángeles?

—Tampoco es como para decir que la «agarró» con ese tono.

Levine sacó otra botellita vacía del bolsillo y la dejó junto a la primera, de modo que ambas parecían estar rezando sobre su regazo.

—No tiene ningún sentido.

—Tenía un plan y lo llevó a cabo. La idea es que si uno tiene un plan...

—Pero su plan era una porquería.

—¡No era una porquería! —gritó Phil Needle y el volante hizo un ruido—. ¡Era un plan diferente! ¡No estaba en ningún mapa! ¡Era algo que se salía de la norma!

—Y tanto, porque yo no entiendo una palabra.

Phil Needle apartó la mirada de la carretera. Tal vez esa era la historia: que todos los viajes que se realizan con un fin noble acaban siendo absurdos e imposibles. Se prometió a sí mismo no volver a contar nunca más la historia de la desmotadora de algodón.

—Levine, tienes un problema.

Ella le miró con el corazón gélido, completamente helado.

—Y qué me dices de ti —le dijo mirándole fijamente.

¡Qué decirle de él! Phil pensó que él era poca cosa. Hacía lo que podía, hacía lo que podía para recordar sus cosas buenas, pero al final siempre perdía la cuenta cuando llegaba a cosas como la salud. Le resultaba más sencillo catalogar sus errores y sus promesas incumplidas, todas aquellas promesas que Phil Needle solía hacer solo para callar a la gente. De vez en cuando Phil Needle pensaba que Dios le observaba pero únicamente lo pensaba cuando estaba solo, y casi siempre solía estar colocado. Sin embargo en aquella ocasión estaba convencido: Dios se había llevado a Gwen a otra parte solo para castigarle a él, a Phil Needle. Phil Needle no era una buena persona, al menos no en el sentido en el que a veces se suele decir de alguien «qué buena persona es», pero en algunos aspectos creía que sí era bueno. Era compasivo, pisaba las abejas cuando estaban heridas. Hacía el bien, y si no lo hacía no era por culpa suya, sino porque se equivocaba. Frente a aquella pegatina en el coche que tenía delante se sentía arrepentido de todo, fuera lo que fuese lo que hubiera hecho.

¿ODIA EL TRÁFICO? PUES USTED FORMA PARTE DE ÉL, decía la pegatina, y llevaba unas bicicletas dibujadas. La salida era hacia la Isla del Tesoro, un sitio al que jamás iba nadie. Los coches avanzaban tan despacio que Phil Needle podría bajarse para recorrer la carretera asomándose a todas las ventanillas para comprobar quién iba dentro. Vería a todos los conductores atenuados tras los cristales húmedos y atrapados en el mismo atasco, conectados entre sí al puente como si fueran oyentes de un

mismo programa de radio, pero ninguno de ellos iba a ser Gwen.

Alguien tocó el claxon y a continuación todos le imitaron; se produjo un jaleo espantoso, como la fuerte ovación de una multitud. Levine miraba medio dormida por la ventana a lo lejos.

—Odio esto —dijo.

«Tú también formas parte de esto», quiso decir él, pero en vez de eso gritó:

—¿Es que no podéis esperar un puto minuto? —Lo último lo dijo mirando hacia atrás, como respuesta a los enloquecidos bocinazos—. ¡Estoy intentando avanzar, gilipollas! ¡Adelantadme si encontráis un puto hueco para avanzar, imbéciles! ¡Pensad por un puto instante por qué mierda me he detenido en mitad de este puto puente! ¿O es que acaso pensáis que me he parado como un imbécil a comerme un puto bocadillo en la Isla del Tesoro?

—Dimito —dijo Levine.

A Phil Needle le dolían los puños por los golpes que le había dado a la guantera.

—¿Qué?

—Lo que has hecho está mal, te has aprovechado.

—No, eso es mentira.

—Lo he estado pensando durante todo el viaje y creo que es verdad.

—Ya te habías follado a tu anterior jefe, Levine. No puedes evitarlo, ¿verdad? Definitivamente tendrías que quedarte trabajando para mí.

Alma Levine se puso a llorar. Phil Needle jamás pensó que llegaría a decir algo así. En otras versiones de esta historia él también lloraba. No era capaz de mirarla, por eso se puso a mirar hacia otra parte, al otro lado de la ventanilla.

—No quería decir eso, no sé por qué lo he dicho.

—Me marchó de aquí —dijo ella. Abrió la puerta y se puso a caminar directamente en medio del ruido y la lluvia, cercada por los coches y desandando el camino.

Phil Needle pensaría en ella mucho tiempo después, en qué había sido de su vida. Abriría el último cajón de su escritorio y guardaría allí, bajo carpetas vacías y viejas cartas que no quería que viera Marina, el bolso de Levine, su ropa y el resto de las cosas que había abandonado en el coche. Ella se desvanecería y él jamás lograría encontrarla. (La respuesta es que Alma Levine se unió casi al instante a un tipo que conoció en esa misma carretera, que cambió su apellido por el de él y que durante algunos años le pareció divertido avergonzar a sus padres por haberse casado de forma tan repentina y por haber tenido dos hijos obesos completamente —no medio— haitianos).

Pero en aquel momento miró sus cosas solo un segundo y luego volvió a mirar el teléfono. La tormenta arreciaba con fuerza. El tráfico iba a acabar con él. Ojalá todo hubiera acabado ya, pensó, y presionó el botón.

—¿Sí?

Hic-hic-hic.

Su padre debía de haberse enterado de lo de Gwen y por eso no había dejado de llamarle durante toda la mañana.

—¿Papá?

Hic-hic-hic.

—¿David?

La conexión era muy mala.

—No soy David —dijo Phil Needle—, soy tu otro hijo, papá. Te llamo más tarde. Gwen estará bien. Estoy en el coche ahora mismo, no puedo hablar.

Hic-hic-hic.

—¿Gwen?

Así que no llamaba por eso.

—Sabes que no puedo hablar contigo cuando te pones así, papá.

Hic-hic-hic.

Phil Needle cortó la llamada. Recordó que su padre era un racista. Y que David, su hermano, estaba muerto. Durante muchos años aquello supuso un gran problema para él, se preguntaba dónde estaba su hermano y cuál era su lugar en el mundo. Hasta que lo entendió, triste pero convencido: estaba muerto. No podía ponerse al teléfono. Phil Needle continuó observando atentamente la carretera. Algo borroso pasó junto a la ventanilla, brillante como un pájaro tropical. Todo tenía su lugar, estuviera viva o muerta, estuviera donde estuviese, junto a una desmotadora de algodón o en un coche con una pegatina. ¿No es así? Si había algo de lo que no tenía duda era de que nada desaparece para siempre, por lo que sin duda —y en aquel momento, y en esta versión, se puso a llorar— todo podía encontrarse antes o después.

Capítulo 11

Todas y cada una de las paredes de la comisaría estaban cubiertas por carteles pegados con celo. En el centro, tras un grueso cristal y una malla de metal entrecruzado con pequeños agujeros que recordaban a los antiguos auriculares de teléfono, había un hombre frente a un mostrador. Tenía la sensación de estar comprando entradas para una película de miedo. El hombre que precedía a Phil Needle estaba haciendo una larga y vaga descripción de un carterista mientras sostenía a su bebé de ojos abiertos lo más alejado posible de él, como si estuviera a punto de meterlo en una bañera. El bebé pataleaba y se le cayó un calcetín. Marina lo recogió y se puso a llorar otra vez. Se agarró aún más fuerte al brazo de Phil Needle. Le alcanzó el calcetín al padre y el bebé, lo juro por Dios, puso los ojos en blanco.

—¿Alguien puede ayudarnos? —preguntó Phil Needle.

La víctima del carterista ya había terminado y se dirigió hacia la puerta.

—Sí —dijo el hombre, pero no agregó nada más.

—Estamos aquí por mi hija, se llama Gwen Needle.

—Ah, sí. ¿No han sabido nada de ella aún?

—Nos dijeron que debíamos venir a aquí —dijo Marina poniéndose de puntillas para hablar a través de los agujeritos.

—No, no es necesario —dijo el tipo.

Debía de tener unos cincuenta y cinco años y no podía dejar de mirar una caja de rollitos de primavera que había comprado un compañero. Soltaba un aroma alegre, picante. Le hizo un gesto a Marina para que no estuviera de puntillas.

—¿Han sabido algo de su hija?

—No, no hemos sabido nada de ella.

—De acuerdo. Los agentes encargados de la investigación están aquí. Por favor, siéntense un minuto.

Hubo un estruendo, un estruendo fortísimo a la izquierda. Por lo general cuando algo se cae la gente mira alrededor, incluso cuando es algo de lo que no tienen que preocuparse.

—Lo siento —dijo el hombre del mostrador, el sargento encargado de la taquilla de las entradas, recordó Phil Needle—. Estamos retrasados con el protocolo esta noche. Tenemos a todos los medios encima por esa historia del barco de espectáculos que han robado y además hay tres chicos desaparecidos. Lo siento, será un minuto.

—De acuerdo —respondió Phil Needle.

—Yo también tengo niños —dijo el tipo y miró hacia otro lado.

Phil Needle se dio cuenta de que miraba la bolsa.

—De acuerdo —volvió a decir Phil Needle.

Él tenía una bolsa en la mano, era una bolsa de la farmacia que había cogido de la bolsa en la que guardaba las bolsas bajo el fregadero. Se marcaban los bordes del

pequeño marco en el que había una foto de Gwen que cogió en su frenética salida del apartamento. El hombre se alejó y salió de su campo de visión. Phil Needle y Marina se quedaron solos, sentados en la sala. Dos policías entraron, pasaron junto a Phil Needle, llamaron a un timbre y desaparecieron tras una puerta. Phil miró con rabia uno de los pósters que había en la pared de enfrente, lo había visto miles de veces, lo habían pegado también en la pared de la emisora en Nueva York y en muchas oficinas. El póster estaba en todas partes pero ahora era Gwen la que andaba por ahí perdida, sola, desaparecida. Era mucho peor que la pegatina del coche en el puente. Se veía una fila de cuatro hombres que se partían de la risa dibujados en distintas posturas. Uno de ellos se reía tanto que se revolcaba por el suelo.

Marina recostó la cabeza sobre él y resopló. En aquellos días y en aquella época era bastante común mirar a los involuntarios compañeros de espera que le habían tocado a uno en suerte en algún sitio e imaginar que te quedabas atrapado con ellos en alguna circunstancia extrema: si les cogían como rehenes, se incendiaba el edificio o cualquier otra situación que requiriera de un trabajo en equipo para sobrevivir. ¿Sería uno capaz de lograr en esas circunstancias la necesaria camaradería que se veía en las películas o acabaría apartándose del grupo? Phil Needle miró alrededor y comprendió, en silencio pero rápidamente, que él y su mujer no iban a sobrevivir, que la desaparición de Gwen iba a acabar con ellos.

LO QUERÍA USTED... ¿PARA CUÁNDO?, decía el póster. Se refería al trabajo de oficina, al triste hecho —cierto en aquella época— de que la gente por lo general quería las cosas al instante pero sus interlocutores no les hacían el menor caso. El póster le recordaba a las personas que no importaba lo que quisieran. ¿Dónde estaba ella? ¿Cuándo la encontrarían? ¿Dónde estaban aquellos pulgares suaves y extraños, los pequeños lóbulos de sus orejas? ¿Acaso iba a tener que convertirse en uno de esos tipos que enseñaban la fotografía de su hija en los telediarios para apoyar una nueva ley más severa contra el crimen? ¿Iban a convertirse ellos dos en una de esas familias que se mencionan entre susurros como ejemplo de la crueldad del mundo o como la peor posibilidad imaginable para unos padres cuyas hijas se acaban de quedar embarazadas o paralíticas? ¿Iban a tener que hacer un funeral en el que todo el mundo sudara con ropa negra en pleno verano y cerrara los ojos bajo las gafas de sol? ¡Dios mío! ¿Construirían los compañeros de su hija un pequeño templo, donde fuera que la encontraran, con arreglos florales baratos y poemas cursis que se desharian bajo la lluvia? ¿Iban a fingir que durante un tiempo se olvidaban del fondo para la universidad de Gwen como si fuera un tumor benigno, para sacarlo de pronto cualquier día para comprarse cualquier capricho que les levantara el ánimo? Hacía unos meses había visto en una revista un coche precioso, radiante como el agua clara. Alguien abrió la puerta y un hombre se acercó a ellos. Llevaba un traje negro e iba sin corbata, la barba se detenía justo en un punto en el que la camisa se abría para mostrarle a Phil Needle una cadena de oro.

—¿Es usted el padre del chico desaparecido? —dijo el hombre con muchísima

amabilidad.

—Mi hija —dijo Phil Needle poniéndose de pie.

El hombre frunció el ceño.

—Me habían dicho que era un chico.

—Rabino —dijo alguien, era el mismo sargento del mostrador de la entrada, ahora estaba en la sala y se rascaba la cabeza disculpándose frente a Phil Needle—. No es este padre, rabino, es otro hombre que está allí, al final del pasillo.

—Me habías dicho que estaba en esta sala —dijo el rabino. A continuación llamó al timbre y desapareció cuando abrieron la puerta.

—Siento que me estoy muriendo —dijo Marina en voz baja—, ¿tú también te estás muriendo, Phil?

—Hay una sala para ustedes —dijo el sargento del mostrador mientras salían dos nuevos policías y los miraban—. Siento mucho la espera pero la historia del barco robado se está convirtiendo en un circo.

—Ha dicho tres chicos desaparecidos, ¿verdad? —preguntó Phil Needle.

Los dos policías sacudieron la cabeza hacia el sargento del mostrador.

—No estoy muy seguro —dijo él y tosió un poco—. Aquí están los agentes a los que han asignado su caso, Jarris y Snelgrave.

—Sí —dijo Marina como un fantasma—. Ya nos han presentado.

—¿Ya os conocéis?

—Sí, Phil, son los agentes que vinieron a casa.

Phil no dijo: «Pero ¡si son negros!». Simplemente se puso de pie, asintió, les dio la mano, cruzó con ellos la puerta y les siguió por un pasillo que había quedado demasiado angosto entre los viejos archivadores de color beis hasta llegar a la otra sala. En realidad prefería que fueran negros. Iban a trabajar duro y no iban a tener compasión precisamente a causa de la injusticia, iban a hacer el doble de esfuerzo para encontrar a Gwen, ¿verdad?

—Esperen un minuto —dijo Jarris—. Enseguida regresamos con el expediente del caso.

La habitación consistía en una mesa de madera que tenía marcas en la superficie y sillas de metal alineadas de una manera incomprensible, como si fueran a empezar una obra de teatro. Marina se sentó. Phil Needle se quedó frente a aquel espejo desde el que se podía ver por el otro lado, como todos los espejos de las comisarías, al menos los que aparecían en la televisión en aquel momento de la historia de América. Lo más probable es que al otro lado les estuvieran observando unos policías implacables. Phil Needle se sentía como un pez dorado en una bolsa.

—Tú también te estás muriendo, ¿verdad? —repitió Marina.

—Ella está bien, Marina —dijo Phil—. Ya sabemos que últimamente estaba muy rebelde. Incluso dejó las clases de natación.

—Deja de decir que se encuentra bien, ya han pasado más de veinticuatro horas.

Veinticuatro horas le pareció entonces un periodo mucho más largo que un día. La

fotografía de Gwen descansaba en la arrugada bolsa.

—¿Recuerdas el programa que hice sobre los amish?

—Tú no hiciste el programa.

—Bueno, aquel episodio que produjo.

—Tampoco fuiste el productor del episodio, solo te dejaron que mezclaras parte del sonido en el último momento.

—Bueno, en los créditos aparecía como productor.

—Porque fuiste tú quien escribió los créditos.

—Marina...

—Pero si es verdad, los leías frente al micrófono.

—Marina...

—¿Cómo puedes decirme esas cosas en un momento como este?

Los agentes entraron en la sala. Phil Needle no había llegado a decir lo que quería pero no se iba a poner ahora a hablar de los amish delante de gente de color.

—Hola, agentes Jarris y Wellgrin —dijo.

—Snelgrave —le contestó uno de ellos.

—Snelgrave.

—Yo soy el agente Snelgrave —dijo el otro—. Comprendemos su preocupación y les pedimos disculpas, ha sido una noche muy caótica. Alguien ha robado uno de esos barcos turísticos en el muelle, saben a cuál me refiero, ¿verdad?

—¿A cuál?

—El que usaban para ese *show*, ¡*Piratas!*

Los agentes se sentaron. Jarris llevaba una carpeta y Snelgrave sostenía una caja de cartón con tapa, era como si un profesor les acabara de decir que limpiaran sus pupitres. Phil Needle era el único que seguía en pie.

—¿Piratas? —preguntó.

—Por favor, señor Needle, tome asiento.

Phil Needle se sentó pero sin dejar de pensar en aquello. No lo podía evitar, era como si la palabra estuviera saltando frente a él.

—Les hemos mencionado lo del barco solo porque todos los medios dirán que es en lo único en lo que está trabajando el departamento, pero no es cierto.

—¿Han dicho que hay tres chicos desaparecidos? —preguntó Marina.

—Ahora concentrémonos en su hija —dijo Jarris abriendo la carpeta, que apenas contenía dos folios. Era delgada, tan delgada como Gwen. Tal vez la mantenían así de delgada para no olvidarse de ella.

—Antes de nada necesito confirmar su número de la Seguridad Social.

Marina suspiró y a continuación escupió las nueve cifras. Se trataba de un sistema de control utilizado por el gobierno en aquella época en el que cada dígito resultaba más dudoso que el anterior.

—¿Y cuántos años tiene?

—Catorce, ya se lo he dicho —respondió Marina estirándose sobre la mesa y

agarrándose del brazo de Phil Needle por encima del codo.

—¿Y no están seguros sobre qué ropa llevaba cuando la vieron por última vez?

—No, no lo sé —respondió Marina—. Salió corriendo a pagar el taxi. Sucedió tan rápido... era muy temprano.

—Creemos que hemos encontrado al taxista. Si se trata de él y la chica era su hija, le pidió que la llevara hasta la calle Octavia. Ella se bajó del taxi antes de llegar y se metió corriendo en un callejón.

La palabra «Octavia» hizo que Phil Needle pensara en una mujer hermosa; le sonaba de algo pero no conseguía recordar el qué. Marina tenía el ceño fruncido.

—Eso no tiene ningún sentido.

Jarris miró el papel que tenía entre las manos.

—¿Qué parte no tiene sentido?

—Nada de todo eso.

—El hombre dijo que le pagó la carrera.

—El taxista tiene que estar mintiendo —dijo Marina.

—Se quedó con el dinero.

—No me refiero a eso.

—La ha identificado por la foto, aunque ustedes aseguran que en esa foto no está muy reconocible.

—Últimamente odiaba que le hiciéramos fotos.

—Yo también tengo una hija, señor Needle. Sé cómo es eso.

—He traído la mejor que tenemos —dijo Phil Needle a la vez que dejaba la bolsa sobre la mesa.

—Muchas gracias —dijo Snelgrave, y la cogió—. Les preguntamos por la ropa porque queremos saber si es posible que llevara unos pantalones de chándal de color gris.

—Pantalones de chándal de color gris... —repitió Marina.

El agente Snelgrave parpadeó y luego frunció el ceño. Jarris hizo un comentario:

—Sí, eso... ¿Es posible que haya salido con unos pantalones de chándal grises?

Phil Needle vio pasar unos muñequitos de papel en su cabeza. Cualquiera podía llevar pantalones de chándal grises.

—¿De qué tipo?

—¿A qué se refiere?

—De qué marca.

—Bueno, veamos.

Snelgrave levantó la tapa de la caja de cartón y le dio la vuelta con dramatismo. Había un pequeño montón de ropa: un top rojo, unos pantalones de chándal grises, una especie de zapato marrón y luego otro. Había también unas bragas pequeñas con unos dibujos de fresas. Solo mirarlas era desagradable, daba vergüenza, no estaba bien. Los dos policías observaban el rostro de Phil Needle.

—¿Son de su hija?

—¿La han encontrado? —preguntó Marina—. ¿Cómo?

—¿Podrían ser de Gwen?

Marina parpadeó y estiró el brazo para coger una prenda. Levantó el top rojo y luego, suspirando, se lo acercó a la boca antes de bajarlo otra vez.

—No —dijo—. Y además estos zapatos son de la marca Tox, y yo siempre me negué a comprarle esa marca.

—¿Por qué? —preguntó Phil Needle, pero Marina no contestó.

Se había puesto a llorar, le temblaban los hombros como en una tormenta y el hic-hic se había transformado en algo más grande, como si saliera del lugar más profundo de su pecho. A Phil Needle le pareció que no era suficiente con darle una palmadita desde el otro extremo de la mesa, de modo que se levantó, se colocó detrás de ella y le apoyó las manos en los hombros como si estuviera dándole un masaje a un boxeador profesional.

—Todo va a ir bien —le dijo.

—¿Dónde creen que hemos encontrado esta ropa? —les preguntó el agente Jarris.

—Esa ropa no es de ella —gimió Marina.

—¿Dónde la han encontrado? —preguntó Phil Needle.

—Los Tox son muy caros —dijo Marina—, y no son buenos para los pies, lo leí en un artículo.

—La hemos encontrado doblada con cuidado detrás de un cubo de basura en el embarcadero —dijo Snelgrave—, a dos manzanas de su casa.

—Junto a la orilla —dijo Jarris.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Exacto —dijo Jarris—, muchas gracias. Esa es exactamente mi pregunta.

Snelgrave se pasó la mano por el pelo pero tenía tantos rizos y estaba cortado tan al ras que más bien pareció que se estaba dando una palmadita en la cabeza.

—Hasta donde alcanzo a ver, solo hay dos motivos por los cuales una adolescente se quita la ropa. Uno de ellos es para nadar.

Marina cogió el top.

—¿Qué?

—Gwen es una excelente nadadora —dijo Phil Needle.

—Lo sé, ya hemos hablado con el entrenador —dijo el agente Jarris.

—Esta ropa no es de ella —dijo Marina señalando las bragas.

—¿Y por qué la ha hecho llorar?

—Porque Gwen está desaparecida —dijo Phil Needle. Tuvo que soltar los hombros de su esposa porque de pronto sintió ganas de estrangular a alguien.

Snelgrave comenzó a meter de nuevo la ropa en la caja.

—No podemos hacer mucho más. —Levantó uno de aquellos toscos zapatos—. Encontrar a un adolescente perdido es como buscar una aguja en un pajar.

Phil Needle imaginó visualmente durante un segundo esa comparación, la aguja en el pajar. El pajar era una sábana desarreglada y el cuerpo desnudo de Alma Levine

apretado contra el suyo era la aguja.

—Y es mucho más difícil si las familias no cooperan.

Marina se restregó los ojos con fuerza.

—¿Quién no está cooperando?

—Ninguna de las personas con las que hemos hablado —dijo Jarris—. La gente dice que tenía una nueva amiga.

—¿Una nueva amiga? Nosotros no estábamos seguros de que eso... —dijo Phil Needle porque algo tenía que decir.

—Su amiga Naomi Wise dijo que se trataba de un chico, pero ustedes aseguran que no tenía novio.

—No tiene novio.

—¿Crees que si lo tuviera tú lo sabrías? —dijo Marina levantando la mirada hacia él.

Phil Needle podía ver el interior de la nariz de su mujer.

—No sé —contestó hacia aquellos pequeños pelos húmedos, y luego miró a los policías—. Apenas tiene catorce años.

Snelgrave siguió mirándolo mientras le ponía la tapa a la caja. Phil Needle imaginó aquellas prendas perfectamente dobladas en la calle y se preguntó adónde habría ido quienquiera que las llevara. ¿Acaso había atravesado desnuda el mercado de los granjeros para llegar al embarcadero? ¿O se había marchado hacia el otro lado, había atravesado el barrio hacia la confusa y poco clara intersección de vías y luego hacia la estación de tren?

—¿Han pasado por la estación de trenes? —preguntó.

—¿Cree que puede estar allí?

—No lo sé.

—Tampoco sabe qué llevaba puesto.

—Y tampoco sabe quiénes son sus amigos —dijo Jarris.

Sintió que estaban empezando a meterse con él, sin disimulos, y Phil Needle se limitó a parpadear como respuesta. Imaginó que los agentes lo llevaban a otra sala y empezaban a pegarle hasta que él deseaba hacer cualquier cosa con tal de escapar del interrogatorio, pero los agentes no hicieron más que suspirar.

—¿Cody Glasserman es su mejor amigo?

—No —dijo Marina—, es a Phil a quien le cae bien ese chico.

—Deja de decir eso —contestó Phil Needle.

—¿Puede que Cody sea su novio?

—¿Cody Glasserman? ¿Pero ustedes han visto a ese chico?

—De eso también queríamos hablar con ustedes —dijo el agente Jarris, y se levantó para abrir la puerta. Hizo una llamada y unos judíos comenzaron a entrar a la sala. Primero un hombre muy alto y de pelo cano, no muy distinto a Phil Needle, y luego un chico musculado y de pelo largo con una nariz enorme y unos ojos curiosos; por último entró una mujer llorosa con un montón de collares alrededor del cuello.

—Phil —dijo el hombre de pelo cano extendiendo la mano—. Soy Steve Glasserman. Nos conocimos en la Natacena.

A Phil Needle le llevó todo el tiempo que duró el apretón de manos recordar que «natacena» era el nombre de la cena anual de nadadores que se celebraba en un ruidoso restaurante italiano donde servían requesón.

—Soy Steve Glasserman —repitió.

—Cody Glasserman también ha desaparecido hace veinticuatro horas —dijo el agente Jarris—. Fue el entrenador quien hizo la conexión entre ambos.

Marina se puso de pie y abrazó a la mujer. Se pusieron a llorar juntas en aquella habitación abarrotada de gente.

—Ella es mi esposa, Deedee —dijo Steve Glasserman—, y él es Nathan, el hermano de Cody.

—Nathan nos ha contado que su hermano recibió una nota —dijo Snelgrave.

—No estoy muy seguro —dijo el chico jugueteando con su pelo—. Cody lo negó.

—Debió de ser un encuentro entre compañeros de piscina —dijo Phil Needle.

—¿Qué?

—Quiero decir... ¿ha desaparecido el equipo? No sé ni lo que estoy diciendo...

Se dejó caer sobre la silla. Todos le estaban mirando. Se sentía como un sello de un céntimo que pelea y pelea para servir de algo. En ese momento otro hombre entró en la sala y Phil Needle supo que tampoco iba a ser de ninguna utilidad, a pesar de que estaba seguro de no haberlo visto nunca.

—Doctor Donner —dijo Marina, y Phil Needle la vio respirar con dificultad.

—¿Quién?

—Es el dentista de Gwen. Si alguna vez la hubieses llevado, si hubieses mostrado un mínimo de interés...

—¿Si la hubiese llevado? —preguntó Jarris.

—A la consulta del dentista —dijo Marina.

—A ver, ¿qué está sucediendo aquí?

—La hija del doctor Donner también ha desaparecido —dijo Snelgrave—, casi a la misma hora que Gwen, solo que ellos no habían dado aviso hasta ahora.

—Mi mujer ha tenido muchos problemas con ella últimamente y pensé que se había marchado de casa enfadada. Yo estaba en un vuelo y... ya sé que ahora suena estúpido, lo sé.

—Doctor Donner... —dijo Marina.

—David.

—David.

—Los Donner viven en la calle Octavia —dijo Jarris.

—¡Dios mío! —gimió Marina.

En ese momento Phil Needle recordó que «Octavia» era el nombre que el encargado de la tienda había mencionado el Día de los Caídos, cuando le llamaron porque Gwen acababa de robar. Se había presentado a sí misma como Octavia. Hizo

un chasquido con los dedos.

—La farmacia —le dijo a su esposa.

—¿Qué quieres decir con «la farmacia»?

—Los Donner no creen que Gwen se haya hecho amiga de Amber —dijo Jarris—, pero queríamos comprobar ese dato con ustedes. Son los tres adolescentes desaparecidos.

—Espere —dijo Nathan medio atontado, y todo el mundo esperó mientras él se limpiaba la frente con una mano—. ¿Su hija es Amber Donner? ¿Lleva el pelo tipo... medio... no sé...? ¿Va a la Academia Hill? Sí, sí, son amigas.

—¿Estás seguro?

—Sí, las he visto juntas más de una vez en la pastelería y dando vueltas por nuestro barrio.

—¿A mi hija? —dijo Marina.

—¿Y a la mía? —preguntó Donner.

Nathan asintió y sonrió como si estuviera pensando: «Quién habría dicho que yo iba a ser útil». Phil Needle también asintió, por hacer algo.

—Creo que esto nos puede hacer avanzar —dijo Snelgrave—. Síganme todos, por favor.

Phil Needle comenzó a caminar. Su esposa le estaba dando palmaditas en la espalda a Deedee, pero él estaba bastante seguro de que no se conocían de antes. Se dio cuenta de que la aparición de los Glasserman suponía una especie de triunfo para él: después de todo, Cody Glasserman estaba involucrado. Y además eso significaba que Gwen se encontraba bien. Estaba en algún sitio junto a Cody Glasserman, un muchacho que parecía de lo más inofensivo. Ella se había quitado la ropa —no, esas no eran las prendas de Gwen— y estaba en sus pequeños brazos, girando sobre una silla de dentista.

Era como si el pasillo hubiera cambiado durante el tiempo que habían pasado en la otra sala, o quizá ahora estaban haciendo un camino diferente porque de pronto llegaron a un espacio amplio de techos muy bajos. Phil Needle se agachó de manera instintiva. Todo el mundo hablaba por teléfono y había una televisión en una esquina con el volumen muy alto aunque amortiguado por los demás sonidos. El reportero hablaba frente al micrófono y de repente apareció la imagen de un barco pirata en un antiguo grabado en madera. Era difícil no prestar atención a la tele cuando estaba encendida, o al menos eso sucedía en aquella época.

—¿Van a mencionar el caso de Gwen en las noticias? —preguntó Marina.

—Sí, pero cuando empiecen —dijo Jarris—. Ahora están dando un informe especial sobre el asunto del barco robado. Todo el mundo está con ese tema.

—En el noticiero saldrá un reportaje sobre vuestros hijos —dijo Snelgrave, y su modo de asentir era el pivote sobre el que todos giraban—. Va a ser la noticia principal, por fin hemos conseguido que pongan en segundo lugar lo del barco. Incluirá fotos de los chavales y un número al que llamar para dar información. Iremos

marcando en este mapa cada dato que nos llegue de quienes los hayan visto.

—Echemos un vistazo al mapa —dijo Jarris secundando a su compañero.

En efecto, tal como habían dicho, tenían un mapa. Era un plano de la ciudad de San Francisco y estaba clavado en la pared. Él se acercó un poco y vio que la ciudad estaba moteada de pequeños agujeros, como si una colmena de abejas hubiera agujijoneado tiempo atrás cada una de aquellas manzanas. Un largo y solitario alfiler con la punta roja como un abalorio sangriento estaba pinchado en un lugar próximo al puente de la bahía.

—Cada vez que recibimos un dato pinchamos un alfiler en el mapa. Si de verdad están seguros de que esa no era la ropa de Gwen, tendremos que quitar ese alfiler.

(La ropa que había encontrado la policía en el embarcadero pertenecía a una chica de quince años cuyos padres tenían un estricto código de vestimenta. Temblando detrás del cubo de la basura mientras su mejor amiga vigilaba que nadie la viese, la chica se había puesto un vestido corto, unas relucientes sandalias y se había quitado las bragas para que no se marcaran a través del vestido cuando los chicos la miraran. Había escondido su ropa allí y las dos habían salido corriendo libres hasta un club llamado Cielos Negros. Durante años la chica se preguntaría varias veces, entre asombrada y curiosa, quién le habría robado aquella ropa escondida que tantos disgustos le causó al día siguiente).

—No es la ropa de Gwen.

El agente quitó el alfiler. Phil Needle barrió el mapa con la mirada, bajó desde su apartamento por la calle Market, se desvió hacia el aparcamiento y siguió, siguió, siguió hasta su antigua casa en Sunset. ¿Dónde estaba su hija, cuántos sitios había para esconder a una persona en una ciudad tan cara como aquella? En San Francisco se habían revalorizado todos los almacenes vacíos, todas las chabolas abandonadas, todos los lugares típicos en los que los asesinos de niños usaban caramelos como anzuelo. No había ningún lugar en el que esconderse en toda la ciudad. Había gente por todas partes. Y de entre toda esa gente: ¿Cody Glasserman?

—¿Y si no está en el mapa?

—Entonces usaremos un mapa más grande, señor Needle. Y si hace falta, otro todavía mayor. Si es necesario utilizaremos un mapamundi, al fin y al cabo tiene que estar en alguna parte.

—Estamos en una era global —dijo Jarris pensativo.

—¿Y su cuerpo? —preguntó Phil Needle.

—¿Cómo?

—Si no está bien...

—Estoy seguro de que se encuentra bien, y además tenemos indicios que nos permiten pensar que están juntos. Todos tienen el teléfono apagado, lo que demuestra una especie de complot.

—¿Un complot?

—Escaparse de casa es algo muy diferente al secuestro, señor Needle. Y por lo

general termina mejor.

—Por lo general —dijo Steve Glasserman.

—Exacto, por lo general.

—Pero si no está bien —dijo Phil Needle—, ¿cómo piensan encontrar su cuerpo?

—No piense en eso.

—Pero ¿cómo lo harán?

Snelgrave suspiró.

—Marcaremos su cadáver en el mapa.

—¿Todo se reduce al mapa? —preguntó Phil Needle—. ¿Esa es la estrategia? Seguro que tienen satélites que se podrían usar.

—Creo que no le sigo, señor Needle.

Phil Needle intentó imaginar satélites, aunque en realidad no sabía nada al respecto. Los satélites le brindaban comunicaciones telefónicas, canales de televisión y vagaban dando vueltas en círculos incluso por la noche. Ahora fue Marina la que le tocó el hombro a él.

—¿Y si se quedan sin alfileres? —dijo desesperado—. ¿Dónde está mi hija?

—Por favor, señor Needle. ¿Quiere que le traiga una taza de café?

—¿Dónde está mi hija?

—Señor Needle, necesito que se tranquilice.

—Solo hay una cosa que puede tranquilizarme.

—Sírvasse.

—No, no me refiero al café, me refiero a mi hija, quiero saber dónde está mi hija en el mapa.

—Señor Needle —dijo Snelgrave con extrema severidad—, creo que su hija se encuentra en el mapa. Y también su hijo, señor Glasserman. Y también Amber, la hija del doctor Donner. Señora Glasserman, señora Needle, Nathan... —No dejaba de pronunciar nombres.

—Entonces marque con un alfiler el lugar —dijo Phil Needle.

De pronto todos los que estaban allí parecían más altos que él, aunque por un instante se le ocurrió que tal vez se lo parecía porque se había puesto de rodillas.

Fue Jarris quien lo ayudó a ponerse de pie.

—Ya nos han ayudado en todo lo que podían, les daré mi móvil para que se pongan en contacto conmigo si lo necesitan. Saldrá el reportaje en las noticias y recibiremos muchas llamadas, seguro que en las próximas horas sabremos algo más.

—La fotografía —recordó Marina.

—La enviaremos a la cadena de televisión.

—La he dejado en la otra sala —dijo Phil Needle con tristeza.

—No, señor Needle —dijo el otro agente—, la tengo aquí.

Levantó la bolsa, sacó el portarretratos y todos fruncieron el ceño. En cierto modo era comprensible que hubiese sucedido algo así, aunque tal vez solo para alguien que hubiera visitado el apartamento y supiera que lo primero que se veía al entrar era

aquella cara, la más grande de todas las que estaban sobre el piano. No era una fotografía de la hija de Phil Needle. Era una fotografía del propio Phil Needle. Cuando salió a toda prisa no había cogido la foto de Gwen que estaba encima del piano junto a aquella. Ahora era su propia cara la que le devolvía la mirada sonriendo con confianza, y detrás del marco los Glasserman, de rasgos idénticos como si fueran una misma cara —la nariz gruesa, el pelo ondulado, los ojos cansados y prudentes— permanecían junto al mapa en distintas posiciones. *Lo quiere usted... ¿para cuándo?* Phil Needle deseó que nada de aquello estuviera sucediendo.

¿A qué otro sitio les podía llevar aquel inocente viaje? Un viaje de ida y vuelta a una isla inexplorada. La Isla del Tesoro no era lugar desconocido pero sí ignorado con frecuencia, y al final de aquella tarde de mal tiempo los piratas, empapados y sucios, se turnaron para dormir y desconectarse un poco. La tormenta no tardaría en desplomarse sobre otras personas, pero en aquel instante seguía desplomándose sobre ellos como una sábana que alguien les estuviera echando encima a propósito. Buscaron resguardo en algunas zonas verdes embarradas; las hojas, grandes y planas, se vencían con el peso de la vida y no les ayudaban a mantenerse secos, pero estaban tan mojados que ya ni les preocupaba.

—¿Estás despierta? —le preguntó Amber a Gwen.

—¿Lo estamos? —contestó Gwen—. Aún siento un zumbido.

—Es como si estuvieras en un sueño ¿verdad? —dijo Amber mientras asentía con la cabeza.

Se oyeron los pequeños ronquidos de Cody. Gwen jamás había tenido un sueño como aquel. Ni siquiera podía decir en dónde se encontraban, aunque estaba claro que no era un buen sitio. Al final resultó que la Isla del Tesoro se componía de dos zonas distintas: una estaba encima de ellos, exuberante y maquillada de secretos, y la otra era en la que habían desembarcado: un sitio que o bien aún no se había convertido en lo que se suponía que iba a ser o bien había dejado de ser lo que había sido tiempo atrás. Se trataba de una llanura con una cerca de alambre que por algún motivo había perdido completamente la forma. Había carteles pero los paneles estaban desgastados, cuando no caídos, y en mitad del terreno había un mástil sin bandera. El viento golpeaba las cuerdas y las poleas como si fueran los pasos de un baile de esqueletos. Por encima de la lluvia se alcanzaba a oír el sonido del mar, o tal vez el de los coches que cruzaban el puente y se alejaban en una larga línea que partía el cielo por la mitad. Sí, pensó Gwen, aquello sonaba a coches viejos que avanzaban muy despacio. Cerca de allí había un edificio enorme que se alzaba como un castillo de naipes en el que se leía la inscripción MARINA DE LOS ESTADOS UNIDOS ya descolorida en varias zonas. Aun así, a poca distancia, atravesando la maleza y subiendo por un empinado y zigzagueante camino, se encontraba la Isla del Tesoro con la que habían soñado, una masa de vegetación en la que todo era posible. Eso era lo que quería ver Gwen. Desde allí seguramente podrían llegar a algún lugar desde el

que vigilar, un saliente en la colina que ahora parecía estar observándola a ella. Para ser más precisos: no se trataba del nido de un cuervo, aunque los cuervos habrían podido vivir allí, sino de un lugar desde el que podrían decidir qué rumbo tomar.

El que no iría a ninguna parte era el barco. El *Corsario* estaba demasiado encallado como para volver a salir al mar y se había convertido en poco más que un otro trozo de nada flotando entre el resto de porquería que había en la orilla. La proa estaba destrozada, como si le hubiesen partido la nariz. El loro se había escapado y su jaula flotaba en el agua hecha añicos. Se las habían arreglado para rescatar la mayor parte del tesoro y para resguardarlo bajo el bote salvavidas, al que habían dado la vuelta. Aún tendría que pasar mucho tiempo para que fuera necesario —como en *El viento más oscuro*— hervir su propia ropa para que cualquier alimento derramado en ella proporcionara un débil sabor a caldo, pero en este punto de la historia comerse unos filetes era algo que tampoco estaba a su alcance. El mar les había robado todo y apenas les había dejado un puñado de cosas gastadas e inútiles, partes del atrezo de un espectáculo recién cancelado.

—Tenemos que seguir adelante y sobrevivir a la tormenta —dijo Gwen.

—¿Ciertamente?

—Totalmente ciertamente.

Y era verdad. Sucedió en todas las historias de piratas. *Cualquier puerto antiguo es bueno bajo la tormenta*. Pero Gwen jamás pensó que fuera a sucederles tan pronto, a pesar de que se encontraban viviendo en otra época.

—Cuando se ponga el sol, la mitad de la tripulación debe subir hasta ese punto y ver dónde podemos refugiarnos. Esta parte es demasiado plana...

—No nos sirve.

—Ciertamente, pero apuesto a que allí arriba sí hay algún sitio, algún edificio del hotel o algo parecido. Algún lugar seco y un poco alejado. Un sitio seguro.

—¿Tú crees? ¿Crees que aún podemos reparar el barco?

—No... Más bien creo que podemos robar otro.

—¿A quién?

—Alguien pasará por aquí en algún momento. Nos ocultaremos entre los árboles un par de días y luego nos lanzaremos a la búsqueda.

Amber contempló la lluvia.

—Qué desagradable.

—Sí.

—Me gustaría tener unas hamacas o algo así.

—Podemos hacerlas nosotros —dijo Gwen.

—Ciertamente.

—Y también tenemos que hacer un poco de ejercicio para mantenernos en forma.

Amber se mordió el labio.

—Gwen, ¿y Errol?

—Lo sé.

Amber lo miró, el sombrero le cubría la cara.

—¿Hay algo...? ¿Sabes si ha traído alguna medicina del sitio ese? Te has dado cuenta de que no habla, ¿verdad?

Gwen no se había dado cuenta pero sabía que no se había dejado nada importante en el Centro de Vida Jean Bonnet, estaba segura de que ahora estaba en un sitio mejor.

—Solo te lo pregunto porque...

—Lo sé, Amber.

—... no se encuentra bien.

Es imposible no hablar de motines en este tipo de historias. Hasta ahora se han omitido en la narración los sentimientos que invadieron a Errol cuando el *Corsario* quedó encallado. Se puso a caminar arrastrando mucho los pies y arrojó dos cajas al agua hablando como un loco, medio ausente.

—Veremos cómo sigue. Ahora está dormido.

—Espero que sí.

—Lo está.

—Sabes que yo también le quiero, ¿verdad?

—Sí —dijo Gwen, y se acercó un poco más a Amber—. Y a ti, zorra.

—Yo también.

—No echo de menos a mis padres en absoluto.

Gwen sonrió.

—No.

—Pero sí a Tortuga.

Gwen se metió la mano por debajo de la sudadera y sacó la radio del *Corsario*.

—Tal vez podamos encontrarlo.

—Qué bien, enciéndela.

Consiguieron encontrarlo incluso en aquel lugar. Las dos sacudieron la cabeza mientras escuchaban su voz y se quedaron con aquel murmullo de almas perdidas, hasta que el tiempo cambió y la luna se convirtió en una calavera en mitad del cielo. Cuando apagaron la radio oyeron algunos ruidos a su alrededor, eran los sonidos de la naturaleza pero para Gwen no sonaban en absoluto naturales. Era mejor mirar las luces en el puente, los destellos de los coches que aparecían y pasaban de largo, aquellos puntos que se dirigían a un hogar y que en la hora punta se transformaban en rayas.

—Me siento raro —dijo Errol—, ¿dónde estoy?

—En la Isla del Tesoro, capitán —dijo Gwen. Apenas alcanzaba a verle, era una sombra horizontal quitándose el sombrero junto al bulto silencioso de Manny.

—¿Habías venido aquí antes, cuando estabas en la Marina? —preguntó Amber.

—No lo sé, tengo un problema con...

Manny le dio a Gwen algo de plástico, era ligero y suave como una herramienta barata. Se dio cuenta de que era una linterna y cuando encendió el interruptor iluminó

a Cody, que estaba despierto.

—¿Qué pasa? —preguntó Cody levantándose y sacudiendo sus delgadas piernas—. Ah, vale —dijo reconociendo la situación.

—La Isla del Tesoro solo podía estar en América —dijo Errol.

—Solo en América se piensa que esas cosas solo pueden estar en América —contestó Manny, un bulto enorme en la oscuridad—, pero sitios así los hay en todas partes.

—¿Y yo? —preguntó Errol—. ¿Dónde estoy?

—Hemos encallado —contestó Amber—. La tormenta nos ha causado muchos problemas.

—Tengo un problema con la memoria —dijo Errol.

—Gwen tiene un plan —dijo Amber.

La sombra de Errol volvió a ponerse el sombrero.

—¿Quién?

—Solo si le parece bien, capitán —dijo Gwen—. Se me ha ocurrido que un grupo podría ir a explorar la zona y ver si encuentra algún sitio en el que podamos instalarnos.

—Cualquier puerto antiguo es bueno bajo la tormenta —recitó Errol.

—¿Hacia dónde? —preguntó Cody.

—Hacia arriba. —Gwen señaló con la linterna.

—Está demasiado oscuro.

—Tal vez se encuentre allí el hotel que aparecía en el mapa —dijo Amber—, o haya algún sitio un poco más cálido y seco que este.

—Eso sería maravilloso —dijo Cody.

Manny suspiró y sus hombros se movieron como una enorme ola.

—Yo me largo de aquí.

La luz de Gwen trepó por aquel bulto hasta alcanzar los ojos bizcos de Manny.

—¿Qué? —le preguntó.

—Supongo que no tengo madera para esto de ser pirata —contestó, y su voz sonó musical en la oscuridad—. Lo he estado pensando todo este tiempo.

—Pero te gusta Tortuga —dijo Gwen, y le iluminó la cara con el haz de luz.

—Baja eso —dijo él, y ella lo bajó. Lo primero que se iluminó entonces fue el cuchillo de Gwen, todavía en su costado.

—Pero si dejaste tu país —dijo Amber—. Eres igual que nosotros, te has marchado.

—No tenía otra opción cuando lo hice —contestó Manny—. Allí no había vida para mí, era inevitable que desapareciera, ¿entendéis lo que quiero decir con eso?

—Sí —dijo Gwen.

—No, no lo entendéis. En mi país había una dictadura.

—Aquí es igual —dijo Gwen imaginando la mirada penetrante de su madre en la oscuridad.

—No —replicó Manny—, he vivido otras vidas antes de limpiar para Peggy. He hecho muchas otras cosas. En Florida tuve que echarle huevos, igual que tuve que echarle huevos para venir a este país. Viajé de polizón en una furgoneta alquilada que se dirigía hacia el norte, con un calor insoportable. Fui a recoger manzanas. He limpiado parabrisas y he sido guardaespaldas. La gente solo nos contrata porque somos más baratos, solo por eso. Es dinero en negro y jamás cumplen lo que te prometen.

—Y eso qué tiene que ver con...

—¡Exacto, a eso me refiero! ¿Qué tiene que ver la historia de mi vida con todo esto? Este no lugar para mí, pero puede que ahora encuentre uno.

—Manny —dijo Gwen, y le sorprendió descubrirse a sí misma con el cuchillo en la mano.

—Mi verdadero nombre es Myoparo —dijo—, pero desde que vivo en América nadie se ha tomado la molestia de aprender a pronunciarlo.

—No permitiré que te vayas.

—¿Y qué harás para evitarlo? —Manny no pudo evitar reírse—. ¿Me abandonarás aquí?

—Sí, te abandonaré.

—Gwen... —dijo Cody.

—Te abandonaré en un banco de arena. Si das un solo paso más te corto la garganta.

—Niña...

—¡No! ¡No permitiré que lo hagas, no puedes marcharte! ¡Necesitamos que te quedes con nosotros!

—Que Dios os acompañe —respondió Manny, y movió ligeramente los arbustos al escabullirse.

Gwen sintió que toda su furia contenida no era suficiente.

—¡Te arrojaré una piedra desde aquí! —gritó, y se agachó para demostrar que iba en serio, pero tardó demasiado en encontrar una y cuando por fin la arrojó, la piedra simplemente desapareció en la oscuridad.

Manny ya estaba fuera de esta historia, no de la historia en general, obviamente, nadie puede hacer eso. Y, en efecto, había un lugar para él en aquella isla de América, pues solo una hora más tarde iba a conocer a una chica que estaba junto a un cartel que decía: NO PASAR, PROPIEDAD DE LA MARINA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, un cartel que estaba en el suelo, medio apoyado contra un cubo de basura prácticamente lleno de agua en el que alguien había metido un montón de latas de cerveza el mes anterior y se había olvidado de ellas. ¿Quién vigila ese tipo de lugares? Nadie. Consiguieron salir de allí y cruzar el puente juntos, y seis meses más tarde Myoparo Bernardin se convirtió en un ciudadano de los Estados Unidos. La suya es, de hecho, una gran historia, y cada vez que la cuenta casi todo lo que dice es cierto. Si la retocaran un poco y la retransmitieran en un programa que se llamara *Un «algo»*

americano sería un éxito, pero en vez de eso Manny se fundió en el crisol de lo que en aquella época aún se denominaba el sueño americano: mujer, hijos y un trabajo legal. Porque tenía dinero, evidentemente. En el bolsillo, junto al té de hierba gatuna, llevaba veinticinco mil dólares. Manny no era ningún tonto. Ni siquiera con la radio apagada Gwen alcanzaba a oír sus pasos, pero sabía cómo iba a terminar: de la misma manera en la que siempre terminaban estas cosas en el mundo y fuera de él. Sentía que le habían robado algo. Apretó los dedos alrededor del mango del cuchillo. Tenía que hacer regresar aquel dinero a sus arcas.

Capítulo 12

La gran noticia de aquella noche en cuestión fue el robo de un barco sin apenas condiciones para navegar que aún no habían encontrado hecho trizas en la Isla del Tesoro, pero Phil Needle se dirigió a su apartamento sin saber prácticamente nada sobre aquella gran noticia. Y su esposa lo mismo. Si lo hubiese sabido, tampoco le habría interesado. El apartamento parecía moribundo, había dejado de ser un hogar. Phil colocó su fotografía sobre la encimera de la cocina y observó a Marina mientras se acercaba al frigorífico.

—¿Quieres comer algo?

«El cañón de una pistola», se dijo Phil Needle, pero no lo pensaba en serio. Miró al otro lado del ventanal y echó un vistazo hacia el puente en el que había estado atascado durante horas. Ahora brillaba en el interior de aquella negra masa que era la Isla del Tesoro. Había sido levantada allí por el hombre, el mapa tenía razón.

—¿Phil?

Phil Needle regresó a la realidad.

—¿Qué?

—Que si quieres comer algo.

—No tengo... Supongo que debería comer algo —respondió—. Ha sido un día muy largo y solo he comido unas patatas fritas en la gasolinera. No puedo creer que esta mañana estuviera en Los Ángeles. —«Y desnudo», recordó.

—Y no viajaste en avión —replicó Marina.

Ella estaba destapando un yogur con vacas sonrientes en la etiqueta. Un filete sería maravilloso, pero Marina ya no cocinaba; ahora apenas movía las manos sobre la encimera como si fuera una araña.

—Aquí la vi por última vez —dijo en voz baja. Toby II apareció y gimoteó frente al cristal. Phil deslizó la puerta y el perro salió a hacer sus necesidades. Sonaba mucho más dramático de lo que era en realidad: «el sitio donde la vi por última vez». Era solo una cocina—. ¿Qué crees que ha sucedido?

—Nada —respondió ella negando con la cabeza—. Por más que lo pienso, no consigo imaginarme nada.

Nada. Se detuvo un instante y trató de imaginárselo, luego se dejó llevar escaleras arriba hacia la habitación arrastrando la maleta tras él y dando pequeños golpes. Quería darse una ducha pero cuando se quitó la ropa cambió de parecer y decidió ponerse una de las muchas camisetas con publicidad que tenía. Se las enviaban constantemente a la oficina con la esperanza —en cierto modo profética— de que las acabara utilizando. No encontró su jersey favorito, el que le resultaba más cómodo. ¿Tenía que faltar justo ese? Se lavó la cara y sintió la ausencia de Gwen en el baño que estaba al lado del suyo, al otro lado del espejo.

No tendría que haber entrado en el cuarto de ella pero lo hizo.

La cama estaba deshecha, las sábanas caídas a un lado y los cojines apoyados de cualquier manera contra la pared. MI PRINCESA DUERME AQUÍ, decía uno que le habían regalado años atrás, como si Gwen fuera una princesa que le perteneciera a un cojín. El armario estaba abierto —Marina lo había revisado para ver qué ropa podía llevar puesta— y el escritorio había sido registrado tan minuciosamente que por un momento le pareció que le habían dado la vuelta. Habían sacado los cajones y ahora yacían bocabajo como una X encima de la alfombra deshilachada. Había un montón de libros extraños, llamativos aunque al mismo tiempo familiares, dispersos por el suelo, con ilustraciones de espadas y barcos en las cubiertas. Phil Needle vio un papel doblado y casi escondido detrás de una de las patas torneadas del escritorio.

En un lado ponía: PERSONAL.

Querido Nathan:

No puedo dejar de pensar en ti un segundo, me has robado el corazón. Tus brazos, tu cara, tus ojos, la expresión que pones cuando tocas el bajo. Sé que estás con Naomi, así que lo más probable es que no tenga ninguna oportunidad contigo, pero me gustaría que habláramos a solas. Necesito mostrarte que mi cariño por ti es mayor y mejor que el de ella. Quiero besarte y quiero hacer otras cosas contigo. Sé que no soy más que un error (solo tú, yo y mis padres lo sabemos)...

Cuando llegó a ese punto Phil Needle tuvo que sentarse en la cama.

... pero cuando pienso que tú jamás me querrás, desearía no haber nacido.

Gwen Needle estuvo a punto de no nacer. Fue el resultado de varios tratamientos de fertilidad, años de dietas especiales y falsos positivos, de numerosas ocasiones en las que Marina tuvo que poner los pies en los estribos y Phil Needle masturbarse en vasos de plástico después de que alguna de las enfermeras le ofreciese «ayudas visuales», o lo que es lo mismo, revistas porno que guardaban tras las relucientes puertas blancas de un armario en una habitación en la que aún podía sentirse la fantasmagórica presencia de otros padres estériles que se habían tenido que bajar los pantalones antes que él. El problema no era por su culpa, no era por su culpa, no era por su culpa, pero Phil Needle había tenido que acostumbrarse en su mente a aquella pregunta implícita que nunca llegaba a formularse y que flotaba en el aire de todas las consultas: «¿Qué problema tienes para follar?». Casi se había convencido de que no había necesidad de tener un niño y de que podían vender la casa de Sunset con aquella segunda habitación enorme siempre vacía y mudarse a cualquier otro lugar más cerca de la costa, terminar de una vez con la idea de familia, cuando por fin, y según el término del tercer médico que les trató, pronunciado con una sonrisa de superioridad: «agarró». Durante la espera —unos nueve meses, ¿no?— ninguno de los dos bebió alcohol, Marina para que Gwen no se soltara dentro del reacio vientre y Phil Needle por solidaridad, a excepción de las copas que se bebía a solas mientras su redonda esposa dormía al final del pasillo. En enero, el mes en el que se ven arbolitos de Navidad embutidos en camiones de la basura, sintió por primera vez el movimiento bajo la piel de Marina. Eso fue lo primero que hizo Gwen: dar patadas,

sus extremidades se estiraron enseguida en el interior del vientre de su madre como si fueran periscopios. La llamaban «el bebé submarino». Tras el parto, volvían a casa; Marina iba sentada en la parte trasera y Gwen dormía con lo que ya parecía su primer gesto de enfado, y Phil Needle pensó: «¿Para qué voy a ponerme el cinturón de seguridad, para qué voy a atarme con esta correa? Si ahora tenemos un accidente el bebé moriría, y si se muere el bebé, yo no querría seguir viviendo».

Tres días más tarde plantó un árbol.

Ella no había muerto. Cuando tenía dos años encontró las píldoras anticonceptivas de Marina y se tomó nueve antes de que la descubrieran; le indujeron el vómito dándole una gamba cruda, por consejo de alguien, y se salvó. Tardó en empezar a caminar: «¡Ven, camina hacia mí!», le debió decir Phil Needle en cientos de ocasiones. Siempre suplicaba que la llevaran a volar cometas los días que hacía viento. Cuando tenía once años decidió convertirse en una estricta vegetariana durante tres días. Le encantaba tirar trozos de pan en el estanque del parque, pero no en la zona en la que todo el mundo tiraba pan, sino donde los ancianos se sentaban con el ceño fruncido a manejar sus barcos en miniatura por control remoto; el pan acababa atrayendo a los patos y a las gaviotas, desmantelando la flota y arruinándoles la diversión a los mayores. «¡Ven, camina hacia mí!», le decía él, pero ella siempre pasaba de largo. A Phil Needle le dolía tanto aquel gesto —a pesar de que sabía que era una tontería— que una tarde tardó varios segundos en reaccionar cuando la niña se cayó por las escaleras. Solo le dieron dos puntos con aquel hilo que desaparecía solo, pero él habría podido jurar que su cara no volvió a ser la misma que cuando no tenía ninguna marca. Fue idea de Marina, fue idea de ella, no contarle a Gwen lo problemática que había sido de niña. «Se lo tomará a mal y se volverá más insegura», había dicho Marina. Nathan, recordó Phil Needle, era el insolente hermano mayor con peinado de surfista. Tenía una nariz enorme, una nariz que sería espantosa en un nieto. *Mira hacia dónde se dirigen ahora esos pequeños submarinos, no se sienten seguros en ningún lado, nadie puede protegerlos. ¡Mira lo que les sucede! ¡Mira lo que les sucede! Nadie, nadie, nadie en el mundo debería tener hijos.*

—¡Phil!

—Qué —contestó, pero en voz baja. Había un calcetín entre los libros, un pequeño y triste calcetín de Gwen que hizo que Phil Needle recordara el bolso y las cosas de Levine que aún estaban dentro de su maleta. La ropa interior, etcétera. Lo mejor sería esconderlos ahora, cerrar la cremallera de esos secretos, antes de que Marina deshiciera la maleta y los encontrara—. ¡Qué!

—¿Dónde estás?

Regresó a su habitación para meter las cosas de Levine en una bolsa de plástico y bajó las escaleras. Su fotografía había regresado a su lugar sobre el piano sin haber recibido castigo alguno. Los tres sonreían, cada uno con un fondo distinto. ¿Qué significaba eso? Que un día habían sido felices, que incluso lo habían llegado a ser varios días. Marina había abierto el yogur pero luego lo había dejado.

—¿Dónde estabas? ¿Dónde te habías metido?

—Creo que está con esos dos —dijo levantando la nota como si fuera una bandera—. No sabíamos que eran sus amigos, pero lo son. Gwen conoce a los dos hermanos, mira.

Estuvo a punto de pasarle la bolsa con las cosas de Levine. Marina le observó mientras hacía movimientos torpes hasta que cogió la nota y la leyó.

—Esta no es... ¿Quién ha escrito esto?

—Gwen.

—Y entonces, ¿por qué está aquí? Es mentira.

—¿Qué?

—Que no es verdad lo que dice, por eso no la envié.

—Mi hija no es una mentirosa —dijo Phil Needle.

Marina abrió mucho los ojos.

—Quiero decir, por supuesto que miente... Pero mira la nota, tiene que significar algo.

—¿Qué significa?

—Nathan es el hermano, ella quería encontrarse con él. Ahora debe de estar con sus nuevos amigos por ahí, bebiendo con ellos o con alguien más. Es su primera rebeldía.

—¿Y dónde estabas tú?

—Marina, ya te lo he explicado: he venido en coche porque los aeropuertos...

—No, quiero decir ahora mismo, ¿dónde estabas?

—Arriba. Estaba... en el cuarto de Gwen. He encontrado la nota allí.

Por fin levantó la vista.

—No me vengas con eso. Te has cambiado la camisa.

—Y luego...

—Y luego —dijo Marina—, ¿y luego y luego y luego qué?

Phil Needle no respondió. A veces salían a cenar con Gwen pero ella se mantenía en silencio mientras Phil y Marina conversaban y pedían copas. Otras veces era Marina la que se quedaba en silencio mientras él parloteaba con su hija. Y a veces los tres representaban a la vez el papel del que se queda en silencio.

—Contéstame.

Lo único que se le ocurría pensar a Phil Needle era que su mujer era idiota o al menos lo era a veces. En cierta ocasión había girado mal la rueda del horno —ese mismo horno, el que tenía justo delante— y había cocinado el pavo del día de Acción de Gracias en la posición de autolimpiador; en otra ocasión se había comprado un sujetador nuevo y él lo había encontrado en su armario con una tarjeta de promoción que pedía: «Marque uno de los siguientes motivos de su compra». Marina había marcado: «Regalo; Impulso; Recomendación de la dependienta; Lo había visto en un anuncio; Quería probar algo nuevo; Necesita un sujetador nuevo». Se arrepentía de no haber cogido un avión y se sentía fatal por haber llevado la fotografía equivocada;

ya le había pedido disculpas, pero al parecer tenían que discutir. Era como caer dos veces por la misma escalera: no importaba que uno no hubiese querido hacerlo la primera vez, tenía que hacerlo una segunda.

Marina pasó a su lado y se dirigió al cuarto de estar.

—Si no la encuentran me tiraré por la ventana.

Marina le daba la espalda pero podía ver su rostro reflejado en el cristal, que aún estaba húmedo por la lluvia.

—Es un cristal de seguridad —dijo él, y el perro ladró afuera—. Además, hay un porche una planta más abajo. Vas a aterrizar en el patio con algunos rasguños.

—Me marcharé cuando todo esto termine. Te dejo, Phil. Quiero el divorcio.

—¿De verdad? —Phil Needle no pudo evitar preguntarlo. «Cuándo todo esto termine». Él ni siquiera estaba seguro de a qué se refería con «esto». Estaba seguro de que si la encontraban viva y a salvo iba a haber una avalancha de perdones y lágrimas, pero si no aquello no iba a tener final. ¿Cómo podía ser que justo ahora, cuando su hija acababa de desaparecer y sentía la ropa de su secretaria arrugada en la bolsa, hubiesen llegado al límite de su afecto? Marina se había puesto a llorar, una vez más, inexorablemente. Qué incómodo se sintió Phil Needle cuando caminó hacia ella, sin prisa pero sin parar, le apoyó las manos en los hombros y ella hizo un violento gesto de desdén para alejarlo. No había nada allí. No le habría resultado difícil, a él, a Phil Needle, destrozar a su esposa.

—No regresaré contigo —dijo ella sollozando su furia.

—Ya sé quién es —dijo Phil Needle, sorprendiéndose a sí mismo—. ¡Es Rafael Bligh!

—¿Qué?

—Sigues en contacto con él, lo sé.

—¿Rafael Bligh? —Era la primera vez que la veía sonreír desde que había regresado del viaje, pero dejó de hacerlo al instante—. No, Phil, no es Rafael Bligh.

—Entonces, ¿quién es?

—Nadie, no hay nadie más. Lo hago por mí. —Se señalaba a sí misma como si fuera indispensable; le debía de parecer que no iba a quedar claro si lo hacía de otro modo—. Sé que crees que una nota cariñosa es suficiente para borrarlo todo, pero no lo es.

—No creo eso. ¿De qué nota hablas?

—¿Qué nota? No esperarás que lo diga yo todo.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—¿Alguna vez te enteras de algo, Phil?

Phil Needle no contestó. Se alejó de su mujer sin decir una palabra. En el pasillo decidió que ya le contestaría más tarde. Abrió la puerta de su estudio y vio el falso árbol meciéndose tras la falsa ventana. Marina jamás lo apagaba. Se sentó en el sillón y se estiró para pulsar el interruptor de la lámpara pero no se encendió. Nunca es un buen momento para que falle una bombilla. Medio a ciegas se agachó para abrir el

último cajón, profundo y frío porque estaba pegado a la pared que daba al exterior. Apartó todo lo que había dentro y metió las cosas de Levine. Entonces vio en el suelo un sobre cerrado que se había caído del cajón. En su interior había unos cuarenta gramos de marihuana, una caja de cerillas y papel de liar.

Escuchó que Marina subía por las escaleras dando fuertes pisadas y no lo dudó un instante. Quince minutos más tarde la marihuana ya le estaba haciendo efecto. Phil Needle se puso de pie con paso vacilante y salió. No fumaba marihuana desde hacía por lo menos un año, un día que se la ofrecieron en el embarcadero y él la compró por impulso. Se lo contó a Marina porque eso significaba que también se la podían ofrecer a Gwen cuando daba vueltas por el barrio. De modo que en aquel entonces pensó: «Algún día me fumaré un porro con esto, me sentaré en mi patio con la mente difusa y atontada, como cuando era joven». Luego se había olvidado de que la tenía. Pensó que no podía haber aparecido en mejor momento que aquel.

(Pero antes de cruzar la puerta del patio, Phil Needle abrió —lo más despacio que pudo— la otra puerta que había en el pasillo, la del estudio en el que estaban los cuadros de Marina. Un paisaje de lo más común, otro paisaje de lo más común, muchos paisajes de lo más común... O eran las mismas pinturas que había visto la última vez que la espió o eran otras idénticas. Árboles y agua, colinas y cielos, cielos y árboles y agua en las colinas. No mejoraba, pero tampoco llegaba a ser del todo mala. Una vez en el patio pensó que esos cuadros no le decían nada distinto de lo que le decían las estrellas y las nubes. Hasta donde veía, no había nada más).

En el exterior el aire le pareció rancio y cargado, como si estuviese medio disgustado con él. No le había devuelto la llamada a su padre. *Perdón, perdonadme todos*. Phil Needle se sentó en un banco y la canción «(Si echas agua sobre) un hombre que se ahoga» le vino automáticamente a la cabeza, con aquel sonido de guitarra en cascada y la voz a pleno pulmón de aquella leyenda americana. Por eso la había puesto de tono en su teléfono móvil; cualquiera que quisiera encontrarle tenía que ser anunciado primero por aquel rebelde. Era su canción favorita de Belly Jefferson y cada vez que la oía, siempre deseaba tener problemas más complicados, el tipo de problemas reales que solían aparecer en las canciones de blues, para que nadie pudiera decirle que oía a Belly Jefferson sin estar a su altura. Aunque lo cierto era que sus problemas siempre habían estado a su altura. Y ya no quería más, ni uno más. Lo que quería era escapar, desaparecer como un ladrón en la noche, como decía Jefferson en la segunda estrofa... Pero no, no, eso es lo que decía la canción que estaba sonando ahora. Phil Needle bajó la vista a su móvil. Estaba sonando de verdad. Su propio nombre parpadeaba frente a sus ojos como cada vez que le llamaban desde la oficina. En la pantalla aparecía «Phil Needle Prod.» porque no había espacio para el nombre completo.

—Hola.

—Phil, estamos todos aquí —escuchó la voz de Allan con el torpe eco que se oía en aquella época cuando alguien hablaba por el altavoz. Del otro lado del cristal

estaba encendida la luz de la cocina y todo parecía quieto como en un museo—. Está Barry, EZ, el doctor Croc y al habla Allan.

—Ahora no puedo hablar —dijo él—, no quiero saber nada de trabajo en este momento.

—No, no —dijo Barry por encima del parloteo de los demás, que también estaban diciendo «no, no»—, por aquí está todo bien. De hecho, los de Tintorerías Increíbles han enviado una caja de whisky porque el anuncio ha funcionado de maravilla. Pero nos hemos enterado de lo de Wren. —Alguien murmuró algo—. De lo de Gwen, lo siento. Queríamos decirte que estamos muy apenados, Phil, y que todos estamos contigo.

Probablemente estaban en el Estudio B. Phil Needle no pudo evitar imaginarse a Allan masturbándose. *Quiero besarte y quiero hacer otras cosas contigo*. No, no quería que nadie estuviera pensando en él. Toby II lo olfateó como si fuera un camarero altivo.

—Queríamos contarte también que se nos ha ocurrido una idea —dijo tal vez EZ.

—Una muy buena —dijo el doctor Croc—. A los consumidores de hoy les encantará.

—Pensábamos que tendrías que salir en la radio pidiendo ayuda —dijo Allan—. Podemos hacer que salgas en KUSA mañana.

—Esos tipos son unos principiantes —murmuró el doctor Croc.

—Pero es el programa de radio con más audiencia. Si tú quieres, Phil, te darán espacio. Me deben una.

—¿Te deben un favor? —preguntó Phil Needle—. Pero ¿de qué te conocen?

—Tengo un programa —respondió Allan—, un programa semanal.

—A las tres de la mañana —dijo Barry.

Vio que la nota de Gwen estaba en la encimera, junto al yogur. Phil Needle intentó pensar un poco.

—¿Trabajas en KUSA?

—Todos trabajamos en KUSA.

—¿Todos los que estáis allí?

—Sí —dijo el doctor Croc, porque hasta él lo hacía.

—Siento decirte esto, Phil, pero no pagas muy bien.

Querida Renée: ¿por eso te marchaste? ¿Por el dinero? ¿No te da vergüenza?

—Ya —contestó Phil Needle—, supongo que tenéis razón, tal vez tendría que pagaros mejor.

—Sería genial.

—Escribiré una nota para comentárselo a Leonard Steed.

—Fenomenal, pero ¿quieres venir a la radio mañana?

—¿Cuándo?

—¿Te parece bien a las ocho de la mañana? ¿O mejor siete y media?

Phil Needle miró a la vaca sonriente. Estaba disponible a las ocho, por supuesto.

—Vale. —Y después añadió, casi por instinto—: Gracias.

—De nada, Phil. Para qué estamos aquí si no podemos sacar a nuestro jefe en la radio, ¿verdad?

—Claro... —dijo Phil Needle y cortó.

Sintió que todavía tenía las cosas de Levine en las manos, aunque sabía que estaban en el fondo del cajón. Dejó el patio sumergido en una gruesa neblina. (Trataba una y otra vez de evitar el recuerdo del día en que su padre encontró la cocaína). Toby II corría por la cocina un poco entusiasmado con todo aquel jaleo. Si no hubiesen tenido una hija, ¿se pelearían por el perro? ¿De verdad se iban a divorciar? ¿Iban a aparecer en su vida objetos de aseo personal de otras chicas más jóvenes o iba a seguir Marina a su lado el Día de la Independencia, como si nada hubiera ocurrido? En principio creía que iba a suceder lo segundo, pero ¿y qué? ¿De qué le servían ahora su imaginación errática, las conspiraciones nocturnas de sus empleados o aquel cuerpo al que había abandonado en una lejana *suite*?

—No, no me entero de nada —dijo respondiendo por fin a su mujer, aunque no había nadie allí para escuchar la respuesta.

El amanecer llegó con el sonido de un helicóptero revoloteando en el cielo por encima del puente. Gwen y Amber se despertaron de inmediato, mirándose la una a la otra, las dos envueltas en sudaderas. En cuanto se sentó, Gwen recordó que estaban en la Isla del Tesoro. Cody estaba bajo un arbusto abrazándose las rodillas como los niños pobres en las fábulas infantiles. Errol estaba de pie en medio de un charco, fuera de sí. El ruido se mantenía a lo lejos, revoloteando en el amanecer.

—¿Qué es eso?

—Hay que esconderse, lo mejor es que nos escondamos por aquí —dijo Amber alejándose del suelo de hormigón y agazapándose bajo un arbusto espinoso.

Gwen vio que Amber tenía un arañazo en la pierna entre el final del pantalón y el sucio calcetín, un trozo de piel que ya había enrojecido como una rosa. Todos habían sufrido.

—No creo que nos estén buscando a nosotros.

—Por supuesto que nos buscan a nosotros, zorra.

—Pero se dirigen hacia el puente. Creo que están controlando el tráfico.

—¿Para los informes que pasan por la radio? Me parece que hoy es domingo.

Gwen levantó la mirada y entrecerró los ojos preguntándose adónde habrían ido a parar las gafas de sol. Se puso la capucha y se ocultó con ella.

—Tal vez hay atasco para ir a misa —tanteó con una sonrisa vacilante.

—Tendríamos que advertir a los demás.

Había dicho «a los demás» como si fueran una banda muy numerosa. La partida de Manny había dejado reducido al grupo a un pequeño lote de piezas. Hasta el bote salvavidas, que aún protegía sus pocas provisiones, parecía ahora más pequeño.

—Vamos, Cody —dijo ella meciéndose un poco de atrás hacia delante—.

Capitán.

—¿Sí? —respondió Errol, y Gwen señaló al cielo. Errol levantó la vista—. Por aire —dijo mientras se acercaba.

—Pongámonos a cubierto.

—No le tengo miedo a los pájaros, camarada. Teníamos un loro a bordo, ¿no es así?

Gwen le agarró de la manga. La tela estaba hecha un asco, toda mojada y rota, pero al menos sirvió para arrastrarle hacia el arbusto. Cody se puso en pie vacilante e intentó escabullirse tras ellos moviendo los brazos y las piernas en todas las direcciones. Gwen no pudo evitar pensar que Nathan lo habría hecho mucho mejor. Errol rezongó un poco pero se puso de rodillas provocando una pequeña ola en el charco. Aquel sitio era la nada misma. Allí no había más que unas cuantas plantas altas, juncos y hojas marchitas que se enredaban por encima de sus cabezas, y unos pocos arbustos que los protegían del viento y la suciedad. El aire les hacía llegar el sonido a lo lejos. Nadie iba a ir a buscarlos allí, pensó Gwen, porque a nadie se le ocurriría buscar nada en un lugar como aquel. Cody se sentó a su lado. Tenía los dientes sucios y le castañeteaban.

—¿Puedo hablar contigo? —le susurró.

—No hace falta que hables en voz baja —contestó Gwen—. Desde allí arriba no pueden oírte.

—Me he despertado con dolor de garganta.

Amber jugueteaba con algo entre las manos.

—Bueno —dijo Gwen—, son días complicados.

—Ya —dijo Cody, y el helicóptero dio una larga vuelta mientras él decía algo más. Gwen lo miró.

—No puede ser —dijo, y Amber los miró con el ceño fruncido—. Eso no es posible.

—Lo siento —contestó Cody—, no pensé que fuera...

—¿Que fuera qué?

—No sabía que íbamos a matar gente.

—No existe ninguna historia de piratas en la que no se derrame sangre. No conozco ninguna.

—Sí, Gwen, ya me lo has dicho, pero yo no he leído ninguno de esos libros.

—Fuiste invitado a unirse a nosotros —dijo Amber cuando por fin entendió de qué iba la conversación.

Errol refunfuñó y se inclinó para examinar un tronco grueso que tenía algunos brotes verdes alrededor, como cuerdas enredadas.

—Tú invitaste a mi hermano —le recordó, y Amber volvió a jugar con lo que tenía en las manos. Era la radio.

Gwen apoyó la mano encima del aparato.

—No —dijo con amabilidad.

—Vuelan demasiado alto como para oírla —dijo Amber señalando con la cabeza al helicóptero—. Tortuga sería una alegre compañía.

—Tenemos que ahorrar lo que queda de batería. Puede que empiece a fallar. —«Lo que nos faltaba», pensó Gwen.

—Tú preocúpate por el desertor.

—No estoy desertando —contestó Cody a la vez que se tapaba los ojos con las manos.

—No te van a aceptar —dijo Gwen, y vio que Errol se sobresaltaba—. Has cruzado todos los límites, Cody. Cuando descubran los restos, tu familia jamás volverá a pronunciar tu nombre.

Cody sacudió la cabeza con fuerza y le cayeron unas cuantas lágrimas más.

—Sé que he decidido unirme a vosotras y que también quería atacar aquel barco. Sé que era un hombre malo. Sé que teníamos cuchillos...

—¿Y después? —preguntó Gwen—. ¿Y después qué, qué más sucedió?

Cody la miró desesperado.

—Solo quiero regresar a casa —dijo de nuevo, y el helicóptero volvió a rugir por encima de sus cabezas.

Estaba allí para cubrir la gran noticia. No le interesaban los adolescentes que se habían escondido entre los arbustos para fumar unos pitillos antes de ir a la iglesia; ni aquel anciano que levantaba un tronco con una mano temblorosa, lo estudiaba con atención y luego lo arrojaba lejos con la ayuda del viento. Aquella toma aérea del mástil del *Corsario* que sobresalía inclinado fuera del agua, medio mugriento y cubierto de plantas iba a ser un bombazo en la programación de la tarde, pero Gwen no pensaba en el barco. Ya lo daba por perdido. Pensaba en sí misma y en su responsabilidad, en que estaban fuera de la ley y en el modo de seguir estándolo. Estaba esperando a que terminara aquella última vuelta de reconocimiento, a que el cielo volviera a quedarse vacío y la costa despejada antes de salir de entre las ramas llena de rasguños hacia aquella llanura gris a medida que el ruido se alejara.

—¡Es insultante! —escucharon por fin que gritaba el capitán—. ¡Todo esto es insultante!

El tronco hizo un ruido sordo contra el hormigón y salpicó un poco más de barro sobre las ya embarradas botas de Gwen, y Errol fue tras él y se chocó contra los arbustos bajo la luz de la mañana. Tenía un aspecto espantoso. Se le había caído un diente y llevaba el pelo como un salvaje, todo coronado de ramitas y fragmentos de zarza. Tenía también motas de sangre que parecían pecas en los brazos y por toda la ropa. Llevaba una manga de la camisa subida, y su reloj de cadena ancha brillaba como si fuera una señal, y la otra mano —con la que había estado sosteniendo la sierra oxidada— estaba completamente sucia. Miraba hacia todas partes enfadado y con ojos acusadores, como si estuviera lanzado dardos sobre los restos de la batalla que había mantenido durante la noche.

—¡Canalla! —gritó con la voz ronca—. ¡Truhán! ¡Escoria! ¡Delincuente!

¡Gilipollas!

Tiró a Cody al suelo de un empujón. Cody se puso de pie como pudo pero no se marchó corriendo, tenía una expresión temerosa pero tenaz al mismo tiempo. Nunca había sido uno de esos chicos que huyen de los bravucones. Se quedó allí y recibió la paliza de su vida.

—Errol —dijo Gwen tranquilamente.

—¡Fuera de aquí! —gritó—. ¡Tengo derecho a tomar represalias!

Cody miró a Gwen. Tampoco sabía qué significaba aquello.

—Errol, soy Gwen.

—Ya lo sé —contestó enigmáticamente—. Te he estado buscando por todas partes.

—Estamos en la Isla del Tesoro, ¿lo recuerdas?

—No tengo hogar, ya no tengo hogar. ¡Esto es un insulto!

Señaló hacia el tronco, los brotes salían de la madera empapada mostrando unas pequeñas flores extrañas, como viejas calaveras.

—Son orquídeas —dijo Amber.

Algún paciente jardinero o una cadena de milagrosos accidentes las habían plantado allí, en aquel tronco en mitad de la nada.

—Él me quitó lo que era mío —gritó Errol—, ¡y me dejó estas flores!

Gwen miró las flores, delicadas y aterradoras como todo en aquella aventura.

—Errol.

—Ha vendido todas mis cosas a mis espaldas y me ha abandonado a la diáspora.

—Capitán.

Errol la miró por primera vez.

—Hola —dijo con la mirada vacía.

—Soy Gwen.

—Él me ha quitado algo que me pertenece —murmuró—, ha vendido mi casa para comprarse la suya y me ha encerrado con estas flores, es un insulto.

—Estas flores ya estaban aquí —intervino Amber—. No son lo que veníamos buscando.

Errol señaló a Cody con la sierra.

—Mi propio hijo.

—Yo no soy tu hijo.

—Habíamos acordado que íbamos a dividir el tesoro pero él ha cogido todo el botín. Ahora dice que quiere desertar y nos envía un regalo caro para distraernos. Te juro por Neptuno que vas a sentir el ardor de este látigo.

Gwen sabía que la mayor parte de aquel discurso venía de *Buscadores de tesoros*, pero Cody no había leído nada.

—¿Qué? ¿Que cogí qué?

—Todo.

Cody sintió que se venía arriba con la acusación y miró furioso al anciano, con

ese tipo de mirada que las generaciones llevan dedicándose unas a otras desde el primer viaje a altamar.

—Dime una cosa.

—Tengo problemas con la memoria —contestó Errol, y se dio la vuelta rápidamente para mirar a Gwen.

—Espera, por favor, espera un poco —dijo Gwen.

—Lucharé contra cualquier hombre, con cualquier arma.

—No te ayudaré a pelear contra él.

—¡No soy tonto! —dijo Errol con una salvaje carcajada. Le salió sangre de la boca, tal vez del agujero del diente caído o de alguna otra herida que ella no alcanzaba a ver.

—Capitán, ya sabe que los marineros son particularmente volátiles.

—Estoy de acuerdo. Quiero que lo castiguen por los crímenes que ha cometido.

—Creo que sus crímenes no son los que usted menciona —dijo Gwen con cuidado.

—Eso es algo que se podría decir de cualquiera.

—Sí, pero...

—Y nadie se creará nunca la paliza que va a recibir mi hijo.

—De acuerdo, intentemos ser razonables al menos un segundo.

Errol dejó escapar un grito espantoso con las manos abiertas hacia el cielo. Fue un grito largo, agudo, ausente, desesperado, y se calló de pronto como si hubiera recordado algo en ese preciso instante.

—¿Has oído eso? —le preguntó a Gwen a pesar de que había sido ella la que lo había dicho—. ¿Lo has oído? ¡Razonables!

—Al menos un segundo —dijo Gwen preocupada.

Él volvió a gritar y Gwen tuvo que taparse los oídos para no escucharle. Ningún hombre debería gritar jamás de esa forma. Era un sonido salvaje, ajeno a cualquier tipo de contención civilizada. Ella había sentido ese grito muchas veces en su interior, pero jamás había encontrado la voz para sacarlo fuera. Ahora sabía por qué: porque la gente lo odiaba, son gritos que enfurecen y enloquecen a los demás.

—¡Razonables! —repitió él al final—. Debo decirte, camarada, que no estamos aquí sentados para escuchar razones. Nosotros solo actuamos siguiendo... —Y soltó otro grito, esta vez más corto, y al final bajó la mirada.

Tenía el cuchillo de carnicero de Cody clavado en la pierna.

—¡Cabrón! —gritó Errol.

Cody jadeaba. Otro gesto de novato, pensó Gwen, otro acto temerario de un tripulante inexperto. Había atacado a Errol por el costado y le había clavado la hoja justo por debajo de la rodilla; el mango temblaba sin llegar a caerse. Era un sitio muy, muy raro en el que clavar un cuchillo, un sitio casi imposible, a pesar de que Gwen lo estaba viendo a plena luz del día. De la garganta de Errol salió un jadeo agudo y fuerte, y a continuación y por un instante se hizo el silencio. Gwen incluso llegó a oír

a un par de pájaros y el tráfico que pasaba sobre el puente. Cody se inclinó y sacó el cuchillo de la pierna de Errol. La sangre comenzó a brotar. Errol se miró la herida y luego miró a Cody, y entonces comenzó el verdadero duelo de espadas.

En incontables relatos, el duelo de espadas es un combate de ingenio, un baile de estocadas donde los contrincantes a veces se cuelgan de lámparas que se balancean y sueltan insolentes carcajadas cuando rasgan gruesas cortinas hasta dejarlas hechas jirones. Aunque tampoco podían saber si era cierto, pensó Gwen, porque nunca habían visto ninguno. Errol y Cody se lanzaron el uno contra el otro como bestias, el cuchillo de carnicero y la sierra se sacudían y arqueaban pero no como si fueran estoques o sables, sino como cuernos, garras o dientes. Los pájaros volaban en círculos tratando de descender, del primero al último de la bandada. Hasta la maleza parecía encogerse ante aquellos torpes movimientos como si fueran un par de perdedores bailando en una fiesta. No tenían fuerzas para insultarse —Cody no gritó: «¡Retira todas tus calumnias!», ni Errol: «¡Devuelve lo que has robado, bribón!»—, aunque cuando Gwen se acercó alcanzó a oír gruñidos y resoplidos. No fue un duelo pirata, fue una pelea cutre de principio a fin; tras cada golpe desesperado se alejaban un poco y daban vueltas alrededor de las provisiones que aún seguían cubiertas por el bote salvavidas. Cody era un caos, no paraba de dar patadas a las piedras y la basura, y hasta llegó a tirar dos cajas de cartón que estaban empapadas y apiladas en una esquina en las que nunca habían metido nada. Errol era más seguro pero también más lento, había perdido toda conexión con el mundo pero sus pies se movían desiguales a causa de la cuchillada. Golpeó a Cody en la cara con la parte plana de la sierra y le dio una patada al cuchillo de carnicero para evitar que le hiciera otra herida. Iba dejando manchas de sangre en el suelo húmedo. Encontró una silla tumbada en un montículo de hierba —como si alguien, muchos años antes, se hubiera marchado enfadado de una cena y al levantarse la hubiera tirado—, la blandió con la otra mano como un domador de leones y el asiento tapizado se desprendió y cayó al suelo. Gwen iba detrás de ellos con cuidado. Al menos en una ocasión Errol había despeinado amistosamente a Cody cuando estaban a bordo del *Corsario*. Ahora eran enemigos, bárbaros desquiciados. Cuando Errol golpeó a Cody con la silla en el hombro, ella debería haber dicho algo.

Cody se giró para mirarla, forzó los labios hasta que adoptaron una tensa sonrisa y esquivó con un rápido movimiento la sierra de Errol con más gracia de la necesaria. Pavoneándose ante su amada, apartó la silla e hirió a Errol en la parte de atrás de las rodillas. Errol soltó un grito fuerte y salvaje como el de una mujer histérica, e hizo amago de atacar con la sierra dentada hacia delante —Cody tuvo que retirar la silla para que no le hiriera en la tripa— antes de gritar algo. Sonó a algo parecido a «seis años». Cody, con una floritura, retrocedió seis o siete pasos y se quitó rápidamente el abrigo del capitán Bacalao: primero una manga y luego la otra, y a continuación se envolvió la mano que no sostenía el cuchillo de carnicero, dando una vuelta tras otra como si fueran espaguetis alrededor de un tenedor. Gwen había visto eso en las

películas, un luchador giraba la mano alrededor de una tela pesada para usarla como escudo. Pero Cody no necesitaba hacerlo o tal vez no lo estaba haciendo bien. Se detuvo para mirarse la mano y Errol aprovechó la distracción para atravesar el brazo desnudo de Cody con la sierra. A pesar del tráfico se oyó perfectamente el desgarrar de la carne y el grito de Cody y el estrépito del cuchillo de carnicero cuando cayó al suelo mientras la herida se abría cada vez más y la piel se estiraba como una sombrilla. Cody se derrumbó y Errol se detuvo frente a él, apoyó el pie herido, que no paraba de sangrar, sobre el pecho de Cody, levantó la mirada y agarró la sierra con las dos manos, formando un ángulo recto hacia abajo como una flecha que indica: «Usted se encuentra aquí».

—¡Has muerto para mí, muere ahora para el mundo! —gritó Errol.

—¡Basta! —gritó Amber.

Gwen no daba crédito, pero Errol obedeció, se detuvo y reconsideró la situación como le había pedido la mejor amiga de Gwen. Amber estaba llorando, vio cómo le caían por el rostro unas gruesas y lentas lágrimas. Y sostenía la pistola.

—¡Os dispararé a los dos! —dijo dando un paso para acercarse. Gwen recordó el chasquido que había hecho el arma cuando la sostenía Roger. ¿Había hecho ese chasquido ahora? ¿Qué iba a suceder?—. ¡A uno o a los dos, me da igual!

—¿Y tú quién eres? —preguntó Errol con voz ronca. Cody la miraba agradecido pero también avergonzado—. ¿Quién te crees que eres para interferir de este modo?

—Soy parte de tu tripulación —contesto Amber—. Debemos estar unidos o morir. Se supone que tenemos que arrojar el guante al resto del mundo, no entre nosotros.

Amber no lo había dicho correctamente —en el futuro dirían que aunque era una excelente falsificadora, no era una gran lectora—, pero Errol asintió como si la frase tuviera algún sentido. Evidentemente para él sí lo tenía, porque bajó la sierra, le dio una patada al brazo ensangrentado de Cody y se apartó.

—Márchate —dijo Errol con cansancio—. Tú y todos los que te apoyen. Esto es un motín.

—Errol —dijo Gwen.

—Has vendido mi casa, has matado a mi esposa y luego me has mandado esas asquerosas flores para lavarte las manos.

—Ni siquiera sé de qué estás hablando —dijo Cody respirando con dificultad. Intentó ponerse de pie pero tuvo que arrastrarse, sangrando, hasta alcanzar a Gwen. Amber lo siguió apuntándole con el arma hasta que se dio por vencida. Cody apoyó una mano en la pierna de Gwen y la miró.

—¿Tú también estás con él, Vera? —preguntó Errol.

—Soy Gwen. No, no estoy con él —dijo, pero se agachó y no pudo evitar ayudarle a ponerse de pie.

La sangre de Cody, pegajosa y sucia, manchó sus pantalones y en ese instante ella comprendió que iba a morir con aquellos pantalones puestos, con los que había

elegido porque eran los más resistentes. Errol arrojó la sierra al suelo y se acercó cojeando al agua, donde el mástil del *Corsario* seguía inclinado incluso después de que barco se hubiera partido en pedazos. Señaló el mástil y se dijo algo a sí mismo, subiendo y bajando los hombros como si discutiera con alguien mientras caminaba de un lado a otro por la orilla. Era terrible el punto al que habían llegado. Gwen había previsto que las cosas podían salir mal —salían mal en todos los libros de Errol—, pero no de aquella manera. Le habría gustado que las cosas salieran mal pero de otra manera.

—Me ha cortado el brazo —dijo Cody respirando con dificultad.

—Para ser justos —dijo Gwen—, tú lo hiciste primero.

—Me habéis traído a la fuerza.

—Te hemos cogido como marinero.

—Bueno, algo así —dijo Cody.

Se mantenía en pie aunque temblaba un poco al cambiar el peso de una delgada pierna a la otra. Gwen recordó que les había contado que en una función de la escuela se había vestido con mallas. Se imaginó la triste puesta en escena. Se miró la sangre en los pantalones y por primera vez en mucho tiempo se acordó de la cicatriz que tenía en la pierna, mientras Cody buscaba algo en los bolsillos. Sacó un pequeño cuadrado que alisó con las manos.

—Estás guapísima en esta foto —dijo levantándola con tranquilidad para que ella la viera.

En la fotografía aparecía una Gwen Needle sonriente. Estaba en la oficina de su padre, él había estado haciendo unas pruebas con una cámara nueva y Allan la había hecho reír por algo, ahora lo recordaba. Había sucedido hacía un millón de años.

—¿Cómo la has conseguido?

—La he robado —dijo Cody con orgullo—. La robé de la cartera de tu padre en el vestuario de la piscina mientras él se duchaba.

Cody desnudo entre otros hombres desnudos. Gwen no pudo evitar recorrer esa escena con la imaginación buscando a Nathan.

—Siempre la llevo conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... que te la devuelvo —dijo Cody, y la depositó en su mano.

—¿Me estás dando mi propia foto?

—Para mí es como la placa de un policía, ya sabes, cuando renuncia.

—Los piratas no llevan placa —dijo Amber.

—A eso me refiero —dijo Cody. Hizo un gesto con la mano hacia el puente, el bote salvavidas y el ausente capitán que no paraba de murmurar.

—Creo que ya es hora de abandonar todo esto.

—Se suponía que estábamos abandonando todo lo demás —contestó Gwen—. Y al final es más de lo mismo... Se parece al colegio, esto de que me estás devolviendo mi propia fotografía.

—Lo siento.

—¿Por qué me pides perdón? Qué miserable acción.

—Ya sabes que no te entiendo cuando hablas así.

—Olvídalo —le dijo—. Si esa era la razón por la que luchabas, lo mejor es que te vayas a casa.

Cody miró desconcertado a su alrededor.

—Yo... yo no...

—Vete o yo misma te sacaré de aquí.

—No tienes coche.

—Me refiero a que te obligaré a que te vayas —dijo, y le dio un empujón en el hombro, solo uno.

Él dio un paso atrás sorprendido y luego levantó la vista hacia el puente, a los edificios y al mar. La sangre seguía goteando desde su brazo.

—Deberíamos haber ido a lo de Tortuga —dijo débilmente.

—No entiendes nada —dijo Amber—. Eso ha quedado muy atrás.

—Me refiero al concierto en el Fillmore.

—No quería una cita —contestó Gwen, pero al parecer nadie la entendía.

Aquella era la misión que todo el mundo suponía que perseguían las mujeres, la búsqueda de un hombre. Ni siquiera toda aquella sangre derramada lograba disuadirles de ese mito. «Y lo hizo por un chico», diría la gente al poco tiempo, con desconfianza o admiración pero siempre equivocados. Ella le había escrito cartas a Nathan, es verdad, pero no había sido tan débil e imprudente como para mandarlas. Estaban escondidas en el fondo de un cajón. Gwen dejó caer las manos. Se sentía abrumada al comprobar lo que estaba sucediendo, se quería rasgar las vestiduras pero sus manos colgaban a los lados, una sostenía el cuchillo y la otra estaba vacía.

—¿Alguna vez te enteras de algo, Cody? —preguntó—. ¿Te parece que es momento para esas estupideces en una situación de verdadera dificultad?

Cody no le dijo nada, no le volvió a dirigir la palabra nunca más.

¿Alguna vez te enteras de algo?

Cody se dirigió a los edificios altos. Gwen y Amber le observaron mientras se alejaba. Era difícil saber quién estaba abandonando a quién. En pocos meses a Gwen le iba a parecer que apenas había compartido con toda aquella gente un viaje en ascensor. A Amber sí le iba a recordar y también al alocado capitán, que seguía murmurando en la orilla, pero Cody y casi todo lo demás acabaría difuminándose con el tiempo. Gwen solo recordaría su propia desilusión y los silenciosos y suplicantes rostros de los muertos. Dios, Dios mío, qué cansada estaba.

—Espero que regrese... —dijo Amber.

—¿En serio?

—... con el desayuno —agregó con una sonrisa—. Los piratas siempre tenían grog, hasta cuando estaban en aquellas solitarias balsas en mitad de la nada, ¿lo recuerdas?

Un grog sonaba apetecible. Tenía sed y deseaba sentir la confusión, la avalancha de la borrachera prometida. Deberían haber guardado alguna botella cuando atacaron a *La dama salvaje*. No tendría que haber soltado aquellas cajas, pensó mientras Cody se escurría por entre los edificios y desaparecía de su vista en la bruma.

—Creo que queda algo de zumo de naranja —dijo Gwen, y se acercaron juntas al bote salvavidas para darle la vuelta. Lo hicieron y observaron los restos de su botín.

—Algún refresco —dijo Amber—, porque el zumo se ha acabado. Ahí hay tónica.

—Ginger ale.

—Yo quiero eso.

Compartieron la botella. El líquido burbujeó en su interior como si le dijera: «Está todo bien, las burbujas hemos aguantado».

—Se suponía que no debíamos tocar nada de esto —dijo Amber echando un vistazo culpable hacia donde estaba Errol, en la orilla.

—Ya... Pero ha llegado el momento en el que el tesoro puede ser dividido.

—Ya nos hemos dividido lo suficiente, ¿no crees? La mitad de la tripulación se ha marchado.

—Cállate, zorra.

—Tú eres la zorra —dijo Amber. Un minuto después añadió—: Me preguntó qué habrá sido de ellos.

—¿De ellos? —contestó Gwen mirando hacia el lugar por el que había desaparecido Cody.

—De los que estaban en el barco —dijo Amber en voz baja.

Gwen no quería pensar en ellos, en el modo en que aquel hombre había mirado a Amber ni en la chica que no dejaba de gritar y a la que podían haber hecho callar en vez de haberla descuartizado.

—Está bien, no te preocupes, la verdad es que yo tampoco quiero hablar de ellos.

—Y entonces, ¿por qué...?

—No lo sé, ¿vale? Tenía que decir algo.

Gwen se bebió lo que quedaba en la botella y la estrelló contra el suelo mientras le pasaba el brazo a Amber por los hombros.

—Gracias por lo que has hecho... con el arma.

—No estaba pensando.

—Pero ha funcionado.

—Ni siquiera estoy segura de si habría disparado.

—No importa.

—¿Tú crees? Tal vez tendría que haber dejado que uno de ellos matara al otro.

—No.

—Pues habría solucionado algunas cosas entre nosotros.

—¿Qué?

—No entre nosotras, sino entre todos nosotros. Porque esto se está acabando, se

está desmontando como en las historias que me leías. ¿Sabes? Estas han sido las personas a las que más he querido en mi... —Se sacudió algo imaginario y miró hacia el agua.

—Lo sé. A mí me pasa lo mismo.

—Me sentía fatal antes de conocerte —continuó Amber—. Sé que me comportaba como si estuviera muy segura de mí misma pero el día de la consulta... Creo que al regresar a casa, no sé, habría intentado suicidarme.

Gwen observó las pequeñas cicatrices en el tobillo de Amber.

—Sabes que incluso mi ex, cuando era mi novio, me llamaba «cara de mono».

—¿Qué?

—No hagas como si no lo hubieras notado.

—Amber, no te pareces a un mono.

—La zorra de mi madrastra dice que jamás había visto a una chica más fea que yo —dijo Amber, y se echó a llorar.

—Es una cabrona... y una mentirosa.

—Si regresamos, no tengo adónde ir.

—No regresaremos.

—Te lo digo en serio.

—Yo también.

—Pero no podemos robar otro barco, no tiene sentido. Aquí tampoco hay ningún hotel ni ningún tesoro.

—Tenemos el bote —dijo Gwen señalando el bote salvavidas.

—¿Eso?

—Eso.

—En altamar.

—Sí, en altamar. Nos marchamos bien lejos, por debajo del Golden Gate.

—No vamos a aguantar mucho tiempo.

—Yo no he dicho «mucho tiempo» sino «bien lejos».

—Hacia poniente.

—Sí. A ver, espera. Sí, hacia el oeste.

—Directamente hacia la puesta de sol.

Gwen pensó en Sunset, su antiguo barrio, aquella había sido una vida mejor. Asintió con fuerza. No sabía lo que iba a pasar pero sabía cómo iba a terminar todo.

—De acuerdo —dijo Amber lentamente—. Y además... nos llevamos al capitán, ¿no?

—Por supuesto. ¿Qué te creías?

—Qué sé yo... Parece que se está poniendo cada vez más nervioso.

—Lo sé.

—Sí, pero nosotras no vamos a aguantar mucho...

—Lo sé, pero no podemos abandonarle.

—No, no. Solo quería que...

—Que estuviera preparada.

—No, que estuvieras segura.

—Lo estoy.

—De acuerdo —dijo Amber—, se lo dices tú.

—Deberíamos hacerle algo en la pierna.

—¿Ponerle un vendaje? Creo que queda alguna camiseta limpia. Voy a cargar las cosas en el bote.

—De acuerdo.

—Muy bien.

Pero no se movieron.

—Vale —repitió Amber—. Ahora.

Gwen se levantó y echó una ojeada al lugar por el que se había alejado Cody hacía un buen rato. (Cuando los restos del bote salvavidas tocaron el agua, Cody vio por fin a sus padres acercándose hasta aquel páramo en un 4 x 4. Un paseador de perros con teléfono móvil y unos cuantos litros de buena conciencia en las venas se había encontrado un rato antes con la temblorosa figura de Cody). Ella apartó como pudo de su mente toda aquella masa de preocupaciones y se forzó a pensar en su vieja casa de Sunset, adonde la iba a acercarse aquella última etapa de su viaje, a través de una incongruente aunque verosímil fantasía. Las cosas se iban enlazando en sus pensamientos, pero solo allí. En la mano tenía una camiseta limpia pero eso era todo lo que tenía. Lo único que deseaba era coger una varita mágica y hacer las cosas bien, porque de lo contrario iba a tener que hacerse a sí misma la misma pregunta que le había hecho a Cody.

¿Alguna vez se enteraba de algo?

Errol estaba de pie en silencio junto a dos pesados tablones, tan relucientes y nuevos como si acabaran de salir del taller de un carpintero, solo que mojados. Errol estaba descompensado, o al menos esa era la palabra que se solía utilizar en aquel momento. Le sangraba la pierna. Tenía la cara enrojecida, estaba exaltado y como afiebrado. Gwen se puso de rodillas a su lado y observó aquella herida sangrante; tenía un aspecto oscuro, amenazador. Gwen comenzó a limpiarla con una punta de la camiseta. Errol protestó y miró hacia abajo.

—¿Qué haces?

—Estate quieto, tengo que ponerte una venda. —Intentó coger un poco de agua de un charco con la mano pero el agua estaba más sucia que la herida. Le ató la camiseta alrededor de la pierna, lo más apretada posible, lo cual tampoco era decir demasiado, y la sangre comenzó a atravesar la tela casi al instante. «Está anegada», pensó, y luego miró los tablones. ¿Podrían convertirse en remos aunque estuvieran anegados?

—Me duele —se quejó Errol.

—Ya —contestó ella, y levantó uno de los tablones. Estaba húmedo pero era consistente.

—Alguien me ha hecho esta herida.

—Tenemos que marcharnos de aquí, capitán —dijo Gwen, y escuchó, aunque no por primera vez, el sonido de unas sirenas que se acercaban por la carretera desde el puente. No era nada.

—Te conozco.

—Sí —contestó Gwen con infinita tristeza—. Soy Gwen.

—Mi querida.

Para no ponerse a llorar, se apoyó el tablón en el hombro y comenzó a acarrearlo. Errol la miró con aprobación.

—Dime una cosa... ¿Cómo nos hemos conocido tú y yo?

—Tenemos que marcharnos ahora mismo.

—No.

—Ven conmigo.

—Dime cómo nos hemos conocido.

—Eres mi capitán —dijo Gwen fervientemente—. Ya es hora de marcharnos, capitán.

Errol sacudió la cabeza.

—Son las dos y media, esa es la hora exacta —dijo mirando su reloj.

Gwen sabía que era por la mañana temprano, el reloj se había detenido a otra hora.

—Por favor, ven conmigo —suplicó, porque no podía arrastrar los dos tablones y tirar de Errol por la manga al mismo tiempo.

Él sacudió la cabeza y sacudió la cabeza y sacudió la cabeza cada vez más rápido, más rápido, más rápido hasta que se detuvo de golpe y la miró de cerca.

—¿Adónde? —dijo por fin hablando tras la neblina.

Era lo mínimo que habría preguntado cualquier persona normal.

—Hacia el atardecer... en eso que hemos cogido, en el bote salvavidas.

—Eso no está bien.

—Es el único sitio al que podemos ir. Si nos quedamos, nos encontrarán muy pronto.

—¿Galeones?

Los galeones eran buques de guerra que solían utilizarse para perseguir a los piratas. Gwen asintió a toda prisa.

—De acuerdo —dijo al fin.

Gwen caminó tras él, como si lo arreará hacia el bote, mientras cargaba con los tablones. Se dio cuenta de que no estaba bien llamarlo bote «salvavidas». En realidad iba a ser el bote «de sus vidas».

Cuando por fin llegaron, Amber les sonrió. Arrastraron el bote por encima de unas piedras hasta otro punto de la orilla para no quedar atrapados entre los restos del *Corsario*. El bote salvavidas, el bote de la supervivencia, llevaba apenas una caja con algo de comida, una botella con agua y los dos remos improvisados que había

encontrado Gwen. Gwen llevaba su cuchillo y Amber llevaba el arma y también la radio. El bote crujió contra una roca y entre las dos ayudaron a Errol para que subiera. Tenía un aspecto solitario y acabado sobre aquel mar que ya no iba a ofrecerles ninguna orilla amistosa. Luego subieron ellas también, se acomodaron y usaron los tablones para alejarse lo máximo posible de la Isla del Tesoro hacia poniente. Los últimos tres piratas zarparon y se mantuvieron leales a esta historia y a su odisea final. Para eso habían llegado hasta allí, pensó Gwen, para zarpar una vez más, pero en aquella ocasión irían todavía más lejos en aquella enorme masa de agua, extensa y vacía. Sí, ese era el gran momento, pensó Gwen, la verdadera historia de sus vidas. Y aquello era la respuesta a la gran pregunta: allí se sentían realmente bien.

Capítulo 13

Esta historia no es una tragedia, a pesar de la sangre y el desenlace, ni una comedia, aunque la imagen de un bote salvavidas a la deriva en la bahía de San Francisco pueda resultar cómica, pensó Gwen, un bote que flota sobre una corriente que permanece siempre idéntica por muchos golpes que le demos con los tablones. En la época en la que transcurre esta historia lo más probable es que hubiera sido clasificada como de interés humano, por el interés que habrían mostrado en ella las personas. Phil Needle se imaginó relatando la historia de aquella mañana, la ropa que había decidido ponerse cuando se levantó, confuso y sediento, para ir a la radio a suplicar que regresara su hija. Dudó si afeitarse o no, indeciso entre parecer decente o presa del pánico, pero el tiempo que pasó dudando frente al espejo era todo el tiempo con el que contaba para afeitarse, por lo que tuvo que salir sin hacerlo. Salió y recorrió las calles con su coche alquilado. (Su verdadero coche seguía en el aparcamiento del aeropuerto y estaba a punto de ser remolcado por una grúa amarilla hasta alguno de los depósitos municipales, donde se uniría al coche de su mujer, que también había sido remolcado hasta allí y aguardaba el rescate).

KUSA estaba en la periferia de la ciudad, donde Marina había conocido a Old Mason, al final de un gran parque que en su día fue una base militar y que en el momento en el que se desarrolla esta historia era otra cosa. La carretera 101 giraba bruscamente cerca de allí y hacia el norte estaba la playa a la que la gente solía llevar a pasear a sus perros y un puerto en el que los veleros pequeños —también el *Contracorriente*, aunque solo una vez— solían esperar a sus bien alimentados dueños. Las oficinas estaban en un pequeño complejo de edificios sombríos frente a los cuales había un puesto en el que vendían un café muy cargado. Como Phil Needle no había ido jamás a las oficinas de KUSA, programó el recorrido en su navegador. Llegó un poco antes de la hora pero no se paró a tomar un café. Habría quedado fatal que el desolado padre llegara con un vaso de papel lleno de café humeante y espumoso. Durante un par de minutos se dedicó a esperar en la neblina y luego entró sin más. Subió dos tramos de escaleras y se encontró frente a una puerta de cristal en la que habían grabado con esténcil las letras KUSA, exactamente el tipo de puerta que a Phil Needle le habría encantado tener en Phil Needle Producciones. No había encontrado o no existía el ascensor. Intentó abrir la puerta pero tuvo que avisar con un gesto a la chica que estaba en el mostrador. La puerta hizo un ruido, él volvió a intentarlo y por fin pudo entrar.

—Hola, soy...

—Sí, Phil Needle, le estábamos esperando.

—He llegado un poco antes de las ocho.

—Ya, pero le esperábamos a las siete y media.

—¿En serio?

—Sí, le esperábamos...

—Pero Allan me dijo a las ocho.

—Bueno, lo importante es que ya está aquí.

—Pero podría haber llegado antes...

—No se preocupe. Voy a buscar al productor. Ya han terminado las noticias y acaba de empezar lo del zoológico, así que va a ser un poco... Bueno, no importa. Estamos felices de poder ayudarlo, no hay duda. Nos dio mucha pena..., me dio mucha pena cuando me enteré de lo que le había pasado, tendría que habérselo dicho al verle.

—Gracias.

—¿Quiere algo, un café?

—No. Bueno, en realidad sí, gracias.

La chica se marchó. Según el cartelito que había encima de su escritorio se llamaba Ellen, pero en ese instante se acercó una mujer a la que Phil Needle no quería ver.

—Phil.

—Mmm... vaya.

—¿Vaya qué?

—No sabía qué trabajabas aquí.

—¿No te lo dijeron los chicos? El doctor Croc me ayudó a conseguir este empleo.

—¿En serio?

—Ha sido una especie de mentor para mí, un intermediario. Siento mucho lo de tu hija, Phil.

Querida Renée, en este momento no tengo absolutamente nada que decirte.

—Tenemos un hueco para que salgas en directo, te grabaremos y luego pondremos el mensaje cada hora. Al final ofreceremos nuestro número gratuito y te pasaremos la información que nos llegue, por supuesto también se la pasaremos a la policía. ¿Has pensado en algún tipo de recompensa?

—¿Qué? Solo quiero a Gwen.

—Me refiero a si vas a ofrecer una recompensa —dijo Renée, y chasqueó el bolígrafo (*adentro y afuera, adentro y afuera*) de una manera que Phil Needle había olvidado y que de nuevo le irritó—. La policía cree que no tiene sentido porque atrae a todo tipo de locos, pero no sé si sabes que así encontramos a Casey Rittola el año pasado.

—¿A quién? Ah, sí. No, no lo sabía.

—La recompensa ayudó, así que tal vez te interese ofrecer algo.

—Veinticinco mil dólares —dijo Phil Needle de pronto, y cogió la taza de café que le ofrecía la otra chica. Seguro que podía llegar a reunir esa suma.

(Alma Levine estaba en ese preciso instante en su apartamento mirando la misma suma de dinero extendida sobre la cama mientras el hombre al que había conocido preparaba té en la cocina).

—Vale, una cosa más. ¿Alguna canción?

—¿Qué?

—Si Gwen tiene alguna canción favorita, para ponerla de fondo en la grabación. Si no la tiene o no te acuerdas, no importa. Supongo que suena fatal, pero si la hubiera, KUSA podría incluirla. Es una manera de hacer la polinización cruzada.

—Eres una buena productora —dijo Phil Needle dándose cuenta de que era cierto—. Es... es una buena idea.

—He tenido buenos maestros.

Adentro, afuera, adentro, afuera. Por supuesto, no se refería a él.

—Siento haberte despedido, Renée.

—Fui yo quien dimitió —le recordó Renée con gentileza—. Hace ya mucho tiempo de eso. ¿Tienes...?

—Es esa canción de Tortuga, la adora —recordó de repente, y luego muy despacio le vino a la mente el momento en el que le había dado las entradas del concierto. «Claro, allí es adonde fue. Avisaré a la policía cuando termine la transmisión». Tenía que anotarlo para que no se le olvidara, podía escribirse en la mano pero en ese momento sostenía la taza de café.

—¿Cuál?

—No sé cuál es la que le gusta. Tac, tac, tachan, chan.

—Creo que sé cuál es —dijo, y se inclinó en un ángulo extraño como si fuera a beber un sorbo de la taza de Phil Needle—. La vamos a encontrar.

—Muy bien —contestó él.

En la radio comenzó a sonar un anuncio de artículos de papelería por la vuelta al cole.

—He oído que estabas en RADIO cuando te enteraste.

—Sí.

—¿Qué tal fue este año?

—Un desastre —dijo Phil Needle. Después de todo, por qué no iba a admitirlo.

—No me lo creo. Tú también eres un buen productor.

Phil Needle tampoco se lo creyó.

—Tendría que haber estado en casa con ella.

—Eso es una tontería. Yo tengo tres hijos. Suelen decir que lo que más influye en la vida de los niños son los padres, pero cuando se convierten en adolescentes son sus amigos.

—Claro —contestó él.

—Te acompaño a la cabina. Tienes unos minutos para concentrarte. Hay papel y boli por si no has escrito nada.

—¿Qué?

Renée apoyó una mano sobre la mano de Phil que sostenía la taza.

—Que, si no has escrito nada de lo que vas a decir, te tomes un poco más de café, Phil.

Y Phil Needle bebió agradecido un poco más mientras le llevaban hasta allí. Lo que quería era café y algo de comer. Si Gwen desaparecía para siempre, él no iba a ser capaz ni de poner miel en una tostada sin imaginarse a su hija bajando por las escaleras dando saltos —iba a tener que vender el apartamento nuevo— para quitársela de las manos cada mañana. Y siempre igual, pensó Gwen. Él siempre ponía demasiada mantequilla y demasiada miel. Tenía hambre pero no la suficiente como para sentirse débil.

—¿Qué tenemos de comer?

—Aguanta un poco —le contestó Amber—, solo ha pasado una hora o poco más.

—La zorra tiene razón —dijo Errol—. No nos comamos todo nuestro maíz para sembrar.

Gwen no sabía a qué se refería con maíz para sembrar. Dio otro golpe con el remo. Por lo visto nada de lo que hacían servía para que el bote pusiera rumbo al lugar al que se dirigían, pero ella sintió la débil calidez y el resplandor del sol a través de la niebla, a sus espaldas. Al menos estaban dirigiéndose al oeste. Avanzaban muy poco. Por los ocasionales ruidos que le llegaban desde la izquierda —a babor—, le parecía que aún estaban cerca de la orilla, pero había demasiada niebla para saberlo con seguridad. A estribor había una sombra que podía ser Alcatraz, una sombra que los perseguía como si fuera un detective y por momentos, de fondo, el Golden Gate se asomaba desde la cambiante pared de niebla como si fuera una pantalla intermitente. Gwen recordó las cámaras que había en la farmacia y tuvo la sensación de que la habían descubierto de nuevo. ¿Conseguirían llegar hasta el puente? ¿Y luego qué? ¿Qué venía luego?

—Esto se está abriendo —dijo Errol, y volvió a rascarse el sucio vendaje que había improvisado Gwen. «Asaltaremos otro yate, tal vez a un par de millas del puerto, y reclutaremos a un médico en activo», pensó Gwen. El médico no solo iba a tener un montón de medicinas, sino que también iba a ser guapo e implacable—. Está demasiado caliente, ayúdame a quitarme esto.

—¿Qué se ha abierto? —le preguntó ella.

—Eso —contestó Errol señalando por la proa.

—¿El mar?

—Claro, por allí es mar abierto —dijo tosiendo pero sin apartar los ojos de la superficie. Los tablones golpeaban el agua—. Te conozco.

—Sí.

—Tú eres mi... mi... mi...

—Sí.

—Eres mi camarada.

—Y tú eres mi capitán —contestó Gwen con dulzura—, mi viejo lobo de mar.

Errol sonrió y se encogió de hombros con tristeza. Gwen lo observó mientras él miraba su reloj. Para él aún eran las dos y media, para los demás eran las ocho de la mañana. El puente apareció esta vez más cerca, y Gwen se preguntó si allí arriba

había gente que estuviera mirando hacia abajo, que los estuviera observando mientras ellos se alejaban hacia su éxodo final.

—Esta es nuestra última oportunidad de enviar un mensaje a casa —dijo.

—Podríamos mandar un mensaje en una botella si tuviéramos otra de ginger ale a mano —dijo Amber—. Podría falsificar la letra para que fuera de cualquiera.

—Esta me gustaría escribirla yo misma —dijo Gwen.

—Estás pensando en Nathan Glasserman.

—No.

—Ciertamente.

—Ciertamente no. Bueno, no solo en él.

—En tus padres.

—Solían cruzar el puente andando, a veces íbamos los tres. Por eso se me ha ocurrido.

—¿Y qué les escribirías?

—Supongo que deben de estar preocupados.

—¿Y además...?

—Y además no volveré a verlos —dijo, aunque no sentía que fuera verdad. De alguna manera, no importaba lo que sucediera en el mar, ella sobreviviría para presentarse ofendida al menos una vez más frente a ellos.

—¿Y qué les dirías entonces? —preguntó Amber.

Gwen intentó pensar en algo.

—Yo les diría: «Iros a la mierda por no haberme enseñado a nadar» —dijo Amber.

—¿No sabes nadar?

—Ya te lo he dicho.

—Creo que no. —Gwen no podía imaginar que alguien no supiera nadar. ¿Cómo podía ser que alguien se cayera al agua y se fuera directamente al fondo?

—Sí te lo he dicho, tal vez no me has escuchado.

—Como cuando yo te hablé de Nathan y no de su hermano. —Se sonrieron la una a la otra sin alegría. Gwen se inclinó entonces y le dio un beso en la boca a Amber, algo que llevaba tiempo queriendo hacer. Fue algo romántico que no duró para siempre—. Eso significa que si te caes por la borda... —dijo después, como si aquel beso hubiera sido algo de lo más normal.

—Tienes que tirarme una cuerda —dijo Amber rápidamente—. Creo que tenemos alguna cuerda por ahí.

—Yo tampoco sé nadar —dijo Errol—, nunca aprendí.

—¿No te lo enseñaron en la Marina?

—Dos tirones significará que tienes que tirar de mí —dijo, y Gwen alejó la cuerda del alcance de Errol.

—En mi caso no importa cuántas veces tire de la cuerda, tú tráeme de vuelta al bote sí o sí.

—Por supuesto.

—Cuando llegue el momento —dijo Amber—, tampoco servirá de mucho saber nadar, ¿verdad?

—No lo sé —contestó Gwen.

No quería hablar de eso, de cuando llegara «el momento». Descansó del tablón un minuto y encendió la radio. Brotó un ritmo furioso y reconocible.

—Genial —dijo Amber inclinándose para estar más cerca del aparato.

El micrófono tenía un protector de gomaespuma, amarillento y sucio como el cadáver de un loro, y hacía tiempo que tampoco limpiaban las paredes de cristal de la cabina de KUSA. ¿Por qué habían llegado hasta ese punto? Seguro que las cosas habían sido antes muy distintas, pensó Phil Needle, pero ahora solo quedaba aquella espantosa y pésima cabina. ¿Cómo iba a saber él, cuando se presentó, cuál era la mejor manera de hacerlo? No era como si alguien le hubiese dicho lo que tenía que hacer y él no hubiese prestado atención. Se puso los cascos.

—Phil, ¿puedes decir algo al micrófono? Tenemos que ajustar los niveles.

—Ajustar los niveles —dijo él.

—Sigue hablando —dijo Renée—. Ya conoces cómo funciona, eres un hombre de radio.

—Soy un hombre de radio —repitió torpemente.

—Phil, ¿te encuentras bien? Quiero decir, teniendo en cuenta la situación.

—Sí —contestó, y luego lo reconsideró—. Sí, sí.

—¿Necesitas un poco más de tiempo?

—Sí. No, no, está bien.

—Bien. Prepárate.

—Me preparo.

—Van a comenzar los anuncios. Te avisaré cuando tengas que empezar a hablar.

Phil Needle intentó pensar.

Comenzaron los anuncios. Ya estaban promocionando los artículos para la vuelta al cole y apenas era julio; no, todavía estaban en junio. «Dejadnos en paz. ¿Por qué no pueden dejarnos en paz?», pensó Gwen. Sus furiosos dedos movían el dial pero entonces retrocedió sorprendida y dejó caer el tablón al agua. No flotó sino que se hundió directamente hacia el fondo, era un fantasmagórico rectángulo que se desvanecía en la grisura del mar. Lo que la había sobresaltado era la voz que se oía en la radio, la voz de su padre.

—«Hola. Mi nombre es Phil Needle, soy un reconocido productor de radio, fundador y director de una excelente compañía y tengo algo que deciros».

Errol escupió al agua, había comenzado a temblarle la barbilla.

—Tenía la sospecha de que nos estaban espionando —dijo—. De verdad, os lo juro por Dios.

—«Cuando Tintorerías Increíbles me pidió que produjera un anuncio para ellos, yo podría haber hecho un anuncio lleno de promesas imposibles como los que

escucháis un millón de veces al día».

El aire se llenó de promesas imposibles y Errol se puso de pie dentro del pequeño bote.

—Lo sabía —dijo, y señaló a Gwen con un severo dedo sucio de sangre porque había estado rascándose la herida o porque tal vez tenía una nueva herida que ella no había visto—. ¡Sabía que tenía que tener cuidado con la impaciencia y la deslealtad de los jóvenes!

—«Pero quiero decirles que Tintorerías Increíbles no necesita hacer promesas imposibles, ninguna canción pegadiza, ningún eslogan ocurrente, ni siquiera una declaración de intenciones de su dueño. De manera que lo único que escucharéis en este anuncio es mi testimonio. Seré yo, Phil Needle, de Phil Needle Producciones, el que haga el anuncio. Porque en el caso de Tintorerías Increíbles no solo soy el productor de su publicidad sino también su cliente. ¿Y por qué soy su cliente? Porque Tintorerías Increíbles es realmente increíble. Muchísimas gracias por su atención».

Errol intentaba caminar de una punta a la otra del bote, pero el bote no era lo bastante largo como para dar un paseo y se balanceaba peligrosamente con cada zancada. Gwen casi ni se dio cuenta. Estaba con la mirada fija en la radio escuchando aquel anuncio de polinización cruzada de su padre. Nadie le había explicado la sencilla técnica de grabar y reproducir, de modo que se imaginó a su padre en la cabina, en absoluto preocupado ni obsesionado, soltando sus frases frente al micrófono y pensando únicamente en su estúpido trabajo, en su glamuroso universo de la radio en Nueva York, lamentándose del error que cometió...

—Gwen.

... y feliz de haberse deshecho de ella.

—Gwen.

—¿Qué?

—Haz algo —dijo Amber en voz baja.

Errol se había detenido en mitad del bote y había sacado la sierra de su bolsillo. Gwen hubiera jurado que la sierra se había quedado con el resto de porquerías en la isla, pero allí estaba, aún llena de sangre por el duelo de espadas y balanceándose en la mano de Errol como un péndulo.

—Errol —dijo.

La radio se identificó como KXKX, el mejor jazz para lo mejor de la ciudad. Errol se burló, golpeó la radio con la sierra y la arrojó por la borda. Justo cuando la radio golpeó la superficie del agua, Gwen tuvo la fugaz y equivocada sospecha de que el océano entero, con todos sus peces y extraños tesoros, iba a ser electrocutado, pero en vez de eso todo quedó en silencio.

—Capitán —suplicó.

—¡No! —gritó Errol—. Nada de palabras hasta que no haya obtenido una satisfacción. ¡Es una traición! ¡Una deslealtad! ¿Cuál era la palabra? —Sacudió la sierra en el aire, y Gwen sintió que le ardían las mejillas. Estaba colorada. Errol dio

otro paso—. Mi decisión es irrevocable —dijo sin moverse—. Robar está mal, y si te atrapan debes pagar por ello. Él me robó, el hombre al que pertenecía esa voz me robó mi casa después de que esos asesinos mataran a Vera. Ellos la mataron y prometí que acabaría con toda su prole. Y vosotras, zorras judías, estáis en connivencia con él. Ya no soy Errol ni el capitán. Ahora soy sordo a vuestras súplicas y ciego a vuestro sufrimiento.

—¡Abuelo! —gritó Gwen, y sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas.

Era cierto. Los primeros síntomas de los brotes de Errol Needle fueron siempre comentarios racistas. Al principio los pronunciaba casi como un susurro durante los almuerzos familiares, pero luego comenzó a decirlos a voz en grito en reuniones con más gente, hasta que Phil Needle, su único hijo vivo, le dijo que ya no era bienvenido en las comidas o barbacoas, y contrató a un abogado que le había recomendado Leonard Steed para conseguir la gestión de los bienes de su padre. No podía decirse que fuera exactamente un robo, pero tampoco iba tan desencaminado. Así funciona el mundo. Al poco tiempo, el hijo trasladó al padre al Centro de Vida Jean Bonnet y vendió su casa sin su consentimiento para comprar un apartamento que no podía pagar con sus propios ahorros. A partir de entonces los síntomas de Errol se fueron acentuando cada vez más. Estaba furioso con su hijo, con la mujer de su hijo, con las cosas que había en la nueva casa, con la ropa que el hijo vestía, con cualquiera que lo llamara, con el color naranja, con la televisión, con cierto tipo de música, con los médicos, los perros, la comida, el judaísmo, los pantalones, los peinados, la barbacoa, los niños, las mangas largas y todo lo que no fueran las viejas historias de piratas de su biblioteca. Aquella fantasía de que había formado parte de la Marina, afianzada por las incontables relecturas de *El capitán Blood* y el resto de los libros, era tan ferviente y clara que Phil Needle pensó que estaba descubriendo algo de su reticente padre. Pero luego Errol sufrió una caída y todo fue en picado. Errol se había puesto a despotricar por aquella injusticia y contra todas las injusticias, aunque solo Gwen, obligada a hacerle compañía como castigo, había oído su cada vez más extensa lista de agravios. Phil Needle se limitaba a enviar orquídeas, llamaba de vez en cuando y de modo impulsivo, y esperaba recibir algún día la famosa llamada pues sabía —igual que ahora lo sabía Gwen— que el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Errol volvió a gruñir y balanceó la sierra. Amber arrojó el otro tablón al suelo del oscilante bote y Gwen vio la determinación en los ojos de su amiga.

—Errol, detente.

—¿Conque queráis tomarme como prisionero, eh? Lo único que os queda por robar es mi persona, subirme a bordo y enterrarme en el mar, en una tumba sin nombre.

Eso era cierto, pensó Gwen con los ojos fijos en la sierra. Él no iba a sobrevivir a aquello. En realidad ninguno de nosotros sobrevive a nada. Al mirar la tranquila e infinita superficie del mar pensó que la vida siempre continúa. Él volvió a levantar la sierra hacia ella y aquella vez Gwen sí oyó el clic.

—¡Detente!

Era la pistola. Amber la sostenía apuntando hacia Errol con las manos temblorosas mientras sus ojos también temblaban, yendo de Errol a la sierra, luego al agua y luego a Gwen, a su amiga, que sonreía levemente.

—Amber.

—No —dijo—, te ha cortado. ¡Mírate!

Estaba demasiado nublado como para que pudiera ver su reflejo en el agua, de modo que Gwen se llevó una mano a su ardiente mejilla. Lo que había sentido no eran lágrimas. Al levantar la sierra le había hecho una pequeña herida.

—Voy a acabar con vuestras vidas —dijo Errol—. Mi decisión es irrevocable. Me habéis robado. Acabaré con las dos.

—Gwen, recuerda lo que ha hecho, lo que le ha hecho a Cody. No puede volver a suceder eso aquí. El bote es demasiado pequeño y estamos en él.

—Me habéis robado.

—Errol, baja la sierra o dispararé.

—Mi decisión es irrevocable.

—Voy a dispararte al corazón, ¡lo digo en serio!

—Tengo un problema con la memoria —dijo Errol.

Gwen dio un pequeño paso hacia Errol y él volvió a rasgar el aire con la sierra. Falló el golpe, pero se cayó de espaldas y se quedó junto al tablón, al que Amber daba patadas nerviosa. El bote dio tumbos como un balancín, parecía una pista improvisada en la que un avión se preparaba para despegar.

—Salta —dijo Amber.

—Te conozco —dijo Errol.

Gwen se sentó y vio que se dirigía a ella.

—Salta, Errol —dijo Amber.

—A ti te conozco. Dile a esta zorra que deje de amenazarme. Te conozco.

—Sí, soy Gwen.

Pero eso fue todo lo que dijo.

—¡Que te tires del bote!

—¡Yo tengo un problema con la memoria! —dijo Errol con la misma ferocidad.

—¡Camina por el tablón!

—Y me molesta —dijo Errol llorando.

Sí, había lágrimas en sus ojos. Balanceó la sierra. Amber le apuntó directamente y apretó el gatillo. No salió nada. Abrió los ojos y giró el arma para estudiarla. Tal vez Errol vio su oportunidad en aquel momento, aunque puede que ya se estuviese abalanzando sobre ella cuando Amber disparó hacia el suelo del bote salvavidas. Un agujero se abrió a toda velocidad al mismo tiempo que el retroceso del disparo empujó a Amber hacia arriba, sorprendentemente alto y lejos, y la hizo caer en el agua, en algún lugar. Ahora estaban los tres en el agua. El instantáneo naufragio hizo que el bote se cerrara en torno a Errol y Gwen como una flor; había caucho y plástico

por todas partes y ellos trataban de salir a flote con desesperación. El agua estaba muy fría. Cualquiera que haya estado alguna vez en el mar sabe que si te caes al agua puedes morir por congelación. Gwen permaneció bajo el agua durante un minuto, como si estuviese en el interior de un ataúd, hasta que revivió y logró alcanzar la parpadeante superficie. Respiró, estiró los brazos y se topó con un hombro de Errol.

—Tengo frío —se quejó él—. ¡Tengo frío!

—Agárrate a mí —le dijo, pero era demasiado pesado. Una carga.

Errol sacudió la cabeza.

—No quiero salir del agua —dijo él—, no quiero regresar al bote. Quiero quedarme fuera un rato.

—Abuelo... —dijo Gwen, y cogió otra bocanada fría.

—Deja que se lo lleven —dijo con voz ronca. Se soltó y desapareció en las profundidades.

Las manos de Gwen se cerraron vacías y solo la venda subió empapada hasta la superficie como una andrajosa bandera blanca.

Estaban muy muy cerca de la costa, y habrían sido empujadas por la marea si no hubiera habido tanta niebla. El bulto del bote salvavidas fue arrastrado unas horas más tarde hasta el sitio en el que Marina había conocido a Old Mason, pero Gwen llegó a una playa que había un poco más abajo. Allí la encontraron cuando trataba de ponerse en pie, respirando agitada sobre la arena. Unos hombres la vieron emerger, como si fuera una aparición saliendo de una concha que se abría, mientras paseaban a sus perros con un café en la mano que acababan de comprar en un puesto que había no lejos de allí. La reconocieron casi de inmediato por las imágenes de la televisión, un medio muy influyente por aquel entonces. No necesitaron ver la fotografía que llevaba Gwen en el bolsillo. Estaba muy guapa toda empapada y daba lástima.

Gwen se arrepentía, se arrepentía de todo lo que había sucedido. Perdón, profesores y entrenadores. Perdón, amigos y enemigos. Lo siento mucho por los que han muerto y por aquellos que tienen que llorar sus muertes. Lo siento por todos los que han perdido su hogar y a su esposa, o a su esposo o a un hijo. Lo siento por todos los que están tristes y los que han sufrido alguna molestia. Lo siento por todas las víctimas de robo, asesinato o celos. Lo siento por todos los amantes no correspondidos. Lo siento por todos los que alguna vez han sufrido un corte en el brazo. Lo siento por ti, que has sufrido un corte en el brazo. Lo siento por los ricos en sus yates, por los idiotas que están en un atasco, por los famosos y los desconocidos. Lo siento por los traidores, los infelices, los cabrones. Lo siento mucho.

—Las tenemos —dijo alguien.

La habían atrapado. Recogieron el cuerpo inerte de Amber y Gwen sintió muchas manos alrededor del brazo que la ayudaban a levantarse y la reacomodaban sobre la tierra de los hombres libres. Llegaron más hombres. Era un espectáculo junto a la orilla que podría haber atraído a todos los que pasaban por ahí, una historia con un componente humano de gran interés. Gwen se desmayó un instante y su cabeza

estuvo a punto de golpear la arena. Algunos granos giraron por el aire y se pegaron a su jadeante rostro. A Gwen le invadió toda la desesperanza fría y definitiva de este mundo. Más tarde se dijo en las noticias que ella había besado la tierra en señal de agradecimiento.

«No han comprendido nada», pensó Gwen sentada en la cama al día siguiente. Ya no llovía, como si la tormenta hubiese sido una mentira, y el sol brillaba en la ventana como el final de una partida de tres en raya, un juego que se jugaba en la época en la que transcurre esta historia en el que cada oponente marcaba un casillero cada vez que era su turno con una X o un 0. La mayoría de las veces no ganaba nadie. Gwen no era una chica rebelde. Vivía con sus padres en un bloque de apartamentos y sentía que ningún rincón de ese apartamento le pertenecía. Había preferido quedarse arriba, en su cuarto, durante toda la barbacoa, incluso cuando se había puesto el sol y la gente había entrado en casa. La última vez que vi a Phil Needle estaba de pie junto a aquella puerta corrediza rodeado de gente que quería estar donde transcurría la acción. La luna era enorme y estaba lejos del colapsado puente. Justo en ese momento los fuegos artificiales, con todo tipo de promesas imposibles, estallaron en el cielo como repentinos y luminosos dientes de león, un desafío a la oscuridad que se marchitaba en un instante, desvaneciéndose y haciendo que las estrellas regresaran de nuevo a su sitio.

Phil Needle había recibido una llamada de Leonard Steed aquella misma tarde.

—¿Con quién hablo?

—Con Phil Needle.

—Bien, bien, bien. Oye, Needle, ¿cómo va ese asunto tuyo?

—Bien.

—¿Qué?

—Que se ha acabado —dijo Phil Needle, y se tapó los ojos. El falso árbol se estaba meciendo.

—Estupendo. Oye, finalmente conseguí contener a los bucaneros.

—¿Qué?

—Es lo que más me gusta de mí: lo rápido que soy.

—¿Qué?

—Como es lógico, aceptaron si, y solo si, das un discurso.

—¿Qué?

—Pero tienes que hacer el lanzamiento perfecto, Needle, una verdadera historia de rebeldes americanos.

—¿Qué?

—Deja de decir «qué». Tienes que ser rápido tú también. ¿Puedes hacerlo, Phil Needle? ¿Puedes darme una historia de interés humano? ¿Una gran historia con la que la gente se quede realmente enganchada?

«Resulta evidente —podía leerse en la última página de uno de los libros de la estantería de Errol— que, a pesar de que todos estos disparates socavaron la

población mundial, a pesar de que despilfarraron sus tesoros y nos inocularon nuevos vicios y enfermedades, no es menos cierto que domesticaron en parte la ferocidad del espíritu humano y establecieron las bases para una prosperidad perdurable».

—¿Needle?

Phil Needle pensó en su hija.

Es curioso lo mucho que pueden liberarse las cosas sin apenas cambiar nada. El muerto al hoyo y el vivo al bollo. Errol Needle se convirtió en el chivo expiatorio de toda esta historia. Phil Needle se enteró de la desaparición de su padre por una llamada de Peggy, quien se pasó un día entero dudando si llamar o no, aterrorizada ante una posible demanda, y finalmente lo había hecho llorando y le había llamado por error con el nombre de su hermano muerto, David. Al final, las piezas encajaron. Obviamente todo había sido una idea de Errol, aunque resultaba igualmente obvio que todo lo ocurrido estaba muy por encima de sus posibilidades. Errol había secuestrado a su nieta y a algunos de sus amigos, que se habían escapado con dos entradas gratis para oír un concierto de hip-hop en el Fillmore, y había asesinado a dos personas mientras mantenía prisioneros a aquellos jóvenes. El *San Francisco Chronicle* jamás sumó uno más uno ni relacionó el caso con las cartas que habían estado recibiendo durante los últimos meses, de modo que el motivo de la muerte de Errol fue, por ambigüedad o discreción, por causas naturales. Y la lluvia borró las huellas dactilares. Durante las semanas siguientes Phil Needle fue varias veces reconocido, no como un importante productor —a pesar de que Tintorerías Increíbles siguió emitiendo el anuncio hasta septiembre—, sino como «el padre». En la calle Octavia abrieron una nueva tienda de té haitiano. El loro murió sobre un árbol, la lentilla fue aspirada de la moqueta y todo lo demás es historia. Nadie quería saber nada más. Excepto yo. Mientras aquel Día de la Independencia seguía explotando en el cielo decidí subir la escalera sin permiso. No, la primera era la habitación de los padres. No, la segunda era un baño. Por fin, llamé a la puerta correcta.

—Está abierto.

Gwen estaba sobre la cama deshecha y los cojines estaban apoyados en la pared de cualquier forma, uno decía: MI PRINCESA DUERME AQUÍ. Se estaba pintando las uñas de los pies inclinada sobre sus piernas de una manera muy curiosa. Llevaba la camiseta de una emisora de radio y unos pantalones cortos, los calzoncillos de un hombre, probablemente de su padre. Se le veía una cicatriz en la pierna. Un perro, también deportado a las alturas, me miraba desde su sitio en el suelo. Debo confesar que pensé: «Gracias a Dios, está a salvo». De alguna manera su habitación estaba recogida, los cajones en su sitio y la ropa colgada, pero la papelera estaba desbordada de envoltorios y cartas de amor. A Gwen no le importaba. Le había llevado mucho tiempo, días, que su amor muriera del todo, pero al final lo había logrado. Ya no pensaba en Nathan Glasserman, y los Glasserman estaban tan ansiosos por enterrar toda aquella historia que Nathan tampoco pensaba en ella.

No me saludó, apenas movió una mano para tapar el cuaderno que tenía al lado

para que yo no lo pudiera leer. La ventana del cuarto estaba abierta y por algún efecto acústico se podían oír todas y cada una de las palabras que se decían en la fiesta de abajo. «Ella lo ha tenido que oír todo», pensé. *Todos somos piratas*. Pero Gwen tenía un televisor nuevo y había estado zapeando; tal vez se lo habían regalado como muestra de agradecimiento o a modo de disculpa, o solo era un simple detalle porque Phil Needle tenía ahora más dinero.

Al principio había visto un partido en el que había un montón de chicos corriendo de un lado para otro, y jamás de los jamases aparecía una chica, a excepción de las pechugonas con faldita que estaban en el banquillo. Cambió de canal. Aparecieron unas mujeres en la cárcel y luego un plano con la luna llena. Veronica, que había sido incriminada por su marido nada más empezar el programa, se encogía en su litera mientras oía unos extraños ruidos que se iban acercando cada vez más. Unos segundos después la despertaba el silbato de la celadora y nadie la creía. Como es lógico, no era más que un sueño. Era imposible que Veronica hubiera visto vampiros dentro de una prisión para mujeres. ¿Dónde se iban a meter los vampiros durante el día? Pero los ojos de Veronica irradiaban el brillo del miedo.

«Ayúdame», gemía con un doblaje tan malo que ni Gwen podría creérselo. «Si le han quitado a los piratas, a partir de ahora le dará por los vampiros», pensé. Cualquier historia salvaje, cualquier cosa que le permita escapar. «¡Ayúdame, ayúdame, ayúdame!».

Eso era lo que Gwen siempre recordaba. No solía recordar el disparo ni el frío que envolvía su piel. Tampoco recordaba haberse abandonado del todo y hundirse, como si cualquier intención fuese inútil y no tuviese ningún sitio al que ir. Errol se había hundido, el bote se había hundido, el agua helada se movía a su alrededor pero ella no reaccionó hasta que oyó el débil y desesperado llanto de Amber. Entonces remontó la trayectoria que había hecho al hundirse utilizando las técnicas de la natación sincronizada. Estaba sobre aguas seguras, y le habían enseñado que si alguna vez te hundes lo que hay que hacer para salir es mirar la trayectoria que siguen las burbujas. Siempre irán hacia arriba, debes aguantar la respiración para salvar la vida o para salvar la vida de las personas a las que uno ama.

—¡Ayúdame! —gritaba Amber cuando Gwen alcanzó la superficie. Su abuelo estaba en algún punto por debajo de ella. Se parecía a uno de esos problemas que te ponían en la escuela (como si la escuela no diera ya suficientes problemas): «Tú sabes nadar pero ni tu abuelo ni tu mejor amiga saben. No tienes tiempo para salvar a ambos...»—. ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

Gwen reaccionó de la misma manera que la zorra de la madrastra iba a reaccionar más adelante, cuando inscribiera a Amber en la Academia de la Inmaculada Concepción para que la moral y el sentido común ocuparan el espacio de la rebelión y la ingratitud, como si esas cosas pudieran enseñarse. Gwen y Amber serían consideradas las víctimas de esta historia pero no unas víctimas exentas de responsabilidad; deberían haberse comportado de un modo muy distinto. Por esa

razón les prohibieron usar el móvil y estuvieron bajo vigilancia hasta que Gwen comenzó la universidad, un año más tarde, poco antes de que sus padres cumplieran sus bodas de plata. No tendría ningún sentido decir, dado el momento en el que transcurre esta historia, que jamás volvieron a verse. Las dos tenían su perfil y sus fotos en la red, y cada vez que la curiosidad las asaltaba, cada una podía ver en cualquier pantalla las actualizaciones y los comentarios de la otra. Todo el mundo podía hacer eso con cualquiera. Jamás volvieron a hablar pero tampoco se perdieron el rastro porque nadie desaparece. Phil Needle lo comprendió en el aparcamiento, comprendió que nada desaparece en un mundo en el que todo queda registrado, donde nadie se queda fuera porque todo está unido por una especie de polinización cruzada, como aquellos gritos en la playa que le atrajeron desde el otro lado de la calle. Aún tenía el café en la mano. «Será un accidente, un nuevo desastre, algo que no tiene ninguna conexión conmigo», pensó, pero entonces vio una figura en la playa que llevaba puesta su sudadera, su jersey favorito. Fue como ver una desmotadora de algodón en el vestíbulo de un edificio, algo que le había sido arrebatado a su dueño original y puesto en otro lugar. Abrió y cerró los ojos incrédulo un par de veces y justo entonces Phil Needle hizo la conexión, arrojó al suelo esa taza de café que más tarde sería barrida por el mar y empezó a correr por la arena hacia su hija. *¡Está allí! ¡Está allí! ¡Está allí!* Aquel era su día de suerte, el día elegido. Se sentía mareado de tanta suerte, sorprendido y agradecido porque, después de todo, el mundo era una ostra. ¡Ella estaba ahí! ¡Gracias, Dios mío, y gracias a todos esos hombres que estaban alrededor mirándola sin saber qué hacer! ¡Gracias al mapa que estaba en la comisaría y a cada uno de los alfileres, gracias a la ambulancia y gracias al mar abierto, que con sus brazos arrojaba las cosas de vuelta a la playa! ¡Gracias a todo el equipo de Phil Needle Producciones! ¡Al micrófono de la cabina y a las ondas que se transmitían por el aire! ¡Gracias a la gente que escuchaba la radio, a todos los que estaban ahí afuera escuchando! Mientras corrió por la playa siguió transmitiendo las palabras en su cabeza hasta que la tuvo en sus brazos.

—¡Las hemos encontrado!

Toda la felicidad del mundo, todo lo que le había sido negado por fin le pertenecía y lo llenaba igual que el agua llena a un hombre que se ahoga. Eso era lo que él siempre recordaba y a lo que se aferraba como a un tesoro enterrado en su pecho, ese era su destino, la verdadera alegría que le había sido robada y que ahora regresaba al ver a Gwen desplomándose sobre la arena. Robamos la felicidad de los otros para ser felices, pero cada vez que nos la roban a nosotros, corremos desesperados para robarla de nuevo. Todos somos piratas. Ese es el destino del mundo y podemos creer que hay una posibilidad de escapar de él, pero todos los que creen eso, recuerda, Gwen, están equivocados. Puedes nadar la distancia que quieras con todas tus fuerzas, pero siempre estarás renunciando a una vida para salvar a otra. Ella había encontrado a Amber y la había salvado mientras Errol se hundía en las profundidades. La había subido a la superficie, y Amber había podido coger una

bocanada de aire mientras el agua le arrebatava a Errol lo último que le quedaba en los pulmones. La empujó hasta la orilla y la dejó allí. Entonces Gwen Needle se quedó sola y pensó durante un instante adónde podía ir, hasta que sintió los brazos de su padre y supo que todo había terminado. El mundo era su hogar, no podía abandonarlo. La habían encontrado. Estaba perdida. Estaba a salvo. Estaba condenada. Era historia.

Nota del autor

Este libro contiene pequeños fragmentos tomados del vasto tesoro escondido en las historias de piratas, la sabiduría popular, la literatura y el cine. Reconocer cada una de las fuentes sería ir en contra tanto del espíritu de la piratería como de la tradición literaria, pero también sería una negligencia del autor no reconocer ni rendir homenaje a Rafael Sabatini y a Richard Hughes por *El capitán Blood* y *Huracán en Jamaica* (o *El viaje inocente*), respectivamente.

[1] En Estados Unidos el Día los Caídos se celebra el último lunes de mayo y el Día de la Independencia, el 4 de julio. (*N. de los T.*) <<

[2] Poema de Walt Whitman escrito en 1865 en homenaje a Abraham Lincoln, tras su asesinato. <<

[3] Juego de palabras entre el nombre «Manny» y el término inglés man, «hombre». (N. de los T.) <<

[4] Canción que entona continuamente el personaje del capitán Flint en la novela La isla del tesoro, escrita por el escocés Robert Louis Stevenson y publicada por entregas entre 1881 y 1882. (*N. de los T.*) <<